IDEARIO de RODO

Ordenación de

LUIS GIL SALGUERO

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
MONTEVIDEO — 1943
IMPRESORA L. I. G. U. -:- PAYSANDU 1011

Buscar en el alma de los tiempos los impulsos creadores, y hallar, para América, las causas de la exaltación y de la grandeza.

"Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, el descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad".

RODO.

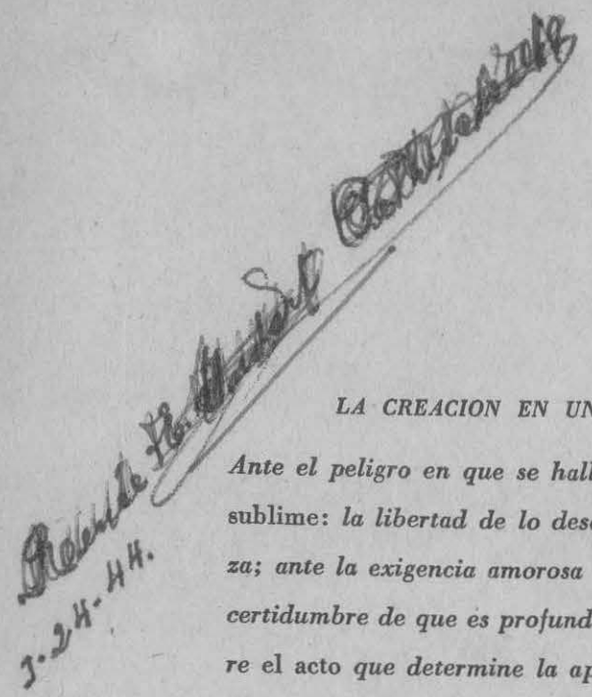
89

IDEARIO DE RODO

Preludios de una filosofía del heroismo

MONTEVIDEO

1 9 4 3



LA CREACION EN UN REQUERIMIENTO:

Ante el peligro en que se halla siempre el hecho sublime: *la libertad de lo desconocido y la belleza; ante la exigencia amorosa que quiere tener la certidumbre de que es profunda la vida, se requiere* el acto *que determine la aparición de la novedad y nos ponga como vínculos entre las cosas y lo eterno, asegurando el proceso de la fugacidad, de las expansiones, de los cambios...*

Derechos reservados

IMPRESO EN EL URUGUAY
Hecho el depósito que marca la Ley 9739.

Las viñetas de este libro, fueron dibujadas por Leandro Castellanos Balparda.

El grabado que figura en las portadas, es obra del malogrado artista Federico Lanau.

POR ELLOS, AMERICA SE SALVARA

...QUEDAR, así, en espíritu, o quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos: y sólo han sido grandes en América, los que han alcanzado a mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento AMERICANO. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente mortal a los inadaptados, cuando inferiores o débiles.

PREFACIO

José Enrique Rodó nació en Montevideo el 15 de Julio de 1872. Hijo de don José Rodó, catalán de nacimiento pero radicado en el país desde su infancia, y de doña Rosario Piñeiro, de antigua y honorable familia uruguaya.

Hizo los primeros estudios en la Escuela «Elbio Fernández», inspirada en el principio de laicidad de la enseñanza propugnado por José Pedro Varela, en aquella instauración escolar, que, sin sofocar, servía a la expansión de los afectos y de las ideas en el cuadro de la más amplia tolerancia.

José Enrique Rodó, no parece haber conocido en su infancia esos choques que suelen dejar en el alma un pensamiento inarticulado, larvario; sin duda capaz de actuación, pero cuya soberanía también paraliza y ofusca el desenvolvimiento de la persona.

A tiempo comenzó el cultivo de su inteligencia; de su sensibilidad pronta a la ternura, y de la voluntad, orientada en la elevación de los propósitos, en el respeto de las ideas y en la sumisión a fines espirituales y nobles.

Tenía trece años cuando murió su padre (hecho que produjo honda emoción en aquel niño), ser a quien, de seguro, sintió viviente, en un recuerdo intenso que el tiempo no alteraba, y que él mantenía, obstinado, en la amorosa fidelidad, y en medio de sus labores y fatigas. — Debió crecer entonces al amparo de la ternura maternal; ésa que germina en el secreto de las almas y que eleva todo acto de amor a la más alta categoría de misterio.

Terminados sus estudios primarios se le envió a la Universidad de Montevideo (1883), en donde recibió la educación habitual en esos centros de segunda enseñanza. Dos años más tarde abandonaba estos estudios, sin concluir su bachillerato. — Quizá padecía allí su temperamento incondicionado y libre; acaso le atraía un secreto afán de soledad y de retiro, o nacía en él esa necesidad de comunicación que le llevaran, más tarde, a vincularse a otros hombres y al conocimiento de sistemas de ideas y pensamientos de largo alcance vivificador y más capaces de conducir a la idealidad trabajadora y a una «conciencia de la vida perpetuamente renovada».

Rodó era de niño concentrado y tímido; y luego, de hombre, amable, pero esquivo; retraído, más por sentimiento que por orgulloso pathos de la distancia, y, acaso, mayormente, por imperioso llamado de sí mismo (y para hallar su cauce, avanzando, personal, al centro de su emanación...)

Las fotografías de la época de ARIEL (1900) nos lo muestran alto, delgado, enjuto; con un apenado fulgor en la mirada no exenta de ternura. — Se le veía ya por las calles de su ciudad natal y era característico su andar; aquel su andar sonambúlico que no se apoya en contornos y cuerpos definidos; «la cabeza distanciada del lastre corporal» (1), el cuello débilmente inclinado; delicadamente herido en los delirios y en los éxtasis...

Rodó traía mensaje de exaltación y hablaba con palabra propia; usaba el verbo de los tiernos amadores; sabía despertar a tareas de decoro y de libertad...

Rodó poseía un privilegio: era un Espíritu: *podía trabajar en lo concreto, reconocer la parte puramente humana de las labores; exaltarse en el pensamiento de la verdad, y en el gozo de lo bello real o presentido; incidir en la historia y levantarse, intenso, en el sueño de grandeza que reserva el amor, y volver y estar al mismo tiempo en las proporciones naturales.*

Rodó amaba la soledad. El apartamiento le ha arrancado páginas enternecedoras; le ha dado aquel lenguaje de luz, aquel verbo que entre místicos temblores señala la belleza y asegura la profundidad; el lazo oculto que nos mantiene en el origen, arrebatados y en el centro de nuestra espontaneidad infinita...

Rodó amaba la relación, el vínculo; sin poder mantenerse en el comercio de los hombres, porque, atormentado por una «dolencia misteriosa», se revolvía su pecho en pálidos y silenciosos furores que le arrancaban de aquella su mansedumbre primera, y sentía nacerle un pensamiento que le apartaba del mundo, y dejaba, absorto, en la tarea de emplear lo desconocido, e infundirle propiedades vivientes... Esos momentos *que nos muestra el alma de los héroes: esos terribles derrumbes interiores; lo eterno que mueve y sitúa en medio de fuerzas desquiciadas, cuando pasan dentro del alma, y en los antros de la desesperación, y baten allí, salvajes e indomables, y se derraman en venas de fuego, y ahondan en el golpeo del pensamiento angustiado, y abandonan, augustos de extrañeza; pero capaces de los lúcidos transportes, del llanto que alegra, del místico temblor; del pensamiento de la transparencia; de la densidad que duele; del afán viajador; del eterno recomenzar; de la posa constante en el abismo. Pero él siempre tenía una potencia emancipada y suya, taciturna y formidable, que lo desconocido no alteraba. — Aquel modo último, que no padece quebranto, y que es la nota eterna del temperamento heroico; aquel movimiento de inserción, una* osadía *que pone un temblor en el flanco de la materia inutilizada del cosmos; que es dócil a la espectativa genial y a la fuerza del hombre, que le comprende y con cuyos elementos crea vestes de hermosura, sistemas de meditación, modelos que extasían...*

Rodó realizaba largos paseos por su ciudad natal, Montevideo, y volvía a su casa, a meditar en íntimo y recogido apartamiento, absorto en el aéreo lumen que alienta en el vuelo silencioso de las horas diurnas; y, por la tarde,

(1) Alvaro A. Vasseur, en «Maestros Cantores».

es todavía insinuación, manera más secreta del misterio y sustancia que sirve en el esquema de los sueños, en la vertible penumbra que usa el pensamiento en sus íntimos soliloquios y en sus recónditos vagares...

...Desde los balcones de la casa hogareña, Rodó, atisbaba, contemplando la estrellada noche: *«Cuando en la soledad, en el silencio, en la calma de la naturaleza, en la paz del espíritu, contemplas la estrellada noche, toda la esencia de sensibilidad que está apegada a las reconditeces de tu ser sube a la haz como, sobre la leche que crece con blando movimiento en el cántaro, la espuma suave y tibia». Porque él tenía el sentimiento de la noche: «Si le conozco yo, lo saben algunos árboles amigos, algún alto balcón, alguna playa solitaria; y siendo que los astros divinos atiendan a las miradas de los hombres, tú lo sabes también ¡oh limpia estrella de Régulo! la mayor y más hermosa del León, que cuando niño escogí por mía, mirando el cielo, al sentir por primera vez la preocupación del misterio; limpia estrella que desde entonces evocas invariablemente en mí la imagen de la ventana de donde te miraba, el trepar de una enredadera claudicante y la forma de dos manchas de musgo». — El hondo respirar de las sombras; los* abismos frescos *y virginales de los días en los inmortales pasajes de la luz; la gozosa palpitación de la tierra; el leve ruido del aire, eran, para él,* misterios, *y él, a sus contactos, se volvía más interior, más conmovido, con mayor intensión plástica... (1)*

Yo no lo conocí con los ojos de la carne; pero amé la lengua materna que él hablaba, y pude, como obstinado, durante años, presentir una fuerza —«el secreto advenimiento del amor»— que se me declaraba, cuando yo, en la vida, crecía más en nobleza, en inteligencia de lo bello, y en el afán, irreprimible, de sondar los secretos de existencia, de requerirme arcanamente, trémulo y suscitado.

...Su pasaje por mi alma ha quedado como una música que se guarda en el contorno aéreo y tembloroso de su melodía; pero también como una labor, y como una forma del deber, y amor que constriñe a vivir en la proximidad de lo eterno, sin abandono de lo cotidiano, en el centro de *la identidad más alta y como* efecto de la profundidad posible.

...Ya en los primeros trabajos de José Enrique Rodó, se le advierte atraído por el tema de la idealidad y su inserción en lo real, rasgo común que, con extraña unanimidad, define al pensamiento americano (desde Emerson y James a Rodó y a Vaz Ferreira); ese modo que busca un contacto con lo inmediato y no aparta lo pequeño; ese sentido de lo ideal como forma del amor a lo terrenal, y que es causa de que incida mayormente en la historia, y poder que la transfigura y funda en bases más durables...

(1) Los movimientos de la materia hacia la vida y el espíritu (hacia la forma), son los movimientos de las imágenes, que emergen del misterio, en la esfera de la vibración de los cambios —hacia la Belleza.

Su posición, acaso, recuerda más al poeta que al filósofo del discurso o al hombre de ciencia; y, sin duda, su enunciación, así entendida, es la que más convenía a un alma que coincide, en su nacimiento, con la causa de su desarrollo, (1) *y que, en la comunidad con lo real y en la intensidad con que él personalmente sentía, acabaran por darle* la palabra de su tiempo; *cuando fué, más tarde, azorado e intrépido, a palpitar en el enigma, a ser un temblor y una conjetura en el ámbito del misterio, y el verbo de una revelación, y una tarea, y la certidumbre, para el hombre, de los desarrollos, y de la insondabilidad de la existencia* (la vida a la segunda potencia...)

Rodó, «inflexible para la esencia, tierno para la historia» (2), tendía al contacto, a la libertad que arranca, y la expresión en él, desde joven, fué una manifestación, primaria, del instinto de libertad, que él necesitaba *para ser la causa de su desenvolvimiento y que necesitaba América para tener el verbo de su enunciación (3).*

Llevaba en sí una fuerza capaz de concreciones plásticas, moviendo, con ímpetu, desde el centro del pensamiento; prefiguraba formas de belleza y de verdad, esbozos de heroísmo; quería gestar la unidad infinita, y ponerse como causa de trascendentalización concreta, en lo creado — persona o cosa; convertir en música el elemento lúgubre de la existencia...

...Siendo todavía joven y antes de publicar ARIEL (1900), Rodó sintió que vacilaba la conciencia de su vocación; dudó acerca de la tarea que presentía, pero, llevado por profundos afectos, por simpatías inexplicables, acaso por fuerzas reprimidas o conversiones improvisas, fué poniendo en su sueño, mundos nuevos; *construía esquemas de meditación, alentando, en ellos, con* el espíritu...

Fué, desde entonces, y en América, la inquietud de una conciencia nueva, la búsqueda de una expresión de ideales; los suyos, *gravitando al centro de la vida, convenientes al alma de los tiempos...*

En su pequeño y ya magistral discurso EL QUE VENDRA (1897), ha expresado, al hablar de la inquietud y desosiego del alma contemporánea, ese momento eterno y decisivo del espíritu juvenil: *en aquella intención, que no se declara, pero que busca, entre pausas de abatimiento y de melancolía, la fuerza causal y plástica que la consagra, eficiente, en la vida. — Había conocido ansias a las que nadie ha dado forma; estremecimientos cuya vibración no había llegado aún a ningún labio; dolores para los que el bálsamo es desconocido; inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre. Pero tiene la esperanza mesiánica, la fe en* el que ha de venir: *«Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre?...» Y más adelante: «Yo no tengo de tí sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor Divino...» «El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva. Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella, curiosa delectación y «blanda almohada»; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La Duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos, no sabemos a quien. Nos llaman: no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido»... «Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... ¡Revelador ¡revelador! ¡la hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y ésta es la hora en que «la caravana de la decadencia» se detiene, angustiosa y fatigada...» Así, atraído por ocultos llamados, alentaba en su corazón un sentimiento de fidelidad a una tarea desconocida, y suscitante, vehemente, se sentía ascender en la sombra — mover en el origen. — Acaso en este primer discurso de Rodó se expresa aunque por manera vaga —en una vaguedad que es nuncio revelador— el misterio de una vocación y de una tarea, el profetismo del amor actuando en la revelación anticipada de su destino; el sentimiento de una fuerza que ha de consagrarse a pensamientos más* reales, *y más ajustados a la majestad primera de la realidad desconocida* (1).

---

(1) En el sentido que Renán considera: «Peut-être viendra-t-il un jour ou l'on fera toute chose poétiquement et philosophiquement sans faire précisément de poésie et de philosophie». Renán. *Dialogues et fragments philosophiques.* Y Kierkegaard: «*Al que vendrá*, el poeta pensador o el pensador poeta que habrá visto de cerca lo que de lejos yo he presentido».

(2) Según la dichosa fórmula del poeta Jiménez.

(3) Véase, por ejemplo, el artículo de José Gaos, «*Caracterización del pensamiento hispano-americano*», en *Cuadernos americanos*, México VI, Nov. Dic. de 1942, y en Max Scheler, las páginas sobre *situaciones, tiempos y tareas*, que han de ser dadas para que se efectúe la explicitación activa de la persona (Etica, edic. esp., págs. 326-27 del tomo segundo).

(1) Todo su esfuerzo (como el de Nietzsche), es para asegurar los cambios, la actuación de la libertad y de la nobleza; para que advenga el *Hombre*. Rodó tiene el sentimiento de los desarrollos; siente *más* la vida como posibi-

Y, obedeciendo a ese advenimiento de vida, *crea esquemas ágiles y pone en ellos* el espíritu; *deja que a su través hable la naturaleza, aliente el espíritu, manifieste su carácter la historia. — Era para él de hombres indignos rehusar la profundidad o la transparencia; aceptar las convenciones; porque no finge revelaciones el que lleva adentro, pristino, el enigma de un* mundo nuevo; *el que siente en su entendimiento pulsos que mueven abismos, sombras, seres gimientes, gérmenes tibios, temblores de días no venidos... Le presentimos ahí, atormentado, impelido, cuando su inteligencia* se dispone *en la voluntad y rompe el cuadro de la duda, para llenarse de revelaciones que le tienen en la cima de la exaltación, y ponen en el cauce de la manifestación, y sin perder aquella característica de intimidad que se prueba siempre en el lenguaje, arranca hacia la* tarea: *percibía, notaba que* sus semejantes *carecían de lumbre; los veía amoldados, embriagados por una luz falsa; sin gemido creador, ajenos a sus vidas y arrebatados por la vanidad; pero él sabía de la causa profunda, y de una forma de amor* que avanza *y que se intensifica en la dificultad, y poderosa, abre pasaje y trae aviso para los corazones y las mentes, y despierta a actividades y labores, y nos lleva, diáfanos, mecidos, en los inmortales pulsos de la vida. Y él, desdeñando la argucia, por encima de los credos, en el contacto raro con esas fuerzas que la mente busca, que le ponían doliente y le creaban afectos incomprensibles, silenciosos movimientos del alma, HOMBRE, nacía, como una raíz, y como piedad exaltada que sabe estar unida a lo posible, pero que no aparta lo real (1) y, gravitando al foco de los seres, desesperado, lanza un mensaje en que se continúa la obra de la naturaleza y del espíritu e instaura la necesidad de los desarrollos (2);*

---

lidad remotísima de hondos movimientos que como potencia de prodigios creadores; intuye la infinita congregación de sus elementos; ignora sus poderes compulsivos y fatales. — De ahí, según creemos, la minuciosidad, la vigencia que pone en no *comprometer* sus posibilidades. El es un *precursor;* nadie, en el pensamiento hispano-americano, ha tenido tanto la libertad como un cuidado, la sinceridad y la nobleza como deidades y númenes hospitalarios de la *filosofía heroica que vendrá.* Y es el único, en América, que pone el problema del hombre. La relación que intenta establecer con el pasado y con la tradición (oh, perdida belleza!); la relación que intenta establecer con el futuro (oh, arcano misterio de la belleza posible!), se concilian en su amor a lo que vendrá: confía en el advenimiento de lo sublime; requiere la vida *abierta a lo desconocido;* requiere el uso insondable de las almas; la inmensa reserva de *materiales cósmicos* que han de emplear *los seres* que tocarán *el borde del día no venido...*

(1) Plantea la relación con la vida. La insondabilidad de la persona y la inexhaustabilidad de la existencia, determinan la relación, que no cesa, con la vida, y el uso de la identidad posible.

(2) Todavía, el criterio de la existencia, es el desarrollo. Todavía, el criterio del amor, es la fidelidad al desarrollo. Acaso, la fidelidad al desarrollo, es la significación *última* de la existencia para el creador, para el amante, para el héroe de la fe, para el héroe del conocimiento.

de las memorias que se enriquecen (1); de las voluntades que se ejercitan continuas (2); de las sensibilidades que se ponen extensibles en el júbilo corpóreo de asir lo concreto; de las imágenes que varían en el delirio extático (3), y de los cuerpos conmovidos por un pensamiento que nos brota, que obedece a la vida, y que escapa al sistema y lleva a la creación de orbes en que podemos renacer inquietos, solares, terribles, en misteriosos desposorios; ya como veedores sutiles, ya como maneras elásticas de la sustancia, ya como fuerzas libres y piadosas confusiones envolventes, y como mentes infatigables y frescas que se avivan; y nos damos vinculados al Todo, y bendecimos los objetos de la vida en los que la verdad sonríe y acaricia. Así, Rodó supo ir hacia lo hondo y supo volver de sus viajes; permanecer en la cima de lo inesperado; quedar como temblor; arrebatarse en el sentimiento del valor de las personalidades intensificadas dentro de un pensamiento de lo meramente humano... (4)

...Acaso en ese período —el período de EL QUE VENDRA y ARIEL— tuvo el sentimiento de las limitaciones que padecía lo americano, porque ya en esas obras, generalizando y abarcando con amor, asume su vida y comienza una vocación que profundiza y compone conjuntos que prometen y no sofocan la libertad de los desarrollos para todos los seres. (Id., I., II., III.) (5)

...Damos así por manera harto parcial e indirecta, la biografía de Rodó, referida al período que va desde sus primeros escritos (publicados en la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, *desde mayo de 1895 a noviembre de 1897), y que culminan en EL QUE VENDRA y en LA NOVELA NUEVA. Hay allí, en la formulación, algo incierto, pero también gérmenes y latencias que han de concretarse en los trabajos que él corrigió e incluyó en EL MIRADOR DE PROSPERO (1913), y en los que el tema del* americanismo *y el de la* personalidad, *declaran la* angustia, *el padecimiento sufrido ante las limitaciones*

(1) Y cuyos datos él transfigura en el sentido de lo ideal y de lo posible. Rodó intuye los *rumbos* de la irreprimible metamorfosis, halla la esfera de los cambios, pero no llega a ser la causa de las modificaciones infinitas.

(2) Rafael Barret ha destacado egregiamente que Rodó no afirma de un modo terminante que las energías del alma dirigidas por la voluntad sean absolutamente creadoras. También dice: «Rodó no se enamora de la energía en su misterioso nacimiento, cuando aletea anarquista y loca, sino de la energía adulta, involucrada ya con las realidades ambientes, cuando ha levantado y agrupado en torno suyo la inmensa red de las cosas, y constituye un organismo en marcha». Véase, en *Ideas y Críticas,* los dos notables artículos sobre Rodó.

(3) Actividad infinita de la atención espectante, debido a la profundidad, *a lo posible,* y de la imaginación, que tiene y mantiene el cuerpo corpóreo en la esfera de la vibración y de los cambios.

(4) *El triunfo de lo humano en su pureza* — según la fórmula de Goethe.

(5) Las notas y alusiones que remiten a este *Ideario,* van siempre incluídas en el texto, como en el ejemplo.

americanas al tiempo que la necesidad del heroísmo *(1), y para el que sabe leer las formas que presiden a los* desarrollos vivientes, *en los trabajos incluídos en la* Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales *se rastrea, por así decirlo,* el cuerpo perdido de lo americano; *despertando, él,* «al vínculo obligatorio y fecundo con la obra común de los hermanos, *y aceptando con alegría de ánimo el puesto que la consigna de Dios le había señalado en sus milicias al fijar la patria donde nacer y espacio de tiempo donde fijar su vida y su obra». La expresión, originalísima, publicada a cada paso en los trabajos aludidos, y en el mayor de todos, que refundiera en EL MIRADOR DE PROSPERO, sobre Juan María Gutiérrez y su época, insinuada en EL QUE VENDRA,* guarda en potencia los temas del pensamiento americanista de una filosofía del heroísmo, *como en ARIEL (1900) (Id., II),* se vive la tragedia y esperanza del presentimiento heroico, *y en MOTIVOS DE PROTEO (1909) (Id., III), se advierte, luego, la infinita espontaneidad y capacidad inventiva de las potencias humanas, y los modos, y las causas determinantes del heroísmo, y en las* sinfonías *consagradas a Montalvo y a Bolívar y en un sinnúmero de* trabajos pequeños; *que* prueban *cómo, contrariamente a lo que se ha dicho, tuvo el pensamiento de Rodó esta gravitación constante y profunda: a lo concreto, que era lo americano de su tiempo, en lazo viviente guardado en la tradición y exaltado en la memoria, y a lo ideal, que podía mejorar la sustancia de la historia, por un reclamo hondísimo, por el advenimiento, necesario, de lo heroico, en América; por la aparición de personalidades que tallaran, a grandes trazos de energía, como en el pasado lo hicieron Bolívar y Montalvo («dos héroes del dios vivo de la Libertad»), nuevas maneras de poesía, nuevos sueños,*

(1) Emerson *(Essays, First Series)* en su ensayo sobre el *Heroísmo,* señala «*que hay algo no filosófico en el héroe*»; «*algo no santo en él*», y destaca su carácter de jovialidad y de desafío (siente «*el embriagador regocijo de la disolución universal*»), y le halla, en otra parte, «*inconmoviblemente centrado*» (hero is who is inmovably centred). Pero aquel «*núcleo resistente y amargo*», que es uno de los atributos esenciales del heroísmo, (según Du Bos), y «*aquella buena voluntad de perecer*» («*el heroísmo es un esfuerzo hacia el absoluto desastre*» de Nietzsche), y «*la salvaje profundidad, y la sinceridad inculta*» de Carlyle, y la capacidad del pensamiento «*moviéndose a lo grande*», y «*los poderes y las irrupciones que hace en lo eterno*», según Montalvo, más el sentimiento del valor de las almas solitarias pero rebasadas en el poder avizorador, en el profetismo de la *voluntad alentando los movimientos de una espontaneidad infinita,* más el de la utilización de lo desconocido, de lo fugaz, de lo nimio, en Rodó, de diversa manera, se congregan y se sintetizan. Para él, el acto heroico, es una alegría, pero por creador; su *héroe,* alcanzado por el amor en el centro de su identidad más alta, y puesto en la esfera de los cambios, *desde* el espíritu, mueve el material de la naturaleza; usa las reservas del tiempo no venido, y sintiéndose continuo en la actividad a que somete lo desconocido, sirve a la libertad más humilde, a la espontaneidad más inocente, a la belleza *más lejana,* al tiempo que eterniza el proceso cósmico de la fugacidad, de los crecimientos, de las expansiones, de los cambios... Con estas notas, más bien con estas notas, se llenaría el sentido, *muy humano* que, de lo heroico, ha insinuado Rodó y que intentamos, temerosos, elucidar en esta nota.

y expresiones más ricas de grandeza heroica. Y aunque es verdad que el pensamiento de Rodó puede situarse, relacionándolo, con el positivismo y con la filosofía europea, como él mismo lo hizo egregiamente en las penetrantes páginas dedicadas, en EL MIRADOR DE PROSPERO, a Carlos Arturo Torres, y relacionarse, por oposición, con las expresiones del pensamiento utilitario, positivista y pragmatista, y con la tradición romántica que remonta hasta la filosofía de la personalidad, y enlazar al idealismo de Platón, es cierto que Rodó cumplió su tarea; movió su entraña en aquella exigencia que supone la originalidad y que es un carácter de la angustia americana; pero que es también un modo de la fidelidad a su tiempo, a la patria donde se nace, y el espacio de tiempo que sirve para realizar nuestras vidas y nuestras obras...

...Rodó sufría mucho. Envejecía, a causa del dolor. «Del brío de este grande agente transformador, juzgarás si imaginas su influjo sobre las hondas realidades del alma por el modo como alcanza a transformar la carne y la apariencia». Y: «Nuestra fisonomía es, en manos del dolor, como una blanda máscara que la continuidad de su trabajo modifica; endureciéndola, para siempre quizá, en la expresión y los rasgos que sustituye a los de la naturaleza. ¡Qué prodigiosos retoques del barro vivo; de la forma animada! Esas frentes sumisas, que sellan indelebles arrugas; esos lánguidos ojos, de pupilas inciertas, de mortecino mirar, acaso enrojecidos por el dejo y la frecuencia del llanto; esas mejillas maceradas; esas narices a las que se ha sacado filo; esos labios exangües, flojos y entreabiertos, esas palideces transparentes; esas lividéces terrosas; esas cervices mal seguras; esos aspectos ya de espiritualidad cuasi divina, ya de estúpido anonadamiento; esas prematuras canas...» Pero el dolor en él era una exaltación; llevaba a un despertar de la personalidad humana insondable, y al sentido de los trabajos, a lo americano y al heroísmo; colocaba en la proximidad de potencias e intenciones plásticas necesarias a la América real-ideal, perdida en el alma de los tiempos y que sus hijos mejores, por encima de las efigies de las culturas fenecidas, evocan como un numen que mueve desde lo hondo de la vida y despierta arcanos movimientos en el foco de la identidad y en la dolencia creadora de los sueños... (1).

(1) *La América ideal:* una forma de nuestro amor, un mundo que *debimos* crear alentando los modos inconsistentes de lo real, poniéndonos más desesperados; *más* con personalidad infinita: *para crearla,* para no llevarla en la dolencia misteriosa de los sueños. Y es el pensamiento de la realidad americana lo que determina en Rodó la *angustia histórica* y el esbozo y la existencia del heroísmo. Acaso él sentía lo pasado como infortunio; el presente como indigencia y finitud profundizadora; la libertad como un cuidado; el dolor, como proyecto de grandeza. Aquí, en América, no es posible sino crear y redimir; no es posible sino el *evangelio del amor universal.* Si se nos arranca de ello, caemos en la imitación; en la imitación, que aleja de la profundidad viviente y sustituye el desarrollo *(la vida abierta a lo desconocido),* o por la forma histórica de la tradición, o por los modos abstractos de la vida; perdiendo así el sentimiento concreto de las personalidades; del trabajo en la historia; de las libertades humildes; de los enternecimientos arcanos; de los ennoblecimientos *fatales*...

En el año 1916 partía para Europa. Iba a escrutarla con ojos propios, con la mirada del americano original y vivaz.

José Enrique Rodó murió en Palermo, el 1.° de Mayo de 1917.

De su pasaje por el viejo solar hispánico y por la Italia que guardaba el vestigio de milagrosas formas de belleza, y de la angustia contemporánea, nos ha dejado algunas de las mejores páginas que haya escrito. Aparece allí otro Rodó; *más taciturno y exaltado; más en el interior de la existencia; más viviente,* más cerca de la muerte; más directo; capaz de otros estilos, y vehe*mentísimo, con energías insospechadas... Pero... aquellos tumultos y presagios..., aquellas fuerzas de la* nostalgia *(el misterioso poder suscitante de la relación de ausencia)..., el insondable esfuerzo para congregar la pluralidad de los seres y mantenerlos en la esfera de los cambios alentando los movimientos de su espontaneidad infinita, levantaron, de seguro, la ignota causa que trabaja en el centro de las conciencias y en el giro de las estrellas, moviendo* cielos y frescos abismos *de esplendores, e incitando a ensayar hipótesis menos infortunadas de verdad y de belleza; memorias más excelsas; númenes más poderosos e infatigables (para libertades más hondas!) hallados en la* segunda manera de la vida *y antes de que nos alcance la* transformación más misteriosa y trascendente de todas...

Agosto de 1942.

LIBRO I

LA TAREA

AMERICANISMO POLITICO Y LITERARIO

DOS HEROES DE UN DIOS VIVO:

MONTALVO Y BOLIVAR

LIBRO I

AMERICANISMO POLÍTICO Y LITERARIO

EL LLAMADO DE LA REALIDAD INSONDABLE

1. *Musa inmortal*

Tal como hay en el espacio, para cada vasta zona una genialidad de la Naturaleza, hay en el tiempo para cada nueva modalidad del espíritu, una Poesía, una Hermosura. Ninguna idea, ninguna aspiración, ningún sentimiento, que hayan marcado el ritmo de una hora a la marcha de las generaciones humanas, deben morir en la profundidad de la conciencia que un día estremecieron como la piedra lanzada a la superficie de las aguas serenas, sin que el arte divino los llame a su regazo y recoja de ellos la confidencia que luego recibirá de sus labios el soplo de otra vida que durará como el relieve de la cera que se convierte en el relieve del bronce.

¿Necesitamos, los que hoy pedimos una nueva cuerda, de ignorada virtud, para que vibren aquellas cosas de nuestra alma que en las usadas liras no la encuentran, negar a los que nos han precedido? ¿Necesitamos, los que tenemos la sed de una nueva fuente espiritual para nuestro corazón y nuestro pensamiento, desandar el camino andado, volver la espalda a aquellas fuentes que brotaron ayer de los senos de la Realidad? Antes bien, la obra de los que nos han precedido es una indispensable condición amplia y armónica, la que comprende lo mismo el vasto cuadro de la vida exterior que la infinita complejidad del mundo interno, — una Musa inmortal de la que ya nadie podrá apartar impunemente los ojos.

2. *...pero persiste el sentimiento intenso de la vida.*

Para quien las considera con espíritu capaz de penetrar, bajo la corteza de los escolasticismos, en lo durable y profundo de su acción, las sucesivas transformaciones literarias no se desmienten: se esclarecen, se amplían; no se destruyen ni anulan: *se completan*. No son como el rastro leve y efímero que el viento borra para que se grabe en la arena la huella de otra planta. Son sobrepuestos tramos de donde ve dilatarse rítmicamente el horizonte quien los sube. Son círculos concéntricos, cada uno de los cuales amplía el espacio del círculo anterior, sin fijarse en plano distinto. — Quedó del clasicismo para siempre el sentido de la mesura plástica e ideal, el amor de la perfección, la noción imperatoria del orden. De la protesta romántica quedó, también para siempre, su dogma de la relatividad de los modelos, su adquisición de libertad racional. Y de la escuela de la naturaleza quedarán la audacia generosa y la sinceridad brava y ruda, el respeto de la realidad, el sentimiento intenso de la vida; pero no quedarán, ni las intolerancias, ni las limitaciones.

3. *Espejo viviente.*

No comprendemos ciertamente nosotros la vinculación del arte y las ideas de la manera que condujo al didacticismo pálido y prosaico que aspira a ser una justificación de la divina Poesía ante las almas privadas de «entendimiento de hermosura», o a aquel intento científico que conspiró a encadenar el vuelo ideal de la Belleza en la teoría del romance experimental. Nosotros concebimos nuestro arte señor de sí, desinteresado y libre; pero no creemos que la más poderosa inspiración que guíe su marcha entre los hombres puede nacer de la indiferencia o el desdén por lo que pasa en nuestras almas. — Queremos oír vibrar en la palabra del Poeta las mismas voces que inquietan nuestro sueño, y verle palpitar con la propia sangre que se vierte en nuestras heridas. — No le queremos desdeñoso de nuestro pensar, superior a nuestras emociones, espectador glacial de nuestras luchas. Para nosotros, durará siempre en su naturaleza espiritual un poco del bardo, un poco del aeda. Estará siempre en su mente el espejo donde se depura y hace

inmortal cada nueva imagen de la vida, el crisol donde todos los pensamientos se acendran, la luz que los viste y tranfigura. Cuando las almas tienen sed, suya será la mano que se tienda para guiarlas a la fuente ignorada; cuando las almas sienten frío, él es el leñador que ha de ir por leña para encender la hoguera.

4. *El porvenir es el plan ignorado de nuestros desarrollos.*

Como en la obra de aquellas que la precedieron, se discernirá en la de la fe que hoy agita, vaga e informulable, nuestras almas, la escoria deleznable y el mármol y el pórfido que duran. — Ella no viene a señalar, como el verbo de verdad eterna, el solo camino de salvación. Saben bien sus Pontífices que el Arte no es más que un huésped transitorio bajo el techo nuevo que alzaron. Ellos saben bien que su única morada digna entre los hombres sería la ciudad en que Schiller soñó verles rendir a la Verdad y la Belleza un solo culto; la «ciudad ideal» a la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos, por la reconciliación de todas las inteligencias. — Y así, no ha de considerarse cada nueva revelación como barrera impenetrable que fije a las miradas un límite último y preciso, sino más bien como un cielo nebuloso tras del que se columbren vagas e inciertas lontananzas. No ha de decir el innovador literario: «Esta es la verdad», sino tan sólo: «La oportunidad es ésta». No se enorgullecerá de haber amarrado a su palabra el porvenir; porque el porvenir es el secreto del plan ignorado de nosotros. Y cuando la escuela que ha creado sienta crujir bajo sus pies las hojas amarillas de la duda, ella ha de resignarse a que la que aparece tiñendo de luz nueva el horizonte, le diga como Hamlet a Horacio: «Hay muchas cosas en el cielo y la tierra que tú no sospechaste jamás».

5. *La bandera de la sangre.*

...—La fórmula de la verdad artística no ha de ser como el ritual inmóvil en que pretenda legarse al porvenir la revelación del procedimiento definitivo e invariable. La fórmula más alta para llegar a la verdad, será más bien la que imponga a cada generación humana, convirtiendo en precepto la imagen poderosa de Taine a

propósito del poeta de las *Noches*, «arrancar despiadadamente de sus entrañas tal cual es, la idea que ellas concibieron, y mostrarla a los ojos de todos, ensangrentada pero viva».

6. *En el cauce de la manifestación.*

El Arte grande, humano, y eficaz en nosotros, será aquel que se cierna sobre esta inmensa agitación, sobre esta vorágine soberbia, para tender sobre ella la sombra de sus alas; el verbo poético y poderoso y fecundo, será aquel que no busque fuera del alma de su tiempo los impulsos creadores, sino que se reconozca hechura de su espíritu, y le manifieste todo él, desde sus grandes e impetuosos estremecimientos hasta sus vibraciones más sutiles y más vagas.

7. *En busca de algo nuevo.*

Un soplo tempestuoso de renovación ha agitado en sus profundidades al espíritu; mil cosas que se creían para siempre desaparecidas, se han realzado; mil cosas que se creían conquistadas para siempre, han perdido su fuerza y su virtud; rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra, y hay un inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una nueva luz, el hallazgo de una ruta ignorada, en la realidad de la vida y en la profundidad de la conciencia.

TAREA E IDEAL

BUSCAR EN EL ALMA DE LOS TIEMPOS LOS IMPULSOS CREADORES, Y HALLAR, PARA AMERICA, LAS CAUSAS DE LA EXALTACION Y DE LA GRANDEZA.

8. *El sacrificio y el heroismo perpetuarían.*

Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispano-americano; propender a arraigar en

la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.

9. *Un amor más profundo, hubiera asegurado la libertad del indio.*

...El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de la sierra, pasa junto a la cabaña del cholo, o que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inventada o aprendida. Es música triste y querellosa; es el hondo plañir del *yaraví*, la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el aprobio secular, la han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aún al negro; y sin más que hablarle en són de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe

condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pié, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenes de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capatáz, está rebosado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor se arrebata la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, mostruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, o se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta promediar el siglo diez y nueve, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo del anganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raíz la melena, que para él era el más

atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también la necesidad del sufrimiento. Cuando le tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda a los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina, y a veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inícuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición venerada, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso e infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración a ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aun solía suceder que el indio gañan, de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del Rey.

La Revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la República, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil, sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de

sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan a los beneficios; la Universidad, para el de raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenes de la casa le agobian, echa mano del indio transeunte y le fuerza a que trabaje para él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la estancia, del maestro del obraje, del «alcalde de doctrina», del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo. Hánle enseñado sus tiranos a que, luego que le azoten, se levante a besar la mano del azotador y le diga: «Dios se lo pague»; y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, o de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo... Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso a los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

10. *La composición de la colonia.*

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna o la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española(ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti;* el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa que se relega a indios y mestizos, o a la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel llano a que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adonde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra lo omnímodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera constituída era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa o de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo

es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal e ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya a la una, ya a la otra, en el cercano sacrificio. Sus vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naos entre las olas de la mar.

11. *Viene en las ráfagas de antigüedad y de naturaleza virtud salvadora para la conciencia de estos pueblos, descaracterizados por el cosmopolitismo, negligentes en la devoción de su historia.*

No desconocían ni ignoraban esto los directores de aquella generación. No desconocían ni ignoraban que la interpretación estrecha de la idea de americanismo que desplegaban por bandera, apenas habría dado de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones y desconfianzas; originalidad que, tratándose de pueblos sin madurez para educar aparte de todo magisterio extraño su pensamiento, valdría tanto como pobreza de fondo e ingenuidad pueril aldeaniega. Ellos sabían bien que una cultura novel y fundada en libertad, sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea a los *cuatro vientos del espíritu*, y que la manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación.

Propendiendo, con el impaciente amor del neófito, a asimilar cuanto fuese arte, saber, selección de hábitos e ideas, no podía ocultárseles que el desenvolvimiento de la vida de ciudad exigiría progresivamente entre nosotros, del escritor y el artista, una profunda atención para nuestras inquietudes espirituales, que son, no las de una determinada latitud de la tierra, sino las de todos los pueblos circulados por el genio de una misma civilización; y que, a medida que nuestra capacidad literaria adelantase, había de adquirir superior importancia sobre la espontánea sencillez del tema

nativo, aquel elemento de interés que denominaba Ixart la *vitalidad intelectual* de los asuntos.

Pero, entonces, como ahora, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la sustancia poética e ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta a un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza puede venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia.

12. *Faltando el ambiente de la libertad, la literatura de la colonia, nacida de ocios fríos, languidecía en el remedo servil, sin numen emancipador y potente.*

Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la Emancipación, una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían a la aparición de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irreemplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, era, con relación al pensamiento y a la sociabilidad de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y alcance literario, para convertirse en la fatal imposición del ambiente y en el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción intelectual que de otra cualquiera de las manifestaciones del espíritu. La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos; enteramente extraña al poder que gobernaba sus destinos y al magisterio que modelaba su cultura; dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que re-

cibía leyes, hábitos, creencias. El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado, que, sin dejar de explicarse por las influencias y por los modelos de la decadencia española, era, también, el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Nacida de ocios fríos, la obra del escritor no respondía a un interés social ni lo suscitaba. Poco tenía aquella paz, sin belleza ni espíritu, de la superior serenidad en que da su flor una cultura. Aún tenía menos del ambiente propicio a aquel género de pensamiento y de arte, rudo pero intenso y sanguíneo, que brota de los entusiasmos de la acción y de «las disputas de los hombres».

Sin duda, una gran parte de la literatura de la colonia era la expresión de los sucesos reales y actuales de la sociedad en que se producía; v. gr.: la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arropaba vistosamente la lisonja servil y añadía un son vano al decoro de las ciudades donde se asentaba la autoridad de los virreyes; pero la constante trivialidad de aquellos sucesos, quita todo valor significativo a las páginas que los reflejan. Es el diario de una travesía sin percances, en sempiterna calma, bajo inmutable toldo de bruma.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un alma colectiva, que imprimiera a la sociedad colonial sello peculiar y distinto, tampoco era posible que brotara de la dilatación del alma española al través del Océano que dividía el inmenso imperio, ni que recogiera su inspiración en los recuerdos y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde las columnas de Hércules hasta el Golfo de México y el Estrecho de Magallanes.

El progresivo desvanecimiento de la conciencia de esa unidad moral, en las colonias americanas, y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hecho que inspiraron al gran viajero de quien ha podido exactamente decirse que realizó a principios del pasado siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. «Las memorias nacionales, afirma Humboldt, se pierden insensiblemente en las

colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican a un pueblo ni a un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan a su imaginación como pertenecientes a un mundo puramente ideal o al vacío de los tiempos fabulosos» (1).

En cuanto a las memorias y leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de América junto a la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la Independencia pudo venir la reivindicación de tales reliquias del pasado como cosa propia de la tierra, como abolengo de su historia. «El colono de la raza europea —añade Humboldt— se desdeña de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja su miradas sobre lo que fué».

Mudo y sin alma lo pasado; ajena la realidad actual a todo estímulo de pasión e interés, y cerrado, por una fatalidad que excluía todo objetivo de la voluntad, el horizonte del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión de simpatía que la trocase en idea y sentimiento de todos. La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás; los rasgos propios que determinaba en las costumbres la lucha de la civilización y el desierto, sólo hubiera sido posible que brindaran inspiraciones de originalidad a la lírica y la narración, si estas formas de arte hubiesen reposado, para las escuelas de aquel tiempo, en la imitación de la vida.

13. *Primeros ejercicios de aprendizaje del pensamiento propio.*

Con la proximidad de la Revolución, ciertas audacias e inquietudes del pensamiento aceleran las pulsaciones de la imprenta colonial, como herida de la emoción del presagio y el apercibimiento. Uno de los signos reveladores de la fundamental transformación que se operaba en el espíritu público es, en los últimos

(1) *Humboldt*, «Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente», Cap. V, Libro II.

tiempos de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las preocupaciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en Buenos Aires las memorias de Belgrano y los trabajos de Vieytes, para la propaganda de la libertad económica, y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el *Memorial de los Hacendados*, y su nota de sentimiento en el canto de triunfo con que el Rouget de Lisle de las futuras victorias de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor popular y en los arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aun no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. Y como elemento de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio, en vísperas del tiempo en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de los orígenes históricos del Virreinato, que no se manifiesta sólo por la investigación erudita y la exposición indiferente, sino que se colora ya, en los escritos de Funes, de Araújo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus páginas, con ciertos toques de sentimiento tradicional y patriótico; al paso que se generalizaban, entre los temas preferidos de aquellos mismos periódicos, las descripciones geográficas del suelo, con que se contribuía a fijar y definir la noción material de la patria que se esbozaba. Pero aun tuvo una manifestación más genuinamente literaria ese sentimiento naciente de las cosas propias, y es el bosquejo de una poesía inspirada en la originalidad de la *tierra*, que Labardén trazó, remontando a la entonación del lirismo la imagen de la naturaleza y probando calzar con el coturno trágico la leyenda de la América primitiva.

Sobrevino la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. La literatura de la Independencia americana como la actividad de los tiempos a que dió expresión, fué absorbida por un sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fué aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse una expresión más compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni, aun menos, si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

La poesía de la revolución argentina, que Juan María Gutiérrez pudo justicieramente enaltecer en el conjunto de la de los pueblos de América, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo a la épica realidad de los tiempos; la que lleva en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la libertad y una glorificación más constante de sus triunfos, hubo de compensar esta superioridad marcial con una fisonomía más austera y monótona, menos complementada por otros elementos y formas de poesía, que se agruparan como notas armónicas, en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, la carne bajo la coraza; destacando un relieve personal, de amor, de tristeza o de abandono, sobre la uniforme expresión de los entusiasmos comunes. Cualquier persistente propósito de tributar, en otros altares que los de la acción, pensamiento o belleza, habría parecido, durante aquellos veinte años, signo de extranjería y egoísmo: tal como si, en Esparta, se hubiera osado modificar, con los sones de la molicie y el deleite, la inmutable simplicidad del ritmo dorio, el tono sugeridor de la altivez viril y del impulso del combate.

14. ***América, gimente, arranca en el irresistible poder del heroismo, abre un amoroso cauce a la libertad y asegura, por su origen, la grandeza de sus destinos.***

La revolución de la independencia suramericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las

cuchillas que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómade, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, a la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituída y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Paéz, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político, y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda; ésa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destrozar un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de

guiarlo a su expansión más franca y domeñadora, por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrastase las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, o en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original e instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la van-

guardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebate, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Guemes no acortó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Guemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

15. *Artigas, trasmite al porvenir la idea y la unidad de la patria.*

Pero si por cuna de la patria entendemos, no el conjunto de esos antecedentes primeros, sino la revelación entera, franca y eficaz del sentimiento que llamamos propiamente patriótico, y de la idea que lo determina y hace consciente, entonces no está la cuna de la patria en Montevideo, último reducto del poder español y fácil presea de la conquista lusitana. La cuna de la patria está dispersa en la extensión de esas cuchillas casi desiertas donde las «montoneras» heroicas espaciaron su instinto de libertad y su indómita soberbia, fermentos generadores de una independencia y de una democracia; la cuna de la patria está en el terrón del rancho humilde donde tuvo su precario asiento aquella sociabilidad seminómada que se personifica en el tipo legendario del gaucho; la cuna de la patria está en el seno de la virgen y bravía naturaleza, y abarca tanto espacio como las fronteras de la patria misma. Pero si en alguna parte se radica y concreta es en ese original e interesantísimo esbozo de capital independiente que se asentó sobre la mesa del Hervidero y donde Artigas bosquejó, con tosca energía, la imagen de la organización civil que llevaba en la mente junto a las inspiraciones de su acción heroica.

La sociedad europea de Montevideo y la sociedad semi-bárbara de sus campañas, dándose recíprocamente complemento, fueron mitades por igual necesarias, en la unidad de la patria que se transmitía al porvenir. Y el lazo viviente que las juntó dentro de un carácter único es la persona de Artigas, hombre de ciudad por el origen y por la educación primera; hombre de campo por adaptación posterior y por el amor entrañable y la comprensión profunda del rudo ambiente campesino. Son este amor y esta comprensión los que definen la original grandeza de Artigas, el secreto de su eficacia personal, la clave de su significación histórica. Haber profesado con inquebrantable fe, cuando todos dudaban, los principios de la independencia, la federación y la república, bastaría para revelar corazón entero y mente iluminada, pero no bastaría para

determinar la superioridad de hombre de acción. Lo que determina esa superioridad es la intuición y la audacia en la elección de los medios: es el mirar de águila por el que comprendió que los elementos necesarios para imponer aquel programa en los destinos de la Revolución, estaban sólo en el seno de esas muchedumbres de los campos, a cuyo frente se puso, afrontando las preocupaciones y los egoísmos de su tiempo. Allí, en el ambiente agreste, donde el sentir común de los hombres de ciudad sólo veía barbarie, disolución social, energía rebelde, a cualquier propósito constructivo, vió el gran caudillo, y sólo él, la virtualidad de una democracia en formación, cuyos instintos y propensiones nativas podían encauzarse, como fuerzas orgánicas, dentro de la obra de fundación social y política que había de cumplirse para el porvenir de estos pueblos. Por eso es grande Artigas, y por eso fué execrado como movedor y agente de barbarie, con odios cuyo eco no se ha extinguido del todo en la posteridad. Trabajó en el barro de América, como allá en el norte Bolívar; y las salpicaduras de ese limo sagrado sellan su frente con un tributo más glorioso que el clásico laurel de las victorias.

16. *Estos fueron los caudillos. Rivera.*

En los preámbulos de esta epopeya de la libertad, como, antes, en el transcurso de la epopeya de la independencia, el vencedor de Guayabos, del Rincón, de Misiones, de Cagancha, se destaca con plástica marcialidad. Intersantísima figura; héroe epónimo de un período crepuscular de civilización y barbarie, con toda la complejidad de aptitudes que este doble ambiente requería: gaucho en el campo y patricio en la ciudad; astuto como un zorro y bravo como un león; tan liberal en el concepto de pródigo como en el de amigo de la libertad; conocedor del terreno del país sin que se le olvidase cerro ni cañada, y de las voluntades de los hombres sin que se le escapase gesto, ni intención; patriarcalmente vinculado a su pueblo, desde las solemnidades de la vida doméstica hasta los grandes cuadros de la existencia colectiva, desde el padrinazgo de los óleos hasta la dirección de la batalla; mezcla de monarca electivo y de incoercible demagogo, de *Juez* libertador y de Caballero protector; y con la palabra que más típica y cabalmente lo caracteriza: caudillo. Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas. Estos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías por la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden.

17. *Este es un modelo sagrado que el genio de la especie impuso a las creadoras manos de la vida.*

Al lado del puro indio, o por encima de él, la tradición histórica, y la misma escena contemporánea, ofrecían un tipo humano de incomparable virtualidad artística: el gaucho, el centauro concebido por la ruda sociedad pastoril, de su abrazo con el ambiente del desierto.

El gaucho era, para cualquier artista observador, una realidad que ostentaba a *flor de aire*, casi sin corteza prosaica, su porción natural de poesía. Pocas veces civilización y barbarie han contrastado sus colores en tan pintoresca originalidad como la de ese hermosísimo tipo de nuestra edad heroica. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización de aquella nota de libérrima personalidad, de fiereza altiva e indómita, que él consideraba como el más favorable atributo de los caracteres que han de ser objeto de adaptación estética: el que palpita en la violenta poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y rodea de irresistible luz la frente de los héroes satánicos de Byron; y en su figura, ya belicosa y arrogante, con la avasalladora simplicidad de un paladín de *gesta*,

ya legendaria y melancólica, como una sombra errante en la infinita soledad, sentirá siempre la fantasía del poeta uno de los más gallardos y enérgicos modelos que el genio de la especie haya impuesto jamás a las creadoras manos de la vida.

18. *Más, el genio está en la proximidad avasalladora de las fuerzas.*

La obra del escritor, como toda obra del hombre está vinculada al medio social en que se produce por una relación que no se desconoce y rechaza impunemente. La misteriosa «voluntad» que nos señala tierra donde nacer y tiempo en que vivir, nos impone con ello una solidaridad y colaboración necesarias con las cosas que tenemos a nuestro alrededor. Nadie puede contribuir, en su grado o limitada esfera, al orden del mundo, sin reconocer y acatar esa ley de la necesidad. Cuanto más cumplidamente se la reconoce y acata, tanto más eficaz es la obra de la voluntad individual. Dícese que el genio, es, esencialmente, la emancipación respecto de las condiciones del medio, pero esto debe entenderse en lo que se refiere a los resultados a que llega, suscitando nuevas ideas, nuevas formas o nuevas realidades. Por lo que toca a los elementos de la operación genial, a los medios de que se vale, a las energías que remueve, el genio es, como toda humana criatura, tributario de la realidad que le rodea, y cabalmente en comprenderla y sentirla con más profundidad y mejor que los demás consiste el que sea capaz de arrancar de sus entrañas el paradigma de una realidad superior.

19. *El sentido profundo de la originalidad literaria americana.*

La idea dominante, el propósito tenaz, aunque desigualmente realizado, que infunde carácter y unidad a la obra literaria de la generación de Juan María Gutiérrez, es la reivindicación de una autonomía intelectual; es el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma.

De los ensayos de aquel tiempo procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido

con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones y, mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor a los cuadros e impresiones de la naturaleza, a las formas originales de la vida en los campos donde aun lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y a las leyèndas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo.

Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca o dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera, de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria; y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo o su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además, no es tanto la forzosa limitación a ciertos temas y géneros, como la presencia, en lo que se escribe, de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria.

20. *La expresión del sentimiento de la naturaleza, en la obra de Juan María Gutiérrez.*

Fué Juan María Gutiérrez de los primeros en tentar la expresión del sentimiento poético cuyos orígenes hemos bosquejado.

Apenas había difundido sus ecos *La Cautiva*, ya él buscaba comunicar el aliento de la naturaleza al verso esbelto y primoroso de que tuvo el secreto y que fué en sus manos una forma flexible a toda influencia nacional y a todo ejemplo innovador, sin mengua de aquella serenidad, constantemente prevenida, de su gusto.

Dentro de la originalidad americana, su sello personal consistió en hermanar con la directa expresión de las cosas propias y con el sabor de la tierra, cierto suave aticismo, cierta maestría de delicadeza plástica e ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma. Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol preciosamente cincelado, y que llevan en sus melodiosos acentos algo de las blandas melancolías de la Ifigenia de Racine o la Cautiva de Chénier. En el paisaje, puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque e igual desvanecimiento apacible del color. Dueño de un pincel exquisito, se complació en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cuadros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma. Robó a la naturaleza regional los más encantadores secretos de su flora, y supo representar hermosamente la sensibilidad sutil del *caicobé;* el trémulo balanceo de la *flor del aire*, a quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del aroma, cayendo sobre el suelo abrazado por los rigores del estío.

21. *Inmensa pérdida de verdad y de belleza, en nuestra América.*

Una de las raíces de la inferioridad de la cultura de nuestra América para la producción de belleza o verdad, consiste en que los espíritus capaces de producir abandonan, en su mayor parte, la obra antes de alcanzar la madurez. El cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de la mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto. Esta temprana pérdida, cuando la superior perseverancia de la voluntad no se encrespa para impedirla, es la imposición del hado social, que prevalece sobre la espontánea energía de las almas no bien se ha agotado en ellas el dinamismo de la

juventud; ese impulso de inercia de la fuerza adquirida cuando somos lanzados de lo alto a la escena del mundo. Muere el obrero noble que había en el alma, y la muerte viene para él, como en la antigua copla, *escondida:*

Ven, muerte, tan escondida...

Se extenúa o se paraliza la aptitud, a imitación de esas corrientes perezosas que, faltas de empuje y de pendiente, quedan poco a poco embebidas en las arenas del desierto, o se duermen, sin llegar a la mar, en mansos estanques. El bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y arte, las originalidades autóctonas de América.

22. *La genialidad como síntesis inesperada y única.*

El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio, pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio, no significa la procedencia extratelúrica del aerolito; no excluye, como lo entendería una interpretación superficial, la posibilidad de rastrear, dentro del mismo medio, los elementos de que, consciente o inconscientemente, se ha valido; los procedentes que de cerca o de lejos le han preparado; el cultivo que ha hecho posible la floración maravillosa. Lo que sobrepuja en el genio todo precedente, lo que se resiste en el genio a todo examen, lo que desafía en el genio toda explicación, es la fuerza de síntesis que, reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sentido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos, como la síntesis química obtiene de la combinación de los elementos que reune un cuerpo con propiedades y virtudes peculiares, un cuerpo que no podría definirse por la acumulación de los caracteres de sus componentes.

La personalidad del genio es un elemento irreductible y necesario en la misteriosa alquimia de la historia. Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *los héroes* de Carlyle.

La fatalidad de las fuerzas naturales; la acumulación de las pequeñas causas; la obra oscura de los trabajadores anónimos; la acción inconsciente de los instintos colectivos, no excluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial, como factor insustituíble en ciertos momentos y para ciertos impulsos; factor que puede ser traído, si se quiere, por la corriente de los otros; fuerza que puede no ser sino una manifestación o concreción superior de aquellas mismas fuerzas, tomando conciencia de sí, acelerando su ritmo y concentrando su energía; pero que, de cualquier modo que se la interprete, responde a una necesidad siempre renovada y tiene significado substantivo.

23. *La norma que concilia la tradición y la novedad.*

En las generaciones que siguieron a aquella, una nueva fuerza hostil al sentimiento de tradición se agregó a esa influencia del idealismo revolucionario. Me refiero a las corrientes de inmigración cosmopolita, incorporadas al núcleo nacional con empuje muy superior a la débil energía asimiladora de que el núcleo nacional era capaz. Si la tradición de la colonia pudo ser desconocida y rechazada por los americanos de la Emancipación, porque en el fragor de la pelea, la imaginaban irreconciliable con su sentimiento de la patria, el transcurso del tiempo daba lugar a otra tradición, esencialmente vinculada a aquel sentimiento, por cuanto nacía de la idealización de los hechos y los hombres que representaban el heroico abolengo de la patria, al filtrarse en la memoria popular y adquirir la transfiguración de la leyenda. El pasado podía hablar ya con el prestigio de los recuerdos que colorean un blasón y encienden un orgullo colectivo. Por otra parte, aquella pintoresca y original semicivilización campesina que, desde los últimos tiempos de la colonia, animaba a las «cuchillas» y las pampas con el paso vagabundo del gaucho, mantuvo, por muchos años todavía, a las mismas puertas de las ciudades, un rico venero de color y de carácter social, que despertaba en estos pueblos la conciencia de una originalidad histórica. Pero el aluvión inmigratorio, después de confinar al fondo del desierto ese vivo testimonio de una tradición nacional, concluyó por absorberlo y desvirtuarlo del todo, al paso

que, en los centros urbanos, diluyendo en la indefinida multitud cosmopolita el genuino núcleo nativo, tendía a debilitar cuanto fuese sentimiento de origen, piedad filial para las cosas del pasado, continuidad de caracteres y costumbres.

Asistimos a ese naufragio de la tradición, y debe preocuparnos el interés social de que él no llegue a consumarse. El anhelo del porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento, pero, si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto velamen. Para esa obra de conservación, todos los momentos traen su oporunidad; todas las actividades, aun las aparentemente más mínimas, ofrecen ocasión capaz de ser aprovechada. Aparte de los grandes estímulos de la historia propia, cultivada y enaltecida como forma suprema del culto nacional; aparte del carácter de iniciación patriótica que debe tener, entre sus más altos fines, la enseñanza primaria, y de las energías que en la imaginación y el sentimiento puede mover una literatura que se inspire, sin mezquinas limitaciones, en el amor de la «tierra», no hay manifestación de la actividad común donde no sea posible tender a conservar o restaurar una costumbre que encierre cierto valor característico, cierta nota de originalidad, por insignificante que parezca. La norma debe ser no sustituir en ningún punto lo que constituya un rasgo tradicional e inveterado sino a condición de que sea claramente inadaptable a una ventaja, a un adelanto positivo.

Desde el aspecto material de las ciudades, en aquellas que aún conservan cierta fisonomía peculiar o que pueden tender a recobrarla, sin dejar de magnificarse y embellecerse, hasta los usos y las formas de la vida social, allí donde aún guardan cierto estilo, ciertos vestigios de una elegancia original y propia; desde el culto doméstico de los recuerdos, hasta la inmunidad de las originalidades populares en fiestas, faenas y deportes; desde el salón hasta la mesa, todo puede contribuir a la afirmación de una «manera» nacional, todo puede contribuir a arrojar su nota de color sobre el lienzo gris de este cosmopolitismo que sube y se espesa en nuestro ambiente como una bruma.

La persuación que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de este valor irreductible y soberano; ser algo propio, tener un carácter personal.

24. *Cómo debe entenderse el principio de originalidad local.*

El principio de originalidad local, en la obra del escritor y del artista, tiene, pues, un fundamento indestructible. Ampliamente entendido, es condición necesaria de todo arte y toda literatura que aspiren a arraigar y a dejar huella en el mundo. Apartarse de la verdad determinada y viva, de lugar y de tiempo por aspirar a levantarse de un vuelo a la verdad universal y humana, significa en definitiva huir de esta verdad, que para el arte no es vaga abstracción, sino tesoro entrañado en lo más hondo de cada realidad concreta. Querer ganar la originalidad individual rompiendo de propósito toda relación con el mundo a que se pertenece, conducirá a la originalidad facticia e histriónica, que casi siempre oculta el remedo impotente de modelos extraños, no menos servil que el de los próximos; pero nunca llegará a la espontánea y verdadera originalidad personal, que, como toda manifestación humana, aun las que nos parecen más radicalmente individuales, tiene también base social y colectiva, y no es sino el desenvolvimiento completo y superior de cierta cualidad de raza, de cierta sugestión del ambiente o de cierta influencia de la educación.

25. *Formas de realidad y de belleza capaces de representación profunda.*

...Pertenece todo ello a aquel fondo radical de la naturaleza humana que se encuentra por bajo de las diferencias de razas y de tiempos, como el agua en todas partes donde se ahonda en la corteza de la tierra. La obra del artista empieza cuando se trata de imprimir a este fondo genérico la determinación de lugar y de época, individualizando en formas vivas la pasión universalmente inteligible y simpática; y para este lejos de ser condición de inferio-

ridad el fijar la escena dentro de una civilización incipiente y tosca, son las sociedades que no han pasado de cierta candorosa niñez las de más abundante contenido estético, porque es en ellas donde caben acciones de más espontánea poesía, costumbres de más firme color y caracteres de más indomada fuerza. Por donde debemos concluir que si la vida de nuestros campos, como materia de observación novelesca y dramática, no ha alcanzado, sino en alguna obra de excepción, a las alturas del grande interés humano, de la representación artística universal y profunda, ha de culparse de ello a la superficialidad de la mayor parte de los que se le han allegado como intérpretes, y no a la pobreza de la realidad, cuyos tesoros, se reservan, en éste como en todos los casos, para quien con ojos zahorí catee sus ocultos filones y con brazo tenaz los desentrañe de la roca.

26. *La lucha heroica en América para instaurar la unidad interna de la historia, asegura la plenitud de su destino futuro.*

En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran a la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban a la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable a la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza a la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes e inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada a restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos

liberales, sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido o condenación para un pasado del que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron a la tradición y a la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, la sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron a su descrédito. En aquellas partes de Hispano-América donde una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse a la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fué éste un nuevo factor que conspiró a nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron a levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa a las tradiciones de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió a más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblos a quienes parecía trasmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió a la grande unidad étnica e histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que

éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos; la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección, — como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

Me he detenido, tal vez con demasía, a recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, a fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos e ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso, en la vida intelec-

tual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, a un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispanoamericanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza; no vinculada ya a una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta a todos los anhelos de libertad y a todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal; como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran a estampar su personalidad, diferenciada y constante, en la extensión continental cuya mitad ocupan y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, y que buscan por ello sentar el pie en el pasado histórico donde están las raíces de su ser y los blasones de su civilización heredada.

27. *El sentimiento de la raza, mantenido en la memoria y el fondo del carácter, recobra su continuidad e imperio, en el culto amoroso.*

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, persibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger a una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio e ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos e ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por

la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, a través de todo proceso de regeneración o reforma personal, la memoria y el fondo del carácter.

28. *Las mismas causas fundan la unidad de lo americano.*

En espíritu y verdad de la historia hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no solo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la continuidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

29. *Trabajando en el barro de América, hemos aspirado a crear formas de belleza y mansedumbre.*

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de los *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chio, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle, —flor delicada, sabroso fruto o ave melodiosa—, contestaba pidiendo, con ademán heroico, «pólvora y balas». «Pólvora y balas» nos habéis oído pedir, aquejados de fatal e inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha

arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela:* esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, «pólvora y balas», sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave misteriosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

30. *Nos lleva el designio íntimo de investigar y pensar por cuenta propia.*

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reinvindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia.

31. *Una España, en su personalidad propia y continua.*

...Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, o transfigurada, en nuestra América: sí pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano, —que es el orgullo de la tierra, y es, además el orgullo de la raza—, no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que *España se va* con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que *España se va*...

32. *Este es el sueño de Bolívar: Magna patria*

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aún más pequeño que un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de

los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de «patria» a lo que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella politicamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagra y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar—, es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía; menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

33. *Lo europeo, aquí, debe hacerse entrañable, modificado y acordado a las necesidades de nuestro desarrollo.*

Detengámonos a considerar estos puntos. Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aun a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituída y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, si pueden y deben consistir en aplicar esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse.

34. *La obra del escritor concurre, como fuerza positiva, al gobierno de las ideas y de las pasiones y sirve al desenvolvimiento del alma colectiva.*

...Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos, en autonómica hermandad, y con voluntaria y señoril contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien. Aun consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta *especie* de belleza si renunciara a las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal o cívica, de un medio insubstituíble para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Epocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del

presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

35. *El Héroe, un iluminado de la acción, un heraldo de lo desconocido.*

Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí, el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate o levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe;* San Martín no es *Héroe.* San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe.* Falta para que lo sea, a su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo e inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo desconocido.

36. *La parte heroica del periodismo. La lucha por la dignidad plena del hombre.*

Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría más que un título de superioridad o selección, una patente de egoismo. Significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama a los que tienen una pluma en la mano, a la defensa de los intereses comunes y de los comunes

derechos, en las horas de conmoción o de zozobra; significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda a la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe.

Periodistas por vocación o por transitorio imperio de las circunstancias, han sido casi todos los que, en la historia de nuestra turbulenta democracia, han dejado un nombre que se recuerde por los prestigios de la inteligencia o del civismo. Nuestros partidos pueden evocar de la tradición de la prensa casi todas sus grandes figuras civiles; y en cualquier manifestación de pensamiento y de labor, en que se busquen las energías superiores de la existencia nacional, se hallará siempre un periodista que las represente y encarne. Periodista fué Juan Carlos Gómez, y periodista don Eduardo Acevedo. Periodista fué Melchor Pacheco y Obes, después de haber sido héroe y tribuno; y periodista don Bernardo Berro, antes de ser gobernante. Con sangre de periodistas mártires se ha sellado, más de una vez, la protesta y la reivindicación de las libertades públicas: lo mismo cuando Francisco Labandeira deja su cuerpo inanimado al pie de las urnas del comicio, que cuando Teófilo Gil abate su noble frente en el más aciago de los campos de batalla. Un periodista, José Pedro Varela, realiza la obra santa de la reforma de la educación común; y otro periodista, Francisco Bauzá, nos da la primera síntesis de nuestro pasado en la labor severa de la historia. La vasta producción política, económica, histórica, literaria, jurídica, en que se difunde el luminoso espíritu de Carlos María Ramírez, y que será algún día, reunida en libros donde se perpetúa, alto timbre de nuestra cultura, es la obra de un periodista. Cuando queremos representar en formas vivas la entereza del carácter cívico y la inflexible resistencia contra el mal prepotente, lo personificamos en Prudencio Vázquez y Vega, cuyo pedestal son las columnas de un diario. Y para terminar, señores, esta rápida evocación de memorias ilustres, puesto que me limito a los que han dejado de existir, permitidme que agregue todavía un nombre caro para nosotros, y para todos respetable; un nombre que representa aquí el

recuerdo más cercano, y tanto más doloroso cuanto que es el recuerdo de gran esperanza perdida: el nombre, que ya siento asomar a vuestros labios, de Antonio Cabral, ayer no más llegado al gobierno con las coronas de su severa juventud: grande y preclaro en la esperanza; y por virtud de la esperanza, grande y preclaro en el recuerdo!

Las peculiares condiciones de una cultura naciente y apenas diferenciada en funciones de especial aplicación, han hecho que el carácter de nuestra intelectualidad se personifique hasta hoy en el periodista: especie de improvisador enciclopédico, dispuesto, como el teólogo de los tiempos pasados, a enterarse y juzgar de todas las cosas.. Nuestros novelistas, nuestros dramaturgos, nuestros líricos, todos, con rarísima excepción, han sido alguna vez periodistas; y si les preguntáis qué recuerdos guardan del periodismo y lo que le deben puede ser que os digan que la prensa diaria ha quitado algún tiempo o ha negado algún reposo a la vocación preferente de su espíritu; pero, en cambio, os dirán también que en la práctica del periodismo adquirieron esa disciplina del trabajo, ese hábito de la producción ágil y asidua, y esa gimnasia de claridad y precisión, que desentumecen el estilo y adiestran las energías del entendimiento, como el aire y el pleno sol y la desenvuelta actividad de los músculos vigorizan y entonan el cuerpo entumecido en la quietud.

37. *Labor efímera, pero porfía heroica que asegura fundamento más hondo a la libertad y a la democracia.*

Suele decirse que la labor del periodista es efímera. Esto no es verdad más que a medias. Es efímera la forma, la exterioridad, la envoltura; la página que se escribe un día y que, salvo algún caso singular, ha muerto y se ha disipado al día siguiente; pero la influencia y la sugestión que quedan de esos esfuerzos aparentemente perdidos y olvidados, constituyen una acción persistente y eficaz como ninguna, que convence, que apasiona, que destruye, que reedifica; que forma, en una palabra, la conciencia de los pueblos. Así, es efímera la semilla de la planta; es efímero ese cuerpo leve enjuto en que está depositada la simiente fecunda; pero, si dura poco, débese a que la disolución de sus tejidos es condición

necesaria para que el germen que contiene muerda la tierra y dé de sí la planta que ha de coronarse luego con la flor delicada y el fruto sustancioso. No se expresaría una ilusión de ideólogos, sino una positiva e incontestable realidad, si se dijera que, habiendo de elegirse entre tener un absoluto dominio sobre la propaganda de la prensa difundida y prestigiosa, o tenerle sobre los instrumentos transitorios de la fuerza material, insensato sería quien optase por este poder falaz y precario, y no por aquella dominación lenta y segura, que, en definitiva, es infaliblemente el triunfo, y el triunfo asentado sobre los más hondos fundamentos.

Nuestra prensa es una viva demostración de ese ascendiente incontrastable. Hay en ella una honrosa y nunca interrumpida tradición de civismo. La libertad amplísima de que hoy goza y que es, entre las libertades públicas, la más connaturalizada con nuestras costumbres y la que representa una conquista más firme e inviolable; esa libertad a que sólo pone límites severos su propia cultura y dignidad, la ha ganado por sus fuerzas, en lid porfiada y heroica de casi un siglo de constante identificación con las palpitaciones del sentimiento popular; sin que por un solo instante faltase en ella una palabra autorizada por el talento y el saber, ni una actitud que mantuviese la integridad del carácter cívico. Escribir la historia de nuestra prensa sería escribir la historia borrascosa, pero noble y viril, de nuestros esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de esta democracia. Los gobiernos que han pretendido sofocar en la garganta del pueblo esa voz, han muerto asfixiados apenas se ha hecho el silencio que apetecían. Ya nadie puede soñar en ejercer el gobierno sin contar, no sólo con la libre crítica de la prensa, sino también con su colaboración necesaria, como intérprete y mediadora entre las aspiraciones de los gobernados y la atención de los gobernantes.

38. *La libertad que se defiende con la pluma. El ejemplo de Juan Carlos Gómez.*

Una concepción unilateral, y por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores

civiles eran antinómicas e inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorablemente a la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, o mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas, —y por igual necesarias—, de nuestro génesis, — en las rememoraciones glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Esta es la filosofía del amor aplicada a la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, a la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos —aún más que nuestros hombres de guerra—, padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer a veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocóle actuar; si pudo ser que encontrase ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo a lo menos la compensación

del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimento de la idea inerme frente a la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fué ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute a estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos a esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez, personifica en nuestro pasado ese destino doloroso e injusto; en parte, por el estoicismo abstinente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida a las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel realidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fué, primero, su timonel precario e infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos e ideas en el corazón y el pensamiento de los

hombres; y lo fué, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semi-olvidado y pobre, procurando en la labor oscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, a pesar de los triunfos y los honores con que brindaba a sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Aun para aquellos que no aciertan a ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar a los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores a los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebata, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda, que caraterizaron a Florencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmilitones o sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de

la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprende un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca o el torso divino de una estatua.

39. *Aquí, el heroísmo, es cosa necesaria; es augusto deber.*

En medios inhospitalarios y prematuros para el arte, todo género de perseverancia de la voluntad artística es costosa: lo es la que se manifiesta por una producción sin eclipses ni desfallecimientos: lo es más aún, y toma visos de heroísmo, la que persigue un sueño de perfección. Pero sólo lo heroico tiene virtud de rehacer la realidad que lo rodea y adaptarla a sí mismo; lo heroico es cosa necesaria; lo heroico es augusto deber en quien aspire a lauros que son para héroes. Si el arte ha de venir algún día aquí donde suspiramos por él, no será únicamente mediante el general desenvolvimiento de la civilización y la madurez del alma colectiva; no será sin la obra anticipada, y exenta de vulgar recompensa, de algunas almas heroicas.

40. *El género de voluntad con que se edifican naciones.*

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigada, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que

gobierna. Este es el género de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos prefentemente maestros.

41. *Influjo ejercido en el espíritu de las democracias nuevas por cierto positivismo, cuando la tradicional colectiva personalidad se esfumaba por un cosmopolitismo incoloro, la especulación aventurera, el afán utilitario, la formación de una burguesía adinerada sin sentimiento patrio, ni altivez, ni delicadeza moral, ni poesía de la vida.*

Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la conciencia condujo a corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así en lo que respecta a la realidad política y social, tendía a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con tal «forma original de espíritu» se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, a vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, «libre y desinteresado servidor del positivismo».

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos a considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aun a divulgarse, en nuestra América. Fué éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supesticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, o ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse a plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la

desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, *la facultad dominante,* que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento o medio de hacer, a algún supremo término de desinterés, de justicia o de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente a la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante a compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitarista; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura a un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitarista no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso

de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero a la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como harto lento prometedor, y lo sustituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airosas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba a la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral. ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó la *época cartaginesa.* En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre a terre;* y no fué otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

42. *Estado de alma que, en América, ha sustituído al positivismo utilitario, restituyendo a la idea los fueros que le arrebatara el desbordado empuje de utilidad.*

La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzsche; y como superidor complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura

humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que, yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

43. *La tradición en los pueblos americanos*

Cada año que pasa, la conciencia de estos pueblos nuevos de América, se entona con un sentimiento más firme y seguro de la grandeza de su porvenir. La expansión de sus energías materiales adquiere tal brío, su riqueza se acrecienta en tal medida, su civilización se asimila con tal facilidad los elementos convenientes para integrar un organismo de cultura propia y cabal, que el noble orgullo colectivo empieza a florecer en ellos de la manera natural y espontánea con que toda fuerza juvenil tiende a hacer alarde de sí misma. Lejos de ser reprensible, ese sentimiento es una energía necesaria que complementa las demás y un estímulo precioso con que obrar en el espíritu del pueblo, magnificando su capacidad como artífice de sus propios destinos.

Natural es también que ese orgullo colectivo se concrete en la idea y la figuración del porvenir. Si hay algún sentimiento esencialmente americano es, sin duda, el sentimiento del porvenir abierto, prometedor, ilimitado, del que se espera la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder. La formación de los pueblos de nuestro continente como naciones libres ha coincidido con el auge universal de esa concepción del progreso indefinido, que, extraña a toda filosofía histórica anterior al siglo XVIII, halló su fórmula primera en Condorcet y ha atravesado triunfalmente todas las transformaciones de ideas de la última centuria, siendo hoy mismo como una fe sustitutiva de las creencias religiosas en el espíritu de las muchedumbres y en gran parte de los que se levantan sobre éstas. Más o menos entremezclada de ilusión y de candor, no puede desconocerse lo que esa idea encierra en sí de estímulo eficaz para las humanas energías y de inspiración poética y ensoñadora con que alentar los vuelos de la imaginación, eterna amiga de las treguas del trabajo y del combate.

Dejando de lado la evaluación de la parte de verdad que contenga esa tesis optimista, y encarándola sólo en cuanto a su trascendencia activa y práctica, es fácil comprender que el vicio a que naturalmente tiende, en medio de sus muchas influencias benéficas, es el del injusto menosprecio de la tradición; el del desconocimiento vano y funesto de la continuidad solidaria de las generaciones humanas; el de la concepción del pasado y el presente como dos enemigos en perpetua guerra, en vez de considerarlos en la relación de padre a hijo o de dos obreros de sucesivos turnos, dentro de una misma interrumpida labor.

Una idea manifiesta por entero lo que contiene de exclusivo y de falso, desde el momento que se organiza en partido y se convierte en acción. Es así como en el carácter y el desenvolvimiento de los partidos liberales y progresistas de Europa durante el siglo XIX, puede observarse bien aquella relativa falsedad implícita en la filosofía del progreso indefinido, falsedad que conduce, en último término, a la obra de escisión, artificial y violenta, de que da ejemplo el moderno jacobinismo francés. Pero en Europa el pasado es una fuerza real y poderosa, la tradición existe con pleno prestigio

y plena autoridad. El desatentado impulso que pretende obrar sin ella, encuentra en ella misma la resistencia que lo equilibra y lo sujeta a un ritmo. En cambio, en los pueblos jóvenes de América, la tradición, enormemente inferior como extensión y como fuerza, apenas si lleva consigo un débil y precario elemento de conservación.

No es sólo por su escaso arraigo en el tiempo por lo que la tradición carece de valor dinámico en nuestra América. Es también por el tránsito súbito que importó la obra de su emancipación, determinando un divorcio y oposición casi absolutos entre el espíritu de su pasado y las normas de su porvenir. Toda revolución humana significa, por definición, un cambio violento, pero la violencia del cambio no arguye que el orden nuevo que con él se inicia, no pueda estar virtualmente contenido en el antiguo y reconocer dentro de éste los antecedentes que lo hagan fácil de arraigar manteniendo la unidad histórica de un pueblo. Revolucionario fué el origen de la independencia norteamericana, pero ella fundó un régimen de instituciones que era el natural y espontáneo complemento de la educación colonial, de las disposiciones y costumbres recibidas en herencia. En la América española, la aspiración de libertad, concretándose en ideas y principios de gobierno que importaban una brusca sustitución de todo lo habitual y asimilado, abrió un abismo entre la tradición y el ideal. La decadencia de la metrópoli, su apartamiento de la sociedad de los pueblos generadores de civilización, hizo que para satisfacer el anhelo de vivir en lo presente y orientarse en dirección al porvenir, hubieran de valerse sus emancipadas colonias de modelos casi exclusivamente extraños, así en lo intelectual como en lo político, en las costumbres como en las instituciones, en las ideas como en las formas de expresión. Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fué y continúa siendo aún, el problema, el magno problema de la organización hispano-americana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo efímero y precario de nuestras fundaciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura.

¿Fué una fatalidad ineludible esa radical escisión entre las tradiciones de nuestro origen colonial y los principios de nuestro desenvolvimiento liberal y progresista? ¿No pudo evitarse esa escisión sino al precio de renunciar a incorporarse, con firme y decidido paso, al movimiento del mundo?... A mi entender, pudo y debió evitarse en gran parte, tendiendo a mantener todo lo que en la herencia del pasado no significara una fuerza indomable de reacción o de inercia, y procurando adaptar, hasta donde fuese posible, lo imitado a lo propio, la innovación a la costumbre. Acaso los resultados aparentes habrían requerido mayor concurso del tiempo; pero, sin duda, habrían ganado en solidez y en carácter de originalidad. Los inspiradores y legisladores de la Revolución, repudiando en conjunto y sin examen la tradición de la metrópoli, olvidaron que no se sustituyen repentinamente con leyes las disposiciones y los hábitos de la conciencia colectiva, y que, si por nuevas leyes puede tenderse a reformarlos, es a condición de contar con ellos como con una viva realidad.

44. *América y Europa Occidental*

La conciencia latino-americana tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida, no sabría ahora preciarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto por sí solo, debería

decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo «la presa colonial», el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límites que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.

45. *Acción civilizadora y el alma de las ciudades*

El patriotismo de ciudad, energía tan vital y creadora como puede serlo el patriotismo de nación, es un sentimiento que aún no encuentra en nuestra América condiciones que le den el arraigo hondo y pertinaz que requiere para ser fecundo. Tenemos sólo esbozos, larvas de ciudades, si se atiende al espíritu, al carácter de la personalidad urbana; aunque sean a veces larvas o esbozos gigantescos, con capacidad material para que se infunda dentro de ellos un espíritu gigante. Los centros que un día desplegaron vigoroso sentimiento local, que actuó como una fuerza histórica, y donde se diseñó una enérgica fisonomía de ciudad, han perdido del todo estas líneas tradicionales o tienden a perderlas, por obra de la irrupción cosmopolita que materialmente los ha magnificado. La extinción de aquel celoso amor propio comunal es un hecho que puede haber facilitado graves problemas y reportado claros bienes, pero no sin el precio de grandes desventajas. Formar «ciudades», ciudades con entera conciencia de sí propias, y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento. No hay «civilización» ni «ciudadanía», sin «ciudad». La educación municipal es el seguro fundamento de toda educación política.

La tendencia a regularizarlo e igualarlo todo, que es uno de los declives de nuestro tiempo, induce en la legislación y el gobierno de los pueblos a perniciosos sofismas. Allí donde aparece una excepción, una disonancia, un rasgo diferencial, la propensión instintiva de nuestra democracia es clamar a la injusticia y aplicar

el rasero nivelador. Unificar, armonizar socialmente es, sin duda, obra de bien, y más oportuna que en ninguna parte en nuestra América, donde necesitamos formar la magna patria que a todos nos reúna ante el mundo; pero la armonía ha de proponerse conciliar las diferencias reales, no desvirtuarlas y anularlas. El cultivo del carácter local no contradice a aquel designio de unidad. Mantener, en cada ciudad de las nuestras, todo lo que importe, material o moralmente, un relieve de carácter, capaz de convertirse en hábito vivaz y en evocadora tradición; respetar las formas espontáneas y graciosas que el natural desenvolvimiento de la vida torna en cada sociedad humana, por encima de artificiosos remedos, leyes abstractas y simétricos planos, es una norma que siempre deberán recordar entre nosotros los que legislan, educan o gobiernan. Llegaremos así a tener ciudades que merezcan toda la dignidad de este nombre, y haremos que al federalismo convencional y falaz que hoy se estila en algunos de los mayores pueblos hispano-americanos, suceda, con el andar del tiempo, un federalismo real, viviente, colorido, que reconozca por razón de ser y por energía inspiradora, ese principio de civilización a que llamo el «alma de las ciudades».

46. *Fidelidad que se consagra en el idioma*

El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso; cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma, donde ella se resume toda entera y aparece adaptando a sus medios connaturales de expresión, las adquisiciones y evoluciones

sucesivas. Confirmar la fidelidad a esa forma espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor - arquetipo, es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores.

47. *La enunciación pura guarda el carácter nacional de los pueblos*

Creciendo estos pueblos por aluviones de inmigración, de la más varia procedencia, reparan ya en la necesidad de resguardar y fortalecer todo lo que constituya una energía asimiladora, como lo es en alto grado una lengua nacional; y esta lengua, para las naciones hispanoamericanas, no puede ser otra, fundamentalmente, que aquella que las vincula a la tradición humana de la civilización; que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo porvenir el lazo de una unidad preciosísima, y que, dentro de cada una de ellas, sirve de vínculo con el propio pasado y de expresión connatural a todos los accidentes de la vida. El idioma es a la personalidad colectiva de un pueblo lo que el estilo a la personalidad del escritor; lo que esa entonación característica que llamamos *modo de hablar*, a la personalidad del hombre común: un sello natural y propio que no puede cambiarse. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismos y de dejar de disolverse y anularse su personalidad. Hay, en el fondo de estas cuestiones verbales, intereses de una entidad mucho mayor de lo que alcanza a percibir el vulgo. «¡Cuidad de vuestra lengua!», nos decía ayer no más, con particular encarecimiento, Anatole France, nuestro ilustre huésped. Y no es, por cierto, un temperamento verbalista, sino un espíritu avezado a las más altas, amplias y trascendentales cuestiones en que pueda ocuparse el pensamiento humano, el que habla en la página que Herbert Spencer incluyó en uno de sus últimos libros, relativa a las corruptelas del uso, que quitan a ciertas palabras de la lengua inglesa su propia y genuina significación.

48. *Es un problema eterno, y es tarea sagrada*

Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad,

y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana; pero su recrudecimiento, en términos que relegan a segundo lugar cualquiera otro interés social y político, es uno de los hechos capitales de la pasada centuria desde que, por una parte, el portentoso desenvolvimiento de la actividad industrial, modificando las condiciones del trabajo, y por otra parte, el despertar de la conciencia de las multitudes, llamadas por el régimen de la democracia a la plenitud de sus derechos civiles y políticos, determinaron, en las ideas como en los acontecimientos, declives que debían forzosamente conducir a las reivindicaciones del momento presente.

Cabe preguntar todavía si este género de reivindicaciones, justificadas y oportunas en los países de avanzado desarrollo industrial, mantienen su oportunidad tratándose de pueblos que, como los de nuestra América, no han pasado aún del aprendizaje de la industria y están lejos del exceso pletórico de población que agrava y embravece, en las viejas sociedades de Europa, las luchas entre una burguesía opulenta y un proletariado que se angustia en los extremos de la necesidad.

Pero, desde luego, la demostración objetiva de que, cualquiera que sea la magnitud de esas diferencias internacionales, no es prematura ni inoportuna la atención concedida a las cuestiones de esta índole en pueblos como el nuestro, la agitación persistente que remueve, en estas sociedades también, a los elementos de trabajo, congregándolos para la común defensa de sus intereses, en asociaciones gremiales, en círculos de propaganda, en protestas y huelgas que tienen su reproducción periódica: fenómenos con que se denuncia un estado de espíritu que, aun prescindiendo de los trastornos accidentales que provoca, no podría dejar indiferente el ánimo del legislador, interesado en estudiar las causas que lo generan y en prevenir los medios que lo aplacarían. Ni puede pretenderse que esa tenaz inquietud no reconozca otra base que la sugestión falaz de los agitadores (aun cuando sea indudable que prédicas desencaminadas la exacerban y desnaturalizan); ni que importe sólo el reflejo maquinal e inconsciente de lo que pasa en los pueblos que

dan la norma de la civilización. Estadistas y pensadores americanos han señalado ya, respecto a esas aspiraciones clamorosas, una dirección que no es de resistencia ni de pasividad. Aun no hace muchos años que el ilustre presidente Quintana, desaparecido para grave mal de su país, declaraba, al tomar en sus manos el bastón de Rivadavia, que el programa mínimo del partido socialista argentino, en el que están comprendidos los tópicos fundamentales de la legislación del trabajo, constituía un ideal aceptable y digno de fijar la atención de los hombres de gobierno.

Contribuye a la oportunidad de tales iniciativas, la misma condición embrionaria de nuestro desenvolvimiento industrial, y ella es razón que debe persuadir a no detenerse en ciertas tendencias de reforma. La ausencia de enormes acumulaciones de intereses; la relativa sencillez de las parcialidades en juego, son, en efecto, circunstancias que favorecen la implantación de leyes regularizadoras, que serán tanto más necesarias, pero también tanto más difíciles y peligrosas de iniciarse, a medida que, en cumplimiento de una evolución ineludible, la actividad de nuestro organismo productor pase de sus comienzos y se adapte a las formas de la grande industria, con la trascendencia, en cuanto a las condiciones del trabajo, que igual concurso de causas ha tenido en todas partes del mundo. Conviene, pues, no sólo atender a los problemas que plantee la situación actual y positiva de las cosas, sino también preocuparse de determinar las costumbres y dar estructura a los moldes que puedan prevenir los peligros contenidos virtualmente en el desarrollo orgánico de nuestro progreso industrial. En éste, como en todos los torrenos, la sabiduría política se inclinará siempre al procedimiento preventivo, que se anticipa a los males para cruzarles el paso, antes que a aquel otro procedimiento que consiste en esperar que ellos estallen por su propia violencia, cuando tal vez pudieron evitarse o atenuarse mediante atinados recursos de profilaxia social.

49. *El trabajo y la idea de libertad y de racionalidad, fundan la democracia.*

Pero el interés social no se determina sólo, en este caso, por la razón de salud pública y de conservación de la especie. Concurren a determinarlo otras consideraciones no menos imperiosas. Aun cuando la integridad de la persona física no padeciera con el exceso en el tiempo de trabajo, padecería fatalmente la integridad de la persona moral, tal como la requieren la idea de civilización, la idea de libertad, la idea de racionalidad. Una medida de trabajo que no deje lugar en la sucesión de los días más que a las interrupciones del sueño, equivale a la anulación de la personalidad humana, convertida en mero instrumento productor, como el animal uncido al yugo o como la rueda de la máquina. Hay en ello una verdadera sustracción del espíritu, más despiadada que la esclavitud antigua, que solía consentir a sus víctimas el beneficio de una cultura superior. Y sí, por efecto de esa inmolación del tiempo a una tarea maquinal, la vida de familia, con su armonía de relaciones y afectos perpetuamente renovados; la vida cívica, con la participación consciente en los actos fundamentales de la colectividad, y ciertas elementales expansiones de la vida de la inteligencia, —las conversaciones, las lecturas—, llegaran a ser bienes imposibles para una parte considerable de la sociedad, ésta no podría menos de sentirse vulnerada en sus más caros intereses, como no prefiriera sancionar en los hechos una norma de egoísmo que no diferiría, más que en apariencia, de la que ha engendrado las desigualdades de castas. Este deber de solidaridad sube de punto cuando se le considera con relación a sociedades fundadas en el principio de igualdad democrática; porque el reconocimiento de los derechos que determinan la igualdad civil y política no pasaría de una burla siniestra si la sociedad confirmase con su indiferencia una situación en que el ejercicio de gran parte de esos derechos estaría físicamente imposibilitado por una parálisis aun más invencible que la que inutiliza los órganos del movimiento.

50. *El trabajo es un principio de vida. Descubre la animación artística de la realidad y revela la actitud del alma ante la vida.*

No ha mucho, un pobre maestro de aldea me hablaba de esta condición de su alma, a que atribuía lo entero y fácil de su sujeción al deber. Empezó por ser obrero en una fragua. Su ensimismamiento silencioso le apartaba de sus compañeros. No cantaba, no conver-

saba, no reía... El trabajo y el sueño: de vida, solamente el trabajo. Pero ¡qué maravilloso mundo el que él creaba para sí en la monótona simplicidad de la labor! No era sólo el interés vehemente y primoroso con que se consagraba a la obra humilde. Era además una presteza de imaginación que le llevaba a inventar sobre el destino del hierro que forjaba, mil aventuras, mil leyendas. Y era sobre todo, su visión encantada del fuego que ardía ante sus ojos. Los gestos de la llama, sus matizaciones, en que gemas diversas se revelan y funden; sus desmayos, sus encendimientos... ¡Qué hervor de vida, donde el obrero veía conflictos de pasión, estremecimientos de alma; qué espectáculo siempre nuevo, coreado por el rítmico toque de los yunques, forma sonora, para él, de otro intento y curioso espíritu de vida!... Años después, entró de marinero. Se reprodujo en este oficio su aplicación fácil, tranquila, ensimismada. Al (...) canto del yunque sucedió la voz del viento marino. La animación del fuego pasó a la onda, no menos varia e inquieta. Aquí también, vivas leyendas, ya de amor, ya de odio; una infinita gama sentimental; prodigios de plástica y de espíritu; todo un mundo para la imaginación, toda una historia para el sentimiento. Aquí también, en las posibilidades de la suerte del barco sobre la onda falaz, una mina novelesca donde sonaban sin reposo los picos. Qué torrentes de actividad interior gastada sin mostrarlo, bajo la indiferencia y hosquedad de la contracción silenciosa!... Y cuando su destino voluble le hizo maestro de una escuela de lugar, fué en ella lo que había sido junto al fuego y sobre el agua. También entonces, su vida estuvo en su tarea. Como antes en la llama y la onda, halló un espectáculo capaz para todo el ver de sus ojos, en el alma del niño. Allí, a la vez, vida de sentimiento, curiosidad intelectual, contemplación estética. Allí, en mil conjeturas sobre el porvenir de cada leve esbozo de alma, de cada virgen destino, nuevo acicate para la imaginación, nuevo irruir de novelas... Y de esta suerte, concentrado en la actividad monótona de cada ejercicio, aquel hombre, en quien la apariencia mostraba sólo la más simple y estrecha función espiritual, había vivido siempre una vida interior tan animada y tan varia cual si repartiera su actividad en cien sentidos diferentes.

51. *El uso de los días y la composición de las almas.*

No vive más quien más años vive, sino quien con superior maestría multiplica y reparte los elementos de su actividad espiritual. La mayor extensión o capacidad de la vida, así como su interés constante y lo llevadero de todo empeño en que se le invierte, del arte de diversificarla y moverla es de donde principalmente se originan. Y no es sólo en el transcurso (conjunto) de los años y por sus sucesivos caracteres y modificaciones, como ese arte halla lugar (medio) de mostrarse; sino que dentro del término de cada jornada, en el contenido y disciplina de los días comunes, hay sujeto bastante para su aplicación. La total variedad de la existencia puede tener reducida imagen en cada una de esas existencias diminutas que van del nacimiento del despertar a la muerte del sueño. En la manera de suspender con oportunidad, por cansancio o por hábil táctica, la atención fija en el objeto que preferentemente ocupe a la sazón nuestro espíritu, y acertar a dirigir y utilizar estos pasajeros desvíos de modo que sean otras tantas ocasiones de nueva y siempre vigilante atención, aún en el placer, aún en el ocio, está gran parte de esa sabiduría cotidiana. Está otra parte de ella en mantener las rítmicas alternativas de nuestra sensibilidad; favoreciéndolas, propendiendo a interrumpir (intermitir) los impulsos (la corriente, el impulso) de la pasión que en tal (cierta, determinada) circunstancia prevalezca, mediante (por) estados de alma de donde ella tome (adquiera) olvido y descanso, y luego nueva energía; como el pintor revela unas tintas por las otras y las sombras por los claros. Consentir, además, cierta libertad a lo espontáneo y natural de nosotros mismos; saber salir fuera de plan; dejar su parte a lo ignorado; *soltar* el alma a veces, como quien se abandona a uno de esos paseos sin objeto que acaso nos llevan inopinadamente a un rincón de bosque exquisito, o a la puerta de un templo en hora de misterio, o ante un balcón que ya no olvidamos nunca; vagar del alma también propicio al descubrimiento y la invención, que tanto, por lo menos, como del cálculo tiránico, suelen nacer de libre juego: he ahí otra condición de la riqueza y variedad de una vida bien gustada. Desde la edad primera importa que el criterio y el método de la educación tiendan a no sacrificar dentro de una re-

gularidad abstracta, todo el estímulo de las espontaneidades e inconsecuencias de la naturaleza. Un plan de vida muy fijo y sistemático estrechará tristemente nuestro horizonte. Una educación trazada muy a regla y nivel, quitará al alma, no sólo gracias que la hermosearían, sino también virtualidades fecundas. Vive más quien más de los gérmenes latentes en su conciencia desarrolla; quien hace resonar más cuerdas de su corazón; quien se comunica con el mundo de la realidad y con el de los sueños por más hilos de interés y simpatía. Hay vidas breves, en cuanto a su extensión temporal, que, sin necesidad de mucho ni muy difundido movimiento, en lo material y aparente, sino sólo merced a su arte de composición habilidosa y varia, abrazan un campo infinitamente más vasto de sensaciones y experiencias, que otras, tan prolongadas como activas.

52. *Fidelidad al genio de la raza compatible con la necesidad y el sentimiento de los cambios.*

Por mucho que los pueblos hispanoamericanos adelanten y se engrandezcan y alcancen a imprimir a su cultura sello original y propio, el vínculo filial que los une a la nación gloriosa que los llevó en las entrañas de su espíritu ha de permanecer indestructible.

Al través de todas las evoluciones de nuestra civilización persistirá la fuerza asimiladora del carácter de raza, capaz de modificarse y adaptarse a nuevas condiciones y nuevos tiempos, pero incapaz de desvirtuarse esencialmente. Si aspiramos a mantener en el mundo una personalidad colectiva, una manera de ser que nos determine y diferencie, necesitamos quedar fieles a la tradición en la medida en que ello no se oponga a la libre y resuelta desenvoltura de nuestra marcha hacia adelante. La emancipación americana no fué el repudio ni la anulación del pasado, en cuanto éste implicaba un carácter, un abolengo histórico, un organismo de cultura, y para concretarlo todo en su más significativa expresión, un idioma. La persistencia invencible del idioma importa y asegura la del genio de la raza, la del alma de la civilización heredada, porque no son las lenguas humanas ánforas vacías donde pueda volcarse indistintamente cualquier sustancia espiritual, sino formas orgánicas del espíritu que las anima y que se manifiesta por ellas.

53. *Eficacia inmortal de la idea de la libertad.*

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que —según augures pesimistas suelen profetizarlo— la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación en que el opresor —persona o multitud, César o plebe— reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ese el es inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, —seguirá siendo, en mayoría o minoría, el paladión del derecho de todos—, y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción.

DOS HEROES DE UN DIOS VIVO: LA LIBERTAD

A) *DON JUAN MONTALVO*

FUE UN GUIA, UN MENTOR DE AMERICA, MONTALVO, EL HIJO DE AMBATO

54. *Vocación que enlaza en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte*

Sí, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispanoamericana durante el primer siglo de su

historia, nadie podría disputar a Montalvo la típica representación del Escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fué el Escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime a Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había sido, hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside a la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente las personifican, en su oposición más extrema, son aquellos a quienes puso frente a frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre a quien si, en verso y prosa, visitaba a veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al don teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento vulcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo e indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado

trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta a números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

55. *El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema su curso voluntarioso y errabundo.*

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y velado por la fronda, que enlaza, alrededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal, el alarde continuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a sustancia y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la *Nobleza*. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre se pasa a discretear sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto a describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego a encarecer los extremos de que es capaz el amor a la ciencia, y en la siguiente página a pintar un insecto primoroso, y de esta pintura a las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana a la forma del

cuadro de costumbres o de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del ditirambo o de la elegía.

De Montaigne toma, además, el egotismo, la preocupación constante del «yo», no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar, que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, o en subyugar a la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indolencia contemplativa del bordalés en nada se parece a la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limitación de su naturaleza, que Sainte-Beuve definía: «la ausencia de locura santa y del fuego del sacrificio generoso». En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadises y Esplandianes.

56. *El sentimiento profundo del idioma.*

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla; tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se

esfuma, en truncos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables.

57. *Montalvo lleva a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el GENIO del idioma.*

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio del idioma;* sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica, es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía de color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreteo, el castizo donaire; y junto a estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola o penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de

música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetecemos más allá de la plena determinación de la forma y de la idea.

Por sus más señalados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe error es entender que todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido a solicitar la imitación, o siquiera la prevé y la supone; cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de beldad que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos donde ya no se busca la verdad. Y sin embargo de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular e incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca a compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones, para el intento, en que ahora estamos empeñados,

de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a demediar, en la sintáxis y en el léxico.

Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos y maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que, siendo tan moderno y curioso en su pensar, y reflejando su obra ideas de tan esparcidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, la guiaba a completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor copia y variedad de ideas ateniéndose tanto a la tradicional integridad y pureza del idioma. La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, a pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador, cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; o es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar a los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos.

58. *Irresistible poder interno, viene del sentimiento de la justicia y nos descubre el fondo del carácter de este luchador.*

Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más lugar a reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio

o como arena de una justa: faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más entrañado y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa sustancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder, con que había sido dotado, «de castigar, ya que no de corregir, a los perversos». Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía a la tierra la Némesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra qué basta sonreír; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues del acento irónico. Descubierto el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia o la especie de la villanía. Aun cuando diserta de arte, de ciencia o de literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de ataujía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar a un bellaco o de sacar a la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo e infalible, como del cincelado puñal de Benvenuto el relámpago portador de la muerte... Mal hice si lo comparé con el artífice-*bravo;* fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometividad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado a quien, de otra suerte, escudaría la pequeñez de su escenario en el mundo, pero a quien se condena a inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma a su vecino el traficante, el cortesano o el difamador, y con su propio nombre, le fuerza a que desempeñe su papel, o a que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así, en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote tropieza cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de «Eutropio», del ensayo sobre *El Genio,* y en el *Banquete de Xenofonte,* y en muchas partes más, otros nombres reales comparecen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuemente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Este es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Angel cuando puso a los réprobos del *Juicio final* el semblante de sus enemigos.

Y sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecicos de beato sosiego, que prestan sombra y frescura a no pocos pasajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra, suelen reflejar sus imágenes cándidas, sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo

de sí propio: «Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre». En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios penetrada de una como ternura sacerdotal, de uno como amor querelloso, que, ablandándola el son, la hacen más excelsa y solemne: «¡Gabriel! —clamaba una vez, en lo más recio de su guerra con García Moreno—: ¡Gabriel! nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar a su preferido...»

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el don de reír, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agridulce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercibimiento del gusto. Porque, además del reír accidental y concreto, su obra entera está acordada a un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un continuo sonreir, a través del cual se filtra la expresión y sale ungida de gracia. Páginas de donde falte ese espíritu, cediendo el paso a una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación a los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, a menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordicante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mismos amaneramientos y violencias del estilo están puestos allí con *mica salis*, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo,

caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado a la justicia y de la inteligencia prendada de un orden; jamás con la pasión lívida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron a los otros la naturaleza o la fortuna. En infinitas partes de su obra se siente vibrar hacia abajo el menosprecio por las que él graduaba, en medida de dignidad y gentileza, de «almas de marca menor».

59. *Pero no alienta allí un numen revolucionario capaz de remover los fundamentos de una conciencia.*

Sí, juzgado dentro del ambiente social contra que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que a difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe.

60. *Su prosa ajusta, a preciosos números, lo grande.*

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso

de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aún independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el son de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario, reúnen un no aprendido don magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: «Ármame caballero». Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: el alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio e historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, a menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo. «Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano». Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza a Napoleón el grande y deprime a Napoleón el chico. El sentimiento de la naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los «Capítulos» agregados a Cervantes, le lleva a hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los

árboles heridos por el hacha del leñador. Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa a modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó a reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la *Transfiguración* de Rafael, de *La Flauta Encantada* de Mozart, de la sinfonía de *El Océano* de Rubinstein. Así glorificó, en admirables loas, a Byron, a Castelar, a Víctor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentimiento de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del *Quijote*, puso en labios de don Prudencia Santiváñez, en discusión con el marqués de Huagra-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza o de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada e indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia o de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar a tan personal estilo imagen propia, sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese a ritmo lineal y a estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; o bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador. — ¡El Cotopaxi!... ¿Por qué recuerdo ahora el Cotopaxi?... ¿No está él allí, junto a la línea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofrece en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acom-

pañamiento de cumbres, levanta al éter la maravilla de su forma un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuese obra de compás; y revistiéndolo perennemente de diamante, inmaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, a un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó a tan precisos números lo grande.

B) *SIMON BOLIVAR, EL LIBERTADOR*

BOLIVAR, LA MAS ENERGICA EXPRESION DEL HEROISMO AMERICANO.

61. *Inempleado, eterno, el héroe aguarda el estímulo inicial que lo abandone a su libertad incoercible.*

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona a su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae a su hora el

orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme velada en formas comunes tenga obra digna en que emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado a *correr*, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño a aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

62. *La nota eterna y plástica del heroismo y de la gloria.*

En la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aun queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante a una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del Ejército, desde el Bárbula, donde fué la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la magestad antigua del gesto y el porte con que, constituída Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, a resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa a hacer de modo que entre él mismo a formar parte del espectáculo imponente y a señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta pero sincera, en su énfasis, del «Delirio», se percibe, sobre otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Húmboldt, adonde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca a admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van a desplomarse, hay una piedra dis-

tante de la orilla, el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu a aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

63. *Más temible vencido que vencedor.*

Era la continuación, transfigurada según conviene a la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta a la Baronesa de Trobriand: «Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria». Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo e inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebato en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa a la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del aprobio: no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras: «Más temible vencido que vencedor».

64. *El despliegue imponente de la energía heroica.*

Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes,

reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo a la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante o certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña en un jalón de victoria.

65. *Él compone, en viva llama, una distinta y original heroicidad.*

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y esta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto a Wáshington: podría ser el más ilustre de sus conmilitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adap-

tación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

66. *Bolívar encarna la total energía de la Revolución*

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tal dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Eur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve

ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

67. *Una manera de vocación acomodada al modo largo de la grandeza, en variedad rica y concorde de aptitudes.*

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es a menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral o la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restrictiva y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto e incapaz de fatiga, como Carlos XII, el de Suecia; si para el Arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra a modo de conjuro evocador o de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la

hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección a una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César o Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación o facultad que lleva el cetro en ellos, —el *quilate - rey*, si recordamos a Gracián—, halla como orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar a un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde. De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad, de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina a un propósito final y contribuye a una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno a la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario. Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas.

68. *La unidad ideal de América era unidad viviente, ininterrumpida, en su sueño.*

No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran

dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, a su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos; no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto.

69. *Su caída, es para el corazón...*

El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; o más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo a despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarra la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan a buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo e incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego el arrebato de diez años de esta gigantesca aventura,

mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla... ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes: la proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición; cuerda de ásperos sones que no pudo faltar en esa vida destinada a que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza.

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar a Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la «embriaguez de absintio» de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica; plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara a dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de si la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca a su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas e inmóviles, o se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada a fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable

poso de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió a luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fué, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, a la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado: de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la economía, más que resistencia inerte u hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta a dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, a cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y oscuro con que se llega de este a aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto a estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revolu-

ciones: las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor o de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

70. *Los americanos, sentimos el brazo infatigable y poderoso del Libertador.*

Había dado a los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, o ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure e interprete de nuevo las que se saben. El es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros encumbrados a la altura condigna, para padestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca a la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer,

abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta a que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas o tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino a enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

LIBRO II

EL IDEAL

TRAGEDIA Y ESPERANZA DEL PRESENTIMIENTO HEROICO

TRAGEDIA Y ESPERANZA DEL PRESENTIMIENTO HEROICO

EL IDEAL

71. *El profetismo del amor*

Entre tanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre...

Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, flor que tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu. Y tal así como en las vísperas desesperadas del hallazgo llegaron hasta los tripulantes sin ánimo y sin fe, cerniéndose sobre la soledad infinita del Océano, aromas y rumores, el ambiente espiritual que respiramos, está lleno de presagios, y los vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenos de promesas...

...¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre? O bien ¿cuál es la idea entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de transfigurarse en el credo que caliente y alumbre como el astro del día; de cuál cerebro entre los de los hacedores de obras buenas ha de surgir la obra genial?

...Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del

misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. Pero sé que vendrás; y de tal modo como el sublime maldecidor de las BLASFEMIAS anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva. Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y «blanda almohada»; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del ROMANTICISMO. La Duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos; no sabemos a quién. Nos llaman; no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido.

Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... Revelador! revelador! la hora ha llegado!...

72. *Devolver a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo.*

Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza «no pensar en los dioses», como aconseja la

Forquia del segundo «Fausto» al coro de cautivas; ¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento —virtud todavía más grande que la esperanza— ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica.

73. *El entusiasmo y la esperanza, no olvidan la faz grave y misteriosa de las cosas.*

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomuni-

cación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas.

74. *Debe prevalecer el pensamiento viril.*

Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable.

75. *Tarea de salvación y desenvolvimiento de la vida.*

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor, por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

76. *Genialidad innovadora.*

Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. — Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. — He ahí por qué os hablo. He aquí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo pueda llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

77. *La unidad fundamental de la naturaleza humana, exige que cada individuo sea un ejemplar no mutilado de la especie.*

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. «Hay una profesión universal, que es la de *hombre*», ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede

ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. — Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que están inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternametne en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apaciencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse al campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad.

78. *Defenderse, en la milicia de la vida, contra la mutilación del espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado.*

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida, — en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura

unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

79. *El principio de todo desenvolvimiento, debe ser mantener la integridad de la condición humana.*

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; y a la guerra, como en Esparta;

ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. — Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro sér en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior*, donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!

80. *Disponer el alma para la clara visión de la belleza y la parte de ésta, en la formación de un delicado instinto de justicia.*

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. — De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía, una

de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra, — según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller—, la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del sér racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. — Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena, que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede, como un toque de luz.

81. *La virtud es un arte divino, y el deber, poesía de la elevación.*

Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias. — La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. Guyau, que es rey en las comparaciones hermosas, se vale de una insustituíble para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe, presenta, en una faz, escenas de una vida de santo, y en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, a cada gesto del santo, significativo de su piedad o su martirio; a cada rasgo de su fisonomía o su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola o un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

82. *El cumplimiento de la ley moral como estética de la conducta.*

Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno

como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: «Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber», desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

83. *Hallar la poesía entrañada en el precepto.*

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura,* hay necesidad de que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al dón de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decír Renán profundamente que «la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta». La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina, —puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el Deuteronomio hasta el Talmud—, sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

84. *La libertad imprime a los pueblos libres el sello exterior de la hermosura.*

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña a distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero, de lo hermoso, y a aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar a cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilice; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura.

85. *El intento de subordinar la naturaleza a la voluntad humana preparará la florescencia de idealismos futuros.*

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone — como norma de la conducta humana— la concepción *utilitaria,* por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido a la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo —ya que no las justifique—, muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones, —entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau—, que han intentado sellar la reconciliación

definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

86. *Las dos causas que habrían motivado el desborde del espíritu de utilidad.*

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza — que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base, son la una; la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa.

87. *Como hacer para que la democracia asegure el dominio de las verdaderas superioridades humanas.*

Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada a sí misma,—sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce su tendencia en el sentido de la dignificación de la vida—, la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. La selección espiritual—, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruído las

jerarquías imperativas e infundadas, no las substituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio instable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

88. *Es necesaria la formación de fuertes elementos dirigentes, que aseguren las jerarquías que emanen de la libertad.*

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos, — a falta de virtud—, a ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*. Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. — Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. — Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. — La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de

un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser substituída en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. — Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, «la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad».

89. *La forma mansa de la tendencia a lo igualitario y lo vulgar, el peligro que supone y la corrección que necesita.*

La ferocidad igualitaria no ha manifesatdo sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados, en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite a vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie.

90. *Pero la democracia es un principio de vida.*

El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo.

91. *Más allá de su forma actual el sentido de la evolución de la democracia es compatible con la idea de las subordinaciones necesarias y la noción de las superioridades verdaderas.*

Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; o, expresándolo con una frase de Bourget, las dos «obreras» de nuestros destinos futuros. «*En ella somos, vivimos, nos movemos*». Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordi-

naciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

92. *Es sagrada la tarea del educador.*

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se las mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

93. *La democracia es causa de que se manifiesten las superioridades humanas. La igualdad inicial asegura las superioridades necesarias.*

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posición de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en distintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justifi-

cada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuanto se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura.

...Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra como las aristocracias, la distinción de calidad; pero las resuelve a favor de las calidades realmente superiores, —las de la virtud, el carácter, el espíritu—, y sin pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor.

94. *Pero toda superioridad, es superior capacidad de amar y superior capacidad de realizar el bien.*

«La gran ley de la selección natural, ha dicho luminosamente Fouillée, continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad». El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El antiigualitarismo de Nietzsche, —que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas*—, ha llevado a su poderosa reivindicación de los derechos que él consi-

dera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *super-hombre* a quien endiosa un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegiados de la volunatd y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que, «la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos». No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, —es decir: siempre—, la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!

95. *La inmensa parte de bien, debida al colaborador anónimo y obscuro.*

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquia* de la moralidad y la cultura. Por una parte, —como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro, Henri Bérenger—, las afirmaciones de la ciencia contribuyen a sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y oscuro en cualquiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, a la obra de los infinitamente pequeños, a la labor del numulite y el briozóo en el fondo oscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario

atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aún a las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando a la sociología y a la historia, restituye al heroísmo, a menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller, o el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero a la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente a la ley universal de *imitación*, si se la relaciona con el perfecconamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos e influyentes, que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

96. *La síntesis inesperada de aquellos dos principios reguladores de la vida.*

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud, —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres—, reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará dentro de una sociedad semejante —según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger—, la armonía de los dos impulsos históricos que

han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. — Del espíritu del cristianismo nace efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, jusitfica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!

97. *Peligros que supone la tendencia imitativa. La originalidad irreemplazable y el «genio personal» de los pueblos. El espíritu de americanismo.*

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionados, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*. — Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. — Si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo, se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aun más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. — Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. «La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral —decía Bagehot— tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad». — El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. — Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aun forman y modelan su entidad nacional.

Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, —su genio *personal*—, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artifi-

ciales e improvisados de imitación. — Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellos el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

98. *Fidelidad al pasado y a la tarea, a la intención plástica con que el genio de la raza tallará los trazos de lo americano.*

Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la «personalidad». Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

99. *América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución.*

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y

fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. — Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* —que diría Tarde— de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica.

100. *Notas y valores dominantes del carácter norteamericano.*

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. — Siento fácil mi espíritu para cumplirla. — Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos —para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto— con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien

ha excluído las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la inconmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado —según la feliz expresión de Tocqueville— la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que se ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente —acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización— la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechánic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Róbinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. — Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen

con la más absoluta integridad de la autonomía personal. Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. — La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado, también, los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. — Han sabido, también, guardar, en medio a los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge

una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

101. *La vocación dichosa de la acción.*

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formirable capacidad de *querer*, y me inclino ante «la escuela de voluntad y de trabajo» que —como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles— ellos han instituído.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del «Fausto» podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aun no concluído, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, la *fuerza en movimiento*. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero*, como el «super-hombre» de Nietzsche. — Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Mineápolis, ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un *grognard* del gran Emperador. — Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener —hipnotizador audaz— el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará

que Edgard Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental —que Baudelaire ha señalado profundamente— en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

102. *¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización?*

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. —¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? —¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra «ciudad perfecta»? —Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto

que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. Spencer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa, y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substrutam* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. — Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. De la suma de los elementos de su riqueza y su poder podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante e in-

quieto, sobre el copioso combustible. Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al transmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las exageraciones de la pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra. — El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia, —por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político—, un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

103. *Una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales.*

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, — todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. — Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después a otras más esenciales y más íntimas. — Pródigo de sus riquezas —porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón—, el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, a título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. Habla Bourget, en *Outre mer* del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help*, que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro

que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

104. *No apasiona al descendiente de los austeros puritanos, la idealidad de lo verdadero*

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia, ha sido la semi-cultura universal y una profunda languidez de la alta cultura.

105. *Disminuyen en el ambiente de la democracia la superior sabiduría y el genio*

En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí porqué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que *los dioses se van*. Cuan-

do escribió Tocqueville su obra maestra, aun irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyada que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. ¿Quiénes han recogido después la herencia de Chánning, de Emerson, de Poe? La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista!*

106. *Dan en una filosofía de la conducta de cuyo seno no surgirán jamás la santidad y el heroísmo*

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes. — Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklin, el término forzoso —que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville— de una sociedad educada en

semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. — Allí donde el precepto tiende a poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación.

107. *Gérmenes de decreciente desorganización, lleva aquella sociedad en sus entrañas*

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha

hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material —numen de aquella civilización— impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-lifer* osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía racional, —en el postulante a su representación emersoniana—, en el *personaje reinante* de Taine!

108. *Se señala un instante de la evolución de la vida americana*

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipí. En efecto; es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yankee han sucedido como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que «los últimos serían un día los primeros». El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita, y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán, con él, su último triunfo. — Todo elemento noble de aquella civilización; todo lo que la vincula a generosos recuerdos

y fundamenta su dignidad histórica, —el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación—, quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, «el palládium de la tradición washingtoniana». Chicago, se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

109. *Carácter y posibilidad de la hegemonía americana: la naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda y la vocación apostólica.*

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio Romano. — Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi-irónico que Laboubaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días.

En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a oscurecer en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que

han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana*, ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose, y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Wáshington más Edison*. Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página. — Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. — Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad*, —en alto sentido—, de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. — Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno.

110. *Pero en último término servirán a la causa de Ariel*

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no

es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar *los intereses del alma*. Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. «Elevarse sobre la necesidad —agrega el maestro— es redimirse». — En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres, y a hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. — La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas «pagó —según Saint-Víctor— los gastos del Renacimiento». Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches*, colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos. — La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de no proponérsele directamente), los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la humanidad, si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos —seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos!— a quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. — Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de

cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu, —el alfabeto, que da alas de inmortalidad a la palabra—, nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales, es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro. — Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá

tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los estados del centro y del Far-West, conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. — Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad y utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos, ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aun pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *el sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa, más arriba de las cumbres de la Cordillera!

111. *La idealidad: nueva y divina porción de la suma de las cosas.*

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de

su simiente. — Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo, —en la acepción que tiene valor para la historia—, son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero —según dijo Carlyle del alma de sus «héroes»: *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas.* Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quién las posee por encima de las cosas vulgares. Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que «el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña». — Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron a Cartago,

no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificado en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios lozas de alabastro y se enguirnalde con los jardines del Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización.

112. *No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.*

Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina.

Leyendo el *Maud* de Ténnyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. — Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, —puedan terminar en Sidón, en Tirso, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa

del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*, —en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento—, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. El, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. — El, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo. Pero tal persuasión, que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagra a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu, —arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas—, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir —un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgico sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían— ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las mu-

chedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?... Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan.

113. *Filosofía que conviene a una generación heroicamente dotada*

He ahí porqué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filosofía que no se adhiera a lo presente sino como el peldaño donde afirmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria. «No es la posesión de los bienes, —ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza».

114. *Labor e ideal continuos, ininterrumpidos*

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan contínuo y dichoso de la evolución, en una eficacia

tal de vuestro esfuerzo que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine. Pero donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aún cuando supieráis que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aún la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

115. *Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido*

Hubo en la antiguedad altares para los «dioses ignorados». *Consagrad* una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada periodo de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Sí, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad

de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aún después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se trasmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

116. *El protagonista inmortal lucha para que termine el proceso de ascensión de las formas; el genio de Ariel realiza la síntesis del pensamiento y del ensueño; su impulso mueve la onda ascendente de la vida.*

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta, de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aún en el seno del más absoluto pesimismo, aún en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. — El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas la arcilla humana a la que vive vinculada su luz, —la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el arya primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la magestad humana, — hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne, deslumbrante, sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y del ensueño que sobre los de la ac-

ción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernia. — Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el «eterno estercolero de Job», Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su joventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. Él dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, a la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece, le permita —cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero,— romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

LIBRO III

CAUSAS Y NORMAS DE LA SUSCITACION PERSONAL

CAUSAS Y NORMAS DE LA SUSCITACION PERSONAL

117. *Insondabilidad de la existencia y profundidad inalienable y única de cada alma.*

¿Nada crees ya en lo que dentro de tu alma se contiene? ¿Piensas que has apurado las disposiciones y posibilidades de ella; dices que has probado en la acción todas las energías y aptitudes que, con harta confianza, reconocías en ti mismo, y que, vencido en todas, eres ya como barco sin gobernalle, como lira sin cuerdas, como cuadrante sin sol?... Pero para juzgar si de veras agotaste el fondo de tu personalidad es menester que la conozcas cabalmente. ¿Y te atreverás a afirmar que cabalmente la conoces? El reflejo de ti que comparece en tu conciencia ¿piensas tú que no sufre rectificación y complemento? ¿que no admite mayor amplitud, mayor claridad, mayor verdad? Nadie logró llegar a término en el conocimiento de sí, cosa ardua sobre todas las cosas, sin contar con que, para quien mira con mirada profunda, aun la más simple y diáfana es como el agua de la mar, que cuanta más se bebe da más sed, y como cadena de abismos. ¡Y tú presumirás de conocerte hasta el punto de que te juzgues perpetuamente limitado a tu ser consciente y actual!... ¿Con qué razón pretendes sondar, de una mirada, esa complejidad no igual a la de ninguna otra alma nacida, esa UNICA originalidad, (por única, necesaria al orden del mundo) que en tí, como en cada uno de los hombres, puso la incógnita fuerza que ordena las cosas? ¿Por qué en vez de negarte con vana

negación, no pruebas avanzar y tomar rumbo a lo no conocido de tu alma?... ¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de tí mismo?...

118. *La fuerza temporal, es innovadora.*

REFORMARSE ES VIVIR... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de su sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aun más: cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no el de aquella otra que se desenvuelve en tí sin participación de tu voluntad y sin conocimiento de ti mismo, son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio: mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos a quienes dejó en la mocedad.

119. *Personalidades que emergen sucesivas.*

Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos*. Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes. Sainte-Beuve signicaba la impresión que tales metamorfosis psíquicas del tiempo producen en quien no ha sido espectador de sus fases relativas, recordando el sentimiento que experimentamos ante el retrato del Dante adolescente, pintado en Florencia: el Dante cuya dulzura casi jovial es viva antítesis del gesto amargo y tremendo con que el Gibelino dura en el monetario de la gloria; o bien, ante el retrato del Voltaire de los cuarenta años, con su mirada de bondad y ternura, que nos revela un mundo íntimo helado luego por la malicia senil del demoledor.

120. *Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas...*

..Y es que cosa ninguna pasa en vano dentro de tí; no hay impresión que no deje en tu sensibilidad la huella de su paso; no hay imagen que no estampe una leve copia de sí en el fondo inconsciente de tus recuerdos; no hay idea ni acto que no contribuyan a determinar, aun cuando sea en proporción infinitesimal, el rumbo de tu vida, el sentido sintético de tus movimientos, la forma fisonómica de tu personalidad. El dientecillo oculto que roe en lo hondo de tu alma; la gota de agua que cae a compás en sus antros oscuros; el gusano de seda que teje allí hebras sutilísimas, no se dan tregua ni reposo; y sus operaciones concordes, a cada instante te matan, te rehacen, te destruyen, te crean... Muertes cuya suma es la muerte; resurrecciones cuya persistencia es la vida. ¿Quién ha expresado esta instabilidad mejor que Séneca, cuando dijo, considerando lo fugaz y precario de las cosas: «Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ya he cambiado?» Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas... Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado.

121. *Un movimiento arcano, remoto, de la personalidad, rige los cambios, se hace la forma de su potencia propia.*

Hija de la necesidad es esta transformación continua; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde

que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad. Si en lo que se refiere a la lenta realización de su proceso, ella se ampara en la oscuridad de lo inconsciente, sus direcciones resultantes no se sustraen de igual modo a la atención, ni se adelantan al vuelo previsor de la sabiduría. Y si inevitable es el poder transformador del tiempo, entra en la jurisdicción de la iniciativa propia el limitar ese poder y compartirlo, ya estimulando o retardando su impulso, ya orientándolo a determinado fin consciente, dentro del ancho espacio que queda entre sus extremos necesarios.

Quien, con ignorancia del carácter dinámico de nuestra naturaleza, se considera alguna vez definitiva y absolutamente constituído, y procede como si lo estuviera, deja, en realidad, que el tiempo lo modifique a su antojo, abdicando de la participación que cabe a la libre reacción sobre uno mismo, en el desenvolvimiento de la propia personalidad. El que vive racionalmente es, pues, aquel que, advertido de la actividad sin tregua del cambio, procura cada día tener clara noción de su estado interior y de las transformaciones operadas en las cosas que le rodean, y con arreglo a este conocimiento siempre en obra, rige sus pensamientos y sus actos.

122. *El cambio irreprimible, asegura la originalidad. Necesidad de adaptarse a modos insospechados de experiencia.*

La persistencia indefinida de la educación es ley que fluye de lo incompleto y transitorio de todo equilibrio *actual* de nuestro espíritu. Uno de los más funestos errores, entre cuantos puedan viciar nuestra concepción de la existencia, es el que nos la hace figurar dividida en dos partes sucesivas y naturalmente separadas: la una, propia para aprender; aquélla en que se acumulan las provisiones del camino y se modelan para siempre las energías que luego han de desplegarse en acción; la otra, en que ya no se aprende ni acumula, sino que está destinada a que invirtamos en provecho nuestro y de los otros, lo aprendido y acumulado. ¡Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla se sale a

otra más recia y difícil, que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua que es el mundo! Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento. Todo es revelación, todo es enseñanza, todo es tesoro oculto en las cosas; y el sol de cada día arranca de ellas nuevo destello de originalidad. Y todo es, dentro de nosotros, según transcurre el tiempo, necesidad de renovarse, de adquirir fuerza y luz nuevas, de apercibirse contra males aun no sentidos, de tender a bienes aun no gozados; de preparar, en fin, nuestra adaptación a condiciones de que no sabe la experiencia. Para satisfacer esta necesidad y utilizar aquel tesoro, conviene mantener viva en nuestra alma la idea de que ella está en perpetuo aprendizaje e iniciación continua. Conviene, en lo intelectual, cuidar de que jamás se marchite y desvanezca por completo en nosotros, el interés, la curiosidad del niño, esa agilidad de la atención nueva y candorosa, y el estímulo que nace de saberse ignorante (ya que lo somos siempre), y un poco de aquella fe en la potestad que ungía los labios del maestro y consagraba las páginas del libro, no radicada ya en un solo libro, ni en un solo maestro, sino dispersa y difundida donde hay que buscarla. Y en la disciplina del corazón y la voluntad, de donde el alma de cada cual toma su temple, conviene, aun en mayor grado, afinar nuestra potencia de reacción, vigilar las adquisiciones de la costumbre, alentar cuanto propenda a que extendamos a más ancho espacio nuestro amor, a nueva aptitud nuestra energía, y concitar las imágenes que anima la esperanza contra las imágenes que mueve el recuerdo, legiones enemigas que luchan, la una por nuestra libertad, la otra por nuestra esclavitud.

123. *Tiempo y voluntad componen los ritmos de los desarrollos vivientes.*

Mientras nos sea posible mantener en la sucesiva realización de nuestra personalidad el ritmo sosegado y constante de las transformaciones del tiempo, rigiéndolas y orientándolas, pero sin quitarles la condición esencial de su medida, impórtanos quedar fieles a ese

ritmo sagrado. La antigüedad imaginó hijas de la Justicia a las Horas: mito de sentido profundo. Una vida idealmente armoniosa sería tal que cada día de los que la compusieron significase, mediante los concertados impulsos del tiempo y de la voluntad, a él adaptada, un paso hacia adelante; un cierto desasimiento más respecto de las cosas que atrás quedan, y una cierta vinculación correlativa, con otras que a su vez preparasen aquellas que están por venir; una leve y atinada inflexión que concurriera a determinar el sesgo total de la existencia. Si los embates del mundo, y los mil gérmenes de desigualdad de todo carácter personal, no dificultasen el sostenimiento de ese orden, bastaría tomar nuestra vida en dos instantes cualesquiera de su desenvolvimiento, para de la relación de entrambos levantarse a la armónica arquitectura del conjunto: como por la subordinación de proporciones que faculta a reconstituir, con sólo el hallazgo de un diente, el organismo extinguido; o como por el módulo, que, dado el espesor de una columna, permite averiguar, en las construcciones de los artífices antiguos, la euritmia completa de la fábrica.

El esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada sería una curva de suave y graciosa ondulación. Varia es la curva en su movimiento; la severa recta, siempre igual a sí misma, tiende del modo más rápido a su fin; pero sólo por la transición, más o menos violenta, de los ángulos, podrá la recta enlazarse a su término con otra, que nazca de un impulso en nuevo y divergente sentido; mientras que, en la curva, unidad y diversidad se reúnen; porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección que toma está indicada de antemano por la que la precede.

124. *Regir la espontaneidad de nuestros cambios, volver ajeno y remoto lo propio, provocar y ordenar los grandes impulsos, los enérgicos desasimientos y las vocaciones improvisas.*

La sucesión rítmica y gradual de la vida, sin remansos ni rápidos, de modo que la voluntad, rigiendo el paso del tiempo, sea

como timonel que no tuviera más que secundar la espontaneidad amiga de la onda, es, pues, idea en que debemos tratar de modelarnos; pero no ha de entenderse que sea realizable por completo, mucho menos desde que falta del mundo aquella correlación o conformidad, casi perfecta, entre lo del ambiente y lo del alma, entre el escenario y la acción, que fué excelencia de la edad antigua. Las mudanzas sin orden, los bruscos cambios de dirección, por más que alteren la proporcionada belleza de la vida y perjudiquen a la economía de sus fuerzas, son, a menudo, fatalidad de que no hay modo de eximirse, ya que los acontecimientos e influencias del exterior, a que hemos de adaptarnos, suelen venir a nosotros, no en igual y apacible corriente, sino en oleadas tumultuosas, que apuran y desequilibran nuestra capacidad de reacción.

No es sólo en la vida de las colectividades donde hay lugar para los sacudimientos revolucionarios. Como en la historia colectiva, prodúcense en la individual momentos en que inopinados motivos y condiciones, nuevos estímulos y necesidades aparecen, de modo súbito, anulando quizá la obra de luengos años y suscitando lo que otros tantos requeriría, si hubiera de esperárselo de la simple continuidad de los fenómenos; momentos iniciales o *palingenésicos*, en que diríase que el alma entera se refunde y las cosas de nuestro inmediato pasado vuélvense como remotas o ajenas para nosotros. El propio desenvolvimiento natural, tal como es por esencia, ofrece un caso típico de estas transiciones repentinas, de estas revoluciones vitales; lo ofrece, así en lo moral como en lo fisiológico, cuando la vida salta, de un arranque, la valla que separa el candor de la primera edad de los ardores de la que la sigue, y sensaciones nuevas invaden en irrupción y tumulto la conciencia, mientras el cuerpo, transfigurándose, acelera el ritmo de su crecimiento.

Suele el curso de la vida moral, según lo determinan los declives y los vientos del mundo, traer en sí mismo, sin intervención, y aun sin aviso de la conciencia, esos rápidos de su corriente; pero es también de la iniciativa voluntaria provocar, a veces, la sazón o coyuntura de ellos; y siempre, concluir de ordenarlos sabiamente al fin que convenga. Así como hay el arte de la persistente evolu-

ción, que consiste en guiar con hábil mano el movimiento espontáneo y natural del tiempo, arte que es de todos los días, hay también el arte de las heroicas ocasiones, aquellas en que es menester forzar la acompasada sucesión de los hechos; el arte de los grandes impulsos, y de los enérgicos desasimientos, y de las vocaciones improvisas. La voluntad, que es juiciosa en respetar la jurisdicción del tiempo, fuera inactiva y flaca en abandonársele del todo. Por otra parte, no hay desventaja o condición de inferioridad que no goce de compensación relativa; y el cambiar por tránsitos bruscos y contrastes violentos, si bien interrumpe el orden en que se manifiesta una vida armoniosa, suele templar el alma y comunicarle la fortaleza en que acaso no fuera capaz de iniciarla más suave movimiento: bien así como el hierro se templa y hace fuerte pasando del fuego abrasador al frío del agua.

125. *Heurística viviente.*

Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada si es preciso; cambio consciente y orientado, siempre. O es perpetua renovación o es una lánguida muerte, nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de este peso inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio, y no usufructo de triunfos que pasaron; no ver término infranqueable en tanto haya acción posible, ni imposibilidad de acción mientras la vida dura; entender que toda circunstancia fatal para la subsistencia de una forma de actividad, de dicha, de amor, trae en sí, como contrahaz y resarcimiento, la ocasión propicia a otras formas; saber de lo que dijo el sabio cuando afirmó que todo fué hecho hermoso *en su tiempo:* cada oportunidad, única para su obra: cada día, interesante en su originalidad; anticiparse al agotamiento y el hastío, para desviar al alma del camino en que habría de encontrarse con ellos, y si se adelantan a nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un *invento* de la voluntad (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga y fije nuevo objetivo; renovarse, transformarse, rehacerse... ¿no es ésta toda la filosofía de la acción y la vida; no es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetar de la planta?...

126. *Actitud en la desilusión y el fracaso*

En el fracaso, en la desilusión, que no provengan del fácil desánimo de la inconstancia; viendo el sueño que descubre su vanidad o su altura inaccesible; viendo la fe que, seca de raíz, te abandona; viendo el ideal que, ya agotado, muere, la filosofía viril no será la que te induzca a aquella terquedad insensata que no se rinde ante los muros de la necesidad; ni la que te incline al escepticismo alegre y ocioso, casa de Horacio, donde hay guirnaldas para orlar la frente del vencido; ni la que, como en Hárold, suscite en ti la desesperación rebelde y trágica; ni la que te ensoberbezca, como a Alfredo de Vigny, en la impasibilidad de un estoicismo desdeñoso; ni tampoco será la de la aceptación inerme y vil, que tienda a que halles buena la condición en que la pérdida de tu fe o de tu amor te haya puesto.

...La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces. Si apuras la memoria de los males de tu pasado, fácilmente verás cómo de la mayor parte de ellos tomó origen un retoñar de bienes relativos, que si tal vez no prosperaron ni llegaron a equilibrar la magnitud del mal que les sirvió de sombra propicia, fué acaso porque la voluntad no se aplicó a cultivar el germen que ellos le ofrecían para su desquite y para el recobro del interés y contento de vivir.

127. *El dolor de una vocación fracasada. Las reservas de nuestro espíritu. Disposiciones ignoradas y aptitudes latentes se manifiestan en el momento en que pierde su ascendiente la vocación que prevalecía.*

Y sin embargo, una vocación que fracasa para siempre, sea por lo insuperable de la dificultad en que tropieza el desenvolvimiento de la aptitud, sea por vicio radical de la aptitud misma, suele ser, en el plan de la Naturaleza, sólo una ocasión de variar el rumbo de la vida sin menguar su intensidad ni su honor. Con frecuencia el hado que forzó a la voluntad a abandonar el rumbo que, prometiendo gloria, seguía, ha puesto con ello el antecedente y la condición necesaria de más alta gloria. Pero aunque no entren en cuenta casos semejantes, yo me inclino a pensar que pocas veces puede tenerse por irreparable en absoluto el fracaso de una vocación, si por irreparable ha de entenderse que no sufre ser compensado con la manifestación de una capacidad, más que mediana, en otro género de actividad; ni siquiera cuando el alma ve extenderse ante sí vasto horizonte de tiempo y dispone aún de poderosas fuerzas de reacción. Difícil es que conozcamos todo lo que calla y espera, en lo interior de nosotros mismos. Hay siempre en nuestra personalidad una parte virtual de que no tenemos conciencia. Una vocación poderosa que ha ejercido durante mucho tiempo el gobierno del alma, reconcentrando en sí toda la solicitud de la atención y todas las energías de la voluntad, es como luz muy viva que ofusca otras más pálidas, o como estruendo que no deja oír muchos leves rumores. Si la luz o el estruendo se apagan, los hasta entonces reprimidos dan razón de su existencia. Aptitudes latentes, disposiciones ignoradas, tienen así la ocasión propicia de manifestarse, y a menudo se manifiestan, en el momento en que pierde su ascendiente la vocación que prevalecía; tanto más cuanto que las mismas condiciones que constituyen una inferioridad sin levante para determinado género de actividad, suelen ser estímulos y superioridades con relación a otro. Rara será el alma donde no exista, en germen o potencia, capacidad alguna fuera de las que ella sabe y cultiva; como raro es el cielo tan nebuloso que jamás

la puesta del sol haga vislumbrar en él una estrella, y rara la playa tan callada que nunca un rumor suceda en ella al silencio del mar.

128. *El alma, como cadena de abismos; pero hay una senda segura, y es la que va a lo hondo de cada uno.*

¿Nada crees ya en lo que dentro de tu alma se contiene? ¿Piensas que has apurado las disposiciones y posibilidades de ella; dices que has probado en la acción todas las energías y aptitudes que, con harta confianza, reconocías en tí mismo, y que, vencido en todas, eres ya como barco sin gobernalle, como lira sin cuerdas, como cuadrante sin sol?... Pero para juzgar si de veras agotaste el fondo de tu personalidad es menester que la conozcas cabalmente.

¿Y te atreverás a afirmar que cabalmente la conoces? El reflejo de tí que comparece en tu conciencia ¿piensas tú que no sufre rectificación y complemento? ¿que no admite mayor amplitud, mayor claridad, mayor verdad? Nadie logró llegar a término en el conocimiento de sí, cosa ardua sobre todas las cosas, sin contar con que, para quien mira con mirada profunda, aun la más simple y diáfana es como el agua de la mar, que cuanta más se bebe da más sed, y como cadena de abismos. ¡Y tú presumirás de conocerte hasta el punto de que te juzgues perpetuamente limitado a tu ser consciente y actual!... ¿Con qué razón pretendes sondar, de una mirada, esa complejidad no igual a la de ninguna otra alma nacida, esa *única* originalidad, (por única, necesaria al orden del mundo), que en tí, como en cada uno de los hombres, puso la incógnita fuerza que ordena las cosas? ¿Por qué en vez de negarte con vana negación, no pruebas avanzar y tomar rumbo a lo no conocido de tu alma?... ¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de tí mismo?...

129. *Descender al fondo del alma, y volver de la profundidad, a la acción.*

Ahondar en la conciencia de sí mismo, procurar saber del alma propia; mas no en inmóvil contemplación, ni por prurito de alambicamiento y sutileza; no como quien, desdeñoso de la realidad, dando la espalda a las cien vías que el mundo ofrece para el cono-

cimiento y la acción , vuelve los ojos a lo íntimo del alma, y allí se contiene y es a un tiempo el espectador y el espectáculo. Este continuo análisis de lo que pasa dentro de nosotros, cuando el análisis no va encaminado a un fin trascendente; esa morosidad ante el espejo de la propia conciencia, no tal cual se detendría a consultar, en clara linfa, el porte y el arnés, el guerrero que marchaba a la lucha, sino por simple y obsesionador afán de mirarse, son, más que vana, funesta ocupación de la vida. Son el sutil veneno que paraliza el espíritu de Amiel y le reduce a una crítica ineficaz de sus más mínimos hechos de conciencia; crítica disolvente de toda espontaneidad del sentimiento, enervadora de toda energía de la voluntad. ¿Y quién como ese mismo moderno umbilicario; quién como ese confidente oficioso de sí propio, ha expresado cuán fatal sea esa malversación del tiempo y de las fuerzas de la mente? El alma que, en estéril quietud, se emplea en desmenuzar, con cruel encarnizamiento, cuanto, para ella sola, piensa, siente y *no* quiere, es «el grano de trigo que, molido en harina, no puede ya germinar y ser la planta fecunda». Cierto; mas yo te hablo del conocerse que es un antecedente de la acción; del conocerse en que la acción es, no sólo el objeto y la norma, sino también el órgano de tal conocimiento, porque ¿cómo podrá saber de sí cuánto se debe quien no ha probado los filos de su voluntad en las lides del mundo?...; modo de saber de sí que no es prurito exasperador, ni deleite moroso, sino obra viva en favor de nuestro perfeccionamiento; que no nos incapacita, como el otro, para el ejercicio de la voluntad, sino que, por lo contrario, nos capacita y corrobora; porque consiste en observarse para reformarse: en sacar todo partido posible de nuestras dotes de naturaleza: en mantener la concordia entre nuestras fuerzas y nuestros propósitos, y descender al fondo del alma, donde las virtualidades y disposiciones que aun no han pasado al acto se ocultan, volviendo de esa profundidad con materiales que luego la acción aplica a su adecuado fin y emplea en hacernos más fuertes y mejores; como quien alza su casa con piedras de la propia cantera, o como quien forja, con hierro de la propia mina, su espada.

130. *La sugestión social.*

Cuando te agregas en la calle a una muchedumbre a quien un impulso de pasión arrebata, sientes que, como la hoja suspendida

en el viento, tu personalidad queda a merced de aquella fuerza avasalladora. La muchedumbre, que con su movimiento material te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, gobierna, de igual suerte, los movimientos de tu sensibilidad y de tu voluntad. Si alguna condición de tu natural carácter estorba para que cooperes a lo que en cierto momento el monstruo pide o ejecuta, esa condición desaparece inhibida. Es como una enajenación o un encantamiento de tu alma. Sales, después, del seno de la muchedumbre; vuelves a tu ser anterior; y quizá te asombras de lo que clamaste o hiciste.

Pues no llames sólo muchedumbre a esa que la pasión de una hora reune y encrespa en los tumultos de la calle. Toda sociedad humana es, en tal sentido, muchedumbre. Toda sociedad a que permaneces vinculado te roba una porción de tu ser y la sustituye con un destello de la gigantesca *personalidad* que de ella colectivamente nace. De esta manera ¡cuántas cosas que crees propias y esenciales de ti no son más que la imposición, no sospechada, del alma de la sociedad que te rodea! ¿A quién se exime, del todo, de este poder? Aun aquellos que aparecen como educadores y dominadores de un conjunto humano, suelen no ser sino los instrumentos dóciles de que él se vale para reaccionar sobre sí mismos. En el alarde de libertad, en el arranque de originalidad, con que pretenden afirmar, frente al *coro*, su personalidad emancipada, obra quizá la sugestión del mismo oculto numen. *Genio* llamamos a esa libertad, a esa originalidad, cuando alcanzan tal grado que puede tenérselas por absolutamente verdaderas. Pero ¡cuán rara vez lo son tal extremo, y cuántas la contribución con que el pensamiento individual parece aportar nuevos elementos al acervo común, no es sino una restitución de ideas lenta y calladamente absorbidas? Así, quien juzgara por apariencias materiales habría de creer que es la corriente de los ríos la que surte de agua a la mar, puesto que en ella se vierten, mientras que es de la mar de donde viene el agua que toman en sus fuentes los ríos.

131. *Personalidad ficticia y la que brota en vida, en alegría, en amor.*

Este sortilegio de los demás sobre cada uno de nosotros explica muchas vanas apariencias de nuestra personalidad, que no engañan

sólo a ojos ajenos, sino que ilusionan también aquellos íntimos ojos con que nos vemos a nosotros mismos.

Porque a menudo la virtud penetrativa del ambiente no cala y llega hasta el centro del alma, donde, combinándose con nuestra originalidad individual, que tomaría de ella lo capaz de asociársele sin descaracterizarnos, en un proceso de orgánica asimilación, antes enriquecería que menoscabaría nuestra personalidad; sino que se detiene en lo exterior del alma, como una niebla, como un antifaz, como una túnica; nada más que apariencia, pero lo bastante engañadora para que aquel mismo en cuya conciencia se interpone, la tenga por realidad y sustancia de su ser. Debajo de ella queda la roca viva, la roca de originalidad, la roca de verdad; ¡acaso siempre, hasta la muerte ignorada!... En toda humana agrupación componen muy mayor número las almas que no tienen otro *yo* consciente y en acto que el ficticio, de molde, con que cada una de ellas coopera al orden maquinal del conjunto. Pero no por esto deja de existir potencialmente en ellas el real, el verdadero *yo*, capaz de revelarse y prevalecer en definitiva sobre el otro, —aunque no se singularice por la superior originalidad que es atributo del genio—, si cambia el medio en que transcurre la vida, y se sale de aquel a cuyo influjo prospera la falsa personalidad a modo de una planta parásita; o bien si el alma logra apartar de sí, por cierto tiempo, la tiranía del ambiente, con los reparos y baluartes de la soledad.

132. *La inscripción del Faro de Alejandría.*

El primero y más grande de los Tolomeos se propuso levantar en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fué el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fué lanzado al cielo mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba:

la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando en éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado, era el Faro de Alejandría, que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo. Tolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque, y consistía en que su nombre de rey fuera esculpido, como sello que apropiase el honor de la idea, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del rey el que leyesen las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida de mármol una falsa superficie, y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Tolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra, grabó su propio nombre. La inscripción, que durante la vida del Mecenas fué engaño de su orgullo, marcó luego las huellas del tiempo destructor; hasta que un día, con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del príncipe. Rota y aventada la máscara de cal, se descubrió, en lugar del nombre del príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. Y la inscripción vindicadora duró cuanto el mismo monumento; firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

Un arranque de sinceridad y libertad que te lleve al fondo de tu alma, fuera del yugo de la imitación y la costumbre, fuera de la sugestión persistente que te impone modos de pensar, de sentir, de querer, que son como el ritmo isócrono del paso del rebaño, puede hacer en ti lo que la obra justiciera del tiempo verificó en la inscripción de la torre de Alejandría. Deshecho en polvo leve, caerá de la superficie de tu alma cuanto es allí vanidad, adherencia, remedo; y entonces, acaso por primera vez, conocerás la verdad de ti mismo. Despertarás como de un largo sueño de sonámbulo. Tu

hastío y agotamiento son quizá, cual los de muchos otros, cosa de la personalidad ficticia con que te vistes para salir al teatro del mundo: es ella la que se ha vuelto en ti incapaz de estímulo y reacción. Pero por bajo de ella reposan, frescas y límpidas, las fuentes de tu personalidad verdadera, la que es toda de ti; apta para brotar en vida, en alegría, en amor, si apartas la endurecida broza que detiene y paraliza su ímpetu. Allí está lo *tuyo*, allí y no en el esquilmado campo que ahora alumbra el resplandor de tu conciencia. ¿Por qué llamas *tuyo* lo que siente y hace el espectro que hasta este instante usó de tu mente para pensar, de tu lengua para articular palabras, de tus miembros para agitarse en el mundo, cuyo autómata es, cuyo dócil instrumento es, sin movimiento que no sea reflejo, sin palabra que no sea eco sumiso? ¡Ese no eres *tú!* ¡Ese que roba tu nombre no eres *tú!* ¡Ese no es sino una vana sombra que te esclaviza y te engaña, como aquella otra que, mientras duermes, usurpa el sitio de tu personalidad e interviene en desatinadas ficciones, bajo la bóveda de tu frente!

133. *La multitud de los que se ignoran a sí mismos.*

Hombres hay, muchísimos hombres, inmensas multitudes de ellos, que mueren sin haber nunca conocido su ser verdadero y radical; sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda. Ni aun cabe, en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es, acaso, la verdad que los purificaría, la fuerza que los libertaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero!... Por ley general, un alma humana podría dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más de lo que su voluntad convierte en obra. Piensa, pues, cuántas energías sin empleo, cuántos nobles gérmenes y nunca aprovechados dones, suele llevar consigo al secreto cuyos sellos nadie profanó jamás, una vida que acaba. Dolerse de esto fuera tan justo, por lo menos, cual lo es dolerse de

las fuerzas en acto, o en conciencia precursora del acto, que la muerte interrumpe y malogra. ¡Cuántos espíritus disipados en estéril vivir, o reducidos a la teatralidad de un papel que ellos ilusoriamente piensan ser cosa de su naturaleza; todo por ignorar la vía segura de la observación interior; por tener de sí una idea incompleta, cuando no absolutamente falsa, y ajustar a esos límites ficticios su pensamiento, su acción y el vuelo de sus sueños! ¡Cuán fácil es que la conciencia de nuestro ser real quede ensordecida por el ruido del mundo, y que con ella naufrague lo más noble de nuestro destino, lo mejor que había en nosotros virtualmente! ¡Y cuánta debiera ser la desazón de aquel que toca al borde de la tumba sin saber si dentro de su alma hubo un tesoro que, por no sospecharlo o no buscarlo, ha ignorado y perdido!

134. *Peer Gynt*

Este sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear, ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt*, que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco? Peer Gynt ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles. «Somos, le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco». Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: «Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empinada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya». Camino de la montaña, el rocío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: «Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡necio si creíste que por eso la felici-

dad sería contigo!» Camino de la montaña, dícele la yerba que va hollando su pie: «Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza: las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debió alentar tu corazón». Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el «Fundidor Supremo», —nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua—, le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¿No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal? Peer Gynt! Peer Gynt!, tú eres legión de legiones.

135. *Nuestra complejidad personal. Nadie diga: «tal soy, tal seré siempre».*

...Pero admito que sea algo que nazca de real desenvolvimiento de tu ser, y no un carácter adventicio, lo que se refleja presentemente en tu conciencia y se manifiesta por tus sentimientos y tus actos. Aún así, nada definitivo y absoluto te será lícito afirmar de aquella realidad, que no es, en ninguno de nosotros, campo cerrado, inmóvil permanencia, sino perpetuo llegar a ser, cambio continuo, mar por donde van y vienen las olas. El saber de sí mismo no arriba a término que permita jurar: «Tal soy, tal seré siempre». Ese saber es recompensa de una obra que se renueva cada día, como la fe que se prueba en la contradicción, como el pan que santifica el trabajo. Las tendencias que tenemos por más fundamentales y características de la personalidad de cada uno, no se presentan nunca sin alguna interrupción, languidez o divergencia; y aun su estabilidad como resumen o promedio de las manifestaciones morales ¡cuán distante está de poder confiar siempre en lo futuro; cuán distante de la seguridad de que la pasión que hoy soberanamente nos domina no ceda alguna vez su puesto a otra diversa o antagónica, que trastorne, por natural desenvolvimiento de su influjo, todo el orden de la vida moral! Quien se propusiera obtener para su alma

unidad absolutamente previsible, sin vacilaciones, sin luchas, padecería la ilusión del cazador demente que, entrando, armado de toda suerte de armas, por tupida selva del trópico, se empeñara, con frenético delirio, en abatir cuanta viviente criatura hubiese en ella, y cien veces repitiera la feral persecución, hasta que un ruido de pasos, o de alas, o un rugido, o un gorjeo, o un zumbar cenzalino, le mostrasen otras tantas veces la imposibilidad de lograr completa paz y silencio. *Bosques de espesura* llamó a los hombres el rey don Alfonso El Sabio.

Hay siempre en nuestro espíritu una parte irreductible a disciplina, sea que en él prevalezca la disciplina del bien o la del mal, la de la acción o la de la inercia. Gérmenes y propensiones rebeldes se agitan siempre dentro de nosotros, y su ocasión natural de despertar coincide acaso con el instante en que más firmes nos hallábamos en la pasión que daba seguro impulso a nuestra vida; en la convicción o la fe que la concentraban y encauzaban; en el sosiego que nos parecía haber sellado para siempre la paz de nuestras potencias interiores.

Filosofía del espíritu humano; investigación en la historia de los hombres y los pueblos; juicio sobre un carácter, una aptitud o una moralidad; propósito de educación o de reforma, que no tomen en cuenta, para cada uno de sus fines, esta complexidad de la persona moral, no se lisonjeen con la esperanza de la verdad ni del acierto.

136. *¿Nunca te has sentido distinto a ti mismo? Las pasajeras desviaciones pudieron ser nuevos puntos de partida dentro del conjunto de los actos.*

En verdad, ¡cuán varios y complejos somos! ¿Nunca te ha pasado sentirte distinto de ti mismo? ¿No has tenido nunca para tu propia conciencia algo del desconocido y el extranjero? ¿Nunca un acto tuyo te ha sorprendido, después de realizado, con la contradicción de una experiencia que fiaban cien anteriores hechos de tu vida? ¿Nunca has hallado en ti cosas que no esperabas ni dejado de hallar aquellas que tenías por más firmes y seguras? Y ahondando, ahondando con la mirada que tiene su objeto del lado

de adentro de los ojos, ¿nunca has entrevisto, allí donde casi toda luz interior se pierde, alguna vaga y confusa sombra, como de *otro que tú*, flotando sin sujeción al poder de tu voluntad consciente; furtiva sombra, comparable a esa que corre por el seno de las aguas tranquilas cuando la nube o el pájaro pasan sobre ellas?

¿Nunca, apurando tus recuerdos, te has dicho: si aquella extraña intención que cruzó un día por mi alma, llegó hasta el borde de mi voluntad y se detuvo, como en la liza el carro triunfador rasaba la columna del límite sin tocarla; si aquel rasgo inconsecuente y excéntrico que una vez rompió el equilibrio de mi conducta, en el sentido del bien o en el del mal, hubieran sido, dentro del conjunto de mis actos, no pasajeras desviaciones, sino nuevos puntos de partida ¡cuán otro fuera ahora yo; cuán otras mi personalidad, mi historia, y la idea que de mi quedara!?

137. *Imposibilidad de una igualdad perenne.*

Ni la más alta perfección moral asequible, que importa la concordia de las tendencias inferiores subordinadas a la potestad de la razón; ni la más primitiva sencillez, que muestra, persistiendo en la conciencia humana, el vestigio de la línea recta, y segura del instinto; ni la más ciega y pertinaz pasión, que absorbe toda el alma y la mueve, mientras dura la vida, en un solo arrebatado impulso, tienen fuerza con que prevalecer sobre lo complejo de nuestra naturaleza hasta el punto de anular la diversidad, la inconsecuencia y la contradicción, que se entrelazan con las mismas raíces de nuestro ser.

¿Hay límpida y serena conciencia por la que no haya pasado la sombra de algún instante infiel al orden que componen los otros?...

138. *Almas abiertas en lo hondo del tiempo, a la respiración de lo desconocido.*

La infinita y desacordada variedad de las cosas y los acontecimientos, multiplica la ocasión de que nuestra desigualdad radical de muestra de sí. Y a la influencia de lo que ocurre en torno de nosotros, únense acaso, para ello, otras más lejanas y escondidas...

Nuestra alma no está puesta en el tiempo como cavidad de fondo cerrado e incapaz de dar paso a la respiración de lo que queda bajo de ella. Hemos de figurárnosla mejor como abismal e insondable pozo, cuyas entrañas se hunden en la oscura profundidad del tiempo muerto. Porque el alma de cada uno de nosotros, es el término en que remata una inmensa muchedumbre de almas: las de nuestros padres, las de nuestros abuelos; los de la segunda, los de la décima, los de la centésima generación...; almas abiertas, en lo hondo del tiempo, unas sobre otras, hasta el confín de los orígenes humanos, como abismos que uno de otro salen y se engendran; y a medida que se desciende truécase en dos abismos cada abismo, porque cada alma que nace viene inmediatamente de dos almas. Debajo de la raíz de tu conciencia, y en comunicación siempre posible contigo, flota así la vida de cien generaciones. Todas las que pasaron de la realidad del mundo, persisten en ti de tal manera; y por el tránsito que tú les das al porvenir mediante el alma de tus hijos, gozan vida inmortal, en cuanto perpetúan la esencia y compendio de sus actos, a que se acumulará la esencia y compendio de los tuyos. ¿Qué es el misterioso mandato del instinto, que obra en ti sin intervención de tu voluntad y tu conciencia. sino una voz que, propagándose a favor de aquellos pozos comunicantes, sube hasta tu alma, desde el fondo de un pasado inmemorial, y te obliga a un acto prefijado por la costumbre de tus progenitores?

Pero otros ecos, no constantes ni organizados, como los del instinto, y que se anuncian por manifestaciones más personales de la actividad interior, ¿no llegan tal vez a nuestra alma, de abismos remotos o cercanos: los ecos del pensar y el sentir de mil abuelos, esparcidos por diversas partes del mundo, vinculados a distintos tiempos, modelados por los hábitos de cien diferentes vocaciones y ejercicios; pastores y guerreros, labradores y navegantes, amos y siervos, devotos de unos y otros dioses; y estos ecos, que acaso nunca llegan a fundirse en unidad perfecta y armónica, por enérgica que sea la fuerza concertante de la propia personalidad y por convergentes que acierten a ser alguna vez las virtualidades que se acumulan en herencia; estos ecos, digo, ¿no darán razón de muchas de las disonancias y contradicciones de nuestra vida mo-

ral?... Yo los imagino de modo que, ya alimentan un perpetuo conflicto, que la conciencia refleja sin saber su causa e impulso; ya sólo se manifiestan en lucha sorda y subterránea, que apenas percibe la conciencia, hasta que tal vez un eco, destacado de entre los otros, brota de súbito en idea y mueve el corazón y la voluntad, produciendo una de esas divergencias de nuestro ser usual, a que, adecuada y expresivamente, solemos dar nombre de *ráfagas*, y en las que nos desconocemos a nosotros mismos.

Ráfagas: sugestión melancólica, estremecimiento de religiosidad, arranque de heroísmo, tentación perversa, relámpago de inspiración, asomo de locura; mil cosas vagas e incongruentes, sueños que surgen, de este modo, del secreto del alma, apartándonos por un instante de la pauta de la vida común, para perderse luego en la igualdad y consecuencia de las horas que no conocen ímpetu rebelde. Somos, en esas ocasiones extrañas, como quien, sentado al borde de un abismo, sintiera llegar de sus profundidades misteriosas, rompiendo el silencio en que se escudan, ya un temeroso trueno, ya un vago son de campanas, ya un lastimero ¡ay!, ya un murmullo de alas, ya el rumor de la avenida de un río.

139. *La complejidad trae visión nueva, estímulo de investigación y libertad.*

La concurrencia, en una organización individual, de aspectos opuestos, de modos de sensibilidad contradictorios; la manifestación simultánea o la alternada sucesión, dentro de la unidad de una conciencia, de elementos ordinariamente separados, es poderoso fermento de originalidad, del que a menudo vienen visiones nuevas de las cosas; percepción de relaciones imprevistas; estímulos de investigación y libertad; maneras de ver y de sentir que acaso entrañan una innovación consistente y fecunda, capaz de comunicarse a los otros: *variación espontánea*, que, en el desenvolvimiento de la sociedad, como se ha supuesto en el de las especies naturales, propone y hace prevalecer un tipo nuevo. La concordia, o la perenne reacción, de los contrarios, suele ser el secreto de las originalidades superiores. Cien espíritus habrá en quien los divergentes impulsos de la creencia y el deseo, mantendrán indefinidamente la

estéril anarquía de la indecisión y de la duda; y otro ciento que resolverán esta anarquía por la vuelta a la sugestión más poderosa entre las que obren con la sociedad y la herencia: por el triunfo de una idea o inclinación de esas que rivalizan dentro de ellos sin modificarla ni ensancharla en nada; reduciendo en adelante los atrevimientos de las demás a desviaciones efímeras y vanas; pero habrá un espíritu que, de la lucha y competencia interior, se levantará a un plano más alto, a una posición ignorada y descubridora de horizontes; ya sea esto en la esfera de la inteligencia, por el hallazgo de una síntesis, de una teoría o de un estilo; ya sea en la esfera de la vida moral, por el ejemplo de un sesgo desusado en la acción y la conducta.

140. *Poder avizorador, el profetismo de la voluntad, contiene y alienta los movimientos de una espontaneidad infinita, que asegura la libertad y la renovación.*

Para quien siente en sí la necesidad de una reforma íntima; para quien ha menester quebrantar el hábito o inclinación que tiene bajo yugo a su personalidad moral; para quien ve agotadas las energías que de sí mismo conoce, lo complejo y variable de nuestra naturaleza es prenda de esperanza, es promesa dichosa de levante y regeneración. Porque, supuesto cierto poder avizorador y directivo de la voluntad para contener o alentar los movimientos de esa espontaneidad infinita, es a ellos a quien se debe que seamos capaces de libertarnos y de renovarnos. Cada una de las desviaciones o disonancias de un momento: ráfaga de entusiasmo que calienta el ambiente de una vida apática; acierto o intuición que rasga las sombras de una mente oscura y torpe; vena de alegría que brota en un vasto erial de horas tristes; inspiración benéfica que interrumpe la unidad de una existencia consagrada al mal: cada una de estas desviaciones de un momento, es como un claro que se abre de improviso sobre un horizonte de bonanza, y ofrece, para la reacción redentora de la voluntad, un punto de partida posible. Observar y utilizar tales disonancias, es resorte maestro en la obra del cultivo propio. Y aun cuando la atención y la voluntad no detengan ante ellas el paso... La veleidad dichosa, el momento re-

belde, se pierden entonces en el olvido y la sombra, y se reanuda el tenor usual de existencia. ¿Es que han pasado para no volver? ¡Quién sabe! ¡Cuántas veces han vuelto...; han vuelto de esa profundidad ignorada de uno mismo, donde vagaron por misteriosos rumbos; y su reaparición no ha sido sólo el eco que vanamente suena en la memoria, ni nueva veleidad que anima el soplo de un instante, sino ya impulso eficaz, voluntad firme y duradera, nuncio de redención, aurora de nueva vida!

Las más hondas transformaciones morales suelen anunciarse, muy antes de llegar, por uno de estos momentos que no dejan más huella que un relámpago, y que confundimos con la muchedumbre de nuestras efímeras inconsecuencias: oscuro y desconocido precursor, profeta sin signo visible, que pasa, allá adentro, envuelto en la corriente del vulgo.

141. *El barco que parte.*

Mira la soledad del mar. Una línea impenetrable la cierra, tocando al cielo por todas partes menos aquella en que el límite es la playa. Un barco, ufano el porte, se aleja, con palpitación ruidosa, de la orilla. Sol declinante; brisa que dice «¡vamos!»; mansas nubes. El barco se adelanta, dejando una huella negra en el aire, una huella blanca en el mar. Avanza, avanza, sobre las ondas sosegadas. Llegó a la línea donde el mar y el cielo se tocan. Bajó por ella. Ya sólo el alto mástil aparece; ya se disipa esta última apariencia del barco. ¡Cuán misteriosa vuelve a quedar ahora la línea impenetrable! ¿Quién no la creyera, allí donde está, término real, borde de abismo? Pero tras ella se dilata el mar, el mar inmenso; y más hondo, más hondo, el mar inmenso aún; y luego hay tierras que limitan, por el opuesto extremo, otros mares; y nuevas tierras, y otras más, que pinta el sol de los distintos climas y donde alientan variadas castas de hombres: la estupenda extensión de las tierras pobladas y desiertas, la redondez sublime del mundo. Dentro de esta inmensidad, hállase el puerto para donde el barco ha partido. Quizás, llegado a él, tome después caminos diferentes entre otros puntos de ese campo infinito, y ya no vuelva nunca, cual si la misteriosa línea que pasó fuese de veras el vacío en donde todo

acaba... Pero he aquí que, un día, consultando la misma línea misteriosa, ves levantarse un girón flotante de humo, una bandera, un mástil, un casco de aspecto conocido... ¡Es el barco que vuelve! Vuelve, como el caballo fiel a la dehesa. Acaso más pobre y leve que al partir; acaso herido por la perfidia de la onda; pero acaso también, sano y colmado de preciosas cosechas. Tal vez, como en alforjas de su potente lomo, trae el tributo de los climas ardientes: aromas deleitables, dulces naranjas, piedras que lucen como el sol, o pieles suaves y vistosas. Tal vez, a trueque de las que llevaba, trae gentes de más sencillo corazón, de voluntad más recia y brazos más robustos. ¡Gloria y ventura al barco! Tal vez, si de más industriosa parte procede, trae los forjados hierros que arman para el trabajo la mano de los hombres; la tejida lana; el metal rico, en las redondas piezas que son el acicate del mundo; tal vez trozos de mármol y de bronce, a que el arte humano infundió el soplo de la vida, o mazos de papel donde, en huellas de diminutos moldes, vienen pueblos de ideas. ¡Gloria, gloria y ventura, al barco!

142. *Cosas que desaparecen en nuestro abismo interior, y vuelven de él.*

Y es que nuestro espacio interior, ése de que decíamos que parece acabar donde acaba la claridad de la conciencia, como semeja la espaciosidad del mar tener por límite la línea en que confina con el cielo, es infinitamente más vasto, y abarca inmensidades donde, sin nuestro conocimiento y sin nuestra participación, se verifican mil reacciones y tranformaciones laboriosas, que, cuando están consumadas y en su punto, suben a la luz, y nos sorprenden con una modificación de nuestra personalidad, cuyo origen y proceso ignoramos; como se sorprendería, si tuviese conciencia, la larva, en el momento de salir de su clausura y desplegar al sol alas que ha criado mientras dormía.

Allí, en ese oscuro abismo del alma, habitan cosas que acaso creemos desterradas de ellas sin levante, y que esperan en sigilo y acecho: el instinto brutal que, domado, al parecer, en la naturaleza del malvado o el bárbaro, se desatará, llegando la ocasión, en arrebato irrefrenable; y el sentimiento de rectitud de aquel que, ofus-

cado por la pasión, cayó en la culpa, y ha de volver al arrepentimiento; y el impulso de libertad del esclavo que se habitúa a la cadena y yace en soporosa mansedumbre, hasta que, un día, todos sus agravios desbordan en uno de su pecho, y se iergue delante del tirano.

Allí duermen, para despertar a su hora, cosas que vienen de aun más lejos: la predisposición heredada, que, a la misma edad en que ocupó el alma del abuelo o el padre, a la misma edad se manifiesta y reproduce: la fatídica aparición de los *Espectros;* y esas impresiones de la infancia que, desvanecidas con ella, reaparecen en la madurez como centro o estímulo de una conversión que persevera hasta la muerte: así la emoción de Tolstoy niño ante la piedad de Gricha el vagabundo.

De allí, de esa oscuridad, soplan las intuiciones súbitas del genio, las inspiraciones del artista, las profecías del iluminado, que adivinan belleza o verdad sin saber cómo, por una elaboración interior de que no tienen más conciencia que de los cambios que se desenvuelven en las entrañas de la tierra. De allí también vienen esas tristezas sin objeto y esas alegrías sin causa, que el tiempo suele descifrar después, certificando los anuncios del oráculo íntimo, como el presentimiento de una calamidad o la anticipada fruición de una ventura.

143. *Fuerza de propaganda adscrita al acto más mínimo.*

Y así como no hay acto cuya vanidad sea segura con relación a la vida del que voluntaria o indeliberadamente, lo realiza, tampoco le hay que no pueda dejar huella en la conciencia o el destino de los otros hombres. Con cada uno de nuestros actos, aun los más ligeros, triviales y ajenos de intención, no sólo proponemos un punto de partida para un encadenamiento capaz de prolongarse y conducir a no esperado término dentro de nuestra existencia, sino que le proponemos también para encadenamientos semejantes fuera de nosotros. Porque todo acto nuestro, por nimio que parezca, tiene una potencia incalculable de difusión y propaganda. No hay entre ellos ninguno que esté absolutamente destituído de ese toque magnético que tiende a provocar la imitación, y luego, a persistir

en quien lo imita, por esa otra imitación de uno mismo que llamamos costumbre. Hacer tal o cual cosa es siempre propender, con más o menos fuerza, a que la hagan igual todos aquellos que la ven y todos aquellos que la oyen referir. Y esto no es sólo cierto de los actos mínimos de una voluntad grande y poderosa: es una radical virtud del acto, que, sin saberlo ni los que la ejercen ni los que la sufren, puede estar adscrita a un movimiento del ánimo del niño, del mendigo, del débil, del necio, del dilipendiado.

Además, el valor de aquello que se hace o se dice, como influencia que entra a desenvolverse en lo interior del alma de otro, ¿quién lo calculará con fijeza si no es conociendo hasta en sus ápices la situación peculiar de esta alma, dentro de la cual una moción levísima, y en un sentido indiferente para los demás, puede ser la causa que rompa el orden en que ella reposaba, o que, por el contrario, lo restablezca y confirme, por misteriosamente fatal o misteriosamente oportuna?

Hablaban los viejos moralistas del farisaísmo en el escándalo, y lo encontraban allí donde el hecho inocente es acusado de ejemplo tentador. Pero ¿quién sabe qué fondo de verdad personal no habría a menudo en estas acusaciones sospechadas de fingidas y pérfidas, si se piensa en la inextricable repercusión de una palabra o una imagen que entran a provocar los ecos extraños y los falaces reflejos de Psiquis?... Otro tanto pasa con el génesis arcano del amor, de la fe, del odio, de la duda... Porque nada de lo que obra de afuera sobre el alma la mueve como al cuerpo inanimado, cuyo movimiento puede preverse con exactitud, sabidas su resistencia invariable y la energía del móvil. Carácter de las reacciones de la vida es la espontaneidad, que establece una desproporción constante entre el impulso exterior y los efectos del impulso; y esta desproporción puede llegar a ser inmensa...

Una palabra... un gesto... una mirada... El rayo que fulmina no es más certero y súbito que suelen serlo esas cosas sobre el alma nuestra. Y para las mortales lentitudes del remordimiento y el dolor ¿cuántas veces no son el germen terquísimo que retoña y dura hasta la muerte? ¿Quién agotará su sentido a la imagen que sella el recuerdo de Sully Prudhomme como la empresa de su pensa-

miento intenso y melancólico: aquel vaso de flores que, herido al paso y sin querer, con un golpe ligero, sobrelleva, como quien siente el pudor del sufrimiento, su apenas visible rasgadura, mientras por ella se escapa, lenta, lentamente, el agua que humedece los cabos de las flores, y éstas se marchitan y mueren?...

144. *Vocación: su arraigo inconsciente.*

Hay una misteriosa voz que, viniendo de lo hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo. Esta voz, este instinto personal, que obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes a la especie, es el instinto de la VOCACION. Verdadero acicate, verdadera *punzada*, como la que, en su raíz original, significa este nombre de instinto, él se anticipa a la elección consciente y reflexiva y pone al alma en la vía de su aptitud. La aptitud se vale de él como los pájaros del supuesto *sentido de orientación*, por el cual hallarían el camino cierto en la espaciosidad del aire. ¿A dónde va el pájaro sin guía sobre la llanura inmensa; en medio del laberinto de los bosques; entre las torres de las ciudades? A la casuca, al nido, a término seguro. Así, sin conocimiento de la realidad, sin experiencia de sus fuerzas, sin comparación entre los partidos posibles, el alma que ve abrirse ante sí el horizonte de la vida, va por naturaleza al campo donde su aplicación será adecuada y fecunda. A veces se revela tan temprano, y tan anterior a toda moción externa, este instinto, que se asemeja a la intuición de una reminiscencia. Otras veces se manifiesta tan de súbito y de tan resuelta manera, cuando ya el alma ha entrado en el comercio del mundo, que sugiere la idea de una real *vocación*, esto es, de una verdadera voz que llama. «Sígueme ¡oh Mateo!» Otras veces, en fin, después de indecisiones en que parece revelarse la ausencia del saber inequívoco y palmario del instinto, surge la vocación tan clara y enérgica como si las dudas hubieran sido resueltas por el fallo de una potestad superior: tal se contaba, en la antigüedad, que surgió de la respuesta de la Pythia, para Aristóteles y para Licurgo.

La repentina conciencia que un alma, hasta entonces ignorante

de sí misma, adquiere de su vocación, suele acompañarse de un estremecimiento tan hondo y recio en las raíces de la vida moral, en los oscuros limbos donde lo espiritual y lo orgánico se funden, que la emoción semeja un vértigo o un síncope; y a veces dura, como un mal del cuerpo, la huella que deja en la carne esa sacudida o arranque misterioso.

145. *Vocación que aguarda a que la voluntad cambie las actitudes del espíritu.*

En medio de los obstáculos del mundo; del abandono y la adversidad; del desdén y la injusticia de los hombres, la vocación hondamente infundida se desenvuelve con esas porfías indomables que recuerdan las significativas figuraciones en que la fantasía pagana expresó la tenacidad de un dón o carácter que se identifica con la esencia de un ser: tal la repetidora Eco, que, muerta y despedazada, no pierde su facultad; la lengua de Filomela que, cortada por su forzador, sigue murmurando sus quejas; Niobe, que, convertida en piedra, llora todavía; o el ensimismado Narciso, que después de descender al averno, aun busca, en las negras aguas de la Estigia, la hermosura de su imagen.

Pero sí, una vez desembozada y en acto, la vocación profunda manifiesta esta nota de fuerza fatal, no siempre toma franca posesión del alma sin que la voluntad la busque y anime. Suele ser, la vocación, tardía y melindrosa en declarar su amor, aun cuando luego pruebe, con su constancia, cuán verdadero era; por donde se parece en ocasiones al enamorado tímido y al pobre vergonzante, en quienes la vehemencia del deseo lucha con lo flaco de la decisión. Para consuelo del enamorado y del pobre que sufren por este íntimo conflicto, la naturaleza ha distribuído, entre sus gracias delicadas, un arte fino y sutil, de que suele hacer beneficio tanto a las voluntades sabias en ardides de amor, como a las almas piadosas. Es éste el arte de provocar el atrevimiento, de modo que no se percate de la provocación el provocado, que le tiene por propio y natural impulso suyo. ¡Cuánta perspicacia y habilidad; qué intuitivo hallazgo de la actitud, el gesto y la palabra; qué justo punto medio entre contrarios extremos de insinuación y de desvío,

para determinar al labio trémulo a la audacia de la confesión; o a la mano contenida, al recibimiento de la dádiva!... Pues algo de este arte ha menester la voluntad puesta en la obra de vencer la hesitación de ciertas vocaciones: ya para despejar y definir el rumbo de una vocación conocida; ya para que se nos acerque y anuncie una que aun no sabemos cual sea, pero que acaso nos tiene puestos los ojos en el alma y espera así el momento en que la voluntad, cambiando, por la observación y la prueba, las actitudes del espíritu, acierte con aquella que provocará su atrevimiento.

146. *Ausencia de vocación una y precisa, por universalidad de la aptitud.*

La vocación es la conciencia de una aptitud determinada. Quien tuviera consciente aptitud para toda actividad, no tendría, en rigor, más vocación que el que no se conoce aptitud para ninguna: no oiría voz singular que le llamase, porque podría la dirección que a la ventura eligiera o que le indicase el destino, con la confianza de que allí donde ella le llevara, allí encontraría modo de dar superior razón de sí; y esto, si bien caso estupendo y peregrino, no sale fuera de lo humano: hay espíritus en que se realiza. Cuando Carlyle escribe; «No sé de hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre», yerra en lo absoluto de la proposición, ya que el grande hombre, el *héroe*, el genio, presenta, a veces, por carácter, una determinación tan precisa y estrecha que raya en el monoideísmo del obsesionado; pero acertaría si sólo se refiriese a ciertas almas, en quienes la altura excelsa e igual se une a la extensión indefinida, y de quienes diríase que alcanzaron la omnipotencia y la omnisciencia, en los relativos límites de nuestra condición.

147. *A medida que la sociedad avanza, la vocación tiende a formas más definidas y concretas.*

La ausencia de vocación una y precisa, por universal difusión de la aptitud, es caso cuya frecuencia disminuye, dentro de la sociedad humana, con los pasos del tiempo. A medida que las sociedades avanzan y que su actividad se extiende y multiplica, como el

árbol que crece, dando de sí ramas y ramúsculos, es ley que la vocación individual tome una forma más restringida y concreta. Nacen las vocaciones personales en el momento en que el hombre primitivo deja de bastarse a sí propio y empieza, correlativamente, a ser útil y necesario a sus semejantes. Disgréganse los músculos del brazo del Adán condenado, elemental e indeterminadamente, al *trabajo*, y se llaman Jabel, el pastor; Tubalcain, el que forja los metales; Nemrod, el que va a caza de las fieras... Y se fija el instinto de cada vocación cuando lo que fué, en su principio, aptitud adquirida por necesidad y asentada por la costumbre, truécase, primero, en afición instintiva del que la adquirió, y se trasmite luego a otros seres humanos, sea por obra de la enseñanza y de la simpatía, sea, más tarde, por la acumulación, en dón innato y gracioso, de la virtud de actos ejecutados por los ascendientes.

148. *Mientras el futuro misterioso avanza. La esperanza en formas vivas.*

El porvenir que veremos alborear de nuestro ocaso tendrá, como el presente, su resplandor de almas pensadoras; su fragancia de almas capaces de engendrar belleza; su magnetismo de almas destinadas a la autoridad, al apostolado y a la acción. De entre las nuevas, oscuras muchedumbres, surgirán los infaltables electos; y con ellos vendrán al mundo nueva verdad y hermosura, nuevo heroísmo, nueva fe. ¡Qué irresistible y melancólico anhelo se apodera de nuestro corazón, anticipando con el pensamiento ese brote ideal que no será para nosotros!... Pero la esperanza tiene, en la realidad que nos rodea, formas más vivas, determinaciones más seguras, que los espectros de nuestra imaginación; y volviendo a esa viva realidad de la esperanza los ojos, la melancolía del anhelo pierde toda acritud y se vuelve aún más suave que el halago del soñar egoísta... Al lado de la humanidad que lucha y se esfuerza y sabe del dolor, y ha doblegado su pensamiento y su voluntad a la culpa, y mira acaso al día de mañana con la melancólica idea de la sombra final y la decepción definitiva, hay otra humanidad graciosa y dulce, que ignora todo eso, cuya alma está toda tejida de esperanza, de contento, de amor; hay una humanidad que vive aún

en la paz del Paraíso, sin el presentimiento de la tentación y del destierro; sagrada para el Odio, inaccesible para el Desengaño... A nuestro lado, y al propio tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha y candor tanto, para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia.

Todas las energías del futuro saldrán de tan preciada debilidad. En esas encarnaciones transitorias están los que han de levantar y agitar desconocidas banderas a la luz de auroras que no hemos de ver; los que han de resolver las dudas sobre las cuales en vano hemos torturado nuestro pensamiento; los que han de presenciar la ruina de muchas cosas que consideramos seguras e inmutables; los que han de rectificar los errores en que creemos y deshacer las injusticias que dejemos en pie; los que han de condenarnos o absolvernos, los que han de pronunciar el fallo definitivo sobre nuestra obra y decidir del olvido o la consagración de nuestros nombres; los que han de ver, acaso, lo que nosotros tenemos por un sueño, y compadecernos por lo que nosotros imaginamos una superioridad...

Iluminado de esta suerte, un pensamiento, de otra manera, exánime por su indeterminación y vaguedad: el de un porvenir que no veremos, adquiere forma y calor de cosa viva; toma contornos y colores capaces de provocar nuestra emoción y vincularnos con el grito de las entrañas. Es el reinado del Delfín de la humanidad presente: es el reinado que el viejo rey, a quien abruma ya el peso del manto, se complace en imaginar como el resultado glorioso de

sus batallas fructificando en la apoteosis de su estirpe alrededor de una altiva figura juvenil...

Pero si el futuro misterioso vive y avanza en esa humanidad toda contento y amor ¿adonde están, dentro de ella, los que en su día han de señalar a los demás el rumbo y personificarlos en la gloria? ¿Cuáles son los que llevan en su brazo la fibra del esfuerzo viril, y en el fondo de sus ojos la chispa de la llama sagrada? ¿Adónde están los cachorros del león Héroe, los polluelos del águila genial: adónde están para levantarlos sobre nuestras cabezas, y honrar, unánimes, la elección de los dioses, antes de que se le crucen al paso contradicción, recelo y envidia?

149. *Igualdad de la común esperanza.*

Vulgo y elegidos del porvenir se confunden indiscerniblemente en esas leves multitudes, donde reina la más sagrada igualdad: la igualdad de la común esperanza. Sobre todas esas frentes que el tiempo levanta cada año una pulgada más del suelo; sobre todas esas frentes, aun las más desamparadas, aun las más míseras, se posa una esperanza inmensa, que sustenta la fe del amor.

150. *Augurios falaces. Las niñeces proféticas.*

Aunque el misterioso aviso sea tantas veces simultáneo con el amanecer de la razón, y aun con los primeros e inconscientes movimiento del ánimo, no siempre es, en estos casos, suficiente fianza de que la vocación ha de persistir y consolidarse en lo futuro. Al paso que se incorporan en la personalidad nuevos elementos, capaces de torcer el primitivo curso de la naturaleza, tanto más fácil es que la reveladora voz quede ensordecida. Para el desorientado que no tiene conciencia de su vocación; que no halla en sí impulso que le dé camino, aptitud que se destaque sobre otras, la apelación al recuerdo de sus primeras vistas del mundo, de sus precoces tendencias a cierto modo de pensamiento o de acción; de sus primeras figuraciones del propio porvenir, puede, más de una vez, ser un procedimiento que conduzca a recobrar el rumbo cierto, que se perdió desde temprano.

Una afición vehemente y una aptitud precoz que la justifica,

suelen pasar y desaparecer con la infancia, no ya cediendo a obstáculos exteriores, sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad. Hay existencias, que prologa una *infancia sublime*, comparables a esas raras confervas que se agitan y danzan sobre el haz de las aguas, como dotadas de vida y movimiento animal, hasta que se adhieren a una roca de la orilla, y quedan para siempre inmóviles en su sopor vegetativo... Quizá fué ilusoria la vocación precoz; quizá aquel asomo de aptitud no fué sino imitación sagaz pero vana, forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo a objeto distinto; quizá, otras veces, el manantial que comenzó de veras a fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero, quizá también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en lo hondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa. Esta es la razón de las infancias que yo llamo *proféticas*. Califico de tales, no a las que ilumina el albor de una superioridad que continúa después de ellas, sin eclipse, y adelanta simultáneamente con la formación y el desenvolvimiento de la personalidad; sino a las que revelan, por indicios acusados luego de falaces, la presencia de una aptitud superior que, soterrándose al cabo de la infancia, reaparece inopinadamente mucho después de constituída la personalidad y probada en las lides del mundo: a veces en la madurez, y aun cuando la existencia se acerca ya a su noche. (...Es el barco que vuelve: ¡gloria y ventura al barco!)

Y no es sólo en el sentido de anticipar la vocación como la infancia suele ser profética: el fondo real y estable de un carácter; la orientación fundamental de sentimientos e ideas, que se ha esbozado en la niñez, reaparecen en ciertas ocasiones, después de reprimidos, durante largo trecho de la vida, por una falsa superficie personal, producto del ambiente o de sugestión artificiosa (¿recuerdas la fingida lápida de Sóstrato?...); y por esta razón

no es caso extraordinario que el estilo, el sesgo peculiar, que ha de prevalecer definitivamente en la obra de un escritor o un artista, se relacione, no tanto con los rumbos de su producción de adolescente, guiada a menudo por influencias exteriores, a las que allana el paso la fascinación de su primera salida al aire libre del mundo, sino más bien con las impresiones que lo modelaron en sus primeros años. ¿No hay quien ha considerado al genio como la expresión de la personalidad infantil del elegido, dotada ya de medios poderosos con que traducirse y campear hacia afuera?...

151. *Permanencia estática de una simiente apta para germinar.*

Así, aun cuando la infancia no ponga de manifiesto la promesa de la aptitud futura, reune e incorpora en la personalidad las impresiones que acaso constituirán luego el combustible, o la sustancia laborable, de la aptitud. ¡Cuántas veces no se ha observado que los grandes intérpretes del alma de la naturaleza, en palabras o colores, salieron de entre aquellos en quienes la niñez se deslizó al arrullo del aire del campo! Tal pasó en Lafontaine, cuya revelación tardía vino a dar lengua locuaz a las impresiones de su infancia, embalsamada por el hábito de la soledad campestre, en un siglo y una sociedad en que casi nadie la amaba.

La misma promesa precoz de la aptitud ¿no sería hecho casi constante para el observador sagaz que acertara a interpretar y dar su valor propio al indicio sutil, al rasgo esfumado, a la veleidad aparentemente nimia y sin sentido, al relámpago revelador de un momento? Quizá; pero el misterio en que se envuelve una aptitud latente, sin que ni aun la transparencia de la niñez la haya hecho columbrar a la mirada de los otros, ni la conciencia del poseedor, cuando tardíamente la descubre, pueda relacionarla con recuerdos y anhelos de su primera edad, suele no hallar término hasta muy adelantado el curso de la vida; no ya cuando el medio en que ésta pasa es de por sí inhábil para suscitar la manifestación de la aptitud, porque sería insuficiente para contenerla; sino aun en medio propicio y cuando la aptitud tuvo a su favor, desde mucho antes de la ocasión en que toma conocimiento de sí misma, las facilidades de la educación y los estímulos del ejemplo. Es cosa semejante

a lo que en el ser vegetativo llaman *el sueño de los granos;* la permanencia estática del grano apto para germinar, y que, por tiempo indefinido, queda siendo sólo un cuerpecillo leve y enjuto fuera del regazo de la tierra, sin que por eso deje de llevar vinculada la pertinaz virtud germinadora, la facultad de dar de sí la planta cabal y fecunda, cuando la tierra le acoja amorosamente en su seno. La excitación, el movimiento, de la vida, no es capaz de crear una aptitud que no tenga su principio en la espontaneidad de la naturaleza; pero es infinitamente capaz de descubrir y revelar las que están ocultas.

152. *La autoridad paterna.*

Por otra parte, el verdadero impulso de la vocación cede más de una vez, desde sus tempranos indicios, a fuerzas y ardides que se le oponen. A pesar de lo profética y reveladora que suele ser la espontaneidad de la niñez para quien la observa de cerca, y a pesar también de la maravillosa intuición que el amor presta para ver en lo hondo de las almas, es caso común que la enamorada voluntad de los padres milite entre las causas que producen las desviaciones, los malogros y los vanos remedos de la vocación.

No se funda, la mayor parte de las veces, esta contraria influencia, en el desconocimiento de la predilección natural, que, cuando ya se anuncia en la infancia, lo hace en forma sobrada diáfana, viva y condorosa, para quedar inadvertida; sino en la falsa persuasión de que aquella voz de la naturaleza pueda sustituirse o anticiparse, con ventaja, por otra, elegida a voluntad, que se procura obtener laboriosamente, sin saber si hallará eco que la responda en el abismo interior. La oficiosidad del cariño, que previene peligros y padecimientos en la vía adonde tiende un precoz deseo; el halago de las promesas y los beneficios de otra; quizá el orgullo de la vocación propia y querida, que engendra la ambición de perpetuarla con el nombre; quizá, alguna vez, el amor melancólico por una antigua vocación que defraudó la suerte, y que se anhela ver resurgir y triunfar en un alma exhalada de la propia, ya que no pudo ser en ésta: todas son causas de que la voluntad de los padres se manifieste, a menudo, no para favorecer la espontánea orientación

del alma del niño, sino para orientarla sin provocar su libre elección, o para apartarla del rumbo en que ella atinadamente acude a la voz misteriosa que la solicita.

153. *Vocación anticipada a la aptitud.*

Suele suceder que una vocación tempranamente sentida, y a la que el alma, ya en edad de realizar sus promesas, permanece fiel sin un instante de duda o desconfianza, no corresponda, sin embargo, a indicio alguno de aptitud, y parezca, por mucho tiempo, vana y engañosa. Pero un incontrastable ahinco de la voluntad la sostiene; y un día, cuando el augurio adverso es unánime, la aptitud da razón de sí; y aquella perseverancia se vindica, y manifiesta cuán noble era.

No es esa vocación testimonio de una facultad real y efectiva, sino presentimiento de una facultad que ha de comparecer tardíamente a ocupar el sitial que la constante voluntad le cuida y guarda. Es como anticipado aroma de remota floresta; como vislumbre que atisba el alma con mirada zahorí, y por el cual asegura la realidad de una luz que aun nadie percibe, pero que luego brotará en palmarios resplandores. *Sabe* el alma, por misterioso aviso, que está llamada a tal especie de actividad, a tal linaje de fama; no encuentra en sí fuerzas que muestren, ni aun que prometan, la realidad de su visión; persiste en ello, porfía, espera sin razón sensible de esperanza; y después, el tiempo trueca en verdad la figuración del espejismo. Es, éste, género de obstinación que se confunde, en la apariencia, con la terquedad, no pocas veces heroica y temeraria, de que suelen acompañarse las falsas vocaciones. Sólo al tiempo toca decidir si la terquedad respondía a ilusión vana o a inspirada anticipación del sentimiento.

154. *Amor que mueve el sol y las demás estrellas.*

Trae la corriente de la vida una ocasión tan preñada de destinos: un movimiento tan unánime y conforme de los resortes y energías de nuestro ser, que cuanto encierra el alma en germen o potencia suele pasar entonces al acto, de modo que, desde ese instante, la personalidad queda firmemente contorneada y en la vía de su desenvolvimiento seguro.

Todo el hervor tumultuoso de nuestras pasiones adquiere ritmo y ley si se las refiere a un principio; toda su diversidad cabe en un centro; toda su fuerza se supedita a un móvil único, cuya comprensión sutil implica la de los corazones y las voluntades, aun los más diferentes, y aun en lo más prolijo y lo más hondo; a la manera como, sabido el secreto del abecedario, toda cosa escrita declara incontinente su sentido: historia o conseja, libelo u oración... ¿y cuál ha de ser este principio, y centro, y soberano móvil de nuestra sensibilidad, sino aquel poder primigenio que, en el albor de cuanto es, aparece meciendo en las tinieblas del caos los elementos de los orbes, y en la raíz de cuanto pasa asiste como impulso inexhausto de apetencia y acción, y en el fondo de cuanto se imagina prevalece como foco perenne de interés y belleza; y más que obra ni instrumento de Dios, es uno con Dios; y siendo fuente de la vida, aun con la muerte mantiene aquellas simpatías misteriosas que hicieron que una idea inmortal los hermanase?... ¿Quién ha de ser sino aquel *fuerte, diestro, antiguo y famosísimo señor*, de que habló, con la fervorosidad de los comensales del *Convite*, León Hebreo? ¿Quién ha de ser sino el amor?...

155. *Amor que traba origen con todo, y da orgánica unidad al espíritu.*

...Es el monarca, es el tirano; y su fuerza despótica viene revestida de la *gracia* visible, el signo de elección y derecho, que la hace *aceptar* a quienes la sufren. La diversidad de su acción es infinita, no menos por voluntarioso que por omnipotente. Ni en la ocasión y el sentido en que se manifiesta, muestra ley que le obligue, ni en sus modificaciones guarda algún género de lógica. Llega y se desata; se retrae y desaparece, con la espontaneidad genial o demoníaca que excede de la previsión del juicio humano. El misterio, que la hermosa fábula de Psiquis puso de condición a su fidelidad y permanencia, constituye el ambiente en que se desenvuelve su esencia eterna y proteiforme. Sí, abstractamente considerado el amor, es fuerza elemental que representa en el orden del alma la idea más prístina y más simple, nada iguala en complejidad al amor real y concreto, cuya trama riquísima todo lo resume y todo lo reasume, hasta identificarse con la viva y orgánica unidad de nuestro espíritu. Como el río caudal se engrandece con el tributo de los medianos y pequeños; como la hoguera trueca en fuego, que la agiganta, todo lo que cae dentro de ella, de igual manera el amor, apropiándose de cuantas pasiones halla al par de él en el alma, las refunde consigo, las compele a su objeto, y no les deja ser más que para honrarle y servirle. Pero no sólo como señor las avasalla, sino que como padre las engendra; porque no cabe cosa en corazón humano que con el amor no trabe de inmediato su origen: cuando no a modo de derivación y complemento, a modo de límite y reacción. Así, donde él alienta nacen deseo y esperanza, admiración y entusiasmo; donde él reposa, nacen tedio y melancolía, indecisión y abatimiento; donde él halla obstáculos y guerra, nacen odio y furor, ira y envidia. Y la fuerza plasmante y modeladora de la personalidad, que cada uno de estos movimientos del alma lleva en sí, se reune, volviendo al seno del amor, que los recoge a su centro, con la más grande y poderosa de todas, que es la que al mismo amor, como una de tantas pasiones, pertenece; y esta suprema fuerza de acumulación y doble impulso, lo es a la vez de ordenación y disciplina: reguladora fuerza que señala a cada una de aquellas potencias subordinadas, su lugar; a la proporción en que concurren, su grado; a la ocasión en que se manifiestan, su tiempo; por donde inferirás la parte inmensa que a la soberanía del amor está atribuída en la obra de instituir, fortalecer y reformar nuestra personalidad.

156. *...aquel género de amor que propaga, en lo animado, la vida...*

Infinito en objetos y diferencias el amor, todas éstas participan de su fundamental poder y eficacia; pero aquel género de amor que propaga, en lo animado, la vida; aquel que, aun antes de organizada la vida en forma individual, ya está, como en bosquejo, en las disposiciones y armonías primeras de las cosas, con el *eterno femenino* que columbró en la creación la mirada del poeta, y la viril energía inmanente que hace de complemento y realce a aquella eterna gracia y dulzura, es el que manifiesta la potestad de la

pasión de amor en su avasalladora plenitud; por lo cual, como cifra y modelo de todo amor, para él solemos reservar de prefencia este divino nombre. Y en las consagraciones heroicas de la vocación; en el íntimo augurio con que la aptitud se desclara y traza el rumbo por donde han de desenvolverse las fuerzas de una vida, tiene frecuente imperio tan *poderosa* magia.

157. *El blando numen que maneja en las sombras mil hilos de la historia humana.*

Así, el blando numen que encarna en forma de niño, sonríe y maneja en la sombra mil hilos de la historia humana. Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto a él fué cometido anudar el lazo social, y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad errante e insólida, que los encendidos hogares ordenara un día en círculos donde se aquieta: la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos. Junto a la cuna de las civilizaciones, la tradición colocó siempre, a modo de sombras tutelares, las mujeres proféticas, nacidas para algún género de comunicación con lo divino; las reveladoras, pitonisas y magas; las Déboras, Femonóes y Medeas; no tanto, quizá, como recuerdo o símbolo de grandes potencias de creación e iniciativa que hayan realmente asistido en alma de mujer, cuanto por la sugestión inspiradora que, envuelta inconscientemente en el poder magnético del amor cuando más lo sublima la naturaleza, inflama y alienta aquellas potencias en el alma del hombre. Transformándose para elevarse, a una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera a la perspicuidad de todas las facultades, a la habilidad de todos los ejercicios, a la pulcritud de todas las apariencias.

158. *Amor que acaricia las formas y reanima a los objetos para conformarlos a la noción ideal que columbra en el encendimiento.*

....Pero si toda aptitud y vocación obedece, como a eficacia de conjuro, al estímulo que el amor despierta, ningún don del alma responde con tal solicitud a sus reclamos y se hace tan íntimo con él, como el don del poeta y el artista: el que tiene por norte sentir y realizar lo hermoso. Bajo la materna idea de belleza, amor y poesía se hermanan. Anhelo instintivo de lo bello, e impulso a propagar la vida, mediante el señuelo de lo bello: esto es amor; y de este mismo sentimiento de belleza, cuando le imprime finalidad el deseo de engendrar imaginarias criaturas que gocen tan propia y palpitante vida como las que el amor engendra en el mundo, fluyen las fuentes de la poesía y el arte. Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a esto llamamos inspiración en el poeta. Allí donde haya arte y poesía; allí donde haya libros, cuadros, estatuas, o imágenes de estas cosas en memoria escogida, no será manester afanar por mucho tiempo los ojos o el recuerdo para acertar con la expresión del amor, porque lo mismo en cuanto a las genialidades y reconditeces del sentimiento, que el arte transparenta, que en cuanto a los casos y escenas de la vida que toma para sí y hace plásticos en sus ficciones, ningún manantial tan copioso como el que del seno del amor se difunde.

Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del don de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee. La operación interior por cuya virtud la mente del artista recoge un objeto de la realidad y lo acicala, pule y perfecciona, redimiéndole de sus impurezas, para conformarlo a la noción ideal que columbra en el encendimiento de la inspiración, no es fundamentalmente distinta de la que ocupa y abstrae a toda hora el pensamiento del amante, habitador, como el artista, del mundo de los sueños. Por espontánea e inconsciente actividad, que no se da punto de reposo, el alma enamorada transfigura la imagen que reina en el santuario de sus recuerdos; la hace mejor

y más hermosa que en la realidad; añádele, por propia cuenta, excelencias y bendiciones, gracias y virtudes; aparta de entre sus rasgos los que en lo real no armonizan con el conjunto bello; y verifica de este modo una obra de selección, que compite con la que genera las criaturas nobles del arte; por lo cual fué doctrina de la antigua sabiduría que el amor que se tiene a un objeto por hermoso, no es sino el reconocimiento de la hermosura que en uno mismo se lleva, de la beldad que está en el alma, de donde trasciende al objeto, que sólo por participación de esta beldad de quien le contempla, llega a ser hermoso, en la medida en que lo es el contemplador. ¿Cabe que gane más el objeto real al pasar por la imaginación del poeta que lo amado al filtrarse en el pensamiento del amante? ¿Hay pincel que con más pertinacia y primor acaricie y retoque una figura; verso o melodía que más delicadamente destilen la esencia espiritual de un objeto, que el pensamiento del amante cuando retoca e idealiza la imagen que lleva esculpida en lo más hondo y preferido de sí?...

159. *Amor es revelación de poesía; infunde nueva vida y espíritu, nuevo sentido y nueva trascendencia a lo creado.*

Amor es revelación de poesía; magisterio que consagra al poeta; visitación por cuyo medio logra instantes de poeta quien no lo es; y en la misma labor de la mente austera y grave, en la empresa del sabio y el filósofo, de él suele proceder la fuerza que completa la unidad armoniosa de la obra del genio, añadiendo a las síntesis hercúleas del saber y a las construcciones del entendimiento reflexivo, el elemento inefable que radica en las intuiciones de la sensibilidad: la parte de misterio, de religión, de poesía, de gracia, de belleza, que en la grande obra faltaba, y que después de un amor, real o soñado, se infunde en ella, para darle nueva vida y espíritu, nuevo sentido y trascendencia...

160. *Su misteriosa visitación, descubre las virtualidades y energías de un alma, pero también hay un hecho* provocador.

La natural espontaneidad de la infancia y la inquietud de la adolescencia aguijoneada por el estímulo de amor, son ocasiones

culminantes de que las virtualidades y energías de un alma se transparentan y descubran. Pero, además, frecuentemente el anuncio definido y categórico de la vocación puede referirse a un momento preciso, a una ocasión determinada: hay un *hecho provocador*, que da lugar a que la aptitud latente en lo ignorado de la persona, se reconozca a sí misma y tome las riendas de la voluntad. Este hecho ha de clasificarse casi siempre dentro de los términos de esa gran fuerza de relación, que complementa la obra de la herencia y mantiene la unidad y semejanza entre los hombres: llámesela imitación o simpatía, ejemplo o sugestión.

161. *El hecho provocador. Anchio.*

Pero si la conciencia de la aptitud procede de la percepción de un objeto material, puede este hecho no ser clasificable dentro del *anch'io:* no es, en ciertos casos, la obra de otro, sino Naturaleza misma, la que pone ante los ojos del sujeto aquello que le causa indisipable y fecunda sugestión. No hay en la naturaleza cosa que no sea capaz de ejercer esa virtud súbitamente evocadora, respecto a alguna facultad de la acción o del conocimiento. La misma sensación que en el común de las gentes pasa sin dejar huella, encuentra acaso un espíritu donde pega en oculto blanco, y queda clavada para siempre, como saeta que produce escozor de acicate. El espectáculo del mar visto por primera vez; un árbol que cautiva la atención, por hermoso o por extraño, son sensaciones que han experimentado muchos sin que nada de nota se siguiese a ellos; pero la primera visión del mar fué, para Cook, y luego para aquella mujer extraordinaria, amazona de empresas pacíficas, que se llamó Ida Pféiffer, la revelación de su genial instinto de viajeros; y Húmboldt nos refiere en el *Cosmos* cómo de una palma de abanico y un dragonero colosal, que vió, de niño, en el jardín botánico de Berlín, partió el precoz anuncio del anhelo inextinguible que le llevó a conocer tierras remotas.

162. *Conversación.*

La *conversación*, ese común y sencillísimo instrumento de sociabilidad humana, con que los necios ponen en certamen su necedad;

con que los frívolos hacen competencia a los ruidos del viento; con que los malvados tientan los ecos del escándalo; la conversación, ocio sin dignidad casi siempre, es influencia fecunda en sugestiones, que acaso llegan a fijar el superior sentido de una vida, cuando vale para que entren en contacto dos *espíritus*.

163. *Influencia de la lectura.*

Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer a luz aptitudes ignoradas, como la *lectura*. Obstáculo a la acción del ejemplo es la distancia que, en el espacio o el tiempo, aleja a unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo, dando a la palabra medio infinitamente más dilatable y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya aptitud es la acción, el libro, sumo instrumento de autoridad y simpatía, es, aun con más frecuencia que el ejemplo real y que el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad. No siempre es concedido al héroe en potencia, hallar en la realidad y al alcance de sus ojos, el héroe en acción, que le magnetice y levante tras sus vuelos. Pero el libro le ofrece, en legión imperecedera y siempre capaz de ser convocada, mentores que le guíen al descubrimiento de sí mismo.

164. *Vocación estimulada por el deseo de hacer cosa divergente u opuesta a la que ha valido en el triunfo de otros.*

El *anch'io* es, pues, gran provocador de vocaciones; pero no ha de entendérsele de modo que implique siempre imitación estricta de la obra o el autor de quienes viene el ejemplo. El carácter constante en el *anch'io* es la emulación que excita al ejercicio de una cierta aptitud. Por lo demás, dentro de esa amplia semejanza, frecuentemente ocurre (y tanto más cuando se trate, no ya de descubrir la aptitud, sino en encauzarla y darla dirección definitiva), que un deseo de *contraste* respecto de las obras ajenas; un estímulo en el sentido de hacer cosa de algún modo divergente u opuesta a la que ha valido en el triunfo de otros, sean la energía que interviene para fecundar la vocación.

Esta diferencia que se apetece y busca puede referirse, ya al

género que se ha de usufructuar, dentro de un mismo arte o general manifestación de la actividad; ya a las ideas que han de tomarse por bandera; ya a las condiciones de estilo cuya perfección se anhela llevar a su más alto grado. Frecuente es el hecho de que la excelsa superioridad alcanzada por un grande espíritu en cierto género de arte o literatura, mueva a otro que lo cultivaba a desistir de él y a igualar esa gloria mediante el cultivo de un distinto género, en el cual se define dichosamente su vocación, la que, a no ser por este benéfico prurito de diferenciarse, no hubiera tal vez pasado de la relativa inferioridad en que quedó dentro de su aplicación primera.

165. *Vocación que se define por eliminaciones sucesivas*

Cuando algún propósito de la voluntad no trae aparejada a su imagen, por instinto o costumbre, la inspiración del movimiento con que ha de ejecutarse, calcula y prueba el ánimo movimientos distintos, para dar lugar a que se manifieste el que corresponde a aquel fin. De este modo, quien no tiene el conocimiento intuitivo e inmediato de su vocación, la busca, en ciertos casos, por experiencias y eliminaciones sucesivas, hasta acertar con ella. Un sentimiento vago de la propia superioridad; un estímulo de ambición enérgica y emprendedora; esto es todo lo que algunas almas destinadas a ser grandes conocen de sí mismas antes de probarse en la práctica del mundo; y por eso hay muy gloriosas existencias que se abren con un período de veleidades y de ensayos, durante el cual experimenta el espíritu los más diversos géneros de actividad, y los abandona uno tras otro; hasta que reconoce el que le es adecuado, y allí se queda de raíz.

El abandono de aquellas vocaciones primeramente tentadas nace, a veces, de repulsión o desengaño respecto de cada una de ellas; porque, una vez conocidos sus secretos y tratadas en intimidad, no satisficieron al espíritu ni colmaron la idea que de ellas se tenía. Otras veces, menos voluntario el abandono, refiérese el desengaño a la propia aptitud: no halló dentro de sí el inconstante fuerzas que correspondiesen a tal género de actividad, o no las conoció y estimuló el juicio de los otros.

166. *Vacilaciones que resuelve el azar.*

Curioso es ver cómo, puesta el alma en el crucero de dos caminos que la reclaman con igual fuerza o la convidan con igual halago, libra a veces a una respuesta de la fatalidad la solución de la incertidumbre que no ha sido capaz de disipar por determinación voluntaria. Cuando el motivo imperioso no surge de deliberación, se le crea artificialmente mediante un compromiso con el azar. Vocaciones famosas han prevalecido de esta suerte, si no se exagera el valor de rasgos anecdóticos, cuyo fondo de verdad humana tiene a su favor, por otra parte, la incalculable trascendencia de lo que parece más pequeño y más nimio, en la secreta generación de lo grande.

167. *La vocación vaga e incierta, puede llevar a falsa universalidad.*

La vaguedad e incertidumbre de la vocación, cuando no se despeja por virtud de una circunstancia dichosa, que provoque, como a la luz de un relámpago, la intuición de la aptitud verdadera; ni por ensayos sucesivos, que eliminen, una a una, las falsas vocaciones, hasta llegar al fondo real del espíritu; ni por arranque voluntario, que tome, sin elección inspirada, ni paciente observación de uno mismo, un sentido cualquiera, aunque éste no coincida con superior aptitud; la vocación vaga e incierta, prolongándose, suele traducirse, no en abstención e indolencia, sino en una actividad de objeto indistinto: en una falsa universalidad. Es el vano remedo de aquel caso peregrino de ausencia de vocación determinada, por equivalente grandeza en muchas vocaciones. Es la mediocridad a causa de aplicación somera y difusa; el Panurgo mediano: no el sublime y rarísimo.

Cuando el ánimo novel que busca su camino en el mundo, no halla alrededor de sí una sociedad cumplidamente organizada, en cuanto a la división de las funciones del espíritu, que indique rumbo cierto para cada diferencia de capacidad y estimule a una dedicación concreta y ahincada, ese género de incertidumbre es caso frecuente. Y aun cuando, por la energía del instinto, la voz interior supla a lo indefinido y vago de las voces exteriores que podrían cooperar con ella; aun cuando el espíritu sea consciente de su peculiar aptitud,

aquella vaga difusión de las propias fuerzas, suele ser, en tal ausencia de bien diferenciado organismo social, necesidad o tentación a que el individuo concluye por rendirse.

168. *El elemento volitivo que incluye toda aptitud en acto. La vocación y los males de la voluntad.*

Toda aptitud superior incluye en sí, además del natural privilegio de la facultad en que según su especie radique, un elemento de naturaleza volitiva, que la estimula a la acción y la sostiene en ella. Si la endeblez de la facultad específica, o la conjuración adversa de las cosas, dan la razón de muchas vocaciones defraudadas, con no menor frecuencia la pérdida de la aptitud, siendo ésta muy real y verdadera en principio, viene de insuficiente o enferma voluntad.

En ese grupo torvo y pálido, que, a la puerta de la ciudad del pensamiento, como el que puso el Dante, entre sombras aun más tristes que el fuego devorador, en el pórtico de la ciudad de Dite, mira con ansia al umbral que no ha de pasar y con rencor a quien lo pasa: en ese torvo y pálido grupo, se cuentan el perseverante inepto, y el que carece de aptitud y de constancia a la vez; pero está también aquel otro en cuya alma pena, como en crucifixión, la aptitud, clavada de pies y manos por una dolorosísima incapacidad para la obra: enervamiento de la voluntad, cuya conciencia, unida a la de la realidad del dón inhibido, produce esa mezcla acre en que rebosan del pecho la humillación y la soberbia. Es la sombría posteridad de Obermán, el abortado de genio.

Otras veces, la inactividad de la aptitud no sucede a una inútil porfía sobre sí mismo, que deja el amargo sabor de la derrota. Se debe a una natural insensibilidad para los halagos de la emulación y la fama, y para el soberano placer de realizar la belleza que se sueña y de precisar la verdad que se columbra; o bien se debe a una graciosa pereza sofística, que, lejos de tener la amargura hostil del fracasado trágico, ni el frío desdén del incurioso displicente, se acoge a la condición de espectadora con una benévola ironía, y extiende un fácil interés sobre las obras de los otros, desde su almohada epicúrea. Se ha dicho que el escéptico no es capaz de reconocer a un héroe, aunque lo vea y lo toque: agréguese, para

complemento de observación tan verdadera, que ni aun es capaz de reconocerle cuando lleva al héroe dentro de sí mismo.

169. *Vocación truncada por deficiente voluntad.*

A la falta de voluntad que ahoga la aptitud en germen y potencia, ha de unirse la que, después de manifiesta la aptitud y ya en la vía de su desenvolvimiento, la deja abandonada y trunca; sea por no hallar nuevas fuerzas con que apartar obstáculos, cuando se acaban las que suscitó el fervor de la iniciación; sea por contentarse el deseo con un triunfo mediano y dar por terminado en él su camino, habiendo modo de aspirar a un triunfo eminente.

Y estas formas de la flaqueza de voluntad no se traducen sólo por la abstención, por la renuncia a la obra, en plena fuerza de espíritu; ni sólo por la decadencia visible de la obra, como cuando la producción negligente y desmañada de autor ya glorioso, se satisface con vivir del reflejo del nombre adquirido. A menudo, una producción que en cuanto a la calidad no adelanta, es ya signo, no de que el autor haya llegado a la completa realización de su personalidad, sino de que ha pasado, en él, la excitación del arranque voluntario, la fuerza viva y eficaz del estímulo. Opta, quizá, en este caso, por una abundancia que acrecienta la producción, sin añadirle más intensidad, más carácter, más nervio; y es entonces como el Ahasverus de la leyenda, a quien estaba vedado gastar más de cinco monedas de una vez, pero que inagotablemente encontraba en su bolsillo la misma escasa suma.

170. *Amaneramiento, más que un vicio de la inteligencia, es una limitación de la voluntad. La voluntad lleva cierta tendencia de evolución, con que la obra se modifica al par que crece. Rafael. El reposo del mediodía.*

El amaneramiento, que hace resumirse el espíritu del artista dentro de sí propio es, frecuentemente también, una limitación de la voluntad, más que un vicio de la inteligencia. Viene cuando se enerva o entorpece en el alma la facultad de movimiento con que salir a renovar sus vistas del mundo y a explotar en campo enemigo. Artista que se amanera es Narciso, encantado en la contemplación

de su imagen. La onda que lo lisonjea y paraliza, al cabo lo devora. La plena energía de la voluntad envuelve siempre cierta tendencia natural de evolución, con que la obra se modifica al par que crece. Excelso y soberano ejemplo de esta perpetua modificación de la obra, manifestándose de la manera fácil, graduada y continua, que antes hemos comparado con el desenvolvimiento de una graciosa curva, es el arte de Rafael. Desde sus primeros cuadros hasta el último; desde las obras modeladas en el estilo paterno hasta las inmortales creaciones del período romano, cada lienzo es una cualidad de su genio que se desemboza: es una nueva enseñanza adquirida; una nueva y distinta contemplación, provechosamente librada; un nuevo tesoro descubierto, ya sea por sugestión del Perugino, de Masaccio, o de Leonardo; pero todo esto se sucede tan a boga lenta, y se eslabona de tan discreto y delicado modo, subordinándose a la unidad y la constancia de una firme y poderosa personalidad, que apenas hay, de uno a otro cuadro, transición aparente, para quien recorra paso a paso la estupenda galería, que cruza en diagonal la más grande época del arte; aunque sí la hay, y se mide por distancia inmensa, para quien, sin interposición de tiempo, pase de ver el *Desposorio de la Virgen* a admirar la *Escuela de Atenas*, o de admirar la *Escuela de Atenas* a extasiarse con la culminante y portentosa *Transfiguración*.

Este linaje de progreso, igual y sostenido, que, cuando se trata de grandeza tal, produce la impresión de serenidad y de indefectible exactitud, de un movimiento celeste, es más frecuente acompañamiento o atributo de condiciones menos altas que el genio. A semejante pauta obedeció el entendimiento crítico de Villemain, llevado, como por declive suave y moroso, a seguir el impulso de las ideas que llegaban con el nuevo tiempo, sin conceder sensiblemente en náda, pero quedando, al fin, a considerable espacio del punto de partida; a manera de esas aldeas asentadas sobre tierras movedizas y pendientes: que, fundadas cerca de la altura, un día amanecen en el valle.

La voluntad constante del artista no implica necesidad de producción ininterrumpida e insaciable. Para la renovación, y el pro-

gresivo desenvolvimiento de la obra, son, a menudo, más eficaces que una actividad sin tregua, esos intervalos de silencio y contemplación, en que el artista recoge las fuerzas interiores preparando, para cuando rasgue la crisálida en que se retrae, una transfiguración de su espíritu, que se manifestará por la obra nueva. No es éste el melancólico reposo del crepúsculo, precursor de la sombra y tristeza de la noche; es el olímpico reposo del mediodía: el enmudecimiento y quietud de los campos subyugados por la fuerza del sol, en que la antigüedad vió el sueño plácido y la respiración profunda de Pan, a cuya imitación el aire mismo sosegaba su aliento y se interrumpía el afán del trabajador rendido a la fatiga por la labor de la mañana.

171. *Cuándo el amor concurre como causa al malogro de la vocación.*

El amor religioso por un arte o una ciencia puede originar en los que le llevan infundido en las entrañas, extremos de veneración supersticiosa, que reprimen el impulso de la voluntad, mediante el cual aquel amor se haría activo y fecundo; y de este modo, militan, paradójicamente, entre las causas que concurren al malogro de la vocación.

Paralizada el alma entre la sublimidad de la idea que ha formado del objeto de su culto, y su desconfianza de sí misma, reprime con tembloroso miedo la tentación de tocar el material con que se realiza la obra. Yo tengo para mí que los más fieles devotos, los más finos y desinteresados amantes con que cuenta la Belleza en el mundo, habían de encontrarse buscándolos dentro de esta legión ignorada y tímida: la de aquellos que llevan en lo hondo del alma, desde el albor de su razón hasta el ocaso de su vida, la predilección ternísima por un arte que adoran en las obras de otros, sin que acaso hayan osado nunca, ni aun en la intimidad y el secreto, descorrer el velo que oculta los misterios de la iniciación, por más que las voces interiores fiaran, más de una vez, a su alma, que allí estaba su complemento y su vía.

¿Quién sabe qué escogida volupuosidad, qué voluptuosidad de misticismo, se guarece a la sombra de este como pudor inmaculado

y lleno de amor? ¿Quién sabe qué inefables dulzuras y delicadezas de su aroma, guarda, sólo para esas almas, la flor de idealidad y belleza, nunca empañada en ellas por la codicia de la fama ni el recelo de la gloria ajena?...

Otras veces, el supersticioso respeto que nace de exceso de amor, conduce, no a la abstención de la obra, pero sí al anhelo de alcanzar en ella una perfección sublime, anhelo que detiene en el alma el franco arranque de la energía creadora, y quizá trunca, por la imposibilidad de satisfacer su desesperado objeto, el camino de la vocación.

172. *El sueño de perfección conciliado con la voluntad resuelta y fecunda.*

...Y sin embargo ¡ay de aquel que no lleva inoculado en las venas un poco de este veneno estupefaciente!... En porción parca, él no inhibe ni hechiza, sino que presta divino ritmo y perseverancia a las energías indómitas. Imaginar lo perfecto, y esforzarse hasta la heroicidad por alcanzar un rayo de su lumbre, pero no lisonjear este amor contemplativo con la esperanza de la posesión, porque es amor de estrella que está en el cielo; alimentar el sueño de perfección, limitándolo por la experiencia y el sentido de las propias fuerzas, para saber el punto en que la tensión a que las sometemos ha agotado su virtualidad y después del cual toda porfía será vana; y llegado este momento, acallar a los demonios burladores y malignos que, en gárrula bandada, nos bullen dentro de la imaginación, mofándose de lo que hemos hecho y excitándonos a romperlo o abandonarlo; quemar en tal instante las naves de la voluntad ejecutiva, y obligarse a terminar la obra y a confesarla por propia ante nuestra conciencia y ante los demás, como se confiesa y reconoce al hijo, sin mirar lo que él valga: éste es el modo como el sueño de perfección puede conciliarse con la actividad resuelta y fecunda.

173. *La colaboración.*

La cooperación, el estudio en común, la disciplina de una liberal autoridad, los estímulos y simpatías de un cenáculo, las con-

fidencias que reparten entre todos la cosecha de observación de cada cual, concurren a guiar la vocación que busca su rumbo. Pero rara vez una asociación de esfuerzos que vaya más allá de lo que es de la competencia del método y la escuela, y que intente participar en la generación misma de la obra, será un medio adecuado de dirigir y orientar la aptitud insegura.

Hay, sin embargo, organizaciones personales vinculadas por tan hondas correspondencias, puestas como al unísono por afinidades tan íntimas, que no sólo pueden compartir entre sí la misteriosa acción creadora, sin sacrificio de esa *quid ineffábile* de la personalidad, de donde vienen el empuje y el soplo con que se engendra una obra viva, sino que esta acción conjunta es acaso para ellas condición necesaria de todo esfuerzo eficaz. La vocación es entonces como un solo llamado que oyen simultáneamente dos almas y cuyo fin y propósito sólo puede ser desempeñado entre las dos.

174. *La amistad.*

Si la colaboración constante es hecho relativamente extraordinario, la amistad radicada en el campo del arte o de la ciencia, y manifestándose en esa comensalía intelectual de dos espíritus que, sin llegar a la colaboración, por lo menos como procedimiento habitual y persistente, cambian entre sí influencias, estímulos y sugestiones, de manera fecunda para ellos y para la disciplina que cultivan, se reproduce en todo tiempo y lugar. Esta amistad predestinada suscita en uno de ambos amigos, por la estimuladora virtud del ejemplo, el primer impulso de la vocación; o bien, reforma y equilibra, ya por recíproco, ya por solo unilateral influjo, la índole de la producción de ambos o de uno de ellos; o bien, finalmente, los enlaza en una misma acción y un único propósito, a que cada uno contribuye con obras personales, y quizá disímiles de las del otro por sus caracteres, pero que convergen y se aúnan con ellas en el blanco de su puntería. Así, reveladora de su vocación fué para Wordsworth la amistad de Coleridge; y centro de inspiración y fuente de doctrina, fué para el mismo Coleridge la amistad de Southey, como para Fóscolo la de Alfieri. Una amistad gloriosa, en el fin con que confederó las fuerzas autónomas de ambos amigos, es la que

unió a Boscán y Garcilaso, y dió por fruto la forma típica y capaz del Renacimiento literario español.

175. *Paso de una vocación a otra.*

Interesante objeto de estudio sería el del paso de una vocación a otra: hecho para el que no son obstáculo forzoso, ni la aptitud probada en la primera, ni la honra y el provecho en ella alcanzados, ni el imperio con que un cierto género de actividad tiende a fijar asociaciones y costumbres, cuando se le ha ejercido largo tiempo. Y no falta ocasión en que este trueque de actividades viene como por desenvolvimiento natural, y en que la nueva vocación parece que nace de las entrañas de la otra, o que maneja y beneficia riquezas que ésta ha acumulado.

176. *Un ejemplo de transformación espiritual.*

Causa no infrecuente de transformación espiritual es la que influye en el hombre de ciencia que, ya porque se desespere o decepcione ante los límites fatales y la morosa adquisición de la verdad accesible a los recursos del conocimiento positivo; ya porque una ocasón sentimental de su vida le lleve delante de la Esfinge que nos interroga sobre el misterio de donde venimos y el misterio adonde vamos, suelta un día los instrumentos de su labor y se lanza tras la idea de la verdad absoluta, bajo la inspiración de un misticismo o de una fe: conversión casi siempre temeraria, delirante y baldía; pero alguna vez, sublime. Sublime es, desde luego, en Pascal, el portentoso geómetra, que, antes de salir de la infancia, sin libros ni maestros, obtiene, por propia y personal abstracción, toda la ciencia de Euclides, y la desenvuelve y aplica en su juventud, dando plena manifestación de uno de los más altos entendimientos científicos que hayan morado en cabeza de hombre; hasta que la palabra de Jansenio, y el accidente que puso en peligro su vida pasando el puente de Neuilly, le hieren en el centro del alma con la obsesión del misterio infinito, y ya no aparta el pensamiento de este género de meditación, revolviéndose en ella con tal angustia de nostalgia, con tales estremecimientos de pavor, con tal melancolía de desesperanza, con tal unción de ruego, que nunca más la

elocuencia humana ha hallado términos con que expresar cosa parecida.

177. *Desdén o desamor por la actitud que se tiene. Desproporción entre la vocación y la aptitud.*

El abandono de cierto modo de actividad, que corresponda a verdadera y natural disposición nace, frecuentemente, de que la aptitud no estuvo nunca acompañada y servida de una vocación tan enérgica y leal como la mereciera. No es peregrino caso el de que aquel que posee una habilidad superior y tiene conciencia de ello, lejos de estimarla y honrarla, grato a la dádiva de la Naturaleza, pague esta dádiva con indiferencia y desamor.

Aun en los que desenvuelven y ejercitan consecuentemente su aptitud real, suele el aprecio que hacen de sus dones ser poco más que nulo, y estar muy por bajo del que consagran a otra aptitud inferior de que son dueños, o a una que, ilusoriamente, piensan poseer.

178. *Vestigios de una primera vocación en otra que la sustituye.*

Una primera vocación que desaparece, ya porque se extenúa en el alma el impulso espontáneo de que nacía, ya porque la fatalidad exterior opone a su desenvolvimiento obstáculos que la fuerzan a ceder su plaza a otra, suele manifestarse veladamente en el carácter de esta que la sigue y prevalece sobre ella.

No ha muerto, en realidad, la primera vocación, en la que Naturaleza puso acaso su voz más íntima y pura: sólo está soterrada y contenida en lo hondo del alma; y desde allí, logra vengarse del desconocimiento y olvido a que se la condenó, o de la suerte cruel que torció, malogrando la aptitud, el cauce de la vida: se venga de ellos penetrando de su esencia y tiñendo con sus relejos las obras de la nueva vocación que la sustituye.

179. *Riesgos y engaños en el cambio de la vocación.*

Mientras la vocación que se ha adoptado en un principio abone con sus obras la existencia real de la aptitud y no encuentre ante

sí obstáculo de los que obligan al ánimo varonil y juicioso, el progresivo desenvolvimiento del espíritu debe continuarse siempre en torno de ella; diversificándola, mejorándola, extendiéndola; complementándola, si cabe, con nuevas, diferentes aptitudes; pero sin quitarle la predilección y preeminencia, legitimadas por su prioridad, que hace de ella como el eje, en justo equilibrio, a cuyo alrededor se han ordenado las disposiciones y costumbres íntimas del alma.

180. *Desviaciones transitorias, y utilidad que cabe en ellas.*

Pero el abandono de la vocación verdadera y eficaz puede no ser sino una desviación transitoria, y a veces conducente y benéfica, después de la cual el espíritu vuelve con nuevo ímpetu al cauce que le fué trazado por Naturaleza.

La utilidad de estas desviaciones pasajeras consiste a menudo en dilatar, con provecho de la misma vocación de que aparentemente se apostata, el campo de la observación y la experiencia, y proporcionar a la aptitud fundamental elementos que la corroboran y amplían: como por un viaje de la mente, de cuyo término tornara ésta al solar propio con mayor riqueza y ciencia del mundo.

181. *Actitudes perdidas en el fondo oscuro de la sociedad humana.*

Cada sociedad humana, decíamos, levanta a su superficie almas de héroes en la proporción en que las sueña y necesita para los propósitos que lleva adelante; pero no ha de entenderse que exista la misma equidad entre el número de ellas que pasan de tal manera al acto, y las que el cuerpo social guarda en germen o potencia. Pensarlo así valdría tanto como reducir la cantidad de las semillas que difunde el viento, a la de las que caen en disposición de arraigar y convertirse en plantas. Muchas más son las semillas que la tierra deja perder que las que acoge. La espontaneidad individual lucha por quebrantar el límite que la capacidad del medio le señala; y en alguna medida, logra crear en la multitud que la resiste

un aumento de necesidades y deseos *heroicos;* pero nunca este esfuerzo ensancha el campo en la extensión que se requeriría para una cabal y justa distribución de todas las energías personales dignas de noble y superior empleo. En el perenne certamen que determina cuáles serán los *escogidos* en el número de los *llamados*, ya que no hay espacio para todos, prevalece la mayor adecuación o mayor fuerza: triunfa y se impone la superioridad; pero esto solo no da satisfacción a la justicia, pues aun falta contar aquellos que no son ni de los *escogidos* ni de los *llamados:* los que no pueden llegar a la arena del certamen, porque viven en tales condiciones que se ignoran a sí mismos o no les es lícito aplicarse a sacar el oro de su mina; y entre estos ¡ay! ¿quién sabe si alguna vez no están los primeros y mejores?...

182. *La influencia negativa del medio social.*

Tan doloroso como este absoluto misterio y pasividad de la aptitud por el ambiente ingrato en que yace sumergida, es el rebajamiento de su actividad, orientada a su objeto propio, pero empequeñecida y deformada por los estrechos límites donde ha de contenerse. Cuéntase que, pasando el ejército de César por una aldea de los Alpes, se asombraron los romanos de ver cómo, en aquella pequeñez y aquella humildad, eran apetecidas las dignidades del mezquino gobierno y suscitaban disputas y emulaciones enconadas, tanto como las mismas magistraturas de la ciudad cuyo dominio era el del mundo. Las ambiciones del poder, de proselitismo, de fama, en los escenarios pequeños, no ponen en movimiento menos energías de pasión y voluntad que las que se manifiestan ante el solemne concurso de la atención humana; y en ellas pueden gastarse, sin que se conozca, ni valga para las sanciones de la gloria, tan altas dotes como las que consume el logro de la preeminencia o el lauro que traen consigo el respeto del mundo y el augurio de la inmortalidad.

183. *Lucha entre la aptitud individual y la resistencia del medio.*

Pocos casos de tan hondo interés en la historia del espíritu como el de la aptitud genial tomada a brazo partido con la sociedad

que la rodea, para forzarla a que conozca y honre su superioridad. Cuando esta lucha se prolonga, y a la mente de elección viene aparejado un ánimo cabal y heroico, surge la inspiración del satírico provocador, que se adelanta a despertar a latigazos la bestia amodorrada que no lo atiende. Cuando la voluntad del incomprendido es débil o está enferma, su soledad y abandono se traducen en un abatimiento de desesperanza y hastío, que acaso asume también la forma de la sátira: de una sátira tanto más acerba cuanto que no la acompaña el optimismo final y paradójico de quien esgrime la burla y el sarcasmo como medio de acción en cuya eficacia cree.

184. *Superioridad posible de los incultos y autodidactos. De cómo la cultura debe procurar parecerse a la ignorancia.*

...Aptitudes sin cuento, y entre ellas más de una superior, y acaso que el genio mismo magnífica, se pierden ignoradas en la muchedumbre que sustrae a los estímulos de la cultura la aciaga ley de la desigualdad humana. Pero, para redondear la verdad, falta añadir que, si la disciplina y el régimen en que consiste la cultura, son aquellos estrechos y tiránicos, que hacen de ella un encierro claustral, o un sonambulismo metódicamente provocado en beneficio de una idea, cabe en la cultura también la responsabilidad, cuando no de la anulación, del empequeñecimiento de aptitudes, grandes tal vez por su fuerza virtual, pero que vinieron unidas por naturaleza a esa débil resistencia del carácter, a esa ineptitud para la negación y la protesta, propia de las almas en quienes las facultades de credibilidad e imitación son más poderosas que la fe y confianza en sí mismas.

La renovación del pensamiento humano, inseparable ley de su vida, debe buenos servicios a los grandes *incultos* y a los grandes *auto-didactos*. La observación real y directa, sustituída al testimonio de los libros, donde el iniciado en ellos acude tal vez a buscar la observación, que supone definitiva, de otros; la propia ausencia de un método que contenga los movimientos del espíritu dentro de vías usadas; el forzoso ejercicio de espontaneidad, originalidad y

atrevimiento, son causas que concurren a explicar la frecuente eficacia de la cultura personal y libre, para los grandes impulsos de invención y de reforma.

El extranjero, el vagabundo, el incauto, se arriesgan, con facilidad candorosa, en hondos desiertos, en ásperas sierras, en comarcas llenas de espesos matorrales, que los avisados no frecuentan porque es punto convenido que allí sólo crecen vanos sueños, error y confusión, pero donde alguna vez una esquiva senda lleva a averiguar cierta cosa que no estaba en los libros; y por esto Leibnitz opinó que la persecución de las tres grandes quimeras, —*tria magna inania:* la cudratura del círculo, la piedra filosofal y el movimiento perpetuo, ha sido ocasión de esfuerzo y experiencias en que el espíritu humano ha aprovechado más que en gran número de investigaciones donde se marcha derechamente a la verdad con adecuado instrumento y método seguro.

La cultura de la inteligencia ha de procurar unir a sus inmensos beneficios los que son peculiares y característicos de una relativa ignorancia, apropiándose de éstos por la libertad que, en medio de su disciplina, consienta al espíritu; por los hábitos de investigación personal que en él estimule; y por el dón de sugerir y abrir vistas sobre lo que queda más allá de las soluciones y *verdades* concretas.

185. *Engaños de la imitación cuando no se concilia con la autonomía de la personalidad.*

La imitación es poderosa fuerza movedora de energías y aptitudes latentes, mientras deja íntegra y en punto la personalidad, limitándose a excitar el natural desenvolvimiento de ella. Pero cuando la personalidad, por naturaleza, no existe, o cuando un supersticioso culto del modelo la inhibe y anula, la imitación no es resplandor que guía, sino bruma que engaña. Frecuente es que ella obre, desde luego, como origen de falsas vocaciones, extraviando el concepto que de su propio contenido y virtualidad forma

el espíritu, y estimulando una ilusión de aptitud, que es a la vocación verdadera lo que, a la libre actividad del hombre despierto, el movimiento maquinal con que el hipnotizado realiza los mandatos de la voluntad que lo subyuga.

185. *Vocación y aptitud.*

La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento. Pero no siempre vocación y aptitud van de la mano. En aquellas mismas ocasiones en que las enlaza un solo objeto, no siempre guardan justa correspondencia y proporción. Y si no cabe producir artificiosamente la aptitud superior allí donde por naturaleza no existe, cabe despertarla cuando ella no es consciente de sí; cabe formarla donde permanece incierta y desorganizada; cabe robustecerla, mediante la doctrina, la educación y la costumbre; cabe dotarla de la energía de voluntad con que venza los obstáculos del mundo; cabe sustituirla, si acaso pierde su virtud, removiendo el fondo oscuro del alma, donde duermen tal vez disposiciones y gérmenes latentes; cabe dilatarla, por este mismo hallazgo de nuevas aptitudes, aun cuando la primera persista y prevalezca entre las otras; cabe en fin, suscitar amor por ella, cuando en el alma donde habita la esterilicen indiferencia o desvío, y disuadir el amor vano, y desarraigar la falsa vocación, allí donde la aptitud no sea más que sombra ilusoria.

187. *Reformarse es vivir. El cambio ha de armonizarse con el orden.*

Cuanto más emancipado y fuerte un espíritu, cuanto más señor y dueño de sí, tanto más capaz de adaptar, por su libre iniciativa o por participación consciente en la obra de la necesidad, la dirección de sus ideas y sus actos, según los cambios de tiempo, de lugar, de condiciones circunstantes; según su propio desenvolvimiento interior y el resultado de su deliberación y su experiencia. Y cuanto más pujante y fervorosa la vida, tanto más intenso el anhelo de renovarla y ensancharla. Sólo con la regresión y el empobrecimiento

vital empiezan la desconfianza de lo nuevo y el temor a romper la autoridad de la costumbre. Quien en su existencia no se siente estimulado a avanzar, quien no avanza, retrocede. No hay estación posible en la corriente cuyo curso debemos remontar, dominando las rápidas ondas: o el impulso propio nos saca adelante, o la corriente nos lleva hacia atrás. El batelero de Virgilio es cada uno de nosotros; las aguas sobre que boga son las fuerzas que gobiernan el mundo.

Pero esta renovación continua precisa armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden; nuestro deseo de cambio y novedad ha de someterse, como todo deseo que no concluya en fuego fatuo, a la razón, que lo defina y oriente, y a la energía voluntaria, que lo guie a su adecuada realización. No siempre una inaplacable inquitud, como signo revelador de un carácter, es manifestación de exuberancia y de fuerza. La disconformidad respecto de las condiciones de lo actual, la aspiración a cosa nueva o mejor, cuando no estén determinados racionalmente y no se traduzcan en acción resuelta y constante, serán fiebre que devora y no calor que infunde vida: el desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad.

188. *Vulgar facilidad para el cambio por deficiencia de la personalidad.*

Frecuente es en el vulgo de los caracteres esa misma condición del cambio desconcertado y baldío, que diferenciamos de la plasticidad del carácter superior; pero no manifestándose ya con angustia y pena y por enfermedad del ánimo, como en el caso del febricitante, sino de modo fácil y espontáneo y por natural deficiencia de personalidad. Si distinta del movimiento que lleva adelante a quien lo ejecuta es la agitación que engendra en el alma enferma la fiebre, no lo son menos la inconstancia e instabilidad de aquel que, no teniendo constituído un carácter propio, se refunde, dócil y variabilísimamente, en deseos, propósitos y gustos, al tenor de las sugestiones de cada tiempo y lugar, sin saber oponerles fuerza alguna de resistencia ni reacción. El carácter así indeterminado y flotante recorre con celeridad pasmosa todo el círculo de la vida moral; pasa por sobre términos de transición que a los demás exigirían laborioso esfuerzo; responde indistintamente a los más varios motivos; pero esta disposición para el cambio instantáneo, sin afán y sin lucha, lejos de ser favorable, es esencialmente opuesta a la aptitud de las modificaciones medidas y orientadas, en que consiste la superioridad del carácter capaz de orgánico desenvolvimiento. Ni la iniciativa propia, ni la moción y ejemplo de otros, tendrán poder de suscitar en el alma privada de cierta energía retentiva de su ser personal, una dirección de conducta que no esté expuesta a fracasar y ser sustituída, sin razón ni ventaja, con el más mínimo trueque de influencias. El cambio consciente y ordenado implica, pues, fuerza y constancia de personalidad, con que ésta se habilite para esculpirse y retocarse a sí misma. Las construcciones de la educación han menester de un firme cimiento personal, sin cuyo apoyo equivaldrán a edificar sobre las olas. Echar las bases de una personalidad, si ella no está aún firmemente instituída, es paso previo a la obra de removerla y reformarla.

189. *Complejidad del alma contemporánea.*

El fondo múltiple, que es propio de la humana naturaleza, lo es en nuestro tiempo con más intensidad que nunca. De las vertientes del pasado vienen, más que en ninguna ocasión vinieron, distintas corrientes sobre nosotros, posteridad de abuelos enemigos que no han cesado de darse guerra en nuestra sangre; almas de esparcidísimos orígenes, en las que se congrega el genio de muchos pueblos, el jugo de muchas tierras, la pertinaz esencia de diferentes civilizaciones. Y aun más compleja y contradictoria que la personalidad que recibimos en esbozo de la naturaleza, es, en nosotros, la parte de personalidad adquirida: aquella que se agrega a la otra, y la complementa e integra, por la acción del medio en que la vida pasa. Cada una de esas grandes fuerzas de sugestión, de esas grandes asociaciones de ejemplos, de sentimientos, de ideas, en que se reparte la total influencia del ambiente donde están sumergidas nuestras almas: la sociedad con que vivimos inmediatamente en relación, los libros que remueven el curso de nuestro pensamiento,

la profesión en que se encauza nuestra actividad, la comunión de ideas bajo cuyas banderas militamos; cada una de estas sugestiones, es una energía que a menudo obra divergentemente de las otras. Este inmenso organismo moral que del mundo, para nuestros abuelos dividido en almas nacionales, como en islas del archipiélago, han hecho la comunicación constante y fácil, el intercambio de ideas, la tolerancia religiosa, la curiosidad cosmopolita, el hilo del telégrafo, la nave de vapor, nos envuelve en una red de solicitaciones continuas y cambiantes. Del tiempo muerto, de la humanidad que ya no es, no sólo vienen a nosotros muchas y muy diversas influencias por la complexidad de nuestro origen étnico, sino que el número e intensidad de estas influencias se multiplican a favor de ese maravilloso sentido de simpatía histórica, de esa segunda vista del pasado, que ha sido, en los últimos cien años, uno de los más interesantes caracteres, y una iluminación cuasi profética, de la actividad espiritual.

190. *El tipo acomodaticio y flexible, y sus cambios puramente exteriores.*

Aun hay otro falso modo de flexibilidad de espíritu, que importa separar de aquella que de veras renueva y enriquece los elementos de la vida moral; y es el que consiste en la aptitud del cambio activo, pero puramente exterior y habilidoso; ordenado a cierto designio y finalidad, pero no a los de una superior cultura de uno mismo; suficiente para recorrer, en movimiento serpeante, las condiciones y los círculos más opuestos, ganando en destreza y ciencia práctica, pero no en la ciencia austera del perfeccionamiento interior, ni con moción honda de la personalidad; aptitud histriónica, que ninguna relación íntima tiene con la noble y rara facultad en que se funda el carácter altamente educable; aunque no pocas veces logre la una ennoblecer su calidad, ante los ojos del mundo, con el simulacro y prestigio de la otra.

191. *¡Reformarse es vivir! Viajar es reformarse.*

La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse.

Contra las tendencias primitivas e inferiores de la imitación, que consisten en la obediencia maquinal al ejemplo de lo aproximado y semejante a la naturaleza del imitador, de donde toma su primer impulso esa otra imitación de uno mismo que llamamos *hábito,* no hay energía tan eficaz como la imitación que obra en sentido nuevo y divergente de la herencia, de la costumbre y de la autoridad del temor o el afecto. Fuerza servil si se la compara con la invención y con la soberana espontaneidad de la conciencia, que son superioridades a las que no se llega de inmediato desde la imitación rutinaria, y que no cabe extender nunca a todos los pensamientos y actos de la vida, la sugestión de lo ajeno y apartado es fuerza liberadora en cuanto nos realza sobre la estrecha sociabilidad que circunscriben la familia y la patria; y además, comienza a hacer flexible y ágil el espíritu y ejercita los bríos de la voluntad, para acercarnos a esa completa emancipación del ser propio, que constituye el término ideal de una existencia progresivamente llevada.

192. *La soledad; pero también la acción y la simpatía.*

La soledad es escudo diamantino, sueño reparador, bálsamo inefable, en ciertas situaciones de alma y por determinado espacio de tiempo. Pero como medio único y constante de asegurar la plenitud de la personalidad contra las opresiones y falacias del mundo, marra la soledad, porque le faltan: un instrumento eficacísimo con que desenvolver el contenido de nuestra conciencia: la acción, y una preciosa alianza a quien fiar lo que no logre consumar de su obra: la simpatía. Sólo el sacudimiento de la acción es apto para traer a la superficie del alma todo lo que en el fondo de ésta hay posado e inerte; y sólo el estímulo de la simpatía alcanza a corroborar y sostener nuestra reacción espontánea hasta el punto que se requiere para emanciparse firmemente de los vínculos de la preocupación y la costumbre. La soledad continua ampara y fomenta conceptos engañosos, no sólo en cuanto a la realidad exterior, de cuya percepción nos aparta, sino también en cuanto a nosotros mismos, sugiriéndonos, quizá, sobre nuestro propio ser y nuestras fuerzas, figuraciones que, luego, al más leve tropiezo con la realidad,

han de trocarse en polvo, por que no se las valoró en las tablas de la comparación con los demás, ni se las puso a prueba en las piedras de toque de la tentación y de la lucha.

193. *La nostalgia: elementos que entran en ella.*

Sagrada es la melancólica voz que, en tu ausencia de la tierra nativa, viene de lo hondo de tu alma a pedirte que tornes a su seno y a despertar el leve enjambre de las dulces memorias. Bella y compasible es la nostalgia. Pero a su idealidad de pena que nace de amor, mézclanse, en realidad, elementos menos nobles y puros; y no siempre es una delicada forma de sentir lo que obra en ella.

¡Cuántas veces lo que tienen por impulso fiel del corazón en tu desvío de las cosas nuevas que ves y de las nuevas gentes que tratas, no es sino la protesta que tu personalidad, subyugada por el hábito, entumecida en la quietud, opone a cuanto importe de algún modo dilatarla y moverla!... Todo lo que nace en ti de limitación, de inactividad, de servidumbre, se disfraza entonces, para tu propia conciencia, con la máscara de aquel amor. Te enoja, inconscientemente, aquello que te pone a la vista tus inferioridades o las de los tuyos; eludes el esfuerzo íntimo que reclama de ti la comprensión de cuanto, en lo humano, te es ajeno; tocas el límite de tu capacidad simpática; resguardas, por instintivo movimiento, los prejuicios con que estás encariñado y las ignorancias lisonjeadoras de tu egoísmo o de tu orgullo; y todo esto se decora y poetiza con la melancolía del recuerdo amante, que es lo más puro y mejor de la nostalgia; aunque en el complexo de ella predominen elementos menos nobles, como son: las resistencias de una personalidad esquiva y huraña; el desequilibrio de su economía a favor de los elementos de conservación y de costumbre; su defecto de aptitud *proteica*, llamando así a la virtud de renovarse y transformarse merced a esa facultad de adaptación que hace del hombre ciudadano del mundo, y que, en su expresión más intensa, engendra otra especie de nostalgia, conocida de las organizaciones bien dotadas de simpatía y amplitud: la nostalgia de las tierras que no se han visto, de los pueblos a que aun no se ha cobrado amor, de las emociones humanas de que nunca se ha participado.

194. *Los viajes obran en lo más espiritual del hombre y ponen una calidad trabajadora en la imaginación y en los sentimientos.*

Los cuadros de la Naturaleza, el espectáculo de la hermosura difundida sobre lo inanimado y lo vivo, sobre la tierra y las aguas, por virtud de la forma o del color, en la inmensa tela ondulante que el viajar extiende ante tus ojos, no educan sólo tu sentido plástico y tu fantasía; sino que obran en lo más espiritual e inefable de tu sentimiento, y te revelan cosas hondas de ti y del alma humana, en cuya profundidad está sumergida tu alma individual; porque, merced a nuestra facultad de proyectar la sombra del espíritu sobre todo cuanto vemos, un paisaje nos descubre acaso un nuevo estado íntimo, y como que se descifra en la conciencia por una clave misteriosa, y abre nuevas ventanas sobre el alcázar encantado de Psiquis.

195. *El ejemplo de Goethe.*

...En el constante y triunfal desenvolvimiento de su genio, esta ocasión de su viaje al país por quien luego hizo suspirar a Mignón, es como tránsito glorioso, desde el cual, magnificado su sentimiento de la vida, aquietada su mente, retemplada y como bruñida su sensibilidad, llega a la entera posesión de sí mismo y rige con firme mano las cuadrigas de su fuerza creadora. Cuando, frente a las reliquias de la sagrada antigüedad y abierta el alma a la luz del Mediodía, reconoce, por contemplación real y directa, lo que, por intuitiva y amorosa prefiguración, había vislumbrado ya de aquel mundo que concordaba con lo que en él había de más íntimo, es la honda realidad de su propio ser la que descubre y la que, desde entonces, prevalece en su vida, gobernada de lejos por la serenidad y perfección de los mármoles, limpia de vanas nieblas y de flaquezas de pasión.

196. *El ejemplo de Teófilo Gautier.*

...Teófilo Gautier nació para ver y expresar lo hermoso de las cosas; pero mientras no hubo espectáculo real que cautivase sus sentidos, dominados por el instinto de lo extraordinario, su mirada anhelante, vuelta a lo interior de la propia fantasía, se satisfizo en

una naturaleza de convención y de quimera. Fué el viaje a España; el viaje que dura en aquel maravilloso libro por quien la prosa entra, como bronce fundente, a tomar las formas de la realidad material, y transparenta, mejor que al aire mismo, sus colores; fué el viaje a España el que reveló a Gautier la grande, inmortal Naturaleza. Ebrio del viento tibio y la esplendente luz; hechizado por la magia oriental de Andalucía; preso de tentaciones pánicas ante los torrentes y abismos de las sierras, Gautier descubrió entonces los tesoros de la realidad...

197. *Almas simples e inmutables; una sola idea; un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres.*

Nuestra natural complexidad, que no consiente alma sin alguna lucha interior y alguna inconsecuencia, se opone a la realización perfecta de este tipo, más abstracto que humano; pero la naturaleza suele dar la perfección relativa de él: el monolito adecuado para esculpir la estatua de una sola pieza, y luego la voluntad se aplica a trabajar esa estatua, por el gobierno de sí misma, por la práctica de la única especie de educación que se aviene con la índole de tales caracteres desde que se consolidan y toman su camino en el mundo: la educación que consiste en restringir, depurar y sistematizar, cada vez más, el campo de la propia conciencia, haciendo, de día en día, más netos y fijos sus aspectos, más tiránicos los principios por que se rige, más indisolubles las asociaciones en que reposan sus costumbres; a diferencia de la educación realmente progresiva, que sistematiza y ordena, pero con cargo de aumentar correlativamente los elementos que reduce a una superior unidad.

Es el concepto de la perfección que inspiró el ideal lacedemonio, la disciplina férrea calculada para reprimir la libre y armoniosa expansión de los instintos humanos, en beneficio de un único e idolátrico deber. Es también la inmovilidad de abstención y resistencia que se predicó en el pórtico de Stoa; y es la idea que, en aquel linaje de espíritus que representan el lado adusto y ascético del cristianismo, responde al anhelo de modelarse a imitación de la absoluta permanencia de lo divino: —Soy el Señor, y no cambio.

Visible es la grandeza de esta forma personal en el magnetizado por una idea o pasión de calidad sublime; en el fanático superior; en el iluminado o visionario, en el monomaníaco de genio: en todas esas almas que, yendo en derechura a su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la vida real. Figúrate la prolongación indefinida de dos instantes que en tu existencia no se reproducen sino en contadas ocasiones: figúrate que la sucesión alternativa de ambos dura y persiste, sin solución de continuidad, y que, entre ellos solos, tejen, uno la trama, otro la urdimbre, de tu vida. Recuerda, por una parte, aquel momento en que una extrema atención reune todo el ser de tu alma en un punto; ya sea cuando, deteniendo tu marcha al través de medrosa soledad, pones el oído a un rumor vago; ya cuando, resolviendo arduo problema, llegas al ápice del raciocinio, a la mayor tensión de pensamiento y de interés. Y por otra parte, recuerda aquel instante en que la pasión estalla en ti con su más ciego impulso; en que un movimiento superior a ti mismo, arrollada tu voluntad por tu emoción, junta en una tus fuerzas; las multiplica, si es preciso, con maravillosa intensidad, y te arrebata a defender el bien que te disputan; a atacar al enemigo a quien odias; a realizar, o hacer tuyo, el objeto que anhelas.

La faz estética de estos caracteres, si se les toma en lo eminente de su especie, mira, más que a lo bello, a lo sublime. La igualdad perenne, yendo unida a un don superior del alma; la alteza trágica de esa despiadada inmolación de todas las pasiones a una sola, dan de sí una sublimidad, ya estática y austera como la del desierto y la montaña: la de la abnegación altiva y silenciosa, la de la voluntal firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica y violenta, como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento; la del alma en perpetua erupción de amor o de heroísmo.

198. *Dos distintas especies de almas entusiastas.*

Grande es la unidad que enlaza todas las partes de nuestra existencia bajo una idea soberana; pero más bella y fecunda, si,

poniendo a prueba la extensión de su fuerza ordenadora, se diversifica por la flexibilidad y la amplitud. Dentro de toda comunión, de toda fe, de toda sociedad ideal, es fácil distinguir dos especies de almas sinceras y entusiastas. Hay el entusiasta inflexible, alma monocorde y austera; y hay aquel cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida, y consiente, generoso con su riqueza de amor, otros objetos de atención y deseo que el que preferentemente se propone. De aquella pasta están hechos el estoico y el asceta, el puritano y el jansenista; de ésta, los espíritus amplios, comunicativos y curiosos, sin mengua de su fidelidad inquebrantable ni su férvida consagración. De los unos y de los otros, es decir, de los perseverantes, de los entusiastas, de los creyentes, y sólo de ellos, es el secreto de la acción; pero la más alta forma de la perseverancia, del entusiasmo y de la fe, es su aptitud para extenderse y transformarse, sin desleírse ni desnaturalizarse.

199. *La potencia dominante de orden y de movimiento.*

A través de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral, perdure en ella, renaciendo bajo distintas formas, manifestándose en diferentes sentidos, nunca enervada ni en suspenso, una potencia dominante, una autoridad conductora; principio, a un tiempo, de orden y de movimiento, de disciplina y de estimulación.

En la esfera de la voluntad, sea ella un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armonisamente se reunan. En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, o *bien* (no olvides esto) *un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirlas.*

Sólo por la sustitución positiva de ambas potestades será eficaz nuestro desasimiento de las que en determinado instante nos dominen, porque, para emaniciparse de una fuerza, no hay medio sino suscitar en contra de ella otra fuerza. Y sólo por la función que es propia de ellas, entonaremos nuestra vida, impidiéndola adormecerse en el estancamiento del ocio, o disiparse en la estéril fatiga del movimiento sin objeto.

Vano sería que, con menosprecio de la complejidad infinita de

los caracteres y destinos humanos, se intentara reducir a pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción: bástenos con pedir que ellos sean sinceros y merecedores del amor que les tengamos. No juzguemos tampoco de la realidad y energía de estos principios directores poniéndoles por condición la tranparencia, la lógica y la asiduidad con que aparezcan en la parte de vida exterior de cada uno. Aún más: bien pueden ellos asistir en un alma sin concretarse en idea definida y consciente: sin que el alma misma lo sepa; como bien puede ceder a una atracción aquel que piensa que se mueve con voluntariedad; y no por esta causa es fuerza que sea menor la eficacia y poder de tales principios. Así, mientras hay quienes presumen de llevar en sus actos una superior finalidad y de alimentar en su alma una creencia, y todo es vanidad y engaño, porque las que toman por tales no son sino mirajes de su fantasía, sombras que tocan y no mueven los resortes de la voluntad, hay también quienes, alardeando quizá de indiferentes, o acusándose de escépticos, llevan, muy abrigada y en seguro, una luz interior, una oculta fuerza ideal que, sin que ellos lo sepan, concierta y embalsama su vida, guiando, con el tino genial de lo inconsciente, sus pasos, que ellos consideran errabundos, y su corazón, que ellos tienen por santuario sin dios...

200. *Un grande amor pone al alma en lo hondo y es el numen de los desarrollos y la causa de misteriosos vínculos y relaciones.*

La imagen fiel, el caso ejemplar, de esta omnipresencia de una idea que ocupa el centro del alma, es el espíritu del enamorado, que se agita en mil lides y trabajos del mundo, sin que por ello se aparte en un ápice, de su pasión. Un grande amor es el alma misma de quien ama, puesta en una honda, original armonía; de suerte que todo lo que cabe dentro de ese vivo conjunto, está enlazado a aquel amor con una dependencia semejante (por no negar palabras a otra imagen que me las pide) a la que vincula a la varia vegetación de una selva con la tierra amorosa de cuyo seno brotan los jugos que luego ha de transformar cada planta según las leyes propias de su generación. Todo lo de la selva: la frondosa copa y la yerba escondida; la planta que compone el bálsamo y la que

produce el veneno; la que despide hedor y la que rinde perfume; la serpiente y el pájaro: todo lo de la selva se aúna y fraterniza dentro de la próvida maternidad de la tierra. Así, a un grande amor no hay recuerdo que no se asocie, ni esperanza y figuración del porvenir que no esté subordinada. Cuanto es estímulo de acción, cuanto es objeto de deseo, viene derechamente de él. El preside en la vigilia y el sueño, numen del día y de la noche; y si hay un acto o pensamiento en la vida que parezca ajeno a esta concorde unidad, pronto una mirada atenta encontrará la relación misteriosa; como cuando miramos el reflejo de la orilla en el agua, y vemos, entre otras, una forma fluctuante que no parece corresponder a cosa de afuera, hasta que luego la atención descubre que aquello viene, como lo demás de la orilla.

201. *Virtud disciplinaria de toda potencia ideal que nos gobierna.*

Cuando falta en tu alma una energía central que dé tono y norte a tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de continuo tienen puestos los ojos sobre él, caen a tomarlo, compareciendo así de la realidad que te circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que preceden de afuera son las tentaciones vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas. Quien no tiene amor y aspiración donde se afirme, como sobre basa de diamante, su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, y esa viene a ser así su efímero tirano, sustituído luego por otro y otros más, con el sol de cada día. Queda su alma en la condición de la Titania de Shakespeare, cuando, durante el sueño, fueron restregados sus párpados con la yerba que tenía virtud de infundir amor por lo que antes se viere. Desconoce el literal y razonable poder de un sentimiento maestro que la ordenaría como en una bien concertada república, y sufre ser pasto a la ambición de multitud de advenedizos. A los que la acechan en las emboscadas del mundo, únense los que ella esconde en su interior: esos enemigos domésticos que son las propensiones viciosas, los resabios mal encadenados, los primeros ímpetus de nuestra naturaleza. Fácil es ver cuán contradictorio y complejo (y cuán miserable, siempre, en gran parte), es

el contenido de un alma. Sólo la autoridad de una idea directora que sujete, aunque sin tiránico celo ni desbordado amor de sí misma, la libertad en sus límites, puede reducir a unidad la muchedumbre de tantas fuerzas opuestas. Faltando esta idea directora, nadie sino el acaso y el desorden suscitarán quien se arrogue su poder de entre la encrespada muchedumbre; y es del acaso y el desorden hacer prevalecer antes lo malo que lo bueno.

Así como, en lo material, se ha dicho con exactitud que nuestra marcha no es sino una caída continuamente evitada, así, por lo que toca al espíritu, la recta voluntad es la constante inhibición de un extravío, de un móvil tentador, de una disonancia, de una culpa. Una potencia ideal que nos inspira, fija la norma a esa función de nuestra voluntad, y es a menudo como el demonio socrático, que se manifestaba en el alma del filósofo, más por la inhibición de lo que no concordaba con su ley, que no por su capacidad de iniciativa. Donde quiera que elijamos la potencia ideal, y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado o injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la hace superior a la desorientación y el desconcierto: porque la moralidad es siempre un orden, y donde hay algún orden hay alguna moralidad.

202. *Disciplina de amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra.*

Relaciónase con esto que digo de la virtud disciplinaria de una potencia interior que nos domina, una proposición llena de dudas: ¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?

En una primera consideración de las cosas, ello se resolvería de acuerdo con la propiedad que el amor tiene de asemejar a quien lo tributa y a quien lo inspira, siendo éste el original y aquél el traslado: de suerte que la virtud del amor no sería en sí mala ni buena, sino relativa a la calidad del objeto en que él pone la mira; y según fuese el objeto, la virtud del amor variaría entre lo sumo de las influencias nobles y lo ínfimo de las causas de abatimiento y abyección: entre lo más alto y lo más bajo; porque tal como el

amado es y tal como necesita, para su complemento, a quien le ama, así lo rehace y educa con la más sutil y poderosa de las fuerzas. Condición del alma que, ya por útil a sus propósitos, ya sólo por la complacencia que halla en ella, desea en el amante el amado, o la descubre en él o la crea; y de este modo la sugestión de amor vuelve al amante en hechura del espíritu que le enamora. En la poética expresión del amor es sentimiento frecuente el anhelo de refundirse y transformarse, para ser aquello que pueda determinar más íntima vinculación con el ser a quien se ama, o que ofrezca modo de hacerle mayor bien y de rendirle homenaje más singular y fervoroso. Quisiera ser, dice el amante, el aire que se embebe en tu aliento; la flor humilde que huella tu pie; el rayo de sol que te ilumina; la lejana estrella en que fijas la mirada cuando el éxtasis de tus sueños... Natural aspiración del que ama es ser amado; suspira el amador por ser amable; pero como la amabilidad que granjea correspondencia es relativa al parecer y dictamen del amado, para cada objeto de amor la amabilidad es una, y de la calidad de este objeto a quien se ha de complacer toma inspiración y modelo la amabilidad. Si en lo antiguo era sentimiento común que amar a una diosa deificaba, no es menos cierto que aquel amor que se cifre en lo propincuo a la bestia dará por fruto el salto atávico de Nabucodonosor... Sabiduría, torpeza; esperanza, duda; candor, perversidad; luces y sombras del juicio; arrojos y flaquezas del ánimo: todo bien y todo mal, todo desmerecimiento y toda excelencia, son capaces del alma a quien amor posee, según la sueñe y ambicione la otra alma su señora; lo mismo cuando obre ésta por cálculo y voluntad consciente, que cuando domine por fatal y como magnético influjo. En todo amor hay abnegación de misticismo, sea el misticismo divinal o diabólico; porque, desposeyéndose de su voluntad y su ser propio el amante, se transporta al objeto de su amor, renace en él y participa de él; «vive en su cuerpo», según el enérgico decir de Eurípides; y si el objeto es ruin o ha menester, para el término que se propone, los oficios de la ruindad, ruin hará al amador, y le hará noble y grande si por afinidad busca estas alturas, o si, para el destino a que, de su natural, gravita, requiere como valedores nobleza y grandeza. Dame

que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en las caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quién no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda; no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración; sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe malefecio. Una cosa hay, en efecto, capaz de superar la influencia que el ser real de lo amado ejerce en la persona del amante; y es el ser ideal que lo amado adquiere en el paradigma de la imaginación caldeada de amor, con omnipotente arbitrio sobre la sensibilidad y la voluntad que a aquella imaginación están unidas. Este es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal; vencedor que utiliza las propias armas del vencido, como Judas Macabeo lidiaba con la espada de Apolinio. Porque lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor; y más que de la semejanza con el ser real del objeto, ha de nacer, la belleza de la imagen, de la virtud del amor sincero, generoso y con sazón de idealidad. Común hazaña de esta estirpe de amor es trocar en oro el barro, en bálsamo el veneno;

fecundizar lo vano, mundificar lo inmundo; poner en el corazón del amante la sal preciosa que le guarde de la corrupción, y en sus labios el ascua ardiente que depuró los del profeta. Si en el encarnizamiento y el vértigo del amor bastardo va incluído un principio de descomposición moral, una *idea febrilis*, cuyo proceso sugirió a Alfonso Daudet las páginas despiadadas de su *Safo*, el amor alto y noble lleva en sí una capacidad de ordenación y de sublime disciplina que corrobora y constituye sobre bases más fuertes todas las energías y potencias de la personalidad. Aun en su manifestación violenta, procelosa y trágica, el escogido amor mantiene su virtud purificadora y el poder de dejar levantada y entonada la voluntad que halló en indigna laxitud: del modo como ha solido suceder que cae un rayo a los pies del paralítico, y lejos de causarle daño, le vuelve de un instante y para siempre la libertad de sus miembros.

203. *De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.*

Otra benéfica influencia de una idea o sentimiento superior, que domina dentro de nosotros, es que se opone a la dispersión y el anonadamiento de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.

Cuando tu alma no está sujeta a un poder tal, multitud de pensamientos e imaginaciones cruzan cada hora de tu vida por ella, que se pierden, uno tras otro, sin nada que los detenga y ordene a un fin en que sean provechosos; pero si una fuerza ideal domina, activa y vigilante, en tu espíritu, gran parte de esos tus vagos pensamientos, de esas tus fugaces y leves imaginaciones, son atraídos al círculo de aquella fuerza dominante, y si algún valor de utilidad llevan en sí, ella se lo adueña y lo junta con lo demás que tiene dispuesto para su uso y provisión; porque es propio de estas grandes fuerzas del alma allegar su caudal como el avaro, que no desprecia más el ruin maravedí que la moneda de oro. Pasa, en más amplio terreno, como mientras componemos un libro, que cuanto vemos, pensamos y leemos, se relaciona con la idea que preside a la obra de nuestra fantasía, y de uno u otro modo la enriquece y va abriendo campo para ella. Y no se limita la idea que gobierna

soberanamente nuestro espíritu a subordinar a su imperio esos elementos que congrega: su poder, más que con el yugo que somete, debe compararse con la simiente que fecunda; porque, al detener y penetrar de su esencia a un pensamiento que pasa por su lado, le excita frecuentemente a dar de sí un orden nuevo de ideas, acaso superior a ella misma, no de otro modo que como la generación vital obtiene del amor de los padres una distinta, autonómica, y quizás más noble, criatura.

204. *Convicción y fe. La tolerancia y cómo ha de entendérsela.*

Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad; una singular preferencia en el centro de nuestro corazón; una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento...; no a modo de celosas y suspicaces potestades, sino de sueños hospitalarios y benévolos, a cuyo lado haya lugar para otras manifestaciones de la vida que las que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción; aunque, indirecta y delicadamente, a todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.

Ya por el moroso Idomeneo supimos cómo la perseverancia en una alta idealidad, cómo el fervor de un gran designio, puede hermanarse con un tierno interés por las demás cosas bellas y buenas que abarca la extensión infinita del mundo. Fijemos otro aspecto de esta misma virtud de simpatía; pasémosla de la relación entre las distintas vocaciones y formas de la actividad, a la relación entre las diferentes doctrinas y creencias: considerémosla por su influjo en nuestra convicción o nuestra fe. En esta esfera, esa virtud es la fecunda y generosa tolerancia.

La tolerancia: término y coronamiento de toda honda labor de reflexión; cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida. Pero comprendámosla cabalmente: no la que es sólo luz intelectual y está a disposición del indiferente y del escéptico, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor. La tolerancia que afirma, la que crea, la que alcanza a fundir, como en un bronce inmortal, los corazones de distinto timbre... No es el eclecticismo pálido, sin garra y sin unción. No es la ineptitud de entusiasmo, que en su propia inferioridad tiene el principio de

una condescendencia fácil. No es tampoco la frívola curiosidad del *dilettante*, que discurre al través de las ideas por el placer de imaginarlas; ni la atención sin sentimiento del sabio, que se detiene ante cada una de ellas por la ambición intelectual de saberlas. No es, en fin, el vano y tornadizo entusiasmo del irreflexivo y veleidoso. Es la más alta expresión del amor caritativo, llevado a la relación del pensamiento. Es un transporte de la personalidad (que no se da sin un piadoso prejuicio de benevolencia y optimismo) al alma de todas las doctrinas sinceras; las cuales, sólo con ser creaciones humanas, obra de hombres, trabajada con los afanes de su entendimiento, y madurada al calor de su corazón, y ungida por la sangre y las lágrimas de sus martirios, merecen afecto e interés, y llevan en sí cierta virtud de sugestión fecunda; porque no hay esfuerzo sincero encaminado a la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito, que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor...

205. *La sinceridad: una ley del desarrollo de la persona.*

Para que nuestro pensamiento cumpla esta ley de su desarrollo vital y no se remanse en rutinario sueño, es menester, a la vez que su aptitud de comunicación tolerante, el hábito de la *sinceridad consigo mismo:* rara y preciosa especie de verdad, mucho más ardua que la que se refiere a nuestras relaciones con los otros; mucho más ardua que la que consiste en el acuerdo de lo que aparentamos y decimos, con la inmediata representación de nuestra conciencia: testimonio que puede ser infiel, superficial, o mal depurado. Aquella honda sinceridad interior obliga a rastrear las fuentes de este testimonio; a saber de sí cuanto se pueda y con la claridad y precisión que se pueda, celando las mil causas de error que comúnmente nos engañan sobre nuestros propios pensamientos y actos, y ejercitándose cada día en discernir lo que es real convicción en nuestra mente, de lo que ha dejado de serlo y dura sólo por inercia y costumbre, y de lo que nunca fué en ella sino eco servil o vana impresión. Consagrado a la práctica de este conocimiento reflexivo, buscándose a sí mismo en sus veneros hondos, el pensamiento varonil no teme, aunque ese constante esfuerzo de sinceridad y de

verdad perpetúe en su seno las desazones de la agitación y de la lucha, porque desdeña la voluptuosidad de la quietud, con tal de eliminar de sí lo exánime y caduco y vivir sólo, a ejemplo del trabajador, de lo que gana cada jornada con sus fuerzas.

206. *La fe es una fuerza que mueve desde el soplo de la vida.*

Al través de las dudas, de los desmayos y reanimaciones, de las angustias y porfías de la lucha que se desenvuelve en lo interior de la conciencia y de la que se sostiene al pleno sol de la contradicción humana, la idea que resiste, y triunfa de cuantas armas se le oponen, se fortalece, acicala y magnifica.

No es la mejor, y más acreditada prueba con que pueda abonarse la sinceridad de una fe la que consiste en afirmar su igualdad inalterable, sin borrascas, sin alternativas, sin más y menos de fervor y confianza; como no sea en aquellas almas anticipadas a la celeste beatitud, que, por candor del corazón o simplicidad de la mente, salen fuera de la ley común a las otras. Pero en quien palpita con el turbio torrente de la naturaleza humana, en quien lidia los combates del mundo, una fe perennemente igual, sin tentaciones, sin deliquios, una fe que no oyó nunca pasos de enemigo interior, antes suele acusar la escasa profundidad a que ha arraigado en el alma donde asiste, manteniéndose limpia y serena porque no la frecuentan la mente con una atención ahincada ni el sentimiento con un celoso afán de amor.

No estimes, pues, la superioridad de tu fe sólo por la paz que reine en sus ámbitos. Una fe verdadera es como entraña que participa del soplo de tu vida; y la vida no consiente uniformidad, igualdad, paz sempiterna. Sólo en la máscara o la estatua hay una expresión inmutable; la fisonomía real refleja los movimientos desiguales de un alma, que varían y renuevan cien veces la apariencia del color y la línea. No es el amor más libre de nubes el que más dura y ahonda. No es la fe más firme y enérgica aquella en que faltan una discordancia, una ansiedad, un descontento de sí misma, que la estimulan, por el dolor y la inquietud que le causan, como acicate que llevara metido dentro del corazón. Acaso duerme inalterable la fe que no reposa sino en la pasividad de la costumbre, y es comparable

al charco que, desdeñado por la furia del viento, permanece en un ser; pero la fe compuesta de la misma substancia que nosotros, la fe de un alma viva, es mar inquieta, que pasa de las calmas de la contemplación a las turbulencias del pensamiento acongojado, y de la pleamar del místico transporte a las bajantes de la flaqueza y de la duda.

207. *La personalidad sustituída, falta de amor, de nueva poesía, de nueva ternura, de nueva ciencia.*

¡Con qué pasmosa sutileza la obra lenta y asidua de sustitución, de que provienen las petrificaciones orgánicas, trueca el despojo vegetal en concreción silícea, sin cambiar en lo mínimo su forma y estructura!

Esta piedra fué fragmento soterrado de un tronco.

Descompuesta la substancia vegetal, cada molécula que ella perdió en disolución secreta y morosa, fué sustituída al punto, y en su propio lugar, por otra de sílice. Cuando la última partecilla orgánica se hubo soltado, todo fué piedra en el conjunto; mas ni una línea, ni un relieve, ni un hueco, ni un ínfimo accidente de la construcción interna del tronco, faltaron en la conservación de la apariencia. Esta es la superficie del tronco, con sus grietas y arrugas; éstas son las fibras corticales, y éstas las capas leñosas, y éstos los radios que van del núcleo a la corteza, y éste el obscuro y compacto corazón del árbol. Aun cuando ese artificio de la Naturaleza se hubiera consumado ante un espectador perenne, éste no hubiese reparado en él; tal ha sido la lentitud, tal la perfección, de la obra. Todo está intacto en la apariencia; todo ha cambiado en la substancia. Donde hubo el resto de un árbol, sólo hay un trozo de piedra.

.. ..

Ve ahí la imagen de lo que pasa en multitud de almas, que un día tuvieron una convicción que exaltaba el amor, una fe viva, personal, nutrida con la savia de su corazón y de su pensamiento, apta para renovarse y ganar en capacidad y simpatía. Luego, apartaron su atención del trato íntimo con las ideas, porque la atrajo a lo exterior el bullicio del mundo; o bien, celosos de la integridad

de su creencia, la guardaron de cuanto significara una remoción, un arranque innovador; y sea por lo uno o por lo otro, mientras descansaban confiados en la idea que juzgaban con vida para siempre, llegó un tiempo en que ya lo que llevaron dentro de sí fué sólo una seca concreción, imagen engañosa de la fe que antes alentaban; con toda la disciplina que ella estableció, con todas las costumbres que determinó, con todo aquello que la constituía formalmente; con todo lo de la fe, menos su jugo y su espíritu. La paz y constancia que el alma toma entonces por signos de la resistente firmeza de su sentimiento no son sino inmovilidad de cosa muerta. La obra lenta y delicada del tiempo, obrando sin perceptible manifestación, ha sido bastante para sustituir el espíritu que creó la forma por la forma vacía de espíritu. El tiempo ha robado al alma la esencia de su fe, y el alma no lo siente. Duerme, soñando en su pasado; tan incapaz de abandonar la creencia a que un día se atuvo, como de sacar de ella nuevo, original amor, nuevo entusiasmo, nueva ternura, nueva poesía, nueva ciencia... Así soportan en el alma el petrificado cadáver de una fe, rígidos devotos, graves prelados, apologistas elocuentes; quizá, sabios teólogos; quizá, ilustres pontífices. ¿Puede llamárseles convencidos o creyentes? No, en realidad. ¿Impostores? Tampoco. Su sinceridad suele ser tan indudable como su ignorancia de lo que ocurre en su interior. *Creen que creen,* según la insustituible expresión de Coleridge.

208. *Proposición de un soliloquio fecundo. ¡Ayúdate de la soledad y del silencio!...*

¡Cuán complejo problema es éste de nuestras relaciones con nuestro propio sentimiento! ¡Cómo están ellas sujetas a los mismos engaños y artificios que las relaciones entre unos y otros hombres! ¡Y hasta qué punto es a veces necesario el más hábil, enérgico y pertinaz esfuerzo de sinceridad, para discernir, dentro de la propia conciencia, la idea que realmente *vive,* de la que, con semejanzas de vida, yace muerta, y de la que nunca fué en nosotros sino eco vano, remedo sin espíritu!

¿Cuánto tiempo hace, quizá, que no te detienes a mirar frente

a frente la idea a que te vincula una pasada elección; el dogma, la escuela o el partido, que da a tu pensamiento nombre público?

Ayúdate de la soledad y del silencio. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve a esa alta mar del alma misma, donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no llegan miradas que te atemoricen o te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu ser, superior a la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras, a través del aire límpido, la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo: —¿Es verdad, verdad honda, que yo crea en esto que profeso creer? Tal convicción que adquirí un día y en la que, desde entonces, descanso, ¿resistirá ahora a que, en este centro de verdad, la traiga ante mis ojos? Tal sentimiento que considero vivo aun, porque alguna vez lo estuvo ¿no le hallaré muerto si me acerco a moverle? ¿No vivirá mi fe de la inercia de un impulso pasado? ¿Me he detenido a probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después, por obra del tiempo? Cuando la afirmo, ¿la afirmación es sólo una costumbre de mis labios, o es cada vez, cual debe serlo, nuevo parto de mi corazón? Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, ¿elegiría este campo en que milito?... ¿Y aquella duda que pasó un día por mi alma y que aparté de mí por negligencia o por temor?... Si la hubiera arrostrado con sinceridad valerosa ¿no hubiera sido el punto de arranque para una revolución de mis ideas? Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión a esta filosofía, mi fidelidad a esta ley ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? ¿Me digo la verdad de todo ésto a mí mismo?... ¿No se cruza, entre el fondo de mi pensamiento y mi conciencia, el gesto de una máscara?...

Haz esta meditación. Ponla bajo la majestad de la alta noche, o vé con ella al campo, abierto y puro, libre de ficción humana, o junto al mar, gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida. Ayúdate de la soledad y del silencio.

209. *«Jubileo» que debería existir.*

¡Ah! si todos tuviéramos por hábito esa depuración de nuestro espíritu, ese ejercicio de sinceridad, ¿qué inmenso paso no se habría dado en el perfeccionamiento de nuestro carácter y nuestra inteligencia? Pero la inmensa multitud de los hombres, no sólo ignora en absoluto tal género de meditación, reservado a los que ahincan muy hondo en la seriedad del pensar, sino que espantan y alejan, presurosos, de su pensamiento, la más leve sombra que haya logrado penetrar por sus resquicios a empañar la serenidad del fácil acuerdo en que él reposa. Afrontar la sombra importuna que amarga a nuestra fe, y procurar desvanecerla de modo que arguya raciocinio, esfuerzo y triunfo bien ganado, es acto de íntima constancia a que no se atreven los más; unos, por indolencia de la mente, que no se aviene a ser turbada en la voluptuosidad con que dormita en una vaga, nebulosa creencia; otros, por la pasión celosa de su fanatismo, que les lleva a sospechar que en cada pensamiento nuevo haya oculto un huésped traidor, y los precave contra el asomo de una idea con la escrupulosidad de aquel gigante de quien decían los antiguos que rondaba, sin darse punto de reposo, los contornos de Creta, para evitar que se estampase en sus playas huella de extranjero.

¿No sería capítulo importante en las prácticas de una comunión de hombres de verdad y libertad, que, al modo de los inventarios que periódicamente acostumbran hacer los mercaderes, o mejor, a la manera del *jubileo* de la antigua Ley, por el cual se apartaba, dentro de cierto número de años, uno destinado a renovar la vida común mediante la remisión de las deudas y el olvido de los agravios, se consagrara, cumplido cada año, en nuestra existencia individual, una semana cuando menos, para que cada uno de nosotros se retrajese, favorecido por la soledad, a lo interior de su conciencia, y allí, en silencio pitagórico, llamara a examen sus opiniones y doctrinas, tal cual las profesa ante el mundo, a fin de aquilatar nuevamente su sinceridad, la realidad de su persistencia en lo íntimo, y tomar otro punto de partida si las sentía agotadas, o reasumirlas y darlas nuevo impulso si las reconocía consistentes y vivas?

La primera vez que esto se hiciera, yo doy por cierto que serían

superadas todas nuestras conjeturas en cuanto a la rareza de la convicción profunda y firme. ¡Y qué de inopinadas conversiones veríamos entonces! ¡Cuántos remedos de convencimiento y de fe, que andan ufanos por el mundo creyéndose a sí propios hondas realidades del alma, se desharían no bien fueran sacados de la urna donde la costumbre sin reflexión los preserva; como el cadáver que, por acaso, ha mantenido la integridad de su forma en el encierro de la tumba, y apenas lo toca el aire libre se disuelve y avienta en polvo vano!

210. *No hay convicción tal que puedas dejar de trabajar sobre ella.*

No hay convicción tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para tí el más firme y seguro, nada se opone a que remuevas, airees y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la lleves contigo a explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter a su imperio engrandeciéndose; ni a que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes por hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues, si ella es la verdad ¿no es deber tuyo entrar cada vez más dentro de la verdad, y adherirte a ella, en cuanto sea posible, por más motivos de convencimiento y amor? — Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando a su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance a unirlas en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada pero estrecha. Si sólo atiendes a aumentar la provisión de ideas de tu espíritu y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en la anarquía del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas a ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

211. *Voces que se oponen a la emancipación.*

Cada vez que en tu alma se levanta un anhelo de libertad, un impulso de sinceridad, que te excita a romper la cadena, consumida de herrumbre, con que aún te sujeta una opinión pasada, y a mostrar en estatuaria desnudez tu pensamiento, voces distintas se conciertan para disuadirte, para matar en germen tu resolución viril y aprisionarte en el sofisma perezoso del «quiero creer, y no debo detenerme a sutilizar por qué creo».

Esas voces que te amilanan proceden ya, de boca de los otros, ya de lo interior de ti mismo.

Primera voz; de las que nacen dentro de ti: voz del orgullo. Esta tiende, en lo flaco de tu corazón, al punto donde radican el cuidado de la vana apariencia y los respetos humanos, y de esa flaqueza saca fuerzas con que resistir a la verdad que te busca como enamorada leal y candorosa.

¿Cuál es la más necia forma del orgullo? — El orgullo de la inmovilidad.

¿Quizá resistes por soberbia a reparar tu error, a abandonar tu parapeto de sofismas? ¿Quizá te envanece tu permanencia inalterable allí donde te puso tu primer vislumbre de las cosas, o donde acaso te encerraron, sin mediación de tu discernimiento, sugestiones del mundo, que tú, ciego, confundes con raíces de convicción y de fe?... ¿Y eso puede ser fundamento de soberbia? ¿Y eso puede oponerse a que restituyas tu alma a la corriente de la vida?...

¡Orgullo por inmovilidad! Nunca estará tan quieta tu alma como la piedra, a quien así concedes, sin saberlo, la superioridad en

lo creado. ¿Concibes que la esclavitud engendre orgullo? Pues si esclavitud es enajenación de la personalidad, pérdida del dominio propio, ¿cuál es tu condición, mientras persistes en no tocar con tu pensamiento vivo el yugo que tu inexperiencia te impuso, sino esclavitud aceptada por la voluntad, que es como nace para el esclavo la ignominia?... Esclavo voluntario eres; esclavo de una vanidad, esclavo de una ficción, esclavo de una sombra; esclavo de tu propio pasado, que es lo que ha muerto de tí: esclavo de la Muerte.

212. *El dogma que ahora es tradición sagrada, fué en su nacer atrevimiento herético.*

Otra voz viene de las gradas de este circo del mundo, o se anticipa en tu conciencia a la que de allí se alzará si se consuma tu voluntad de emanciparte. «Apóstata, traidor!» clama esa voz de reconvención y de afrenta. Y el dogma o la opinión con que ella se autoriza saben bien cómo es, porque ella sonó de igual manera en los oídos de aquel que los confesó primero que ninguno: «¡Apóstata, traidor!' Esta es la canción de la nodriza para el alma que nace a la vida del pensamiento personal después de su vegetar inconsciente en el útero de una tradición o una escuela. No hay creencia humana que no haya tenido por principio una inconsecuencia, una infidelidad. El dogma que ahora es tradición sagrada, fué en su nacer atrevimiento herético. Abandonándolo para acudir a tu verdad, no haces sino seguir el ejemplo del maestro que, por fundarlo, quebrantó la autoridad de la idea que en su tiempo era dogma. Y si acaso él no hubo menester de apostatar de esta fe, porque no fué educado en su doctrina, sino que vino de afuera a trastornarla, cuando menos formó su séquito e instituyó su comunión con aquellos a quienes indujo a apostatar. Así como remontándose al origen del más alto linaje de nobleza siempre se llegará a un glorioso advenedizo: a un aventurero heroico, a un bárbaro soldado o rudo trabajador, así, buscando en sus nacientes la fe más venerable, la idea más entonada por la majestad y pompa de los siglos, siempre se llegará al apóstata, al heresiarca, al rebelde. Y así como el honor de aquella aristocracia viene todo él del arranque personal del hombre oscuro que, levantándose sobre el polvo, levantó a su posteridad consigo, de igual manera el magnetismo, la fuerza interna, de esta fe, son como la *ondulación* de aquel arranque personal de rebeldía, de desobediencia, de audacia, del hereje que apostató de la fe antigua para tener una fe *suya*.

213. *La idea que se organiza en escuela o partido, pierde fatalmente parte de su esencia.*

Desde el instante en que una idea se organiza en escuela, en partido, en secta, en orden instituído con el objeto de moverla y hacerla prevalecer como norma de la realidad, ya fatalmente pierde una parte de su esencia y aroma, del libre soplo de vida con que circulaba en la conciencia del que la concibiera o reflejara, antes de que la palabra del credo y la disciplina de las observancias exteriores la redujesen a una inviolable unidad. Y a medida que el lazo de esta unidad se aprieta, y que su propaganda y su milicia, confirmándose, han menester de más medido y estrecho movimiento, su espíritu enflaquece, y lo que la idea gana en extensión aumentando la numerosidad de su rebaño, piérdelo de hondor en la conciencia individual.

No es en las tablas de la fórmula, no es en las ceremonias del rito, ni en la letra del programa, ni en la tela de la bandera, ni en las piedras del templo, ni en los preceptos de la cátedra, donde la idea está viva y da su flor y su fruto. Vive, florece y fructifica la idea, realiza la fuerza y virtud que tiene en sí, desempeña su ley, llega a su término y se transforma y da de sí nuevas ideas, mientras se nutre en la profundidad de la conciencia individual; expuesta, como la nave lo está al golpe de las olas, a los embates de la vida interior de cada uno: libremente entregada a las operaciones de nuestro entendimiento, a los hervores de nuestro corazón, a los filos de nuestra experiencia; como entretejida e identificada con la viva urdimbre del alma.

No ya la inmutabilidad del dogma en que una idea cristaliza, y la tiranía de la realidad a que se adapta al trascender a la acción: el solo, leve peso de la palabra con que la nombramos y clasificamos, es un obstáculo que a menudo basta para trabar y malograr, en lo interior de las conciencias, la fecunda libertad de su vuelo.

La necesidad de clasificar y poner nombre a nuestras maneras de pensar, no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en ellas de más esencial y delicado. De esa necesidad nacen errores y limitaciones que, no sólo adulteran la íntima realidad de nuestro pensamiento en el concepto de los otros, sino que, por el maravilloso poder de sugestión que está vinculado a las palabras, reaccionan sobre nosotros mismos, y ponen como bajo un yugo, o mejor, comprimen como dentro de un molde, el natural desenvolvimiento de la idea que ha hecho su nido en nuestra alma. «¿Qué filosofía, qué religión profesas; cuál es, en tal o cual respecto, la doctrina a que adhieres?» Y has de contestar con un nombre; vale decir: has de vestirte de uniforme, de hábito... Para quien piensa de veras ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas, cabe significar por medio de los nombres que pone a nuestra disposición el uso! No hay nombre de sistema o escuela que sea capaz de reflejar, sino superficial o pobremente, la complejidad de un pensamiento *vivo*. ¡Y cuán necesario es recordar esta verdad a cada instante! Una fe o convicción de que sinceramente participas es, en lo más hondo de su carácter, una originalidad que a tí solo pertenece; porque si las ideas que arraigan en ti con fuerza de pasión, te impregnan el alma con su jugo, tú, a tu vez, las impregnas del jugo de tu alma. Y además, una idea que *vive* en la conciencia, es una idea en constante desenvolvimiento, en indefinida formación: cada día que pasa es, en algún modo, cosa nueva; cada día que pasa es, o más vasta, o más neta y circunscrita; o más compleja, o más depurada; cada día que pasa necesitaría, en rigor, de nueva definición, de nuevo credo, que la hicieran patente; mientras que la palabra genérica con que has de nombrarla es siempre igual a sí misma... Cuando doy el nombre de una escuela, fría división de la lógica, a mi pensamiento vivo, no expreso sino la corteza intelectual de lo que es en mí fermento, verbo, de mi personalidad entera; no expreso sino un residuo impersonal, del que están ausentes la originalidad y nervio de mi pensamiento y los del pensamiento ajeno que, por abstracción, identifico en aquella palabra con el mío. La clasificación de las ideas nos da, en un nombre, un vínculo aparente de simpatía y comunión con multitud de almas

que, penetradas en lo substancial de su pensar, en lo que éste tiene de innominado e incomunicable, fueran para nosotros almas de enemigos. ¡Ay! cuántas veces los que realmente son hermanos de alma, han de permanecer para siempre separados por esa pared opaca y fría de un nombre; porque la íntima verdad de su alma, donde estaría el lazo de hermandad, no encuentra nombre que la transparente entre aquellos que las clasificaciones usuales tienen destinados para las opiniones de los hombres!

Y no tan sólo desconocimiento y frialdad: odio y muerte, a raudales, han desatado entre humanos pechos los nombres de las ideas: sus *nombres*, — antes que su esencial realidad; y por de contado, muy antes que lo que está aún más hondo que ellas: el *espíritu*, y la intención, y la fe; odio y muerte —¡pena infinita!— entre quienes, si recíprocamente se vieran, por intuitivo relámpago, el fondo del alma, rota esa venda de los nombres adversos, se hubieran confundido, allí, sobre el mismo ensangrentado campo de la lucha, en inmenso abrazo de amor.

214. *Inconsecuencia aparente, perseverancia esencial.*

Cuando oigas voces malévolas que hablan de apostasía en el pensar, de infidelidad en la conducta, recuerda siempre, antes de dar tu juicio, esto de que por la estabilidad y permanencia del más firme asiento de su alma suele ser por lo que el hombre varía en tal o cual relación de sus afectos e ideas: por la tenacidad de un amor o convicción más altos, cuyo adecuado camino sigue su curso en el sentido de ideas y sentimientos divergentes de aquellos con que había coincidido, en esa relación, hasta entonces; y de este modo, hay tenacísima voluntad que, vista de lejos, parece errátil vagar sin rumbo distinto, y hay caracteres en apariencia muy contradictorios que son, en el fondo, caracteres muy unos.

215. *Amor que dura en aquella parte mejor de la memoria que confine con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca.*

¿Es quizá un sentimiento de fidelidad el que detiene tu impulso de ser libre? ¿Te duele ser infiel con ideas que han sido el

regazo donde se adurmió tu alma, el materno seno de que se nutrió, la voz amante que oyó, al despertar, tu pensamiento?... Piensa, en primer lugar, que la separación no obliga al odio, ni aun a la indiferencia y el olvido. La autoridad de la razón puede exigir de ti el abandono del error que ella ha disipado y el amor por la verdad que ella te enseña; pero que en tu corazón quede piedad y gratitud para los sueños en que te meció el error ¿qué mal nacerá de esto? Ese sentimiento piadoso, si persiste después de tu desengaño y tu libertad, ¿por qué no lo ha de dejar vivir la razón austera, mientras él no sea obstáculo que impida tu marcha hacia adelante? ¿Y cuántos hay que, emancipados para siempre, conocen la voluptuosidad moral de cuidar, en un refugio de su alma, la imagen y el aroma de la fe perdida?...

Así, un primer amor que malogró la muerte u otro límite de la fatalidad, dura tal vez, en lo íntimo de la memoria, mucho más que como fría representación de lo pasado; dura en aquella parte mejor de la memoria que confina con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca; y aun cuando la vida traiga consigo amores nuevos, aquel amor primigenio es como una caja de sándalo donde todo nuevo amor entra y se acomoda; y sigue viviendo a través de ellos, y nota con encanto correspondencias, semejanzas, miradas y sonrisas que reaparecen en otros ojos y otros labios, uniendo en lazo de inmortal simpatía dos pasiones, libres de conflicto, purificadas de celos y egoísmos de amor, por la distancia que separa a la vida de la muerte.

Para que un amor que ha escollado en la realidad persista en tí idealmente, de manera delicada y profunda, no es necesario que sacrifiques en holocausto a él el resto de tu vida, ni que selles, resumiéndolas como en la cavidad de una tumba, las fuentes de tu corazón. Si logras, por dicha, hallar otro objeto de amor que te cautive, tu fidelidad al primero puede manifestarse aún por los ecos que en tu memoria despierta esta nueva melodía que compone tu alma; por la esfumada lontananza con que el recuerdo completa y poetiza el paisaje del amor nuevo. Y de igual modo, cuando la razón te fuerza a abandonar una fe que te ha llenado el alma de amor, no es menester que cobres aborrecimiento a esa fe, ni aun

lo es que dejes de amarla. Puedes serle fiel y grato todavía: fidelidad y gratitud caben en la devoción del recuerdo, que cuida sus reliquias con esmero piadoso, y evoca con melancólico afecto la imagen del perdido candor; y como en el caso de los dos amores de que te hablaba, que, en sublime hermandad, el uno hace revivir memorias del otro, se complace tal vez en notar coincidencias, afinidades, simpatías, entre los sentimientos morales con que la vieja fe te modelara y las enseñanzas en que te inicia la severa razón.

216. *Vestigio inmortal que deja de su paso toda fe sincera.*

Una fe verdaderamente ha arraigado en la profundidad de tu conciencia, tomando allí los principios de su savia, enviada luego a distribuirse e infiltrarse por el alma toda; una fe que concuerda con tu vida, rara es la vez que no deja, después de secarse y morir, algún vestigio inmortal, algún recuerdo de sí que no desaparece, y que, en medio de la nueva fe o la nueva convicción que la sustituyen, o de la duda en que para siempre quedas, mantiene vivo un destello de aquel pasado amor de tu alma.

Vestigio inmortal: no huella transitoria, como esa que, en los primeros tiempos de una conversión, acusa, por tal cual ráfaga de inconsecuencia, por tal cual impulso regresivo del sentimiento o de la voluntad, el esfuerzo que la fe que has abandonado hace por rescatar el corazón que fué suyo y el esfuerzo que la fe nueva ha menester aun para reducir ciertos rincones del corazón a su imperio. Este otro vestigio, más íntimo, de que quiero hablarte, es como onda difusa que persiste en todo tu ser, y no se manifiesta irregular y desentonadamente, sino a la manera de la lontananza del paisaje o del fondo del cuadro. Es como una vaga armonía, *sombra sonora* de una música que, amortecida por la distincia, llega, en eco perenne, desde lo más hondo de ti.

217. *La idea, para ser eficaz, ha de acompañarse de sentimiento.*

Importantísimo cuidado es éste de mantener la renovación vital, el progresivo movimiento, de nuestras ideas, sobre que vengo hablándote; pero no olvides nunca que para que tal renovación sea positivamente una fuerza en el gobierno de la propia personalidad,

y no se reduzca a un mecanismo encerrado, como en la caja de un reloj, en el círculo del conocimiento teórico, preciso es que su impulso se propague a los sentimientos y los actos, y concurra así a la orgánica evolución de nuestra vida moral.

La idea que ocupa nuestra mente, y la domina, y cumple allí su desenvolvimiento dialéctico, sin dejar señales de su paso en la manera como obramos y sentimos, es cosa que atañe a la historia de nuestra inteligencia, a la historia de nuestra sabiduría, mas no a la historia de nuestra personalidad.

218. *Como un temblor de idealidad inconsciente, queda la fe; pero un día volverá a su tarea.*

En lo hondo del amor más ardiente, de la fe más esclava de su objeto, hay un *resabio* de crítica, una veleidad de desconfianza y de duda: como la salamandra que vivía en el fuego de la hoguera; como el grano de polvo que constituye siempre el núcleo de la gota de agua. En lo hondo del escepticismo más helado y más yermo, más arraigado en la solidez de la razón, más puesto a prueba por la experiencia de la vida, hay un temblor de idealidad inconsciente, hay un hilo de ilusión y de fe, que así puede ser la brizna vana perdida en el suelo del camino, como el vestigio que dejó de su paso una oficiosa araña que un día volverá a su tarea...

219. *La vida es arte supremo.*

Quien, voluntaria y reflexivamente, contribuye a la renovación de su vida espiritual, ¿qué hace sino llevar adelante la obra, incapaz de término definitivo, que comenzó para él cuando aprendió a coordinar el primer paso, a balbucir la primera palabra, a reprimir por primera vez el natural impulso de fiereza? ¿Qué más es la educación, sino el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad; arte que, después de radicar en potestad ajena, pasa al cuidado propio, y que, plenamente concebido, en esta segunda fase de su desenvolvimiento, se extiende, desde el retoque de una línea: desde la modificación de una idea, un sentimiento o un hábito, hasta las reformas más vastas y profundas: hasta las plenas *conversiones* que, a modo de las que obró la *gracia* de los

teólogos, imprimen a la vida entera nuevo sentido, nueva orientación, y como que apagan dentro de nosotros el alma que había y encienden otra alma? Arte soberano, en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, todo lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto; arte que nos convierte, no en amos de la Fatalidad, porque esto no es de hombres, ni aun fué de los dioses, pero sí en contendores y rivales de ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos.

Sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tienen las fuerzas que clasificamos bajo el nombre de *fatalidad*, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies. Por este privilegio, que nos alza a una doble sublimidad: como disciplinados y como rebeldes, reaccionamos sobre nuestras propensiones innatas, y a veces les quitamos el triunfo; resistimos la influencia de las cosas que nos rodean; sujetamos los hábitos naturales o adquiridos, y merced a la táctica de la voluntad puesta al servicio de la inteligencia, constituímos nuevos hábitos; adaptamos nuestra vida a un orden social, que, recíprocamente, modificamos adaptándolo a nuestros anhelos de innovación y de mejora; prevenimos las condiciones que nos rodearán en lo futuro, y obramos con arreglo a ellas; intervenimos en la ocasión y estímulo de nuestras emociones, y en el ir y venir de nuestras imágenes, con lo que ponemos la mano en las raíces de donde nace la pasión; y aun la fuerza ciega y misteriosa del instinto, que representa el círculo de hierro de la animalidad, se hace en nosotros plástica y modificable, porque está gobernada y como penetrada por la activa virtud de nuestro pensamiento.

Esta capacidad, esta energía, se halla potencialmente en toda alma: pero en inmensa muchedumbre de ellas, apenas da razón de sí: apenas pasa, sino en mínima parte, a la realidad y la acción; y sólo en las que componen una restricta aristocracia, sirve de modo consciente y sistemático a una idea de perfeccionamiento propio. Aparecería en la plenitud de su poder si todos atináramos a considerar nuestra vida como una obra de constante y ordenado progreso,

en la que el alma adelantase, por su calidad e íntimo ser, como quien asciende exteriormente en preeminencia o fortuna.

220. *Paradoja sobre la personalidad. El poder de las palabras.*

¡Cuánta monotonía, aparentemente, en el corazón y la historia de unos y otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas a la distancia y en conjunto, las vidas humanas habían de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un río, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiría clasificar en unas pocas casillas el fondo psicológico de una muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones de alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusión del lenguaje! En realidad, cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una originalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podría ser sustituído por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (y sobre todo, la palabra fijada en el papel por manos vulgares), no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo *impersonal* de la emoción; nunca podrá expresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas. Entre la realidad de mi ser íntimo a que yo doy nombre de *amor* y la de tu ser a que tú aplicas igual nombre, hay toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar, por medio de ellas, en mí la imagen *completa* de tu amor, en tí la imagen *completa* del mío, fuera intento comparable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera alineando piedras irregulares y se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas y el de las otras. Piedras, piedras irregulares, con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

221. *La esperanza y la voluntad aplicadas a nuestra personalidad, a fin de reformarnos y volvernos mejores.*

La ESPERANZA como norte y luz; la VOLUNTAD como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.

Porque, en realidad, ¿qué es lo que, dentro de nosotros mismos, se exime en absoluto de nuestro poder voluntario, mientras el apoyo de la voluntad no acaba con el postrer aliento de nuestra existencia?

¿El dolor? ¿El amor? ¿La invención? ¿La fe? ¿El entusiasmo? ¿El sueño? ¿El sentir corporal? ¿La función de nuestro organismo?

Hechos y potencias son ésos, que parecen levantarse sobre el poder de nuestra voluntad, para obrar o no obrar, para ser o no ser; señalándole límites tan infranqueables como los que las leyes de la naturaleza física señalan al alcance y virtud de un agente material. Pero esta maravillosa energía, que lo mismo mueve una falange de tus dedos, que puede rehacer, de conformidad con una imagen de tu mente, la fisonomía del mundo, se agrega u opone también a aquellas fuerzas que juzgamos fatales; y cuando ella se manifiesta en grado sublime, su intervención aparece y triunfa; de modo que da vida al amor o lo sofoca; anonada al dolor; enciende la fe; compite con el genio que crea; vela en el sueño; trastorna la impresión real de las cosas; rescata la salud del cuerpo o la del alma, y levanta, casi del seno de la muerte, el empuje y la capacidad de la vida.

En el vientre del muchacho esparciata, donde el cachorro oculto bajo el manto muerde hasta matar, sin que se oiga un lamento; en el hornillo donde Mucio Scévola pone la mano y ve cómo se quema, «sin retorcer ceja ni labio»; en el martirio donde Campanella, reconcentrado en su idea contumaz, calla y no sufre, la voluntad vence al dolor y le aniquila. No fué otro el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor, que inspiró la gloriosa frase de Arria y la moral de Epitecto, y que resurge en lo moderno con Kant, para asentar, más firme que nunca, sobre la ruina de todo

dogma y tradición y de la misma realidad del mundo, el solio de la Voluntad omnipotente.

En la misteriosa alquimia del amor, en la oculta generación de la fe, cosas que se confunden con lo más impenetrable y *demoníaco* del alma, la Voluntad se sustituye tal vez a la espontaneidad del instinto, y crea el amor donde no le hay, partiendo a golpes de hierro, pues falta fuego que derrita, el hielo de la indiferencia; y arranca la fe viva de las entrañas de la duda, como el niño a quien sacan a vivir del vientre de su madre muerta. Así, por la pertinacia de la atención y del hábito, quien quiere creer, al cabo cree; quien tiene voluntad de amar, al cabo se enamora. Ya supo de esto Pascal cuando afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso a la fe dentro del alma remisa a sus reclamos.

En la divina operación del genio, la Voluntad no sólo acumula el combustible que luego una chispa sagrada inflama y consume, sino que aun esta chispa puede provenir de su solicitud; y la gracia no muy largamente concedida por la naturaleza, el don incierto, la aptitud dudosa o velada, se transfiguran y agigantan por ella, a punto de semejar una creación de ella misma, y serlo casi, alguna vez. Demóstenes, Alfieri, y aquellos que citamos ya caracterizando la vocación anticipada a todo indicio de aptitud: el pintor Carracci, Máiquez el cómico, son ejemplos del artista vencedor de su primera inferioridad, cuya más peregrina obra de arte parece ser su propio genio. La invención es a menudo un acto de voluntad, ante todo; como el que, según la tradición religiosa, sacó la luz y el mundo de las primitivas tinieblas. Y desde luego este arranque para romper con lo sabido y usado, en que consiste la invención, ¿no es uno mismo, por su carácter y el modo de desenvolverse, con el arranque por el cual se aparta de la uniformidad del instinto y la costumbre el acto plenamente voluntario?... La Voluntad reune el material que el genio anima; provoca y da lugar a aquella chispa misteriosa; y luego, hallada la idea en que consiste la invención, toma otra vez su férula y rige la labor paciente que desenvuelve y apura el contenido de la idea, ya en el desarrollo dialéctico, ya en el perfeccionamiento mecánico, ya en la ejecución literaria; última, esforzada lid, que Carducci compara hermosamente, por lo que toca a la invención del poeta, con los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva en el misterio de los bosques.

Aun a lo connatural y orgánico del cuerpo, llega la jurisdicción de la voluntad. De cómo las ansias más esenciales ceden a su influjo, habla aquel rasgo de Alejandro, cuando, atormentado su ejército, y él mismo, por las angustias de la sed, logra un poco de agua que una avanzada le trae, dentro de un casco, de una fuente no muy próxima; y para animar a los suyos a soportar el sufrimiento hasta llegar a ella, en vez de beber vuelca el casco en el suelo, mientras sus labios abrasados se tienden tal vez, por instintivo impulso, al agua que se evapora en el ardor del aire... Sabido es el poder que Weber tenía para contener o acelerar por el esfuerzo consciente, las palpitaciones de su corazón. Goethe no menos grande que por el genio, por la vida, ensalza la eficacia de la voluntad para baluarte de la salud del cuerpo, hablándonos de cómo piensa haber escapado una vez de contagioso mal sólo por la concentración imperiosa de su ánimo en la idea de quedar inmune. El sueño: obra de una magia que se desenvuelve en nosotros sin nuestra participación ni consentimiento, usa un hermoso modo de rendir parias al poder voluntario, y en las ficciones de esa magia es observación de psicólogos que un acto enérgico de voluntad, soñado dentro de lo que la imaginación pinta y simula, suele rasgar de inmediato el velo del sueño, y volver, al que duerme, a la realidad de la vida. Así, aun el remedo, aun el fantasma, de la Voluntad, es eficiente y poderoso, y vence a lo demás de las sombras que el sueño extiende y maneja sobre la íntima luz de nuestras noches.

222. *Cambiar sin descaracterizarse.*

Pero sin abdicar de esa unidad personal; sin romper las aras del numen que se llama *genio* de la raza, los pueblos que realmente *viven*, cambian de amor, de pensamiento, de tarea; varían el rito de aquel culto; luchan con su pasado, para apartarse de él, no al modo como el humo fugaz, o la hoja y la pluma más livianas que el viento, se apartan de la tierra, sino más bien a la manera que el árbol se aparta de su raíz, en tanto que crece y va como conci-

biendo y bosquejando la idea de la fronda florida que ha de ser su obra y su cúspide.

No siempre, para juzgar si será posible en cierto sentido o dirección este desenvolvimiento, ha de darse paso a la duda porque apariencias del pasado finjan una fatalidad ineluctable y enemiga. No siempre el fondo de disposiciones y aptitudes de un pueblo debe considerarse limitado por la realidad aparente de su historia. Nuevas capacidades pueden suscitarse mientras la vida dura y se renueva; unas veces, creándolas por sugestión y ejemplo de otros, y fundiéndolas en lo íntimo a favor de un fuego de heroísmo y pasión que encienda el alma y la disponga para operar en ella; otras veces, evocándolas de misterioso fondo ancestral, donde duermen y esperan, como la aurora en el fondo de las sombras: porque también en el alma de los pueblos hay de esas reservas ignoradas de facultades, de vocaciones, de aptitudes, que aun no se manifestaron en acto, o que, no bien manifiestas, se soterraron, y tienden, lenta y calladamente, al porvenir, por la oculta transmisión de la herencia. De este modo, el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador.

Cambian los pueblos mientras viven; mudan, si no de ideal definitivo, de finalidad inmediata; pruébanse en lides nuevas; y estos cambios no amenguan el sello original, razón de su ser, cuando sólo significan una modificación del *ritmo* o estructura de su personalidad por elementos de su propia substancia que se combinan de otro modo, o que por primera vez se hacen conscientes; o bien cuando, tomado de afuera, lo nuevo no queda como costra liviana, que ha de soltarse al soplo del aire, sino que ahonda y se concierta con la viva armonía en que todo lo del alma ordena su impulso.

Gran cosa es que esta transformación subordinada a la unidad y persistencia de una norma interior, se verifique con el compás y ritmo del tiempo; pero, lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio y la pasión. Cuando el tiempo es remiso en el cumplimiento de su obra; cuando la inercia de lo pasado detuvo al alma largamente en la incertidumbre o el sueño,

fuerza es que un arranque impetuoso rescate el término perdido, y que se alce y centellee en los aires el hacha capaz de abatir en un momento lo que erigieron luengos años. Esta es la heroica eficacia de la revolución bélica, enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos.

223. *Siempre inasible, siempre nuevo, Proteo, recorre la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna.*

El Invierno, viejo fuerte, se acerca. Su impetuoso resuello llega en ráfagas largas al ambiente de esta tarde de otoño, y roba a todo lo que hay de movible en el paisaje, su quietud o la suave ondulación con que se adormecía. Ahora se inquieta, como malcontento de su lugar, cuanto es capaz de movimiento: las ramas, sacudidas desde su raíz; las aspas del molino, que se persiguen entre sí con furia vana; la cadena del pozo; las ropas tendidas a secar en el cercado vecino; el polvo yacente, que se levanta en gruesas nubes. Por el cielo vagan esos blancos vellones que el viento suele agitar, como enseña, en sus combates. El balcón de la casa de enfrente no se ha abierto. Tras sus cristales asoma una cara dulce y pensativa, más pálida que de costumbre. En cambio, de esa otra cara, casi infantil, que, junto a la enorme y bondadosa de la vaca, veo pasar todas las tardes, el soplo recio hace brotar dos frescas rosas.

Sentado a la ventana, empleo mi ocio en la contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo de cíclope que desde hace tiempo permanecía velado por su párpado negro, y junto a mí mi galgo ofrece sus orejas frías y sedosas a las caricias de su amo, se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas, que desprendidas, en bandadas sin orden, de los árboles, que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, a la merced del viento. Me intereso, como en una ficción sentimental, en sus aciagas aventuras. Ora se alzan y van en vuelo loco; ora, más al abrigo, ruedan solitarias, breve trecho, y quedan un momento inmóviles, antes de trazar, lánguidamente, otro surco; ora se acumulan y aprietan, como medrosas o ateridas; ya se despedazan y entregan en suicidio a la ráfaga, deshechas en liviano polvo; ya giran sin compás alrededor de sí mismas, como poseídas danzantes... Su suerte varia es pasto

de mi fantasía, cosquilleo de mi corazón. Me parecen en ocasiones los despojos volantes de un sacrificio de papeles viejos, con los que se avientan cartas de amores idos y vanidades de la imaginación, obras que no pasaron de su larva. Las imagino después el oropel de una corona destrozada de cómico. Se me figuran otras veces manos exangües y amarillas; manos de moribundo, que buscan vanamente tañer, en una lira que no encuentran, una melodía triste que saben... Caen, caen sin tregua, las hojas; y el alma del paisaje éntrase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior. Me reconcentro, sin dejar de atender a las aladas moribundas. Comienza a cantar, dentro de mí, esa elegía marchita que, en el *pathos* romántico, hay para la caída y el murmullo de las hojas secas. Abandono; voluptuosidad de melancolía; complacencia en lo amargo fino y suave... ¿Dónde está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?... Caen, caen sin tregua, las hojas; y por un instante siento que su tristeza de muerte se comunica a todo lo visible, y sube al cielo, y le entristece también, y alcanza hasta la línea lejana en que una niebla tenue empieza a tejer su veste de lino. Pero luego, muy luego, la expresión mortal que se había extendido en el paisaje como sombra de nube, se concreta y fija nuevamente en las hojas, que son las que de veras se van y perecen, y que no volverán nunca a su árbol... En lo demás queda sólo una esfumada aureola de esa tristeza, como dolor que nace de simpatía. Las hojas son lo único que muere. El sentimiento de mi contemplación de otoño no llega a producir en mi alma esa ilusión de sueño en que la apariencia triste y bella cobra el imperio de la realidad y nos persuade casi de la universal agonía de las cosas. *Sé* que este desmayo de la vida no dura. La idea de la resurrección próxima y cierta vela dentro de mí, como en penumbra o lontananza, y mantiene mi sentimiento de la escena en la clave de un recogimiento melancólico. No de otra manera, sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida.

Este es mi espíritu cuando toca a su término la corriente de las ideas que para pasar a tu espíritu tenía. El alma del paisaje me da el alma de la última página: y como infusa y concentrada en ella, el alma de las otras; y mi alma misma se reconoce en la pintura de la naturaleza, y por la pintura ve, en imagen, que el libro es su verbo fiel y tiene su acento. El libro y ella son uno: un libro que se escribe, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia sustancia su capullo. Mientras vuela esta alma mía en el viento que remueve las hojas y conduce las voces de los hombres, mensajero del mundo, lazo que no se pierde, yo quedaré aprestándome otra alma, como el árbol otro follaje, y otra cosecha la tierra de labor; porque quien no cambia de alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío. Criaré alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada a sazón, la juzgo buena para repartirla a los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva *verdad*, cuál es mi nueva palabra.

LIBRO IV

LA TRANSFIGURACION PERSONAL

ESBOZO Y EXIGENCIA DE HEROISMO Y DE BELLEZA

ULTIMAS MIRADAS SOBRE LA VIDA

LA TRANSFIGURACION PERSONAL

ESBOZO Y EXIGENCIA DE HEROISMO Y DE BELLEZA

224. *Atisbo inspiración.*

Fué enseñanza de los pitagóricos, que los hombres adquirían un alma nueva cuando se acercaban a los simulacros de los dioses para recoger sus oráculos. Y Montaigne que no creía en la fatalidad de la naturaleza moral tal como ella queda constituída una vez en la personalidad de cada uno, interpretaba la doctrina antigua, no en el sentido de una regeneración o gracia persistente, sino como significación de un alma adventicia, transitoria y prestada para mientras el mortal permaneciera ante el simulacro del dios. Rememoro la idea de la escuela de Samos y el comentario del escéptico, porque me ofrecen el modo de expresar, por una fórmula intuitiva, el concepto que tengo de esas fulguraciones del espíritu humano que llamamos genio, inspiración y heroísmo. Yo concibo toda superioridad genial como una aptitud de transformarse o transfigurarse accidentalmente, como levantándose para determinado objeto, y sólo para él, sobre los caracteres usuales de la propia personalidad; sea por que se exalten a supremo grado estos mismos caracteres, sea porque los sustituyan, por algún espacio de tiempo, otros distintos, como en quien de veras asumiese alma y personalidad nuevas.

El entusiasmo, el ENTHEOS motor de las grandes acciones y los grandes pensamientos, ¿no es, según la propia etimología de la voz, la DIVINIDAD INTERNA que enfervoriza el pecho donde habita? En los prodigios de la voluntad, como en los de la mente, el impulso superior a la conciencia del electo, obra por la intervención

demoníaca, que, en la epopeya, alienta la obstinación de Aquiles y guía los pasos de Príamo a la tienda del vencedor. Del mito de Dyonisos, símbolo de la exaltación potente y fecunda que hierve en el alma de los hombres, como en las entrañas de la naturaleza, tomó modernamente Nietzsche su concepción de la EMBRIAGUEZ, entendiendo por tal, un dinamismo arrebatador y glorioso: toda superioridad humana en acción es una embriaguez que inspira Dyonisos, un acrecentamiento accidental de fuerza y fervor, adquirido ya en el estímulo de la sensualidad, ya en el de la fiesta, ya en el del combate, ya en el del triunfo, ya en el de la atmósfera vernal o el de las yerbas y venenos; pero que tiene, en todos estos casos, por virtud indistinta, ensalzar al alma sobre la incapaz y tímida cordura de la personalidad común.

225. *El dichoso entender con la íntima luz de la simpatía.*

En toda facultad poderosa de expresión, en el lenguaje de todo escritor artista, hay, además de lo que se significa, lo que se sugiere: el ambiente, la aureola, la irradiación, que circunda a la muda letra y donde está lo más intenso e importante de todo: la impalpable esencia que rebosa sobre la limitada capacidad de las palabras. Es esta parte no escrita la que precisa saber leer quien aspire a la comprensión cabal y honda de la obra, y más que ninguno, el crítico que ha de juzgar de ella; y para tal lectura no vale sino el sentido adivinatorio de la simpatía, el mismo por el cual la mirada de amor de la madre lee y descifra inquietudes, emociones, anhelos, en el semblante del niño que no sabría trocarlos en palabras, y el mismo por el cual llega el sonámbulo a la lectura fidelísima del pensamiento de su dominador, aunque éste calle, por la percepción de la huella sutil que el pensamiento imprime en la mirada, el gesto y la actitud, huella que sus fascinados ojos aumentan y revelan como tras el cristal de un microscopio. Para quien sea incapaz de aquel linaje de lectura, quedará tan ininteligible el idioma del artista, como se cuenta que lo es en la oscuridad de la noche el de ciertos salvajes, que necesita indispensablemente del acompañamiento del gesto y de la mímica para determinar y precisar el sentido de los signos verbales.

Mientras no alumbre esta íntima luz de simpatía, con que se transparenta el alma de la obra bella, toda la tolerancia y benévola voluntad de la crítica no pasarán de epicurismo intelectual.

226. *Actividad creadora de la crítica.*

La facultad específica del crítico es una fuerza no distinta, en esencia, del poder de creación. La idea de una forma de espíritu que por naturaleza niega y destruye, idea asociada en un tiempo a aquella clasificación intelectual, ha perdido su auge para dar lugar a una concepción según la cual la categoría del crítico, como la especie dentro del género, dentro de la total esfera del artista, participa de todos sus fundamentales caracteres y aptitudes.

En la común contemplación estética hay ya implicado un principio de actividad y cooperación, sin cuya asistencia no se comprenderá todo el carácter y virtud de la capacidad contemplativa. Si se recuerda que, así como la obra de arte es la visión de la naturaleza al través de un temperamento personal, la obra ha de pasar a su vez por el crisol de un temperamento y suscitar la reacción de él para despertar el sentimiento íntimo de su belleza, se concebirá cómo esta emoción y el juicio que a ella acompaña, llevan en sí un germen de actividad y originalidad creadora que sólo en grado difieren de las que constituyen el genio del artista.

227. *La crítica, actividad complementaria de la belleza.*

La crítica profunda de una obra genial ha de poner al lector de esta obra en la condición de aquel que, después de conocer un drama por su simple lectura, lo ve representar por verdaderos artistas. Intima semejanza vincula la función que desempeña el actor respecto de la creación que interpreta, con la que cumple el crítico artista para con la obra que juzga. Uno y otro trabajan sobre *naturaleza refleja:* sobre naturaleza convertida ya en arte mediante la melificadora industria de otro espíritu; pero así el uno como el otro aportan a la interpretación una parte considerable de espontaneidad, de iniciativa, de invención propia, que no sólo desentraña y realiza bellezas de la obra que de otra manera permanecerían eternamente veladas a los ojos comunes, sino que, con motivo y

por sugestión de esta ajena belleza que transparentan, sacan a luz del propio espíritu bellezas consonantes y complementarias que a ellos solos y con plena originalidad pertenecen. Yo siempre he pensado que la virtud activa implícita en la contemplación del crítico puede llegar hasta crear, por sí sola, belleza donde no la hay, viendo y «patentizando» hermosura en obra donde el autor no puso un rayo de esta luz divina, a la manera como el cómico *crea* y explota por sí veneros de belleza en el desempeño de caracteres que le da a interpretar un drama nulo o mediano.

228. *Amor que se transporta al centro del objeto. Es la manera propia del artista.*

Todas las energías de la sensibilidad que concurren en la fragua de la imaginación del artista para fundir la mezcla campanil de la obra, son también fuerzas necesarias a las actividades del crítico. Ni la indiferencia, ni la frialdad, que, de atenernos a un concepto puramente intelectual de la crítica de arte, habíamos de erigir en principios de equidad y de acierto, valdrán jamás, como instrumentos de penetración y de juicio, lo que valen el interés, caldeado de amor, y la perspicuidad de la admiración hondamente verdadera. El crítico, tratándose de la obra de arte como de la acción heroica, es, por mitad cuando menos, una emoción participante. Del entusiasmo cuasi lírico, que arrebata para iluminarse en la consideración de la belleza, una centella de su propia luz, nacieron siempre las grandes intuiciones y eficacias de la crítica artística; desde Longino hasta Rúskin. El alto conocimiento analítico no obtendrá nunca sino los elementos disgregados e inertes de esa unidad viva y orgánica en que consiste la creación artística. La esencia vital, el soplo que por la obra se difunde y la anima, no se entregará jamás sino a la mirada apta para llegar a lo hondo de la conciencia del poeta y conocerlo como cada uno a sí mismo se conoce por intuición inmediata, transformándose momentáneamente en él; no se entregará sino al conocimiento por amor, por transporte al mismo centro del objeto, que es la manera de conocer propia del artista, la penetración poética, la interpretación a que en la obra del artista damos nombre de *creación*. Todas las sutilezas y habilidades del análisis, todos los recursos de la sabiduría, todos los prestigios de la forma no suplirán, en el juez de cosas de arte, la ausencia de esa virtud intuitiva e inconsciente, alma del sentido crítico; tan intuitiva e inconsciente como la propia inspiración del artista, de la que no es sino una manifestación particular. Así como la visión genial del poeta se levanta de la percepción de un rasgo aislado, de un gesto, de un movimiento, de una actitud, a la iluminación total y armoniosa de un carácter visto clarísimamente de hito en hito y hasta lo hondo y entrañable de él, así la visión genial del crítico grande reconstruye sobre una página, sobre una frase, sobre una impresión que la palabra fija, el estado de alma de donde surgieron y el alma misma que por tal estado se determina en cierto instante. Es la propia intuición artística, con la diferencia de que tiene por punto de partida el dato reflejo, en vez del natural e inmediato; como es la propia intuición artística la intuición del historiador, con la diferencia de que se aplica a realidad *concreta* y pasada, en vez de aplicarse a realidad actual y discreta.

229. *Belleza que declara su esencia en el juicio libre de la crítica.*

Pero la penetración simpática que ilumina los antecedentes y condiciones que vinculan la obra al espíritu de que ha brotado, y que faculta así para comprenderla plenamente, no es en sí misma el *juicio* que determina la calidad y quilates de la obra, el juicio que constituve la última y esencial finalidad de toda crítica; sino que es sólo el camino por donde a ese juicio se llega y que asegura su acierto, su equidad, la verdad probable en la apreciación del valor de la expresión artística, luego de adquirido el conocimiento perfecto del estado de alma que en ella se trata de manifestar. Más aún: si la simpatía que hace al crítico participante de la personalidad del autor a quien comenta, dominara sola e ilimitada en su espíritu, esto equivaldría a la inhibición de todo juicio, a la imposibilidad de cualquier aplicación eficaz del criterio y el gusto. Quien, por la virtud transformante de la simpatía, infeuda en absoluto su personalidad a la ajena, padece sugestión que aniquila todo impulso de originalidad y libre examen. Pero es carácter de la orga-

nización intelectual propia del crítico, que, a pesar de la identificación simpática con el alma del poeta, quede intacta en aquel la libertad del juicio y del sentido estético. La personalidad ficticia y transitoria que, por imitación de la del poeta, emerge en la conciencia del crítico, no es sino la mitad de la personalidad total de este último, tal como se manifiesta en el acto de la contemplación y el discernimiento. El crítico de sensibilidad simpática es por excelencia el *homo duplex*, el más fiel ejemplo genérico de escisión o doble faz de la personalidad. Junto al sistema personal que piensa y siente al unísono del alma con quien se pone el crítico en relación de simpatía, vela en su conciencia el sistema personal que hace de espectador sereno del otro. La simpatía que el crítico y el artista han menester como condición primaria de su naturaleza, no es sino una superior expresión de esa honda y elemental energía de la vida que tiende a propagar, por imitación natural y espontánea, de uno o otro ser, ya formas y movimientos, ya emociones e ideas; y este impulso comunicativo, en su manifestación psicológica, no implica necesariamente la unidad absoluta de un estado de alma en que el afecto compartido domine única y despóticamente, como en el sueño de la sugestión, inhibiendo cuanta actividad reflexiva pueda analizarlo y cuanta fuerza de sensibilidad tienda a oponérsele. La participación en determinado sentimiento, medio único de conocerlo y penetrarlo hasta el fondo, no obliga al crítico ni a la aprobación de ese sentimiento ni siquiera a la complacencia en él. Aun sin salir de los términos de la simpatía común, no es rara la ocasión de comprobar cómo cabe sentir en uno mismo la virtud contagiosa de un dolor, una pasión o un apetito, y conocer al propio tiempo lo que ellos tengan de injustificado o pernicioso, permaneciéndose capaz de juzgarlos con serena razón, y tal vez de experimentar, conjuntamente con ellos, un contrario *impulso de repulsión* y desvío; y en este hecho de observación general se encierra el germen de ese género de simpatía conciliable con la superior libertad del espíritu, que en el crítico alcanza manifestación orgánica y perfecta.

230. *La crítica juzga con arreglo a una norma superior de verdad y de arte.*

Yo suelo clasificar en tres categorías a los lectores de un libro de sentimiento y de arte, según la manera cómo, en presencia de éste, reacciona su sensibilidad. En el primero y más bajo círculo, cuento al lector incapaz de abnegación imaginaria; condenado, por la fatal inercia de su «yo», a no considerar la obra ajena sino del punto de vista de una vana generalización de su alma propia; dando por nulo o falso todo lo que no se le asemeje. Sobre este molde están hechos los espíritus negativos y fríos de la lectura vulgar y de la crítica. Si meros lectores, cerrarán con indiferencia o hastío el libro que les pone delante la imagen viva de un alma distinta de la suya. Si críticos, razonarán esta incomprensión, y acaso pretenderán erigir en juicio de valor objetivo, en dogma o ley con autoridad sobre todos, la fórmula de su propia limitación e incapacidad. Una segunda especie de lectores es la de aquellos que sobreabundan en facilidad y extensión de simpatía hasta el punto de abdicar instantáneamente en manos del nuevo autor que cada día los fascina y seduce, toda espontaneidad de reacción y toda independencia de juicio. La lectura es en ellos como esa semisomnolencia abúlica que precede al sueño del sonámbulo; y sonámbulos son, en realidad, para con el hipnotizador que, desde las páginas del libro, les impone su voluntad subyugadora y su sensibilidad fascinante. El más leve vestigio de aptitud crítica queda inhibido y anulado en ellos por la absoluta enajenación de su libertad. Por último, cuento al lector en quien real y verdaderamente asiste espíritu crítico, que es el capaz de duplicarse psicológicamente durante la lectura. En él se da, para la eficaz comunicación del sentimiento, la docilidad del espíritu a esa fuerza hipnótica del arte que, como en la pasta de la cera o en el lacre fundido para el sello, estampa la imagen fiel, la impresión nítida, de un alma ajena, cual si evocara, dentro de nosotros, un *alter ego* de esta alma con la exacta y sutil reproducción de todos sus procesos mentales y afectivos; pero, por encima de esta personalidad refleja, permanece en el temperamento crítico, como la estrella serenísima sobre la nube que vela el horizonte para nuestros ojos, el criterio que

juzga con arreglo a una norma superior de verdad y de arte: permanece la *facultad de juzgar*, que es la que determina propiamente al *crítico*, no avasallada nunca por la tempestad de ideas y pasiones que allí, en el propio espíritu, se desarrolla en tanto, bajo ella, por imitación y contagio de lo que pasa en el alma del artista a quien se trata de comprender y valorar.

231. *Labor que estimula las reacciones últimas de la inteligencia y de la voluntad.*

Aún cuando la labor del artista no se aplique a forjar un alma imaginada, en quien refunde y desvanece la propia; y aún cuando, si sólo escribe de sí mismo, no tenga el toque inspirador, la virtud de prestarle vida y sentimiento nuevos, ni engrandezca y excite desusadamente los que él ya conoce por suyos, de modo que cree en él una personalidad distinta, si no en calidad, en intención; todavía la labor en sí, la lidia del estilo, cuando ella es recia y honda, da lugar en el artista escritor a una transfiguración de la personalidad, que, como en aquel que fuera presa de ebriedad sublime, disipa la memoria y conciencia de su ser verdadero, le arrebata todo a la obra, y trastorna su naturaleza moral hasta sacar a luz, del alma más inquieta, benéficas reacciones de la inteligencia y la voluntad.

232. *Diversidad infinita de la naturaleza humana y la obediencia del crítico ante las opuestas concepciones de la belleza y de la vida.*

La superioridad de la tolerancia que hoy asimilamos al concepto de la crítica grande y fecunda, es que, radicando más en lo hondo que la que instituye la pura inteligencia, implica cierta aptitud de metamórfosis personal. La antigua crítica, inflexible y dogmática, radicaba en el principio de la identidad de los espíritus. La moderna reposa sobre el sentimiento de la complexidad y diversidad infinitas de la humana naturaleza. El moderno crítico es, por oficio, el hombre de las perpetuas metamórfosis de inteligencia y corazón: el hombre de muchas almas, capaz de ponerse al únison de los más diversos caracteres y las más opuestas concepciones de la belleza y de la vida.

233. *La limitación individual y el misterio del alma ajena. El arte es una forma de la naturaleza.*

Diferenciar, dentro de lo humano, el espíritu del artista y de su obra, y apurar la diferenciación hasta precisar lo individual y característico de ellos, es tarea previa a todo juicio de arte que aspire a ser justo. Si esa tarea se propusiera alguna vez, aprendería el crítico estrecho que la naturaleza humana es infinitamente más compleja y capaz, de lo que él la imagina; sentiría la honda realidad y la virtud poética de estados de alma que él califica de falsos o monstruosos porque los juzga con relación a los límites de su propia personalidad, en vez de penetrar, para habituarse a comprenderlos, el misterio del alma ajena; y hallaría la clave, y con la clave la justificación, de los temperamentos complicados y raros, cuya expresión sincera ha de participar forzosamente de la singularidad de su estructura íntima, en la que el crítico amplio verá simplemente una forma de la naturaleza, no menos digna de benevolencia y atención que las que están vaciadas en más comunes y sencillos moldes.

234. *La parte del pensamiento reflexivo y de la intuición, de la voluntad tenaz y de la gracia, en la obra de arte.*

Aún no se han desvanecido los ecos del tiempo en que una escuela literaria que significaba una reacción contra anárquicos extremos de libertad y desaliño excluyó de sus cánones la inspiración y el numen, negándolos, no sólo ya como entidades míticas, sino también cuando se les interpretase como la posibilidad, en el sentido, puramente humano, de la improvisación feliz y la ignorancia creadora; y de este modo, limitó las energías capaces de producir la obra de arte, a la conciencia clara del objeto y la disciplinada fuerza de la voluntad.

Pero aquellas viejas abstracciones proscriptas en nombre de lo real, vuelven y se confirman, si no en cuanto a favores sobrenaturales, en cuanto a hondas realidades de la psicología, cuya naturaleza arcana no empece a lo patente y plástico de su manifestación. Y hoy, un concepto más armónico y verdadero de la generación de las criaturas artísticas, nos permite conciliar en ella, como partes

proporcionalmente necesarias, el pensamiento reflexivo y la intuición inconsciente, la voluntad tenaz y la inspiración gratuita. Raro será que se deshaga este natural desposorio sin que la obra claudique; o por arrebatada y febril, o por falta de originalidad y vuelo. La voluntad es fuerza eficacísima (¿cuánto no la encarecimos ya, en éste como en otros aspectos?) para la realización de la obra, pero la eficacia de la voluntad depende en gran parte de que su persistencia y su brío provocan el desate de la inspiración, que se despierte a su llamado y prosigue su labor y la excede. Esta singular exaltación de donde nacen las bellezas supremas, no depende en sí misma de la voluntad, pero la voluntad puede tentarla y excitarla. Así, que el viento sea quien impulsa al barco de vela, no se opone a que el marino maneje y disponga su velamen para poner el barco a barlovento. La atención contraída y porfiada es un principio de sonambulismo; y la frontera entre ambos se pasa cuando el encadenamiento de la razón discursiva, que se sostuvo por el esfuerzo de la voluntad, se continúa por el proceso automático del pensamiento inconsciente. La reflexión puede así suscitar el arranque de la inspiración, como ésta puede promover a aquella, dándole pábulo y motivo. Pero no sólo sería grave error eliminar de las condiciones psicológicas causales de la obra, alguno de ambos factores, sino que lo sería también imaginarlos exclusivamente alternativos y separados por lindes infranqueables; cuando lo cierto es que más que solidaridad, es identificación la que los une: se refunden y se compenetran. No hay discernimiento capaz de establecer de modo fijo, los términos de esas dos maneras de concepción. En general, no hay límite psíquico seguro entre lo que procede de la plena conciencia, con sus caracteres de conocimiento y voluntad, y la actividad inconsciente que desenvuelve sus vagas energías en lo hondo de nuestro ser, pronto siempre a intervenir, ya por ráfagas bruscas, ya por mansas filtraciones, en su acción y el contenido de la conciencia. El inspirado reflexiona también y su reflexión está toda penetrada y vibrante del hálito de su inspiración. El pensamiento reflexivo se mueve entonces a impulso del instinto poético como el instrumento en la mano del artífice; como, para aquellos sectarios que se llamaron los monotelitas, la voluntad humana del

Cristo, al modo del martillo del herrero, bajo la operación y gobierno de su naturaleza divina. La reflexión animada de sentimiento no es todavía lo esencial y específico de la inspiración, pero la prepara y precede como que se infiltra y entremezcla en ella. Como la meditación religiosa a la pura y verdadera oración, así es la reflexión conmovida a la esencia de la inspiración creadora. ¿Reza quien medita en Dios? No reza, si preguntas a quien entienda de estas cosas santas, pero se pone en la vía de la oración; y además, dentro del espíritu del que ora con profundidad y brío, la meditación se dilata y persiste, remontada y como iluminada. Precisar si en ciertos instantes de la conciencia del artista es el pensamiento reflexivo el que trabaja o son las concepciones de lo inconsciente las que llegan a volcarse en la conciencia, fuera discernir lo indiscernible. Allí donde los grandes ríos se echan en el mar, hay una zona en que las aguas saladas se mezclan con las dulces, y no se sabría decir si aquella parte es mar o río. Pero nada de esto importa negar los momentos en que la intuición inspirada obra por sí sola, sentando los jalones, inconsciente de los más altos dones del alma; en la transfiguración personal con que ellos revisten al que los posee y pone en acto, reaparecen, como término del análisis más ceñido a la observación y la experiencia, entre las adquisiciones de una filosofía ajena a todo elemento sobrenatural. No es ya la visitación del dios que desciende al alma de los hombres; ni es tampoco la potencia que implica un concepto espiritual y poético: «lo sobrehumano surgiendo de lo humano» de Víctor Hugo, «el órgano de lo divino» de Carlyle, el «ángel de la vida interior» de Juan Pablo; pero es el reconocimiento y justipreciación de esa misteriosa parte de inconsciencia que constituye el fondo insondable de nuestro ser; que mezcla sus actividades profundas con las de la voluntad y el entendimiento discursivo y que, con uno u otro nombre, llevará siempre en sí el secreto de nuestros más sublimes arranques, la clave de nuestras más estupendas energías. Pensar sin el instrumento común del raciocinio; sentir sin la percepción usual de la conciencia; hacer sin determinación reflexiva de la voluntad, son indubitables realidades psicológicas, y ellas están presentes, con más claridad y relieve que en ninguna otra parte, en el génesis de

la obra del genio. Para la concepción de lo bello, para la realización de lo heroico, nunca fué lo primero la atribución de la conciencia dueña y sabedora de sí.

Ni importa siquiera dudar de la posibilidad del alumbramiento instantáneo en que, como resultado de un trabajo anímico absolutamente ignorado de la conciencia, brota de un golpe a la superficie del alma la creación cabal y viviente, como destacada en luz sobre el vértigo y la enajenación de una hipnosis. Sea que se tamice lentamente a su tránsito por la conciencia, sea que se manifieste en escape irrefrenable y súbito, el soplo inconsciente es siempre la condición esencial de la fuerza inventora y del magnético poder de transmitir la emoción y la fe. En las palabras por donde ese soplo ha pasado queda la gracia inefable, el arte mágica, de las construcciones del animal y los atavíos de la planta; el divino candor que no se contrahace ni remeda, como el del ampo de la nieve y como el de la luz recién nacida. A diferencia del sentido neto y restricto que la pura reflexión infunde en lo que procede de ella, lo característico de la obra de la intuición es dejar abierta una lontananza ideal que nunca ha de rendirse a la pertinacia de los ojos: tal como la semilla lleva virtualmente en sí, no ya el germen de la planta que dará de inmediato, sino los gérmenes de infinitas generaciones de plantas, contenidos los unos en la potencia de los otros, así el verso o la sentencia que nacen de lo inconsciente genial envuelven la virtud germinativa que, en lo infinito de las generaciones, se desarrollará en la conciencia humana con nuevos sentidos, nuevas perspectivas, nuevas sugestiones de pensamiento o de amor.

Hay altos espíritus en quienes esta parte de inconsciencia obra tan predominantemente, tan fuera de todo concurso asiduo de la reflexión, que el resultado general parece producirse en ellos con la fatalidad del instinto. El don que los sublima es verdaderamente una *gracia*, en todo el vigor del concepto agustiniano o jansenista.

Su personalidad común permanece de tal modo ajena e incapaz de la obra, que se asombra y maravilla ante ella cuando, después de embargada por la energía creadora, vuelve a la serena posesión de sí misma. Su inspiración es en la esencia de las cosas, el antiguo *numen:* el agente divino que, sin que se le espere ni solicite, llega

al alma, la inflama de un sagrado furor, y se remonta al cielo, sin dejar huella de su paso. Esta fué la manera de Dantón en la tribuna, de Schopenhauer en la especulación filosófica, de Escipión y Aníbal en la guerra, de Agustín Thierry en la historia, de Mozart en la música, de Jorge Sand en la invención literaria. La videncia profética, la vocación apostólica, manifiestan, aún más a menudo, este carácter de impersonalidad. Con ello se relacionan las palabras del Divino Maestro: «Las cosas que yo os hablo, no las digo de mí mismo, sino que el Padre que está en mí, éste hace mis obras». Otras veces, asistiendo alternativamente en el apóstol la parte de intención y la de inconsciencia, aparecen incomunicadas y discordes, un visible abismo las separa; y mientras lo que es inspirado e inconsciente toca en la esfera de lo sublime, lo consciente y deliberado no pasa de vulgar.

De esta suerte, nota Carlyle cómo, en la palabra de Mahoma, la esencia inmortal y fecunda hierve en las intuiciones que exceden del propósito consciente, y su voluntad y la razón no engendran más que la corteza de vana y despreciable impostura.

Si la personalidad es una manera habitual de sentir, pensar y querer, la inspiración genial es una transformación transitoria de la personalidad; que se manifiesta, ora por la desaparición y aniquilamiento de todo carácter personal, ora para que la idea domine única y absolutamente, usurpando el sitio del «yo», como pasa en la abstracción del sabio y el éxtasis del místico; ora por la virtud de desplegar, durante la actividad genial, una personalidad adventicia que difiere de la común en la intensidad y el brío, ya en la pureza y perfección, ya en la naturaleza y sustancia de sus caracteres: la virtud de ser *más*, de ser *mejor*, o de ser *otro*.

235. *La imagen de un mundo nuevo, entre el clamor y el aliento de la Naturaleza.*

Desvanecido todo lo que es interposición de cosas muertas, hojas de papel, letras mudas, la obra parece leída en el alma misma del poeta y en el instante de la creación, sagrado y misterioso. Cundiendo en reverberaciones infinitas, cada frase pone en movimiento, dentro del alma, un mundo nuevo. Cada palabra rasga la oscuridad

de la abstracción y se convierte al punto en una visión imaginaria que llega a simular la sensación de los ojos; unas veces a modo de vaporosa aparición, hada sutil, nacida del aire en que se esfuma; otras veces como imagen de ( ) y precisos contornos, abierta por el cincel sereno en la límpida firmeza del mármol; otras como criatura palpitante y sanguínea, cuyo gesto potente se dibuja sobre el oro del sol, entre el clamor y el aliento de la Naturaleza.

236. *Desde una profundidad jamás colmada, levanta el artista las formas silenciosas que alientan en el inmenso depósito de la memoria.*

Este es el proceso en la invención del artista; ésta la «misteriosa generación» de lo bello, de que habló el Sócrates platónico: una belleza entrevista, que enciende amor, deseo de tenerla, anhelo de fijarla; una congregación de infinitas partes, menudas y dispersas, que el magnetismo del amor atrae, y la perseverancia del amor apura; y por fin, un inspirado acto de amor, que estrecha en abrazo ardorosísimo esos mil distintos elementos, y del acuerdo y animación que entre ellos pone, saca la apetecida imagen, limpia y luciente, rica de color y de vida.

Allá, en lo hondo del alma de cada uno, duermen las tendidas aguas de la memoria. Sólo un rayo de luz cae sobre esas aguas sombrías; sólo en mínima parte aparecen a la claridad de la conciencia; pero su capacidad es insondable, e indefinida su aptitud de revelar lo que más íntimo guardan. Cuanto ha pasado una por los sentidos, cuanto ha brotado de operación interior, cuanto ha tenido ser la mente, deja por bajo de ella un rastro de su peso, capaz de revivir otra vez, y convertirse en representación actual y luminosa. No ya lo que la conciencia alumbró claramente cuando su presentación primera; no ya lo que labró hondo surco en la atención o la sensibilidad; sino aun lo vislumbrado, lo apenas advertido, lo semi-ignorado, lo visto al pasar, lo que en un punto mismo es y se disipa, desciende a aquel abismo de la memoria latente, y yace en esa profundidad colmada. De esta manera, líneas, colores, sonidos, armonías, palabras, ideas, emociones, duermen en el inmenso depósito, comparable al caos donde está en potencia una

creación y guardan su turno para resurgir, ya como recuerdo concreto, ya como imagen no referida a lo pasado, si logran el favor de un pensamiento que tienda hasta ellos el hilo de una asociación eficaz, y los levante al círculo de lo consciente. Cuanto más vario y copioso sea ese íntimo museo en el alma del artista, cuanto más se le acrezca por la experiencia, y se le haga accesible y dócil a las artes evocadoras de la asociación, tanto más fácil será la inventiva del artista, y más fecunda.

237. *Morir y renacer de amor en el objeto imaginado, le es dado al poeta que traspone los límites de la personalidad.*

Cuenta Schiller el asombro y estupefacción que en él causaron sus primeras lecturas de Shakespeare. Habituado a encontrar en el fondo de la obra si no el claro trasunto, el vestigio de una personalidad, por donde inferirla y reconstituirla toda entera, desconcertábase delante de aquella ausencia inescrutable de todo signo personal que no correspondiera al carácter de los personajes; de aquel despojo milagroso, por parte del autor, de todo lo peculiar y característico de él mismo; milagro que hace posible un mundo donde, como en el de la naturaleza, figuras diversísimas se mueven, netamente determinadas y diferenciadas, y se exhiben, en cruda desnudez, a los ojos que las contemplan; sin intervención de espejo que refleje, de velo que atenúe, de marco que circunscriba y limite. No es sino que en la obra del poeta soberano, siendo ella el prototipo y la cúspide, se realiza con más enérgico poder que en la de otro alguno, esa virtud generadora de toda superior ficción artística: el salir fuera de los límites de la individualidad; el morir y renacer de amor en el objeto imaginado.

238. *La fuerza elemental de realización que traen las imágenes, hace que pierdan su pura forma interior y muestren su misterioso poder que las afirma.*

En la esencia misma de la imagen, radica un principio apetitivo, una fuerza elemental de realización, que tiende a trocar lo simplemente imaginado en percepción y creencia; la representación de un acto, en impulso a realizarle; la representación de un afecto,

en afecto eficazmente sentido. Supuesto el desenvolvimiento completo de la imagen, tal como se daría por naturaleza, de no oponerse a ello las influencias que normalmente la contienen y reducen a su condición original de pura forma interior, toda representación de la mente llegaría a ser, por su propia y espontánea energía, la sensación o el movimiento que ella figura. Sólo diferencias de intensidad separan la visión externa de la interna; el simple concepto, del asentimiento; la admiración extática, de la imitación activa; el simulacro consciente, de la emoción real; y la vaga simpatía con que nos abstrae una forma imaginaria, de la obsesión y docilidad del sonámbulo que abdica, a favor de la imagen que le ha sido impuesta, el absoluto dominio de su personalidad. Intervenga un deseo poderoso, una viva fuerza de amor que decuplique la potencia usual de la imagen; su duración, su brío, la intensidad de su color; y toda diferencia se disipará, y la imagen se trocará en realidad palmaria y única para el espíritu a quien ella posee. ¿Cuánto no se ha hablado de la verdad con que el artista llega a experimentar por sí los sentimientos que atribuye a sus personajes, a medida que los infunde y desarrolla en éstos; y de cómo se alucina con la figuración de las cosas entre las cuales los coloca, y tal vez se siente tentado a realizar los mismos actos que ellos; y perdido el recuerdo de su persona real, ya no tiene conciencia sino para que la ocupe aquella otra persona que, con exclusivo amor, se representa?... Todos los grandes artífices de almas son, en más o menos proporción, como el novelista que Dostoyevski pintó en *Crimen y Castigo*, coloreándole con las tintas de su propia experiencia; el novelista que mientras trae una obra entre manos, no vive otra vida que la de sus criaturas;...

239. *La imagen concentra el movimiento vital que la intensifica y lleva a la forma, a la soledad, al éxtasis contemplativo.*

Si imaginar vulgarmente, sin exaltación de amor, sin atención tiránica, no equivale a tener fe en la verdad del objeto que en nuestro interior aparece, y aun menos a perder la conciencia de la propia persona para identificarse y ser uno con la imagen, es porque la percepción de la realidad circunstante limita dentro de un plano

ilusorio las ficciones del sueño, y la vigilante luz de la memoria mantiene vivo el sentimiento de nuestra identidad. Pero en el artista a quien la inspiración genial arrebata, como en el sonámbulo cuya conciencia embarga la sugestión que se le impuso, la imagen crece y se desenvuelve y domina, sin luchar con el parangón de las cosas reales ni con la resistencia de la íntima y consciente realidad de uno mismo. Lo real se aleja para ellos a distancia incomunicable: el sueño queda solo y señero, y él suple a la realidad externa y a la interna. Mientras la idea de su obra no pasa de germen sin determinación ni vida propia, ha menester el artista alimentarla con la sustancia de lo real, y por eso observa e inquiere, y fija en las cosas exteriores una atención más ahincada y perspicaz que la de los ojos vulgares; pero desde el instante en que él se pone a la obra; desde que se concentra y retrae, como la abeja bien provista entre los tabiques de su celda, ya no hay para él mundo exterior ni memoria de sí. Soledad y olvido son requisitos necesarios a la concepción de la obra grande, como el silencio lo era en la construcción del templo de Salomón; pero soledad y olvido son capullo que el genio elabora con el propio jugo de su alma, aun cuando las condiciones de su existencia objetiva se los nieguen; y así el genio consigue y goza olvido y soledad, aun en el seno de la muchedumbre, aun entre el estrépito y combate del mundo.

...La sola imagen obsesora, por su natural virtud de inhibición, tiene más poder de apartar y acallar todo lo que la divertiría de su oficio, que la paz que se busca en refugios materiales. Aísla mejor la sola imagen obsesora que cerrazón espesa, y muros de bronce, y ámbito de abismo. Bajo el imperio de la imagen, los datos del sentido se anulan, porque no concordarían con la proyección objetiva de las formas del sueño; los recuerdos que al «yo» sirven de base, se eclipsan, porque disiparían el encanto y se opondrían a la fe que ella exige en su verdad. ¿Qué preocupación del ánimo, qué fuerza de pasión, qué llamado del deber, prevalecerán sobre la imagen que se ha enseñoreado del espíritu; qué valdrán contra ella agitación civil, clamores de la calle, paso de pompas y cortejos,

disputas de los hombres, si el mismo fuego de la hoguera no es contacto suficientemente enérgico para arrancar al alma así hechizada de su absorción; si ni aun el consumirse de las entrañas mordidas y devoradas por las llamas alcanza a devolver el sentimiento de la realidad al mártir que, impasible y extático, arde y perece en cuanto al cuerpo, y sonríe en tanto, con divina sonrisa, a la imagen en que tiene puesta toda el alma?

240. *Así la inspiración suele restablecer al hombre natural.*

A menudo, la fisonomía artificial con que aparece transformada nuestra personalidad no se distingue de la natural y propia sino en la intensidad de su gesto o la armonía de sus líneas. El carácter real permanece, pero lo magnifica una general exaltación o bien se deforma, en caricaturesca apariencia, como el semblante de quien se mira en una esfera azogada.

Otras veces es todo un carácter adventicio, una nueva personalidad, lo que la embriaguez suscita y mueve. Esta personalidad presenta claros y mágicos contornos. Acaso es animosa, mientras aquella a quien se sustituye es tímida; acaso es regocijada, mientras la otra, melancólica; acaso soberbia, mientras ésta humilde. Quizás es única en pareceres, en amores, en odios. Es como huésped intruso que ha usurpado el puesto del señor y a quien la servidumbre acata y reverencia. No busques inferir de qué modo se manifestará este peregrino huésped en un alma, si sólo la personalidad real de ella conoces. Todas las diferencias, todos los desacuerdos, son posibles entre la personalidad que ha creado la naturaleza y desenvuelve o modifica el hábito, y la que evoca, de misterioso centro, la embriaguez. Y lo más singular aún e interesante es que, con frecuencia, esta última parece la natural y primitiva; con frecuencia parece ser la misma personalidad creada por la naturaleza, que, rotos los límites donde la tenía contenida el hábito, reaparece su expresión franca y desnuda; o bien, sin llegar a descubrir tan hondo asiento del alma, se desprende de ella la corteza superficial, que componen aquellos artificios con que ella siempre se disfraza, en parte, ante la mirada de los otros y aún ante la de su propia conciencia, y el alma ve clara la verdad de sí misma, y acaso la dice sin reparo; y

de este modo se cambia, no el hombre real en una ficción, sino un hombre falso habitualmente en otro real, aunque sea efímero: de donde nacen la sinceridad y la verdad que la embriaguez suele poner en labios de los hombres.

241. *La gesta de la forma.*

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarla, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, como es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida. ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional,

palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos...! Oh, Ilíada formidable y hermosa; Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

242. *Carácter de la transfiguración personal del artista, de la obra y del medio externo en la creación.*

El poder característico, en su plenitud maestra, es, pues, una transformación personal, que embebe el espíritu del artista en el de su héroe. Y como elemento que a consumar esta transformación concurre; como aptitud o sentido que ella trae de por sí, tiene el artista, en tanto que enceguece para lo que hay realmente en torno suyo, la perfecta visión del escenario en que el héroe ha de moverse; visión que a su vez confirma y redondea la ilusión de verdad en que reposa aquel cambio psicológico. La descripción, la pintura del mundo exterior, manifiestas en el poema o la novela, tácitas e indirectas en el drama, son, cuando intensas, como el natural reflejo de las cosas que circundan al personaje imaginado, en la retina del mismo personaje, traído a la vida material y sensible, mediante el organismo del poeta: son una visión firme y pertinaz, y no una íntima vaporación interior de imágenes. En las transformaciones sugeridas de la personalidad, correlativamente con la alteración del medio interno, prodúcese una alteración de las facultades perceptivas, por cuya virtud el sugestionado *crea* a su alrededor el medio externo que concuerda con su nueva y adventicia persona. Verá, el sugestionado, el mar, si se le trueca en marino; una sala

áulica, si en magnate; prados y rebaños, si en pastor; una celda, si en monje y lo verá todo clara y firmísimamente. Esta percepción ilusoria, en nada desemejante de la real, abunda en minuciosidades y matices como sólo la inmediata realidad parecería capaz de presentarlos a los ojos. El dón de describir, enérgico, plasmante, inequívoco, que en la obra superior admiramos, es, en el artista, el equivalente de esa alucinación con que se complementa la nueva personalidad que se ha suscitado en el sonámbulo. No es la figuración conjetural y laboriosa, que procede por partes, y recorre una tras otra, las fases y propiedades del objeto; sino la iluminación súbita, simultánea, palmaria, la presencia real de las cosas, que nunca el sentido testimoniaría mejor. No es la representación que se presta a ser modificada por el juicio, agregando, excluyendo, atenuando o reforzando rasgos, como pasa con los conceptos de la imaginación común; sino la representación definitiva y absoluta, tal como se da en el sueño o en el recuerdo muy vivo, o en la aparición del visionario. No describe el genio como quien imagina, sino como quien ve: es el espectador de Horario que, en la escena vacía, mira y aplaude animados espectáculos que sólo tienen ser en su demencia; es el ebrio de opio, según lo describe Coleridge, que, en imaginando un objeto, lo refleja al punto en el aire; es Regnault, el pintor cuya memoria, riquísimo almacén de colores y luz, desborda, no bien cierra él los ojos, sobre la sombra donde pinta mil cuadros y paisajes que el alucinado artista ve con realísima apariencia.

243. *Acaso hay en la intuición un oculto poder constructivo de la naturaleza, obrando en el alma sin ingerencia de la reflexión.*

Sólo por esta triunfante emulación del conocimiento sensible, con su acción inmediata, con la absoluta creencia que él infunde, se comprenden la verdad y energía de las ficciones plásticas del escritor o el poeta de genio. ¿Quién no recuerda la maravillosa eficacia de las descripciones con que el Dante levanta a plena luz un mundo fantástico, con relieve aun más firme y verosimilitud aun más imperativa que los que caben en las más patentes reproducciones del mundo real? Las cúpulas de la ciudad de Dite; el fúnebre recinto de Malabolge; el lago donde hierve la pez; el pozo,

torreado de gigantes, en cuyo fondo están las charcas de hielo: todo es allí neto, preciso y evidente; capaz de convertirse de inmediato en figura, en bulto, en color; ordenado con inefable y no aprendida lógica; puesto en el espacio con exactitud comprobable por número y medida: todo es allí como sólo alcanza a figurarlo la intuición que alumbra, de un relámpago, la plenitud del horizonte; la intuición, que sabe el secreto del orden de la naturaleza, no siendo ella misma quizá sino el oculto poder constructivo de la naturaleza, que obra en el alma sin ingerencia de la reflexión.

244. *Forma negativa de retención de la conciencia.*

La transformación de que el artista es el sujeto, mientras concentra su vida en la obra, suele prolongarse y embargar parcialmente la personalidad verdadera, aun después de pasada la fiebre del trabajo y restituído su espíritu al vulgar ambiente del mundo. El sueño rebosa sobre la realidad, como el río sobre los sembrados. La común ineptitud del artista para las relaciones de la vida real, sus torpezas, sus distracciones, sus olvidos, son la forma negativa de esta retención de la conciencia por los fantasmas del sueño.

245. *Obscuridad real en lo que habíamos juzgado claro.*

No conozco embeleso intelectual más inefable que el de descifrar el lenguaje figurado de una de las leyendas, y de los mitos, y reconocer en su sentido esencial cómo la intuición de la primitiva inocencia humana anticipó la verdad que luego confirman, por diferente vía, los procesos de la severa razón. La naturaleza la supedita y arrebata a un fin que sólo en parte se define y anticipa en idea. El genio, donde más cumplidamente se revela, es como el esposo incógnito de Psiquis, que sólo la visitaba a la sombra. Radica la actividad genial en esa selva oscura del alma, indefinida, más allá del mundo interior, ambiente y regazo de la conciencia reflexiva; cuya existencia transparenta la propia actividad psicológica común, en la raíz y el mecanismo de sus funciones habituales. Antecedentes y condiciones de los actos que la conciencia ilumina a cada instante, en la percepción sensible, en la asociación, en la memoria, en las espontaneidades de la sensibilidad moral, denuncian en cada uno de nosotros la presencia de la energía que trabaja fuera de la luz de lo consciente; y no porque esos actos no trasciendan de los pasajeros y nimios accidentes de nuestra vida individual, es menos raro en realidad, el misterio de su origen que el de los prodigios de la inconsciencia que raciocina, profetiza o inventa. Pocas observaciones me parecen tan dignas de ser señaladas a la meditación y a la conducta de los espíritus sinceros, como esta honda observación de Hartmann: *Vulgar prejuicio es pensar que lo que ocurre día por día es enteramente claro y sencillo por el hecho de ser frecuente y usual.* ¡Qué mundo de sugestiones y advertencias se contiene, si pensamos en estas palabras para guiar al espíritu en la consideración de lo que le rodea! El misterio no has menester ir a buscarlo en lo muy alto ni en lo muy hondo; en el cielo ni en el abismo: a cada paso que das, a cada mirada que fijas, allí está presente y formidable el misterio; allí la pregunta que no tiene respuesta, la pared que cierra el camino, la intuición de lo precario de todo saber. Como, junto a cada objeto, su sombra, así, junto a su idea, el misterio; y muchas de las limitaciones más lamentables y mezquinas de la razón común que, trazando el surco de la vida trivial, se encoge de hombros ante esa obsesión de lo desconocido, quintaesencia de las religiones y perpetuo acicate del pensamiento superior, consisten en la ineptitud que la familiaridad y el hábito crean para percibir la grande y desconcertadora rareza de las cosas...

246. *En el dolor, despierta el hombre poderoso, movido desde su centro.*

Ninguna fuerza más eficaz que la del sufrimiento para traer a la luz de la conciencia y poner en la vía de la acción, tesoros que el alma lleve en sí misma sin sospecharlo. Gran trasmisor (comunicador) de vocaciones, el dolor depara a veces vocación briosa y precisa al que aún no la ha hallado propia; o sustituye por la vocación verdadera, una falsa; o bien confirma, levanta y perfecciona la verdadera. Nuestra reacción voluntaria contra la inferioridad a que el dolor nos condena, suele ir, con potencia nunca manifiesta hasta ese instante, más allá del punto en que el infortunio nos

tomó; de suerte que no sólo tiende a recobrar el bien que nos fué quitado por éste, sino que logra acaso plantar su bandera aún más allá, adelantándose al baluarte cuya reconquista se propuso. Arranca esta reacción, de nosotros, dobles fuerzas; porque acrisola las que ya teníamos, y porque suscita a veces, nueva calidad de energía, nueva vocación, nueva aptitud.

Aquél sacudimiento, trastornador de las más hondas raíces de la herencia y del hábito, que el amor produce, y por (mediante) el cual hace pasar de lo potencial a lo real de nuestro ser tanta ignorada riqueza, muévelo también el dolor y con no menos milagroso acierto. Para la creación artística, más que para cualquiera otra forma de humana actividad, el dolor es acicate que provoca a menudo el primer impulso de la invención, y otras muchas veces la sublima a alturas no vislumbradas por la mente hasta entonces. Algo hay en la esencia de este majestuoso sentimiento, que lo guía con magnético tino, a la expansión, a la comunicación, al anhelo de declararse y hacer compartir sus congojas a otros corazones que aquél en que toma su origen. Mientras el alma donde el genio duerme, ignorante de si mismo, sin que la necesidad de producción lo estimule, permanece virgen de penas hondas, puede prolongarse indefinidamente esta inconsciencia; pero cuando el dolor acude, el alma busca en la manera de expresión que le es congenial, sea ésta la palabra, el color o la armonía, el medio de reflejar fuera de sí el dolor que no cabe en su seno y que ansía ganar, llevado en alas de la imagen, la capacidad de otras almas.

247. *Grande agente de verdad, asegura el ejercicio de la piedad y atiende al bien.*

Es como un juego de maldad, una disposición a ser cruel en las cosas pequeñas, una ineptitud para comprender aquel género de daño que no hace sangre, ni provoca lágrimas; y todo esto puede quedar incorporado para siempre al fondo de la personalidad, dando lugar a una limitación mísera y fría, que ya no se atenuará después con la gracia de la ligereza juvenil. Es necesario desarraigar a tiempo esa maleza, propia de sitios secos; es menester partir el corazón de ese cachorrillo acostado a la sombra del alma; y esta

función de ennoblecimiento cúmplela el primer austero dolor. Cuando el primer llanto del dolor hondo sube del pecho, sale anegado en él el espíritu de la vulgar ironía, y acaso la sustituye aquella otra, ungida de piedad, que es de los más suaves bálsamos del mundo; y el respeto por los sufrimientos sin grandeza, la ternura por la debilidad, la benevolencia ante la culpa, la caridad nimia y prolija (sutil) que atiende al bien que se puede dispensar con una palabra, con una mirada, con un gesto, desde que rompe ese llanto llegan a ser cosas conocidas para aquel que las ignoraba.

Todo lo que es engaño y vanidad en nosotros cede a este grande agente de verdad. Como al histrión o al disfrazado en pompas alegres, a quien, en medio de sus juegos festivos, hiere un zarpazo de la realidad traidora, por algo que oye, ve y ( ) de súbito ( ) lo más ( ) y amargo de la vida, haciendo palpitar su corazón con agitado impulso bajo el color del traje de máscara, y diluyendo acaso en lágrimas ardientes el carmín y el albayalde del rostro: de esta manera nos sorprende a todos el dolor en la real escena del mundo.

248. *Por el dolor se alcanza el último, inefable secreto de la sabiduría.*

Vía de superior conocimiento es el dolor; lección sagrada; ciencia última, que completa y consagra toda ciencia. Imagínate un apóstol que no ha sufrido aún por «su» verdad. Acumula en él todos los dones de la sabiduría, todas las luces de la convicción, todas las energías del ánimo. ¿Podrá decirse que conoce «del todo» su verdad, si por este conocimiento perfecto hemos de entender penetrarla hasta tocar corazón con corazón, y como ensimismarse con ella?... La luz que da el amor para la intuición que aventaja a la vista de la mente, ¿será tan grande y perspícua, como cuando el dolor exalta y apura la fuerza del amor? La segunda iniciación del apóstol comienza con el camino del martirio; y entonces es cuando se le descubren dulcísimos misterios de su verdad, que ella reservaba para moderación (compensación) de sus angustias. Algo hay en lo hondo de toda fe, de todo grande amor ideal, que ignora aquél que aún no ha padecido en su servicio. El dolor viene; y

como el tórculo que aprieta el papel sobre los moldes para que se estampe la huella, o como el fuego que hace eficaz el hierro del estigma, imprime, por indeleble modo, en el alma, ese último inefable secreto.

249. *La vida nueva que se prepara en las profundidades del abismo interior, cuando el dolor ha hecho allí irrupciones y mueve a unidades y síntesis desesperadas.*

Reprodúcese por el dolor en la vida individual lo que en la historia de los pueblos, cuando irrupciones bárbaras caen sobre los centros de la civilización, y, difundiendo a su paso el desconcierto y la ruina, abaten en pocas horas, la obra de las generaciones, y quebrantan el orden de la sociedad, y dejan tras sí por mucho tiempo la confusión y el horror de la sombra. Tal vez, prevalecerá la barbarie para siempre; tal vez acabará la misma sociedad, y el desierto vendrá a extenderse sobre (allí) donde fué un imperio famoso. Pero quizá también, libre de miasmas pestilentes la civilización que había; repuestos, con la sangre nueva, la fuerza y el candor gastados, y combinándose para lo futuro los elementos de una dichosa originalidad, un orden mejor y más enérgico resurgirá, como una floresta, del polvo de las ruinas. Esta es la imagen del período de anonadamiento que dejan tras sí los grandes dolores. Todo parece trastornado en el alma; todo desquiciado e incapaz de volver a su término habitual; la existencia, sin objeto ni rumbo; la voluntad, sin normas; pero, por bajo de esto, si la conciencia alcanzara a las misteriosas profundidades del abismo interior, percibiría el sordo fermentar con que se prepara una vida renovada y fecunda, por obra del mismo impulso que mueve, como operación preliminar, aquel desorden y que restablecerá, mediante asociaciones nuevas, la unidad y finalidad de la vida, dejándola acaso más firme y mejor concertada que antes.

250. *Que viva de la sangre.*

El hombre fuerte a quien el infortunio ataje en su camino, ha de considerarle como haríamos con un pájaro sagrado al que fuera lícito sacar su alimento de las venas del hombre. No le espante,

pues; ni huya de él con la fuerza que consiste en hundirse en el bullicio del mundo y ofuscar la claridad de su conciencia; antes bien, extienda el brazo, y de lugar a que se sacie, y así que esté saciado y que por ley natural le abandone, déjele ir y ya no mire para atrás a ver dónde está el pájaro, prolongando de modo ficticio su presencia por alucinaciones de la melancolía y del temor. Sólo a esta doble condición de no ahuyentarle, valiéndose del aturdimiento o el sofisma; de no detenerle tampoco falsamente por morosidades de la imaginación, el sagrado pájaro dejará en las venas de donde tome sangre, un principio activo y salubre.

251. *Prepara para la disciplina heroica.*

Diríase que ese incomparable obrero cuya mano de obra es nuestra propia sustancia, maneja instrumentos infinitos y conoce todas las artes de fuerza y de destreza. Ya es como un brutal forjador, ya como un orfebre minucioso. Ya deshace a golpes de maza el material con que lidia y lo modela a recias pulgaradas. Ya lo trata con mordientes sutiles y lo esculpe con menudo y lento cincel. ¿Qué habrá de (¿dónde habrá cosa) más eficaz que su maestría para probar la docilidad (para vencer la indocilidad) de la arcilla de que estamos hechos? En el abatimiento, te comprime (nos comprime, nos golpea, etc.). En la ira y la desesperación, te golpea. En el hastío te aplana. En la duda, te despedaza. En el pavor, te hiela. En la pasión de amor, te derrite. En el remordimiento, te atenacea. En la melancolía, te acaricia bruñéndote. Y de la continuación y de cada una de estas operaciones suyas, nace una reforma en tí.

252. *Al misterio, tenerlo presente, y vivir, intensificado, en la dificultad de la respuesta.*

Esta otra común falsedad que consiste en olvidarse del misterio del mundo y desdeñar las voces graves con que las cosas que nos rodean nos preguntan sobre la sombra de donde salimos y la sombra a donde vamos; esa falsedad que nos encierra (recluye) dentro de lo temporal y sensible, sin un pensamiento trascendente, sin una nostalgia de lo alto, quizá sin una emoción de idealidad y de ter-

nura ¿quién la deshace como el dolor, de cuya inspiración nacieron siempre los supremos desprendimientos respecto de los bienes efímeros y las más puras consagraciones a la incorruptible virtud de las ideas? ¿Dónde para la elevación del espíritu a alturas religiosas, habrá tan sublimador acicate como él? ¿Cuándo se piensa más en lo que sale fuera de la averiguación de las cosas naturales, que cuando la amargura del corazón sube a provocar ese inmortal apetito de la mente?

253. *El dolor, fija la huella de su paso...*

Del brío de este grande agente transformador, juzgarás si imaginas su influjo sobre las hondas realidades del alma por el modo como alcanza a transformar la carne y la apariencia.

Nuestra fisonomía es, en manos del dolor, como una blanda máscara que la continuidad de su trabajo modifica; endureciéndola, para siempre quizá, en la expresión y los rasgos que sustituye a los de la naturaleza. ¡Qué prodigiosos retoques del barro vivo; de la forma animada! Esas frentes sumisas, que sellan indelebles arrugas; esos lánguidos ojos, de pupilas inciertas, de mortecino mirar, acaso enrojecidos por el dejo y la frecuencia del llanto; esas mejillas maceradas; esas narices a las que se ha sacado filo; esos labios exangües, flojos y entreabiertos; esas palideces transparentes; esas livideces terrosas; esas cervices mal seguras; esos aspectos ya de espiritualidad casi divina, ya de estúpido anonadamiento; esas prematuras canas...

254. *La fuerza de amor que supone la atención del sabio.*

¿Hay cosa que en el concepto del vulgo aparezca más distante de cualquier transfigurado encantamiento íntimo que la reflexión del sabio; esa operación que nos figuramos comunmente fría, tediosa, y limitada a la esfera impersonal de la inteligencia, sin relación con el fondo orgánico y sensitivo de la personalidad? Pero, la subyugadora atención que concentra el alma del sabio en el pensamiento de su obra, es también una formidable fuerza de amor; y sólo esta todopoderosa energía fuera bastante para poder estimular con eficacia semejante tensión del espíritu en un sentido duradero y único.

255. *El modo de la inspiración heroica.*

¿Quién duda de que si la inspiración es alma nueva, un alma nueva obra también en la actividad del genio heroico? La inspiración de las batallas es, tanto como las otras, enajenamiento, transfiguración y doble espíritu. De la más vulgar arcilla puede valerse la alquimia que produce tal oro. El héroe es, con frecuencia, en la vida común, quien más ajeno (extraño) aparece a esa misteriosa fuerza que, llegada la sublime ocasión (una ocasión sublime), brotará de su alma, como de la nube el relámpago.

El ímpetu arrebatador; la serenidad comunicativa, que derrama un óleo milagroso sobre las olas del miedo; el mirar de águila que ordena y reparte ingentes multitudes y fija allá, adelante, en el espacio, el sitio donde ha de ser el triunfo, son cosas cuya huella suele disiparse en el héroe, sin dejar el menor vestigio por el que se las reconozca, no bien pasa del campo donde tan grande aparece, al de las faenas y costumbres de la paz.

256. *La participación momentánea, en una vida más intensa y más alta, nos descubre la total complejidad de nuestro ser.*

Nuestra identificación imaginaria con los personajes del novelista o el poeta, no sólo nos transporta a menudo a condiciones de vida distintas de las que la severa realidad nos impone, sino que, produciendo la misma mutación ilusoria por lo que respecta a nuestro ser interior, hace que aparezcamos, por una hora, ante nuestra propia conciencia, con alma y corazón diferentes de los que recibimos de la naturaleza; nos hace tomar el alma y el corazón del personaje y nos franquea de ese modo una parte de la inmensidad de espíritu que queda fuera del estrecho circuito del propio. Es una emoción tan interesante y viva, por lo menos, como la opuesta de reconocer en el libro, con la limpieza y la luz que añade el arte, el reflejo de nuestra realidad personal. Quizá es una suave hermosura, el encanto de un recuerdo trivial, la sugestión de un sueño de dicha; quizá un halago de la vanidad; quizá el timbre

ideal e inexplicable de un nombre; mil afinidades e impulsos, conscientes e inconscientes: todo esto se funda en mi amor, tal es su contextura. El tuyo y el de cada uno de los otros tiene su contenido propio y diferente. Y cualquiera de esos elementos que en mi amor o en el tuyo se funden: admiración, recuerdo conmovido, esperanza, vanidad, sugestión trivial, prurito inconsciente... es a su vez complejísimo conjunto, que, por su finalidad, toma la semejanza de lo simple. Así, la total complejidad de nuestro ser se reproduce en cualquiera de nuestros sentimientos, en la más pasajera manifestación de nuestra naturaleza moral...

257. *El misterioso poder de suscitar vidas.*

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndolo solo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatar el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla a las que crean, a aquellas a quienes ha sido concedido el dón genial de la invención. Hay las que alcanzan a crear un héroe inmortal, o una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de esas, las que vivifican series enteras de ficciones, «multitudes de almas»; las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecerían inspiradas por una sublime envidia de la naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

258. *La creación genial es hondísimo movimiento interior, misterio participante en la esencia misma del objeto.*

Toda la escala de los valores poéticos puede establecerse sobre la base de esta fuerza centrífuga de la personalidad, graduándola desde su alborear en el mínimo impulso de emoción benevolente, hasta su coronamiento, que es la completa abnegación del ser propio. Una absoluta ausencia de interés y simpatía para con la imagen que se ha de poetizar, equivaldrá forzosamente a la incapacidad radical de desenvolverla.

Adelantando un paso, la imaginación que forja caracteres y acciones sin auxiliarse, como de concomitante afectivo, más que de ese leve y superficial interés por lo que va forjando, que está implícito aún en la más elemental e insignificante manera de invención, no reflejará jamás sino la imagen descolorida y tibia de lo que se propone trasmitir en forma de arte; no producirá sino la obra de la mediocridad. Una concepción más caldeada de sentimiento; una representación de las cosas que suscite en el alma del que las figura, la moción afectiva, el estremecimiento simpático, propios del espectador que se interesa vivamente en una acción imaginaria, pero sin perder por ello la conciencia de su personalidad; o bien del pasajero que se detiene ante una escena real, de duelo o regocijo, y por simpatía humana la comparte, será capaz de dar de sí obra que conmueva y que dure; pero aun no tendrá vuelo con qué levantarse al nivel sublime del genio, a las cumbres supremas de la invención. Pongamos que se hace más intensa y eficaz esta virtud de simpatía; figurémonos que el poeta participa de los sentimientos de sus héroes, no ya como el espectador y el pasajero, sino como quien es movido de la voz del afecto o del estímulo de la sangre: como quien se duele o se alegra con el hermano, con el padre, con el hijo. La fuerza de la imagen subirá de punto; la apariencia de verdad será mayor; y con todo, aun no estaremos en la cumbre. Aun cabe modo de imaginar más alto e inefable; aun cabe la comprensión perfecta para la que no basta ese acorde de dos almas separadas por el límite que diferencia a dos personas; esa relación trascendente de corazón a corazón, cada uno de los cuales mantiene su ser propio y distinto; sino que se requiere plenitud de amor, simpatía total

y desatada: aquella que ya no se contenta con menos que con la identificación absoluta, con la participación en la esencia misma del objeto, con el transporte y embellecimiento de la personalidad que logra el místico en el desmayo de la unión extática; y ésta es, por fin, la concepción del genio, misticismo de la religión de belleza; éste el prodigio de donde nace y se desenvuelve tanta peregrina hermosura. A quien de ese excelso modo concibe no le satisface ver y oir objetivamente, en plástica y animada alucinación, al personaje que imagina; sino que ha menester transformarse en él, ser como él, ser *él mismo* en tanto dura su sueño: prestarle, como el *médium* presta al espíritu evocado, el organismo propio, sustraída la personalidad usual. Presta así el genio a su personaje, los propios nervios, para que con sus sensaciones los pulse; el propio corazón, para que con sus pasiones lo desgarre; el propio cerebro, para que lo abrase y consuma con la combustión de sus ideas. Por eso es la creación genial hondísimo movimiento interior; parto que a veces mata. Por eso la capacidad de vivir en una tantas vidas distintas, sin que las entrañas conmovidas estallen, ni la razón vencida sucumba, es argumento que milita contra los que consideran al genio asociado por naturaleza a degeneración e inferioridad orgánica. «¿Hay alguien actualmente —preguntaba Taine— hay alguien que sea capaz de soportar la tempestad de pasiones y visiones que pasó por el alma de Shakespeare?»

259. *El trabajo afanoso de la vida, presidiendo con infalible autoridad y alentando una forma de belleza.*

Nunca logrará tener vislumbre del misterio del genio, quien se imagine como acto puramente intelectual la operación sagrada de donde la obra surge, potente y luminosa. Esta flor costosísima necesita, para producirse, de todo el ser; de cuanto es vida; del organismo entero; de las potencias y sentidos todos de quien ha de darla.

No hay fibra en la carne del poeta, ni gota de sangre, ni pulsación vital, que en alguna manera no concurra a la obra. Concertados en activa y armoniosa unidad, exaltación del natural consenso de la vida, todos los elementos, todas las energías y resortes de la

existencia individual, se aplican a magnificar el esfuerzo de que nacerá lo hermoso. Si cupiera iluminar y hacer sensible el misterio del mundo interior, en las horas divinas de la inspiración y el trabajo, asistiríamos con arrobamiento a esa afanosa cooperación de todos los instrumentos de la vida, de todas las células orgánicas, bajo el imperio de una idea que brilla, como chispo de luz, en lo más alto y noble del conjunto que traban todas ellas; cooperación semejante a la de los microorganismos que, sin sospechar el resultado precioso de la solidaridad que los vincula, erigen desde el fondo del océano, la isla de coral; o bien, semejante a la de los obreros humildes que, en los siglos de fe, reunidos en polarizada muchedumbre, levantaban los muros de estupendo basílica, contribuyendo cada cual con su piedra y su aliento a la realización de una forma imponente de belleza, no bien calculada ni aprendida, acaso por el propio artífice que los guiaba, más que por arte, por inspiración instintiva y candorosa; a la manera que tampoco existe quizá en la conciencia del genio la idea lúcida y cierta de la obra que realiza y cuyo arquetipo inconsciente preside, sin embargo, con infalible autoridad, desde misterioso abismo del alma, la febril agitación de aquellos innúmeros obreros.

260. *La música, una revelación más alta que la filosofía.*

Aún hay otra esfera de transfiguraciones más hondas y esenciales. El poeta y el pintor evocan formas concretas, que vivifican con su propio espíritu, derramado en efervecencia fuera del molde personal; pero el artista que amaestra las ondas del viento, el que rige los números sonoros, ése, cuando deja su personalidad común, como la ropa en la playa, al borde del océano en que se abisma, queda ágil y capacitado para descender a regiones donde nunca fué consentido el paso a otros; y no sólo rasgando lo que es corteza y límite en los sentimientos humanos, se identifica (apodera de) con su misma virtualidad y quintesencia; no sólo ahonda, hasta donde ofrece sujeto, la simpatía que los hace compartibles, sino que se sumerge aún más, y llega a la profundidad remotísima de las afinidades y los estímulos primeros (primarios): a la profundidad de la vida elemental, en donde todo lo creado es uno, en donde todo

habla un solo y transparente idioma, cuyo recuerdo despertará (renacerá, resurgirá) en la conciencia de los hombres a la evocación de la armoniosa teurgia.

Nada como la inspiración del músico grande, para quebrantar en el alma donde asiste, los términos de la propia personalidad y difundirla por cuanto abarcan las posibilidades del ser. Quien se llama Mozart, quien se llama Bellini, quien se llama Beethoven, es inmenso (humano) Proteo, cuya esencia incoercible lo mismo encarna en espesura de selva centenaria que en hervor de desmandado (desatado, alborotado) torrente o en bóveda de augusta basílica; lo mismo usurpa el modo de ser de la montaña, que el de la nube vagorosa o el del tenue hilo de lluvia; lo mismo habla por medio de los odres del aire, que por el buche del pájaro, o por los élitros del insecto que vive oculto debajo de la hierba; ya palpita en inocente pecho, ya alienta e inflama unas fauces bravías, ya es frente que piensa más hondo que como se piensa con palabras; ya se distribuye e infiltra en multitud entera; ya toma cuerpo angélico y se arrebata a cumbres donde aspira el frescor de lo infinito y contempla (ve la idea) el original de todas las cosas y se embebe en la lumbre de la eternidad.

Por la eficacia transformante de esta arte divina en el alma de los que la escuchan, si han nacido para escucharla, es posible inferir cuál sea su virtud de igual índole en el alma de aquellos a quienes hace don de sus inspiraciones y que beben, en la propia fuente, sus aguas sagradas.

261. *Vibración original del ser.*

No es solamente una facultad que se corrobora, ni un sentido que se afina y retempla; no es una sola faz de la vida orgánica o moral que se hermosea y transfigura. Es el eurítmico consorcio de todas. Es también ese sentido vital, ese sentimiento hondo y difuso de nuestro ser, esa elemental conciencia orgánica, de donde (quien) la vida adquiere su tonicidad: que con su exaltación nos realza y con su disminución nos deprime. Es una mayor fuerza y armonía que viene de esa fuente profunda, y a cuyo paso todo parece vibrar de un modo (tenor) nuevo, y consonar mejor, porque así como bajo

el arco del ejecutante, las cuerdas modelan sus formas vibratorias, y de la relación de estas formas diferentes pero unidas entre sí por concordes números, brota un son individual y continuo: de esta manera, cada víscera, cada sentido, cada facultad, tocados de misterioso arco, dan su adecuada vibración y concurren con ella a un armonioso y perfectísimo conjunto. Por esta arte, (en un instante) todas las contradicciones y disonancias del alma, desaparecen; vuélvese en orden cuanto, dentro de ella, no era más que multitud desconcertada; todas las inclinaciones enemigas dejan de contender, cual si sonara una música que las sumiese en dulce suspensión y arrobo; y el sentimiento en que todas se resuelven es a la vez como si hubiera en el alma más fuerza, y ésta fuese más ordenada, una, y señora de sí misma.

262. *La personalidad transfigurada en el rapto de inspiración pictórica.*

Como la del artista que se vale del verbo, la inspiración de aquel otro que maneja la línea y el color y los ordena en la creación de una naturaleza encantada, es a menudo fuerza que disloca el eje de la personalidad y pone, al discubierto, una fisonomía en todo opuesta a la máscara que conoce el mundo.

El lienzo que el artista tiene ante los ojos es, entonces, el espacio por donde gira una inteligencia diversa de la que él aplica a los usos de la realidad; el pincel que toma en la mano, es el instrumento con que se ejercita una voluntad diferente de la que prueba en lo común de la vida; la paleta de donde saca el color, es el corazón cuyos impulsos gobierna una sensibilidad distinta de la que ( ) persistencia en el orden normal de su sensibilidad, en el aspecto diario de su vida, dentro de cada medio de los que, uno tras otro, los subyugan. Pero, la disposición para adaptarse y readaptarse indefinidamente, no constituye una cualidad, desde que no haya en el alma discernimiento activo, razón voluntaria, que distinga entre las influencias con que el ambiente nos solicita, y consienta en las unas, y provoque la inhibición capaz de contener (reprimir) y eliminar las otras. Hay también cual diferente especie del mismo género, quienes siendo pertinaces e

irreductibles en cuanto a los lineamientos generales de la actividad y las costumbres, oscilan extraordinariamente en lo emotivo y pasajero; con tal intensidad de mutación, que toda la máquina de su personalidad cede al impulso de la impresión triunfante, hasta el punto de improvisarse y aparecer por ella una nueva personalidad ignorada.

263. *Lo humano en su pureza.*

Un sentimiento intenso y poderoso de la energía y el júbilo de la naturaleza, une mi alma con más apretado lazo al orden del mundo, y como que trasmite a ella la precisión y consistencia de las cosas tangibles. Pierdo el sentido de lo vago, de lo indefinido y melancólico. Huyen de mí las añoranzas de la duda, los desfallecimientos y languideces del ensueño, las sombras y austeridades de la meditación. Pasa dentro de mí como cuando un sol pujante rasga la bruma en que fluctuaban formas quiméricas y sólo quedan claros y distintos contornos diseñándose en el aire sereno. ¡Triunfal armonía interior en que aun lo delicado y suave que brota del alma parece como una flor de la fuerza; en que aún la *non curanza* y el arrobamiento y el abandono, vibran potentes, con el recio temblor de los (briosos) trotones contenidos! Porque no siempre ella se manifiesta en expansión y júbilo radiante. Glauco tiene una faz intensa de luz, y otra de gracia autumnal: su «allegro» y «penseroso». Pero esta faz velada y suave de Glauco ¡cuán distinta es de la melancolía que nace de nostalgia y vaguedad de sentimiento! No es soñador este divino huésped mío; no llora ausencias en la escena del mundo. Mientras él no se posa en mi alma, ella cede a la irresistible atracción del misterio que nos rodea, al desasosiego que no se aquieta en los términos de lo conocido (cognoscible); y éste es uno de los más persistentes caracteres de mi pensamiento y mi sensibilidad.

Aún en el torbellino de la acción, aún en el seno de la multitud, aún en ( ) del placer, la idea del enigma indescifrable, suele aparecérseme de súbito; y cual si fuera un llamado imperativo y angustioso, me sustrae a la preocupación del instante. Pero con Glauco esto pasa y se disipa. Cuanto reconozco mío en las ansiedades de un Pascal, en los estremecimientos de un Carlyle, deja de pertenecerme. Como si el viento se tornara, las campanas que suenan del otro lado del abismo quedan mudas. Todo lo de la tierra, en cambio, se magnifica y realza. Me complacen los límites de la naturaleza, amorosos brazos de la Forma, que no dejan lugar a aspiración mayor, ni al impulso con que el alma busca su centro fuera de ellos. Bórrase de mí la huella del crisma bautismal, ésa que dura en la inquietud de la existencia dominada por la idea del Dolor y la Culpa. Siento la dignidad patricia de la vida con la intensidad con que el trapense siente de ella la mísera abyección. Creo en la grandeza de la palpitante arcilla humana; en la gloria y la inmortalidad de esta esplendente fábrica del mundo, levantada para la dicha de los fuentes, para la ostentación de la belleza, para el solaz de los sentidos vibrantes y de la imaginación viva y curiosa. Y tal como cuando demoras algún tiempo en las salas de un rico y noble museo, y entre tanto maravilloso color y tanta triunfadora línea, y los arneses, y las armas, y los vasos y precioso metal, y las telas joyantes, y las reliquias gloriosas, queda tu alma engarzada como en una onda de luz que te corrobora y alegra de un modo superior y sereno así Glauco tiende la mirada apolínea, entre el resplandor de las ideas y la hermosura de las cosas.

264. *En unidad apretada y viviente con el cosmos.*

Cuando en la soledad, en el silencio, en la calma de la naturaleza, en la paz del espíritu, contemplas la estrellada noche, toda la esencia de sensibilidad que está apegada a las reconditeces de tu ser sube a la haz como, sobre la leche que crece con blando movimiento en el cántaro, la espuma suave (blanca) y tibia. Entonces es cuando se manifiesta y prevalece lo que hay en tí de ese relente penetrante que veinte siglos de imperio de lo sobrenatural, veinte siglos de vagar del alma más allá de los lindes de la naturaleza, han puesto en el ambiente del mundo. Si eres capaz de adoración, ésa es la hora de tu religiosidad. Si el enigma de las cosas te inquieta, es la hora en que oyes con mayor pasmo las proposiciones de la Esfinge. Si eres propenso a un dulce lagrimeo, que no nace de penas reales ni soñadas, al punto sientes su escozor. Si sabes

soñar, tus sueños forman entonces ronda alada. Si amas viejos recuerdos, entonces o nunca los evocas. Y aún cuando ni adoración, ni anhelo del misterio, ni sentimiento vago, ni sueños, ni recuerdos te muevan, algo habrá siempre en tí, en la contemplación de tus ojos, más dulce y hondo, más musical, que si (cuando) contemplas por el día las formas que cincela la luz. ¿Hay un alma ajena a este sentimiento de la noche? Si le conozco yo, lo saben algunos árboles amigos, algún alto balcón, alguna playa solitaria; y siendo que los astros divinos atiendan a las miradas (al mirar) de los hombres, tú lo sabes también ¡oh limpia estrella de Régulo! la mayor y más hermosa del León, que cuando niño escogí por mía, mirando al cielo, al sentir por primera vez la preocupación del misterio; limpia estrella que desde entonces evocas invariablemente en mí la imagen de la ventana de donde te miraba, el trepar de una enredadera claudicante y la forma de dos manchas de musgo. Sé de la contemplación nocturna en que se ora, de la en que se medita, de la en que se sueña... Pero cuando Glauco alienta aquí en mi espíritu ¡cómo se desvanece todo eso, y cuán distinta es la contemplación de la noche! Aún no hace mucho tendía la mirada de lo alto de una casa sola y dominante, entre campo y ciudad, a hora en que todo figuraba que sólo los astros no dormían. Glauco iluminando mi alma; un ancho y claro espacio a mis pies; la inmensa bóveda sobre mí, reverberando sin un copo de nube, y una caricia tibia en el ambiente de la noche, no más serena que el corazón y el pensamiento de Glauco.

No hay un impulso de anonadamiento personal, ni un ímpetu de vuelo en la calma apolina de la contemplación. De arriba no vienen voces de reclamo, ni se despierta la inquietud punzante del destierro en el alma, adaptada a su mirador de un punto del espacio y el mundo, como a un alvéolo, dentro del cual se está también en (dentro de) la unidad infinita. Pasó todo sentimiento de oposición entre la magnificencia y grandeza de la ultura y la pequeñez del suelo sumergido en la sombra. El suelo aparece como anillo engarzado en la armonía indestructible y completa; lo alto y lo bajo están en uno. El suelo y el espectador son como átomos de mármol entrañados en el núcleo del bloque.

La expresión de un ensimismamiento tierno y grave se aparta del ambiente. Quietud, pero de indiferencia olímpica. Silencio, pero como el que cela en custodia de un tálamo augusto, el silenciario. Bella y sublime sigue siendo la noche; pero ya no con el encanto ideal, que nace de la «presencia» de un infinito ausente, en él visible, sino firme, bien ceñida y concreta, lo mismo en el cielo que en el aire; como delineada, diríase, con el filo de una de sus altas guijas de luz, en las sombras, depuradas de fantasmas errantes que les roben su limpieza y sosiego. Es belleza de mármol negro, de plata, de ébano, o bien de diamante y barro etrusco. Dura (firme) y cincelada belleza, que el fuego de la asociación ciñe de una corte de imágenes, no recogidas en el limbo de las visiones misteriosas y aéreas, sino tomadas a lo plástico, consistente y precioso (sustuoso): ya un gran bajel con velas de seda blanca y casco negro; ya un palafrén negrísimo, ya un reluciente arco flechador, ya una copa de plata con la flor azul ( ) sombría del ( ), ya la elegancia de un vestido negro que no se lleva por luto. Las luces infinitas no entonan alabanzas de Dios ni miran con amor y compasión a la tierra, sino que ruedan y se enlazan en altísima danza. El ritmo y concierto de esta danza parecen patentizarse en compases mensurables. Imagen soberana del orden. Si la contemplación se detiene en una estrella, acaso piensa Glauco, que, así, serena e inmortal, resplandeció, en los tiempos remotos, sobre las armas que abatieron a Ilión, mientras que guardaba las vigilias atridas de la noche el centinela. Tal vez piensa que vió el divino candor de Nausicaa y a Helena, de funesta hermosura. Y la palpitación de la tierra, el leve ruido del aire, los estremecimientos vagos de las cosas hablan a Glauco del sueño; del sueño tal como es en el dón no alterado de la naturaleza, en la frescura luminosa del alma; el sueño, suave atenuación de la vida ( ) de esta luz; el sueño que fué Hipnos; el que no vencen la cavilación malsana, ni el tedio adusto, ni el vano forcejear en los cerrojos del misterio sublime, pero que a la voluptuosidad de amor sí suele rendir su potestad y su imperio.

Es la noche estatuaria. La otra, la que tú y «yo» conocemos, la de los éxtasis de Fray Luis o las quejas del pastor de Leopardi, la de los cuatro cantos de Musset, es la noche sinfónica (melódica).

265. *Belleza perdida.*

Cada vez que, por revelación de la casualidad, como cuando se iluminó de hermosura el campo venturoso de Milo; o de la investigación sagaz, que impone a la avaricia de las ruinas sus conjuros, la civilización recupera una obra de su arte perdida o ignorada; una estatua, una bajorrelieve, un vaso precioso, un frontón, una columna, el mismo pensamiento me obsede. De la idea de ese objeto ganado, para la gloria y la admiración humanas, al reino de las sombras, pasa mi mente a aquellos otros que aun permanecen ocultos, entre el polvo de grandezas concluídas, en soledad agreste o profunda prisión: allá en el Atica, en sus llanos gloriosos y sus colinas purpúreas; en Olimpia y Corinto, ricas de tesoros arcanos; bajo las ondas del mar de Jonia y del Egeo, o bien bajo el gran manto de Roma y las lavas seculares de Nápoles. Transparentando la corteza de la tierra y las aguas del mar, ilumina mi espíritu ese seno oriental del Mediterráneo, donde hunden sus áncoras eternas las rocas sobre que alzó sus ciudades la raza por quien empezó a ser obra de hombres la belleza; y en una rara, hiperbólica figuración, tierra y mar se me representan como una inmensa tumba de estatuas, museo disperso donde la piedra que fué olímpica, los despojos de los dioses que, en seis siglos de arte, esculpieron los cinceles de Atenas, de Sicione y de Pérgamo, reposan bajo la agitación indiferente de la Naturaleza, que un día personificaron, y de la humanidad, que fué suya.

Dioses caídos, dioses de mármol y de bronce volcados por el ala del tiempo o el arrebato de los bárbaros; hechos para la luz y condenados a la sombra de un misterio sin majestad y sin decoro, su imagen me suspende en una suerte de angustia de la imaginación. De su actual sepulcro algunos resurgirán, quizás, en la deslumbradora plenitud de su belleza; intactos, salvados, por misteriosa elección, de los azares que se conjuran para su abandono: como esos pocos que la humanidad ha podido reponer enteros sobre el pedestal, con entereza no debida a restauraciones profanas, y que perpetúan, en la promiscuidad de los museos, la actitud con que ejercieron su soberanía desdeñosa sobre frentes no menos serenas que ellos mismos... Otros, despedazados, truncos; devueltos,

como tras el golpe vengador de los Titanes, a las caricias de la luz; vejados por la superstición, tumbados en los derrumbes, mordidos por el fuego, hollados por los potros que pasaron en la vorágine de las irrupciones, entregarán a la posteridad un adorable cuerpo decapitado, como la Nice de Samotracia; un torso maravilloso, como el Hércules de Belvedere; y su invalidez divina hará sentir a los que sean capaces de reconocer su hermosura, la especie sublime de piedad que experimentaba, en presencia de los infortunios de estirpes subrehumanas, el espectador de Esquilo o de Sófocles...

Pero los que más me conmueven son aquellos que no resucitarán jamás; los que no han de incorporarse ni al llamado de la investigación ni al del acaso; los que duermen un sueño eterno en las entrañas del terrón que nunca partirá el golpe del hierro, o en los antros del mar, donde el secreto no será nunca violado: detentadores de una belleza perdida, perdida para siempre, negada por cien velos espesos a los arrobos de la contemplación, y que, persistiendo en la integridad de la forma, a un mismo tiempo vive y ha muerto...

ULTIMAS MIRADAS SOBRE LA VIDA

266. *Cielo y agua.*

Tengo el sentimiento en el mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi substancia espiritual se reconociese en su centro.

Siempre me ha parecido propio de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incomprensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda. Aquí es el reino de la apariencia pasajera y cambiante; de la indefinida sucesión de líneas y de tonos; donde todo relieve y toda figura, apenas dibujados, se dan en sacrificio al movimiento innovador. La inquieta superficie bosqueja, hace miriadas de años, una forma que no llega a precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y otras cien veces la deshace. Diríase también la manera cómo en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.

Como maravilloso simulacro de las nubes, se levanta en el horizonte la bahía de Río Janeiro. No hay mejor espectáculo para quien llega iniciado por el mar en la visión de lo grande y majestuoso. Si cabe fijar en una parte el pórtico de un mundo, este es el pórtico de America. Esas sublimes líneas de montaña; esas lujuriantes guirnaldas de bosque, esas inmensas y armoniosas curvas de playa, sugieren la idea arquitectónica de un mundo que se

abre, de un continente que compendia su infinitud y su carácter en un aspecto capaz de ser abarcado con los ojos. Por este arco triunfal debió penetrar a la Atlántida soñada, para consagrarla en la historia, el genio latino. Aquí, aquí y no en otra parte, debieron tocar las carabelas de la sublime aventura, y plantar el pendón primero y la primera cruz.

Vuelvo a mi mar y mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia. Dulce es entonces asociar a cada ola un pensamiento, una memoria, una ficción, y decirse: ésta, pujante y clamorosa, es la fe que me sostiene, la aspiración que me lleva adelante; aquellas que blanquean allá lejos son los recuerdos de los que me quieren; esta otra, pequeñuela y exánime, que pueba a ser y no es, y se disipa en un leve brinco de espuma, es la promesa que dejé incumplida, el sueño mío que murió de niño, el anhelo que no he de realizar jamás...

He aquí la rada de Bahía, anchurosa y bella. La ciudad, sin el soberbio marco de montañas de Santos y de Río, pero pintorescamente escalonada sobre su pie de ondas azules, evoca en mí la imagen de un Montevideo de los trópicos. Confirmo frente a sus paisajes una impresión del panorama fluminense: de todo cuanto este maravilloso sol delinea y colora, son las palmeras gigantescas, ondeantes, el rasgo que cautiva mis ojos y queda indeleble en mi fantasía. ¿Será sólo por la belleza esbelta y sobria de esa admirable columna natural? Es también, sin duda, porque a diferencia de otras formas hermosas, pero faltas de sentido histórico, de este mundo virgen, aquel árbol enciende en la imaginación su nimbo de embelesante idealidad, su inmemorial prestigio de historia y de leyenda. No hay plenitud de poesía sino allí donde se une a la obra de la naturaleza la vibración, el dejo del sentimiento humano.

Mar y cielo otra vez. La sugestión de la onda ajusta mi solilo-

quio al tono lírico. Concluyo por ver el mar con los ojos de un griego de la Odisea; con el candor de la imaginación heroica, que le dió un alma y la encarnó en mil formas divinas. ¡Salve, titán cerúleo, —dice mi palabra interior—, viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del nauta y el héroe de mi anhelo era el Simbad de las «Mil y una Noche»! Tú sólo eres libre, tú sólo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en tí dure. No hay inmundicia que sea capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza. En tus antros ignotos velas los mundos de la leyenda y de la fábula; monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación. Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desosiego implacable. La fuerza y la gracia están contigo: tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceánidas, que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre. A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece. ¡Salve a tí, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!

Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta de sol, ya los alabastros, los mármoles, los ónixes, que la estela del barco compone con la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio parece exhalarse de la soledad infinita. Veo unas claras pupilas de niño fijarse con dulce estupor, en una estrella que aparece. Rumor de voces, apagados ecos de música, remedan la palpitación lejana del mundo. Una mano arroja al viento del mar un montón de papeles rotos, que la ráfaga dispersa en sus vuelos y, a manera de blancos alciones, se pierden en la inmensidad.

266. *Y bien, formas divinas...* (1)

...Y bien, formas divinas, Ideas de mármol, dioses y diosas, semidioses y héroes, ninfas y atletas, ¿qué os falta para la plenitud

(1) (Pensado de la «Sala de la Niobe», de la Galería de los Oficios).

del ser, para la realidad entera y cabal? ¿Por qué un glorioso entendedor de vuestra belleza sintió exhalarse de vuestros labios inmóviles la melancólica nostalgia de la conciencia y de la vida? ¿Para qué el beso de Pigmaleón? ¿Para qué el martillazo de Miguel Angel en la frente de Moisés? ¿A qué vivir, a qué cambiar, cuando se ha llegado a una serena perfección?... Si la vida os hubiera arrebatado en su corriente, el tiempo habría marchitado vuestra juventud, el pensamiento habría quemado vuestra serenidad, la lujuria habría mancillado vuestra carne; vuestra belleza no hubiera sido sino una sombra fugaz, y hoy compartiriais la muerte con la multitud de generaciones humanas que habéis visto pasar y deshacerse, como nubes de polvo que el viento arremolinara en derredor de vuestro pedestal.

Vuestro ser está perenne en una expresión, en un gesto, en una actitud. Sois un momento eternizado; la inmortalidad del momento en que vuestro carácter idea, se manifestó por entero en una apariencia y en un acto. Todo lo demás de la vida no es sino redundancia o declinación. Cada criatura humana tiene en su desenvolvimiento real un dichoso momento en que culmina; en que sus facultades y potencias llegan al más equilibrado punto; en que la realidad circunstante le ofrece como marco la situación capaz de destacar plenamente la fuerza que trae dentro de sí y que da el por qué de su existencia. Si en ese momento se detuviera para cada uno de nosotros el vuelo de las Horas, y quedáramos así eternamente, ¿no valdría esto más que el torbellino de formas sucesivas con que nos precipitamos a la final disolución? Todos merecemos la estatua en alguna ocasión de nuestra vida; todos, hasta los que llevan más hondamente soterrada su chispa celeste bajo la corteza de la vulgaridad, tenemos un instante en que seríamos dignos de quedar encantados en el mármol, con el semblante, con el ademán, con el alma plástica en que volcamos lo más íntimo de nosotros y que no llegaremos a reproducir jamás. Pasado ese instante, vértice en que coinciden, como a la luz de un relámpago, la realidad y la idea, volvemos al dominio de las formas borrosas, de las que sólo puede redimirnos la interpretación del artista, restituyéndonos, por milagro y para siempre, a aquel momento único.

Vosotros sois los redimidos, los que gozáis de libertad; nosotros, los galeotes amarrados a los remos del tiempo.

No hay manera mejor de soñar para los hombres la inmortalidad de ultratumba, que imaginarla como vuestro estado; una supervivencia de la personalidad, reducida a sus líneas esenciales, a su valor característico, sin la mezcla de lo accidental y disonante, y eternizada en el momento representativo en que trascendió, toda entera, a la acción. Yo me figuro el mundo que se abre al otro lado de la muerte, como una galería de infinitos mármoles; como una asamblea de miriadas de estatuas; que resplandecen en la luz sin aurora ni crepúsculo. Cada alma, sublime o abyecta, angélica o diabólica, perdura allí en la actitud estatuaria que la determina y diferencia: el santo, en el éxtasis de la oración; el poeta, en el vuelo de la fantasía; el héroe, en el ímpetu de la batalla; el asesino, en el arrebato del crimen. Y de la conciencia de cada una de esas actitudes inmóviles nace la eterna sanción: el testimonio perenne de la culpa en el sentimiento íntimo del réprobo; del merecimiento, en el del justo: infierno y cielo mil veces más eficaces que los de abrasadoras llamas y paradisíacos deleites.

¿Que os falta, pues, si no necesitáis la sucesión de la vida? ¿La luz de la conciencia que ilumine vuestra eternidad de perfección, para que podáis conplaceros en ella?... Pero, ¿es que falta en realidad? Esta luz interior que nos hace espectadores de nosotros mismos, ¿es singularidad del hombre, o es un radical atributo del ser que, en gradaciones y modos diferentes, abarca desde la conciencia del átomo hasta la del humano pensamiento, para remontarse acaso a luces aún más altas y puras? ¿Qué sabemos nosotros de lo que pasa dentro del animal, de la planta y de la piedra? Sólo comprendemos el género de conciencia que nos fué concedido, y cuando ideamos las perfecciones de la Divinidad la hacemos consciente a la manera de nosotros. Y si la posibilidad de las formas de conciencia es infinita, ¿quién puede imaginar el género de luz que cabe en el oculto ser de la obra bella? ¿Quién afirma ni niega el contemplativo arrobamiento, la inefable beatitud, que cautela acaso la impasibilidad helada del mármol donde perdura la Belleza?

¡Formas divinas, arquetipos de mármol! Si la gota de agua que se desploma confundida en la curva del Niágara mira, al pasar, las inmutables rocas de la orilla, no las verá con otro sentimiento que el que yo, gota de agua en el torrente que rueda a la muerte y al olvido, os consagro a vosotros, inmutables en vuestra ideal serenidad. Devorará el tiempo su periódica ración de cosas nobles. Se apagará el color en las telas donde fijó el Renacimiento sus visiones radiantes, y ya sólo vivirán en la copia y el recuerdo. Dejarán de hablarse los idiomas en que hoy se expresan los hombres; y así, de la palabra del poeta no restará sino la idea mutilada en sus connaturales alas de armonía. Pero para vuestra juventud no habrá desmedro, para vuestra gloria no habrá ocaso. Hombres nuevos, cuya concepción de la vida y de las cosas nos produciría, si alcanzáramos a vislumbrarla, el vértigo de lo incomprensible, se detendrán ante vuestra hermosura, que es la hermosura humana en su más genérica y simple idealidad, y la sentirán cabalmente, como sentirán la belleza de la puesta del sol y la del mar, y la de la montaña. Y luego pasarán esos hombres, y sus imperios serán humo, y sombra sus pasiones, sus verdades, sus leyes y sus dioses, y vosotras quedaréis, serenas como las estrellas del cielo. ¡Formas divinas, arquetipos de mármol!

268. *Ultimos filiales votos de amor para las dulces tierras de Occidente.*

Para la mirada europea, toda la América española es una sola entidad, una sola imagen, un sólo valor. La distancia desvanece límites políticos, disimilitudes geográficas, grados diversos de organización y de cultura, y deja subsistente un simple contorno, una única idea: la idea de una América que procede históricamente de España y que habla en el idioma español. Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso induce a falsas generalizaciones, a enormes errores de lugar, a juicios que no aprovechan, por cierto, las mejores entre nuestras repúblicas, tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero, a un hecho fundamental y trascendente, que acaso los hispano-americanos no sentimos todavía en toda su fuerza y toda su eficacia el hecho funda-

mental de que somos esencialmente «unos»; de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas, en que es fácil reparar de cerca, y de que lo seremos aún más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política.

Es interesante observar cómo se trasmite esa sugestión de la distancia, a los americanos que viven en Europa. Yo tuve siempre una idea muy clara y muy apasionada de la fuerza natural que nos lleva a participar de un sólo y grande patriotismo; pero aun en los americanos originariamente más devotos de las estrecheces del terruño, de las hosquedades del patriotismo «nacional», compruébase a cada instante en Europa que la perspectiva de la ausencia y el contacto con el juicio europeo avivan la noción de la unidad continental, ensanchan el horizonte de la idea de patria y anticipan modos de ver y de sentir que serán, en no lejano tiempo, la forma vulgar del sentimiento americano. Véis aquí cómo el corazón argentino se abre, con solícito afán, a los infortunios de Méjico; cómo el criollo de Colombia o de Cuba hablan con orgullo patriótico de la grandeza y prosperidad de Buenos Aires; cómo el montañés de Chile reconoce en los llanos de Venezuela y en las selvas del Paraguay voces que tienen consonancia dentro de su espíritu. Los recuerdos o los problemas vivos y actuales que, entre algunos de nuestros pueblos, pueden ser causa de recelo y desvío, se depuran, en el americano que ha pasado el mar, y manifiestan transparentemente el fondo perdurable de instintiva armonía y de interés solidario.

La comprobación de este sentimiento en los americanos a quienes he tratado en Europa me parece el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año, con mis filiales votos de amor, a mis dulces tierras de Occidente. Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispano-americano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible,

como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.

En este maravilloso suelo de Italia, donde los ojos leen cómo la unidad de una tradición y de un espíritu, aunque largos siglos parezcan negarle fuerza ejecutiva, concluye por encarnar en realidad inconmovible, me he dicho infinitas veces que, si aún está para nosotros lejana la hora de una afirmación política de nuestra unidad, nada hay que pueda demostrar el boceto ideal de ese cuadro futuro, la aproximación de las inteligencias y la armonía de las voluntades. Y he pensado en la juventud, como siempre que pasa por la mente una idea de esperanza y de gloria, y me he preguntado por qué de sus periódicos Congresos de Estudiantes no nacería, con la cooperación de los Estados, una fiesta aún más amplia, aún más significativa; las Panateneas de nuestra liga espiritual; un 25 de Mayo o un 12 de Octubre celebrados de modo que fuesen continentalmente el ágape de la amistad americana, y congregasen a los enviados de las diez y siete repúblicas, en junta cultural donde se delinease poco a poco el hábito de deliberaciones más eficaces y de lazos más firmes.

Otro sentimiento despierta dentro del corazón americano la influencia de Europa, y es la profunda fe en nuestros destinos, el orgullo criollo, la tonificante energía de nuestra conciencia social. Despierta este sentimiento porque la comparación con la obra de los siglos, si en muchísimas cosas certifica la natural inferioridad de nuestra infancia, da su justo valor al esfuerzo que ha permitido levantar del suelo generoso, entre las convulsiones y las fiebres de nuestra formación política, ciudades como Buenos Aires, como Santiago, como Montevideo. Lo despierta, además, porque en esta tierra de Europa la historia habla en cada palmo con palabras de piedra evocadoras de recuerdos y ejemplos infinitos, y las palabras de la historia son la mejor excusación de nuestras inexperiencias

y de nuestros errores; el más palmario testimonio del fondo «humano» de nuestros devaneos; la más reparadora explicación de las turbulencias juveniles que vanas filosofías atribuyeran a incapacidades del medio o de la raza. Y despierta, finalmente aquel sentimiento, porque los tesoros y prodigios de esta civilización creadora, en arte, en ciencia, en ideas sociales, estimulan y engrandecen el anhelo de nuestro porvenir, supuesto que la fuerza virtual existe con la heredada energía y sólo falta el seguro auxilio del tiempo.

Esto pensaba al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina estirpe. El sol de una suavísima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta naturaleza. La guerrera imagen de Roma presidía, allá en el fondo, con gesto maternal y augusto. El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder. Sobre las balaustradas de la plaza, los trofeos de Mario. Más allá la estatua de Rienzi, del «último tribuno», diseñando su ademán oratorio sobre los jardines donde juegan en bandadas los niños. Y me acerqué a la jaula de la loba que mantiene, allí donde fué la madriguera de Rómulo, el símbolo de la tradición inmensa en tiempo y en gloria; y la vi revolviéndose impaciente entre los hierros que la estrechan. Y me parecía como si, en su presagiosa inquietud, la nodriza de la raza mirase a donde el sol se pone y buscara, de ese lado del mundo, nueva libertad y nuevo espacio.

F I N

NOTICULA BIBLIOGRAFICA

Para la ordenación *fragmentaria* de la obra de José Enrique Rodó, hemos utilizado, principalmente, las ediciones publicadas y corregidas por su autor; salvo el caso de los trabajos que vieron la luz después de su muerte y recogidos en las ediciones españolas de EL QUE VENDRA y EL CAMINO DE PAROS.

Para los *fragmentos* incluídos en LOS ULTIMOS MOTIVOS DE PROTEO (Montevideo, 1932), que recoge «los manuscritos hallados en la mesa de trabajo del maestro», y muchos de los cuales contienen claros en el texto, seguimos la lección propuesta por su editor Dr. Dardo Regules, solo que incluyendo las variantes en el texto mismo e indicando los claros así (...)

Hemos creído de utilidad, para facilitar las lecturas de este IDEARIO, numerar e intitular cada trozo escogido (1); señalando al final, en el índice, el libro y página donde se contiene; pero no el año de la edición consultada que indicamos en la bibliografía, así como las abreviaturas adoptadas.

La vida nueva. — El que vendrá. La novela nueva. (Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1897). Abrev. V. N. I. *La vida nueva.* II. *Rubén Darío.* Abrev. R. D. — *Ariel.* (Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1900). Signo: Ariel. — *Liberalismo y Jacobismo.* (Montevideo, Librería La Anticuaria, 1906). Abrev. Lib. y Jac. — *Motivos de Proteo.* (Montevideo, José María Serrano y Cía., Librería de la Universidad, 1909). — *Motivos de Proteo.* 2.ª Edición. (Montevideo, Berro y Regules, 1910). Abrev. Mot. de Prot. — *El Mirador de*

(1) Los títulos me pertenecen, excepción de los puestos por Rodó. Para intitular otros, he utilizado *frases* de Martí (N.° 69); de Dante Alhigiere (N.° 154); de Chesterton (N.° 244); de Beethoven (N.° 259). (Por razones de coherencia repetimos el *fragmento* 117.)

Próspero. (Montevideo, José María Serrano. Editor: Librería Cervantes, 1913). Abrev. El Mir. de Prósp. — *El Camino de Paros* (Meditaciones y andanzas). (Valencia, Editorial Cervantes, 1918). Abrev. El Cam. de P.). — *Ultimos Motivos de Proteo.* (Montevideo, José María Serrano, Editor, 1932). Abrev. U. M. de Prot.

Los primeros ensayos de José Enrique Rodó, publicados en la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES (Marzo de 1895 a Octubre de 1897), se han incluído, por Rodó mismo, en la edición 1.ª (1913) de EL MIRADOR DE PROSPERO; otros, sin orden y con desconocimiento de las fechas de su publicación o incluyendo escritos de épocas distintas y de distinto valor, figuran en las ediciones españolas y americanas de EL QUE VENDRA y EL CAMINO DE PAROS.

Sus impresiones de viaje se publicaron en la REVISTA CARAS Y CARETAS de Buenos Aires, de Setiembre de 1916 a Mayo de 1917 y fueron incluídas en la edición española de EL CAMINO DE PAROS (Meditaciones y andanzas). Valencia, Editorial Cervantes, 1918.

INDICE

LIBRO I

AMERICANISMO POLITICO Y LITERARIO

EL LLAMADO DE LA REALIDAD INSONDABLE

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
1. — Musa inmortal	V. N. I.	40 - 41
2. — ...pero persiste el sentimiento intenso de la vida	V. N. I.	42
3. — Espejo viviente	V. N. I.	37 - 38
4. — El porvenir es el plan ignorado de nuestros desarrollos	V. N. I.	42 - 44
5. — La bandera de la sangre	V. N. I.	39
6. — En el cauce de la manifestación	V. N. I.	36 - 37
7. — En busca de algo nuevo	V. N. I.	36
8. — El heroísmo y el sacrificio perpetuarían	El Cam. de Paros	164 - 165
9. — Un amor más profundo, hubiera asegurado la libertad del indio	El Mir. de Prósp.	212 - 217
10. — La composición de la colonia	El Mir. de Prósp.	218 - 219
11. — Viene en las ráfagas de antigüedad y de naturaleza, virtud salvadora para la conciencia de estos pueblos, descaracterizados por el cosmopolitismo, negligentes en la devoción de su historia ..	El Mir. de Prósp.	485 - 486

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
12. — Faltando el ambiente de la libertad, la literatura de la colonia, nacida de ocios fríos, languidecía en el remedo servil, sin numen emancipador y potente	El Mir. de Prósp.	486 - 489
13. — Primeros ejercicios de aprendizaje del pensamiento propio	El Mir. de Prósp.	489 - 492
14. — América, gimiente, arranca en el irresistible poder del heroísmo, abre un amoroso cauce a la libertad y asegura, por su origen, la grandeza de sus destinos	El Mir. de Prósp.	116 - 120
15. — Artigas, trasmite al porvenir la idea y la unidad de la patria	El Cam. de Paros	53 - 55
16. — Estos fueron los caudillos. Rivera	El Mir. de Prósp.	430 - 431
17. — Este es un modelo sagrado que el genio de la especie impuso a las creadoras manos de la vida	El Mir. de Prósp.	528 - 529
18. — Más, el genio está en la proximidad avasalladora de las fuerzas	El Terruño de Reyles	(Prólogo)
19. — El sentido profundo de la originalidad literaria americana	El Mir. de Prósp.	483 - 485
20. — La expresión del sentimiento de la naturaleza, en la obra de Juan María Gutiérrez	El Mir. de Prósp.	517 - 518
21. — Inmensa pérdida de verdad y de belleza, en nuestra América	Mot. de Prot.	241 - 242
22. — Genialidad como síntesis inesperada y única	Jac. y Lib.	35 - 49
23. — La norma que concilia la tradición y la novedad	El Cam. de Paros	36 - 38
24. — Cómo debe entenderse el principio de originalidad local	El Terruño de Reyles	(Prólogo)
25. — Formas de realidad y de belleza capaces de representación profunda	El Terruño de Reyles	(Prólogo)
26. — La lucha heroica en América para instaurar la unidad interna de la historia, asegura la plenitud de su destino futuro	El Mir. de Prósp.	35 - 39
27. — El sentimiento de la raza, mantenido en la memoria y el fondo del carácter, recobra su continuidad e imperio, en el culto amoroso	El Mir. de Prósp.	34 - 35

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
28. — Las mismas causas fundan la unidad de lo americano	El Mir. de Prósp.	159
29. — Trabajando en el barro de América, hemos aspirado a crear formas de belleza y mansedumbre	El Mir. de Prósp.	176 - 177
30. — Nos lleva el designio íntimo de investigar y pensar por cuenta propia	El Mir. de Prósp.	177 - 178
31. — Una España en su personalidad propia y continua	El Mir. de Prósp.	549 - 550
32. — Este es el sueño de Bolívar: *Magna patria*	El Mir. de Prósp.	290 - 291
33. — Lo europeo, aquí, debe hacerse entrañable, modificado y acordado a las necesidades de nuestro desarrollo	El Mir. de Prósp.	309 - 310
34. — La obra del escritor concurre, como fuerza positiva, al gobierno de las ideas y de las pasiones y sirve al desenvolvimiento del alma colectiva	El Mir. de Prósp.	328 - 329
35. — El Héroe, un iluminado de la acción, un heraldo de lo desconocido	El Mir. de Prósp.	78 - 79
36. — La parte heroica del periodismo. La lucha por la dignidad plena del hombre	El Mir. de Prósp.	332 - 334
37. — Labor efímera, pero porfía heroica que asegura fundamento más hondo a la libertad y a la democracia	El Mir. de Prósp.	434 - 436
38. — La libertad que se defiende con la pluma. El ejemplo de Juan Carlos Gómez	El Mir. de Prósp.	23 - 29
39. — Aquí el heroísmo es cosa necesaria; es augusto deber	M. de Prot.	192
40. — El género de voluntad con que se edifican naciones	El Mir. de Prósp.	164
41. — Influjo ejercido en el espíritu de las democracias nuevas por cierto positivismo, cuando la tradicional colectiva personalidad se esfumaba por un cosmopolitismo incoloro, la especulación aventurera, el afán utilitario y la formación de una burguesía adinerada sin sentimiento patrio, ni altivez, ni delicadeza moral, ni poesía de la vida	El Mir. de Prósp.	41 - 46

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
42. — Estado de alma que, en América, ha sustituído al positivismo utilitario, restituyendo a la idea los fueros que le arrebatara el desbordado empuje de utilidad	El Mir. de Prósp.	46 - 48
43. — La tradición en los pueblos americanos	El Cam. de Paros	33 - 36
44. — América y Europa Occidental	«La Razón», de 3 de setiembre de 1914	
45. — Acción civilizadora y el alma de las ciudades	El Cam. de Paros	171 - 172
46. — Fidelidad que se consagra en el idioma	El Cam. de Paros	27 - 28
47. — La enunciación pura guarda el carácter nacional de los pueblos	El Mir. de Prósp.	351 - 352
48. — Es un problema eterno, y es tarea sagrada	El Mir. de Prósp.	361 - 364
49. — El trabajo y la idea de libertad y de racionalidad, fundan la democracia ..	El Mir. de Prósp.	373 - 374
50. — El trabajo es un principio de vida. Descubre la animación artística de la realidad y revela la actitud del alma ante la vida	U. M. de Prot.	139 - 141
51. — El uso de los días y la composición de las almas	U. M. de Prot.	89 - 91
52. — Fidelidad al genio de la raza compatible con la necesidad y el sentimiento de los cambios	«Diario Español», de 12 de octubre de 1915 (Sin título)	
53. — Eficacia inmortal de la idea de la libertad	Jac. y Lib	85

DOS HEROES DE UN DIOS VIVO

A) *JUAN MONTALVO*

FUE UN GUIA, UN MENTOR DE AMERICA, MONTALVO, EL HIJO DE AMBATO

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
54. — Vocación que enlaza en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte	El Mir. de Prósp.	205 - 207
55. — El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema su curso voluntarioso y errabundo	El Mir. de Prósp.	250 - 252
56. — El sentimiento profundo del idioma ..	El Mir. de Prósp.	252
57. — Montalvo lleva a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio del idioma* ..	El Mir. de Prósp.	253 - 256
58. — Irresistible poder interno, viene del sentimiento de la justicia y nos descubre el fondo del carácter de este luchador	El Mir. de Prósp.	266 - 271
59. — Pero no alienta allí un numen revolucionario capaz de remover los fundamentos de una conciencia	El Mir. de Prósp.	272
60. — Su prosa ajusta, a preciosos números, lo grande	El Mir. de Prósp.	273 - 276

B) *SIMON BOLIVAR, EL LIBERTADOR*

BOLIVAR, LA MÁS ENERGICA EXPRESION DEL HEROISMO AMERICANO

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
61. — Inempleado, eterno, el héroe aguarda el estímulo inicial que lo abandone a su libertad incoercible	El Mir. de Prósp.	105 - 106
62. — La nota eterna y plástica del heroísmo y de la gloria	El Mir. de Prósp.	108 - 109
63. — Más temible vencido que vencedor ..	El Mir. de Prósp.	109 - 110
64. — El despliegue imponente de la energía heroica	El Mir. de Prósp.	110
65. — El compone, en viva llama, una distinta y original heroicidad	El Mir. de Prósp.	114 - 116
66. — Bolívar encarna la total energía de la Revolución	El Mir. de Prósp.	119 - 120
67. — Una manera de vocación acomodada al modo largo de la grandeza, en variedad rica y concorde de aptitudes	El Mir. de Prósp.	120 - 122
68. — La unidad ideal de América era unidad viviente, ininterrumpida, en su sueño .	El Mir. de Prósp.	123 - 124
69. — Su caída, es para el corazón...	El Mir. de Prósp.	133 - 137
70. — Los americanos, sentimos el brazo infatigable y poderoso del Libertador ..	El Mir. de Prósp.	141 - 142

LIBRO II (1)

TRAGEDIA Y ESPERANZA DEL PRESENTIMIENTO HEROICO

FRAGMENTOS	PAGINAS
71. — El profetismo del amor. — V. N. I.	24 - 25
72. — Devolver a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo ..	20 - 22
73. — El entusiasmo y la esperanza, no olvidan la faz grave y misteriosa de las cosas	22
74. — Debe prevalecer el pensamiento viril	23
75. — Tarea de salvación y desenvolvimiento de la vida	24 - 25
76. — Genialidad innovadora	25 - 26
77. — La unidad fundamental de la naturaleza humana, exige que cada individuo sea un ejemplar no mutilado de la especie ..	26 - 28
78. — Defenderse, en la milicia de la vida, contra la mutilación del espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado	32 - 34
79. — El principio de todo desenvolvimiento, debe ser mantener la integridad de la condición humana	39 - 40
80. — Disponer el alma para la clara visión de la belleza, y la parte de ésta, en la formación de un delicado instinto de justicia	41 - 43
81. — La virtud es un arte divino, y el deber, poesía de la elevación	43 - 44
82. — El cumplimiento de la ley moral como estética de la conducta	44 - 45
83. — Hallar la poesía entrañada en el precepto	45 - 46
84. — La libertad imprime a los pueblos libres el sello exterior de la hermosura	50 - 51
85. — El intento de subordinar la naturaleza a la voluntad humana preparará la florescencia de idealismos futuros	54 - 55
86. — Las dos causas que habrían motivado el desborde del espíritu de utilidad	55 - 56
87. — Cómo hacer para que la democracia asegure el dominio de las verdaderas superioridades humanas	58 - 60
88. — Es necesaria la formación de fuertes elementos dirigentes, que aseguren las jerarquías que emanen de la libertad	60 - 62

(1) Los fragmentos 72 - 116, pertenecen, en su totalidad, a Ariel.

FRAGMENTOS	PAGINAS
89. — La forma mansa de la tendencia a lo igualitario y lo vulgar, el peligro que supone y la corrección que necesita	66
90. — Pero la democracia es un principio de vida	68 - 69
91. — Más allá de su forma actual el sentido de la evolución de la democracia es compatible con la idea de las subordinaciones necesarias y la noción de las superioridades verdaderas	69 - 70
92. — Es sagrada la tarea del educador	70 - 71
93. — La democracia es causa de que se manifiesten las superioridades humanas. La igualdad inicial asegura las superioridades necesarias	71 - 73
94. — Pero toda superioridad, es superior capacidad de amar y superior capacidad de realizar el bien	74 - 75
95. — La inmensa parte de bien, debida al colaborador anónimo y oscuro	75 - 77
96. — La síntesis inesperada de aquellos dos principios reguladores de la vida	77 - 78
97. — Peligros que supone la tendencia imitativa. La originalidad irreemplazable y el «genio personal» de los pueblos. El espíritu de *americanismo*	79 - 82
98. — Fidelidad al pasado y a la tarea, a la intención plástica con que el genio de la raza tallará los trazos de lo americano	83
99. — América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución	83 - 85
100. — Notas y valores dominantes del carácter norteamericano	85 - 89
101. — La vocación dichosa de la acción	89 - 91
102. — ¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización?	91 - 95
103. — Una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales	95 - 97
104. — No apasiona al descendiente de los austeros puritanos, la idealidad de lo verdadero	97 - 98
105. — Disminuyen en el ambiente de aquella democracia, la superior sabiduría y el genio	98
106. — Dan en una filosofía de la conducta de cuyo seno no surgirán jamás la santidad y el heroísmo	99
107. — Gérmenes de decreciente desorganización, lleva aquella sociedad en sus entrañas	101 - 102
108. — Se señala un instante de la evolución de la vida norteamericana	102 - 104

FRAGMENTOS	PAGINAS
109. — Carácter y posibilidad de la hegemonía americana: la naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda y la vocación apostólica	104 - 106
110. — Pero en último término servirán a la causa de Ariel	106 - 109
111. — La idealidad — *nueva y divina porción de la suma de las cosas*	111 - 114
112. — No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios	114 - 118
113. — Filosofía que conviene a una generación heroicamente dotada	119
114. — Labor e ideal continuos, ininterrumpidos	120
115. — Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido	120 - 121
116. — El protagonista inmortal lucha para que termine el proceso de ascensión de las formas; el genio de Ariel realiza la síntesis del pensamiento y del ensueño; su impulso mueve la onda ascendente de la vida	122 - 125

LIBRO III (1)

CAUSAS Y NORMAS DE LA SUSCITACION PERSONAL

FRAGMENTOS	PAGINAS
117. — Insondabilidad de la existencia y profundidad inalienable y única de cada alma	40 - 41
118. — La fuerza temporal, es innovadora	9
119. — Personalidades que emergen sucesivas	10
120. — Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas...	11 - 12
121. — Un movimiento arcano, remoto, de la personalidad rige los cambios, se hace la forma de su potencia propia	12 - 13
122. — El cambio irreprimible, asegura la originalidad. Necesidad de adaptarse a modos insospechados de experiencia	13 - 14
123. — Tiempo y voluntad componen los ritmos de los desarrollos vivientes	15 - 17
124. — Regir la espontaneidad de nuestros cambios, volver ajeno y remoto lo propio, provocar y ordenar los grandes impulsos, los enérgicos desasimientos y las vocaciones improvisas	21 - 22
125. — Heurística viviente	23 - 24
126. — Actitud en la desilusión y el fracaso	27 - 28
127. — El dolor de una vocación fracasada. Las reservas de nuestro espíritu. Disposiciones ignoradas y aptitudes latentes se manifiestan en el momento en que pierde su ascendiente la vocación que prevalecía	32 - 34
128. — El alma, como cadena de abismos; pero hay una senda segura, y es la que va a lo hondo de cada uno	40 - 41
129. — Descender al fondo del alma, y volver de la profundidad, a la acción	49 - 50

(1) Los fragmentos del *Libro III*, corresponden, totalmente, a *Motivos de Proteo*.

FRAGMENTOS	PAGINAS
130. — La sugestión social	51 - 52
131. — Personalidad ficticia y la que brota en vida, en alegría, en amor	53 - 54
132. — La inscripción del faro de Alejandría	54 - 56
133. — La multitud de los que se ignoran a sí mismos	57 - 58
134. — Peer Gynt	58 - 60
135. — Nuestra complejidad personal. Nadie diga: «tal soy, tal seré siempre»	60 - 62
136. — ¿Nunca te has sentido distinto a tí mismo? Las pasajeras desviaciones pudieron ser nuevos puntos de partida dentro del conjunto de los actos	65 - 66
137. — Imposibilidad de una igualdad perenne	66
138. — Almas abiertas, en lo hondo del tiempo, a la respiración de lo desconocido	71 - 73
139. — La complejidad trae visión nueva, estímulo de investigación y libertad	74 - 75
140. — Poder avizorador, el profetismo de la voluntad, contiene y alienta los movimientos de una espontaneidad infinita, que asegura la libertad y la renovación	75 - 76
141. — El barco que parte	77 - 78
142. — Cosas que desaparecen en nuestro abismo interior, y vuelven de él	79 - 81
143. — Fuerza de propaganda adscrita al acto más mínimo	89 - 91
144. — Vocación: su arraigo inconsciente	93 - 94
145. — Vocación que aguarda a que la voluntad cambie las actitudes del espíritu	95 - 97
146. — Ausencia de vocación una y precisa por universalidad de la aptitud	97 - 98
147. — A medida que la sociedad avanza, la vocación tiende a formas más definidas y concretas	115 - 116
148. — Mientras el futuro misterioso avanza. La esperanza en formas vivas	117 - 120
149. — Igualdad de la común esperanza	120 - 121
150. — Augurios falaces. Las niñeces proféticas	125 - 127
151. — Permanencia estática de una simiente apta para germinar	128 - 129
152. — La autoridad paterna	131 - 132
153. — Vocación anticipada a la aptitud	134 - 135
154. — Amor que mueve el sol y las demás estrellas	138 - 139
155. — Amor que traba origen con todo, y da orgánica unidad al espíritu	139 - 141
156. — ...aquel género de amor que propaga, en lo animado, la vida...	141 - 143
157. — El blando numen que maneja en las sombras mil hilos de la historia humana	142 - 143

FRAGMENTOS	PAGINAS
158. — Amor que acaricia las formas y reanima a los objetos para conformarlos a la noción ideal que columbra en el encendimiento	151 - 153
159. — Amor es revelación de poesía; infunde nueva vida y espíritu, nuevo sentido y nueva trascendencia a lo creado	155 - 156
160. — Su misteriosa visitación, descubre las virtualidades y energías de un alma; pero también hay *un hecho provocador*	156 - 157
161. — El *hecho provocador*. Anch'io	159 - 160
162. — Conversación	160
163. — Influencia de la lectura	161
164. — Vocación estimulada por el deseo de hacer cosa divergente u opuesta a la que ha valido en el triunfo de otros	165 - 166
165. — Vocación que se define por eliminaciones sucesivas	172
166. — Vacilaciones que resuelve el azar	173
167. — La vocación vaga e incierta, puede llevar a falsa universalidad	177 - 178
168. — El elemento volitivo que incluye toda aptitud en acto. La vocación y los males de la voluntad	179 - 180
169. — Vocación truncada por deficiente voluntad	182
170. — Amaneramiento, más que un vicio de la inteligencia, es una limitación de la voluntad. La voluntad lleva cierta tendencia de evolución, con que la obra se modifica al par que crece. Rafael. El reposo del mediodía	183 - 188
171. — Cuando el amor concurre como causa al malogro de la vocación	188 - 189
172. — El sueño de perfección conciliado con la voluntad resuelta y fecunda	190 - 191
173. — La colaboración	194
174. — La amistad	198 - 199
175. — Paso de una vocación a otra	201
176. — Un ejemplo de transformación espiritual	209 - 210
177. — Desdén o desamor por la actitud que se tiene. Desproporción entre la vocación y la aptitud	212
178. — Vestigios de una primera vocación en otra que la sustituye	217 - 218
179. — Riesgos y engaños en el cambio de la vocación	219
180. — Desviaciones transitorias, y utilidad que cabe en ellas	221 - 222
181. — Actitudes perdidas en el fondo oscuro de la sociedad humana	227 - 228
182. — La influencia negativa del medio social	229 - 230
183. — Lucha entre la aptitud individual y la resistencia del *medio*	231
184. — Superiridad posible de los incultos y los *autodidactos*. De cómo la cultura debe procurar parecerse a la ignorancia	232 - 237
185. — Engaños de la imitación cuando no se concilia con la autonomía de la personalidad	237
186. — Vocación y aptitud	247

FRAGMENTOS	PAGINAS
187. — Reformarse es vivir. El cambio ha de armonizarse con el orden	248 - 249
188. — Vulgar facilidad para el cambio por deficiencia de la personalidad	251 - 252
189. — Complejidad del alma contemporánea	257 - 258
190. — El tipo acomodaticio y flexible, y sus cambios puramente exteriores	263 - 264
191. — Reformarse es vivir! Viajar es reformarse	266 - 267
192. — La soledad; pero también la acción y la simpatía	270 - 271
193. — La nostalgia: elementos que entran en ella	277 - 278
194. — Los viajes obran en lo más espiritual del hombre y ponen una calidad trabajadora en la imaginación y en los sentimientos	288 - 289
195. — El ejemplo de Goethe	291 - 292
196. — El ejemplo de Teófilo Gautier	293
197. — Almas simples e inmutables; una sola idea; un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres	298 - 302
198. — Dos distintas especies de almas entusiastas	303
199. — La potencia dominante de orden y de movimiento	316 - 318
200. — Un grande amor pone al alma en lo hondo y es el numen de los desarrollos y la causa de misteriosos vínculos y relaciones	320 - 321
201. — Virtud disciplinaria de toda potencia ideal que nos gobierna	362 - 363
202. — Disciplina de amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra	364 - 368
203. — De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna	368 - 369
204. — Convicción, fe. La tolerancia y cómo ha de entendérsela	372 - 374
205. — La sinceridad: una ley del desarrollo de la persona	375 - 376
206. — La fe es una fuerza que mueve desde el soplo de la vida	376 - 377
207. — La personalidad sustituída, falta de amor, de nueva poesía, de nueva ternura, de nueva ciencia	378 - 380
208. — Proposición de un soliloquio fecundo. Ayúdate de la soledad y del silencio	384 - 386
209. — «Jubileo» que debería existir	386 - 388
210. — No hay convicción tal que puedas dejar de trabajar sobre ella	388 - 390
211. — Voces que se oponen a la emancipación	392 - 393
212. — El dogma que ahora es tradición sagrada, fué en su nacer atrevimiento herético	393 - 394
213. — La idea que se organiza en escuela o partido, pierde fatalmente parte de su esencia	403 - 405
214. — Inconsecuencia aparente, perseverancia esencial	406 - 407
215. — Amor que dura en aquella parte mejor de la memoria que confina con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca	410 - 411
216. — Vestigio inmortal que deja de su paso toda fe sincera	412 - 413

FRAGMENTOS	PAGINAS
217. — La idea, para ser eficaz, ha de acompañarse de sentimiento ..	418
218. — Como un temblor de idealidad inconsciente que da la fe; pero un día volverá a su tarea	427
219. — Paradoja sobre la personalidad. El poder de las palabras ..	446 - 447
220. — La vida es arte supremo	451 - 454
221. — La esperanza y la voluntad aplicadas a nuestra personalidad, a fin de reformarnos y volvernos mejores	457 - 461
222. — Cambiar sin descaracterizarse	470 - 472
223. — Siempre inasible, siempre nuevo, Proteo, recorre la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna ..	473 - 475

LIBRO IV

LA TRANSFIGURACION PERSONAL

ESBOZO Y EXIGENCIA DE HEROISMO Y DE BELLEZA

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINA
224. — Atisbo de nueva inspiración, de heroísmo nuevo	U. M. de Prot.	267 - 270
225. — El dichoso entender con el amor	U. M. de Prot.	203 - 204
226. — Actividad creadora de la crítica	U. M. de Prot.	282 - 283
227. — La crítica, actividad complementaria de la belleza	U. M. de Prot.	285 - 286
228. — Amor que se transporta al centro del objeto. Es la manera de conocer propia del artista	U. M. de Prot.	287 - 288
229. — Belleza que declara su esencia en el juicio libre de la crítica	U. M. de Prot.	316 - 318
230. — La crítica juzga con arreglo a una norma superior de verdad y de arte	U. M. de Prot.	318 - 320
231. — Labor que estimula las reacciones últimas de la inteligencia y de la voluntad	U. M. de Prot.	144
232. — Diversidad infinita de la naturaleza humana y la obediencia del crítico ante las opuestas concepciones de la belleza y de la vida	U. M. de Prot.	199
233. — La limitación individual y el misterio del alma ajena. El arte es una forma de la naturaleza	U. M. de Prot.	201 - 202
234. — La parte de pensamiento reflexivo y de la intuición, de la voluntad tenaz y de la gracia, en la obra de arte	U. M. de Prot.	273 - 281
235. — La imagen de un mundo nuevo, entre el clamor y el aliento de la Naturaleza	U. M. de Prot.	153

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
236. — Desde una profundidad jamás colmada, levanta el artista las formas silenciosas que alientan en el inmenso depósito de la memoria	El Cam. de Paros	10 - 11
237. — Morir y renacer de amor en el objeto imaginado, le es dado al poeta que traspone los límites de la personalidad	U. M. de Prot.	293 - 294
238. — La fuerza elemental de realización que traen las imágenes, hace que pierdan su pura forma interior y muestren su misterioso poder que las afirma	U. M. de Prot.	294 - 296
239. — La imagen concentra el movimiento vital que la intensifica, y lleva a la forma, a la soledad, al éxtasis contemplativo	U. M. de Prot.	304 - 306
340. — Así la inspiración suele restablecer al hombre natural	U. M. de Prot.	86 - 88
241. — La gesta de la forma	El Mir. de Prósp.	54 - 55
242. — Carácter de la transfiguración personal del artista, de la obra y del medio externo en la creación	U. M. de Prot.	310 - 311
243. — Acaso hay en la intuición un oculto poder constructivo de la naturaleza, obrando en el alma sin ingerencia de la reflexión	U. M. de Prot.	312 - 313
244. — Forma negativa de retención de la conciencia	U. M. de Prot.	313 - 314
245. — Obscuridad real en lo que habíamos juzgado claro	U. M. de Prot.	270 - 272
246. — En el dolor, despierta el hombre poderoso, movido desde su centro	U. M. de Prot.	219 - 221
247. — Grande agente de verdad, asegura el ejercicio del amor y atiende al bien ..	U. M. de Prot.	232 - 233
248. — Por el dolor se alcanza el último, inefable secreto de la sabiduría	U. M. de Prot.	214
249. — La vida nueva que se prepara en las profundidades del abismo interior, cuando el dolor ha hecho allí irrupciones y mueve a unidades y síntesis desesperadas	U. M. de Prot.	216 - 217
250. — Que viva de la sangre	U. M. de Prot.	217 - 218

FRAGMENTOS	OBRA	PAGINAS
251. — Prepara para la disciplina heroica	U. M. de Prot.	225
252. — Al misterio, tenerlo presente, y vivir, intensificado, en la dificultad de la respuesta	U. M. de Prot.	228 - 229
253. — El dolor, fija la huella de su paso...	U. M. de Prot.	230 - 231
254. — La fuerza de amor que supone la atención del sabio	U. M. de Prot.	189
255. — El modo de la inspiración heroica ..	U. M. de Prot.	131
256. — La participación momentánea, en una vida más intensa y más alta, nos descubre la total complejidad de nuestro ser	U. M. de Prot.	194 - 195
257. — El misterioso poder de suscitar vidas	El Mir. de Prósp.	143 - 144
258. — La creación genial es hondísimo movimiento interior, misterio participante en la esencia misma del objeto	U. M. de Prot.	297 - 300
359. — El trabajo afanoso de la vida, presidiendo con infalible autoridad y alentando una forma de belleza	U. M. de Prot.	300 - 301
260. — La música, una revelación más alta que la filosofía	U. M. de Prot.	127 - 129
261. — Vibración original del ser	U. M. de Prot.	96 - 97
262. — La personalidad transfigurada en el rapto de inspiración pictórica	U. M. de Prot.	175 - 176
263. — Lo humano en su pureza	U. M. de Prot.	185 - 187
264. — En unidad apretada y viviente con el cosmos	U. M. de Prot.	248 - 256
265. — Belleza perdida	M. de Prot.	224 - 226

ULTIMAS MIRADAS SOBRE LA VIDA

266. — Cielo y agua	El Cam. de Paros	73 - 76
267. — Y bien, formas divinas...	El Cam. de Paros	127 - 130
268. — Filiales votos de amor para las dulces tierras de Occidente	El Cam. de Paros	163 - 167

Este libro se terminó
de imprimir en la
Impresora L.I.G.U.
Paysandú 1011
Montevideo
Diciembre
1943

BIBLIOTECA DE
CULTURA URUGUAYA

Dirigida por Juan Silva Vila

I CRISTAL EN LLAMA
Mirtha Gandolfo

II MUSICA DE LA SOMBRA
Alejandro Arias

III IDEARIO DE ARTIGAS
Juan Silva Vila

IV POESIA y PROSA
Juan Parra del Riego

V EL YESQUERO DEL FANTASMA
Pedro Leandro Ipuche

VI FIGURAS Y ESTAMPAS DE MONTEVIDEO
Javier Gomensoro

VII COSAS VISTAS Y OIDAS
Juan de Lara

VIII VIDA INTIMA DE JULIO HERRERA y REISSIG
Herminia H. y Reissig

IX VIDA PUBLICA DEL ING. JOSE SERRATO

X IDEARIO DE RODO
Luis Gil Salguero